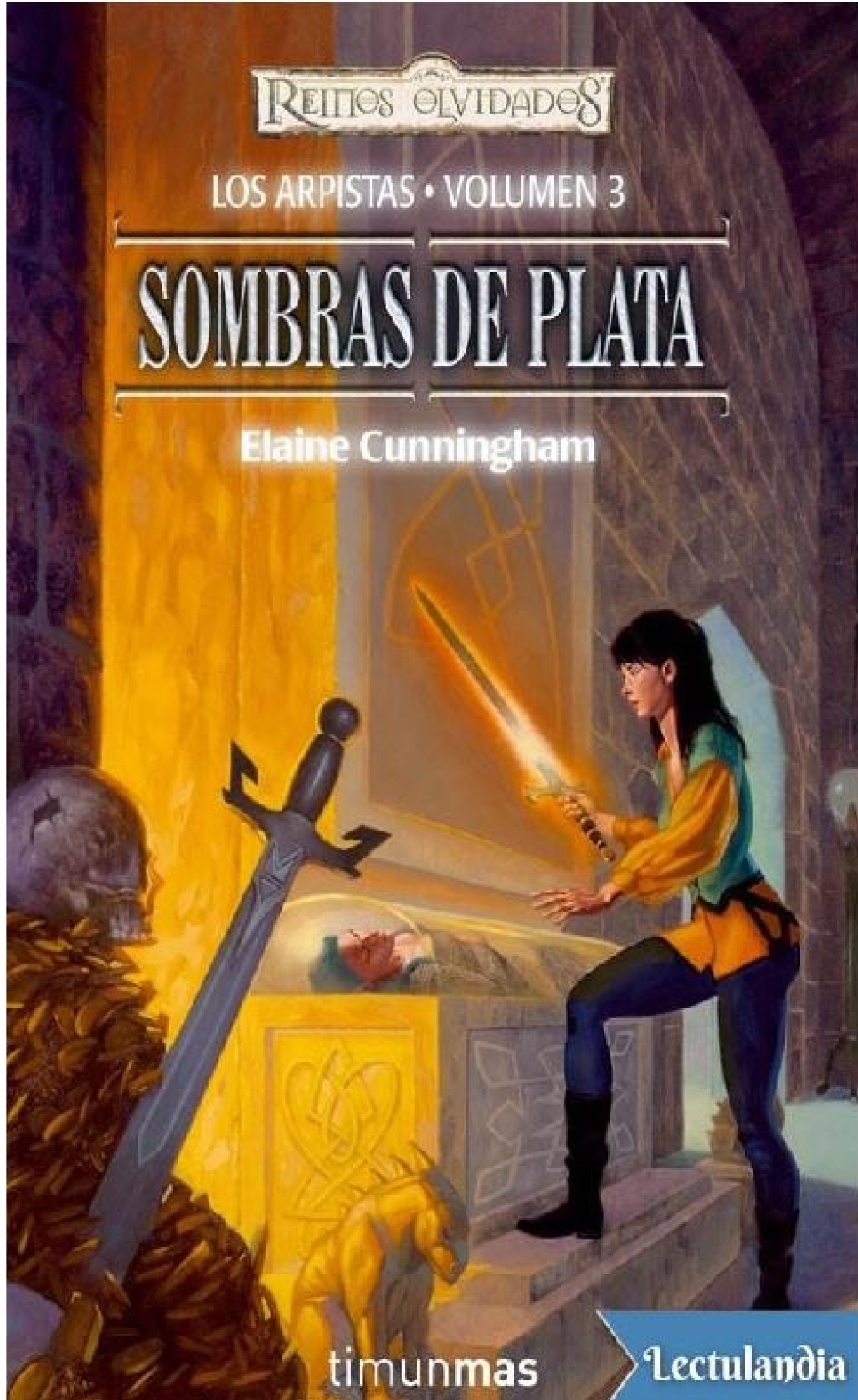


REITOS OLVIDADOS

LOS ARPISTAS • VOLUMEN 3

SOMBRAS DE PLATA

Elaine Cunningham



timunmas

Lectulandia

Arilyn Hojaluna siempre tuvo miedo de la sombra élfica, la esencia de su espada mágica. Cuando descubre la terrible verdad que encierra la hoja de la luna que ha recibido en herencia, decide encontrar la manera de escapar a su terrible destino. Pero lo que comienza siendo el medio para conseguir un objetivo se convierte pronto en un profundo compromiso personal. Resuelta a salir airoso de su aventura, Arilyn arriesgará todo lo que tiene... e incluso más.

Lectulandia

Elaine Cunningham

Sombras de Plata

Los Arpistas III

ePUB v1.1

Garland 11.08.11

más libros en lectulandia.com

Titulo original: *Silver Shadows*
Traducción: Elena Moreno Gutiérrez, 2002
Ilustración de cubierta: Alan Pollack
Elaine Cunningham, 2001

Para Marilyn y Henk,
porque sí.

Preludio

La noche caía con rapidez sobre el bosque de Tethir y los vigilantes de la caravana miraban de soslayo los altos y espesos muros de vegetación que circundaban la ruta comercial. Los sonidos del bosque parecían multiplicarse y hacerse más siniestros a medida que las tinieblas se adueñaban de su entorno. Por encima de sus cabezas, copas de árboles centenarios formaban una bóveda de tal espesor que los rayos de la luna menguante apenas podían atravesarla, pero los mercaderes siguieron avanzando y, cuando los caballos empezaron a trastabillar, encendieron antorchas y faroles.

El exiguo círculo de luz apenas era capaz de romper la creciente oscuridad ni apaciguar las mentes inquietas de los mercaderes. Es más, el juego de luces y sombras de las antorchas parecía mofarse de ellos, pues parpadeaban y amenazaban constantemente con apagarse y desvanecerse entre los árboles.

Aquel bosque tenía un misterioso halo que inducía a pensar que esas cosas eran posibles. Todos los viajeros habían oído relatos sobre los Observadores de Tethir, y no había hombre o mujer en aquella caravana que no sintiera sobre su persona la mirada de aquellos ojos invisibles.

Chadson Herrick, un canoso mercenario que había recorrido aquella ruta durante más años que pipas tenía el mago Elminster, alzó una mano para rascarse la nuca y calmar el hormigueo que le recorría la base del cuello.

—Tengo los pelos erizados como si fuera un lobo acorralado —comentó en voz baja al hombre que cabalgaba a su lado.

Su compañero le respondió con un ademán tenso y Chadson se dio cuenta de que su amigo, de constitución tan delgada y carácter tan nervioso que parecía andar siempre tenso, como un arco a punto de disparar, apretaba con sus nudillos blancos un símbolo sagrado de Tymora, diosa de la fortuna. No obstante, por una vez no tuvo tentaciones de burlarse de las supersticiones del muchacho.

—Unos cuantos kilómetros más —musitó el joven con una voz suave y cantarina que sugería que se había estado repitiendo en silencio una y otra vez la misma frase como si fuera una letanía para ahuyentar el peligro.

Su conversación entre murmullos les valió miradas de reprobación por parte de varios de los otros guardias, aunque en realidad no había necesidad de mantener silencio. Los Observadores tenían ya constancia de la caravana y probablemente andaban siguiéndola desde Piedra Musgosa, el último enclave habitado de la ruta comercial que atravesaba el bosque. Además, el tenso silencio de los viajeros no hacía más que intensificar la expectación que planeaba sobre la caravana.

Un súbito impulso salvaje asaltó a Chadson y por un instante se vio tentado de saltar del caballo y ponerse a bailar por el camino, mientras maldecía y se burlaba de

su invisible escolta. Imaginó la reacción que semejante espectáculo provocaría en los acobardados mercaderes y la imagen hizo que le apareciera una sonrisa maliciosa en los labios.

Todavía sonreía cuando la flecha le atravesó el corazón.

El cuerpo de Chadson se ladeó y cayó pesadamente al suelo. Por un instante, los hombres más cercanos a él se quedaron como simples espectadores mientras sus cerebros empezaban a comprender el significado de la delgada varilla de color ébano que sobresalía del pecho del cadáver. Era el color oscuro de la flecha de un elfo salvaje, conocidas entre los humanos como «relámpagos negros».

El silencio se convirtió de repente en actividad frenética. Siguiendo las instrucciones que daban a gritos los guardias, los mercaderes bajaron al instante de las carretas y, sin prestar atención a la valiosa carga que transportaban, volcaron varias de ellas para construir un muro de protección. Como no había tiempo para cortar los correajes, varios caballos de tiro cayeron junto con las carretas, convertidos en un amasijo de carne pisoteada y retorcida, y los relinchos de terror y dolor de los animales se mezclaron con los alaridos de los hombres moribundos a medida que las flechas negras descendían sobre ellos como aves de rapiña.

Desde detrás de la escasa protección que ofrecían las carretas, una hilera de arqueros devolvía el ataque, pero disparaban casi a ciegas contra el espeso follaje y apenas tenían esperanzas de dar en el blanco. Los más intrépidos, y menos experimentados, de los guardias de la caravana desenvainaron sus espadas y se lanzaron contra el bosque, pero fueron devueltos al instante, desarmados, con los ojos abiertos de par en par por la impresión y cubriéndose con las manos heridas mortales.

El combate acabó en pocos minutos. Muchos de los hombres que iban montados a caballo habían desaparecido a la primera señal de batalla y varias carretas también habían conseguido salir huyendo arrastradas por caballos desbocados de terror. Del norte les llegó el eco de los cascos retumbando sobre el camino y luego el sordo topetazo de una carreta al volcar en el suelo.

Cuando todo quedó en silencio, varias figuras envueltas en sombras emergieron del bosque para acercarse al sendero. Se abalanzaron sobre los destrozados carromatos, maldiciendo y murmurando mientras manoseaban los despojos. Una de ellas, más alta y corpulenta que la mayoría y ataviada con una capa oscura y vaporosa, emergió a grandes zancadas de la arboleda con una figura delgada y coja colgada del hombro. Al llegar al camino, la soltó para que yaciera sobre los cuerpos de varios de los mercaderes asesinados.

—¡Una antorcha! —ordenó con voz profunda—. ¡Poned algo de luz en este jaleo!

Uno de los luchadores del bosque se apresuró a obedecer y frotó pedernal sobre acero hasta que hizo saltar una chispa. El súbito fogonazo de luz iluminó los rostros de los muertos, uno de los cuales era el rostro anguloso de un elfo pintado con un

complicado dibujo de tonos verdes y marrones. Una herida abierta atravesaba de lado a lado la garganta y el pecho del elfo muerto, y trazaba una línea diagonal que empezaba detrás de una oreja y finalizaba bajo las costillas. Hacía ya rato que se había secado la sangre. El cabecilla, ataviado con la capa negra, frunció el entrecejo y echó un vistazo a los hombres caídos que rodeaban al elfo.

Sus ojos se posaron sobre un joven cuya mano había quedado pegada a su cuerpo por el impacto de una flecha, en apariencia cuando estaba a punto de desenvainar su espada. Entre los retorcidos dedos había un trozo de cinta de cuero de la cual pendía el símbolo de Tymora. Era curioso observar que la flecha había topado con el disco de metal y había producido una muesca profunda sobre su superficie antes de hendirse en la suavidad de la carne. Con una nota de sombrío humor, el observador asesino pensó que aquello era un silencioso ejemplo de la naturaleza caprichosa de la dama de la Fortuna.

—Ése —ordenó, mientras esbozaba una perruna sonrisa y señalaba al joven cuya suerte se había acabado—. Coged su espada y abrid de nuevo las heridas del elfo para que parezca que lo ha matado en combate cuerpo a cuerpo. Si es necesario, esparcid sangre del chico por todas partes para que todo parezca más fresco. Está previsto que pase una caravana por aquí mañana.

Pero mientras el ayudante alargaba el brazo para coger la espada, los ojos del luchador herido se abrieron de par en par y, con la mano buena, asió la empuñadura de un ajado cuchillo de caza. Sobresaltado, el atacante dio un paso atrás y se descolgó el arco del hombro.

Con un ágil movimiento, lanzó una flecha contra el pecho del joven y, esta vez, no hubo ningún medallón de la suerte que la desviara. El joven cayó hacia atrás, muerto al instante.

No obstante, el cabecilla no parecía muy contento por aquella súbita respuesta porque sacó la flecha de la herida y la blandió por debajo de las narices del arquero.

—¡Por los Nueve Infiernos, dime cómo justificarás esto!

El hombre se encogió de hombros con el gesto torcido al ver la caña marcada y la elaborada pluma azul y blanca que la identificaba como una de sus flechas.

—Se debieron de acabar las flechas elfas —musitó.

—Maldito sea tu culoapestoso —maldijo el cabecilla en voz baja y amenazadora—. Si no fueras el mejor arquero de aquí al alcázar de Zhentil, metería esta flecha por tu oreja izquierda y la sacaría por la derecha. ¡Registradlo todo! —ordenó en tono más alto mientras se giraba hacia los que escudriñaban los restos para enseñarles la sangrienta flecha y que pudiesen ver el error—. Aseguraos de que no se produzcan errores como éste. Todos estos hombres murieron en manos de elfos salvajes. ¡Procurad que lo parezca!

1

Para un observador poco atento, la torre de Báculo Oscuro parecía ser sólo un enorme cono truncado de granito negro, un baluarte de más de quince metros de alto rodeado por un muro a modo de telón de casi la mitad de aquella altura. De una sencillez y severidad extremas, la torre carecía de los dispositivos de magia, a cuál más espantoso o caprichoso, a que eran aficionados los acomodados habitantes de Aguas Profundas. Del tejado plano no asomaba ninguna vigilante gárgola; no había estatuas animadas de guardia ni alteraba la lisa y negra superficie del muro ninguna runa cifrada. Y sin embargo, todos aquellos que conocían al archimago Khelben «Báculo Oscuro» Arunsun —en Aguas Profundas, como en todo el Norland, pocos había que no lo conociesen—, observaban el sencillo alcázar con una mezcla de orgullo y respeto. Según todos los rumores, en aquella torre se ocultaba el verdadero poder que destilaba la Ciudad del Esplendor, de ella emergía un portal que desembocaba en maravillas mágicas que superaban la imaginación de la mayoría de los mortales.

No era habitual que los relatos de los juglares fracasasen a la hora de exagerar la medida del poder, ni que las especulaciones que se rumoreaban en las tabernas se quedasen cortas respecto a la verdad, pero la torre de Báculo Oscuro era una excepción.

En la habitación situada en el nivel superior, la archimaga Laeral Manoplata Arunsun, consorte de Khelben, posaba ante un espejo, un enorme cristal plateado de forma oval, rodeado de un marco dorado profuso en ornamentos. Con más de un metro ochenta de estatura y esbelta como un abedul, Laeral poseía una belleza extraña y sobrenatural que insinuaba su origen en un mundo de ensueño. El cabello plateado le caía en cascada hasta la cintura y unos ojos grandes y verdes, del tono verde plateado profundo característico de los pantanos del bosque, observaban el borde del espejo con tal intensidad que parecían fuera de lugar en un rostro tan delicado. Acarició con la punta de los dedos la madera esculpida y dorada del marco en busca de esa pizca de magia siempre cambiante que pocos podían percibir y mucho menos dominar. Cuando se sintió satisfecha por haber encontrado el esquivo tirador, Laeral musitó unas extrañas palabras antes de introducirse *dentro* del espejo.

Emergió en un claro rodeado de vegetación en mitad del bosque. Un puñado de mariposas revoloteaba sobre las flores que despuntaban en la superficie de hierba y los robles centenarios que circundaban el calvero se veían envueltos con el vivo tono verdoso de principios de verano. Era un paisaje que podía encontrarse en bosques de cualquier zona, salvo por un aura de energía misteriosa tan penetrante como la luz del sol. Laeral respiró hondo, en un intento de absorber la magia y el gozo profundo que destilaba el aire de Siempre Unidos, la tierra natal de los elfos.

En el centro del calvero había una mujer elfa casi tan alta como Laeral, envuelta en un vestido de seda de color gris, un tono que los elfos asociaban con el luto. Los ojos vividamente azules de la elfa habían visto nacer y morir varios siglos, pero su rostro conservaba la juventud y el brillo ardiente de sus cabellos rojizos no se veía empañado por el tiempo. La mujer elfa llevaba una diadema de plata en la frente pero era su porte real y la aureola de poder que la envolvía lo que la proclamaba Dama de Siempre Unidos, reina de Todos los Elfos.

—Saludos, Laeral, amiga de los elfos —murmuró la reina Amlaruil en un tono de voz que era suave como la música y el viento.

Laeral se inclinó en una reverencia pero la dama elfa le indicó con un gesto que se pusiera de pie. Una vez dispensadas de cumplir con las formalidades, las dos mujeres estallaron en carcajadas y se abrazaron como hermanas.

Con las manos cogidas como colegialas, se sentaron en un tronco caído y se pusieron a cotillear como si fueran dos despreocupadas doncellas y no dos de los seres más poderosos de todo Toril.

No obstante, pronto la conversación giró hacia temas que requerían su atención.

—¿Qué nuevas traes esta vez a Siempre Unidos, y por qué esta urgencia? —preguntó la reina.

—Otra vez los Arpistas —respondió Laeral, lacónica.

El suspiro de Amlaruil evocaba un dolor antiguo pero profundo.

—Sí, como de costumbre. ¿Qué sucede ahora?

—Parece que varios elfos del bosque de Tethir están atacando granjas y caravanas.

—¿Por qué?

—¿Cuántos motivos quieres que te enumere? Como ya sabes, en un tiempo no muy lejano, todos los elfos que construyeron su hogar en tierras de Tethyr, incluidos aquellos que fueron a instalarse en el bosque de Tethir, sufrieron grandes penurias a causa de los dirigentes humanos. Según todos los indicios, parecía que la destrucción de la familia real de Tethyr iba a poner fin a toda esta persecución, pero es posible que los elfos estén tomando represalias por errores pasados. También puede ser que, como en tierras de Tethyr sigue imperando el desgobierno y el caos, las colonias humanas, las rutas comerciales y los cazadores furtivos estén invadiendo las tierras elfas. Quizá los humanos estén presionando a los elfos y éstos se estén defendiendo.

—Cosa muy natural. ¿Qué interés tienen los Arpistas en todo esto?

—Quieren promocionar una especie de asentamiento, un compromiso que ponga fin a los tumultos y apacigüe, al menos en parte, las inquietudes de ambas partes.

—Ah, sí. —Amlaruil se detuvo para esbozar una ceñuda sonrisa—. Firmamos un acuerdo parecido en los bosques de Cormanthor hace unos años...; y dime cómo se mantuvo ese acuerdo, amiga mía, y durante cuánto tiempo. Dime cuántos elfos viven

hoy entre esas arboledas...

La pregunta no había sido formulada para obtener respuesta. Laeral se limitó a corroborar las palabras de la reina con un ligero ademán.

—He discutido precisamente ese punto con muchos Maestros Arpistas, pero el declive de los elfos no es un tema que tradicionalmente los Arpistas hayan enfocado bien.

—Ni su alardeada inquietud por mantener el Equilibrio —murmuró la reina.

—¿Qué significa el Equilibrio para alguien cuya vida no sea tan larga como la tuya o la mía? —apuntó Laeral—. La preocupación de los Arpistas es verdadera, pero su amplitud de miras es a todas luces escasa. Están más preocupados por la interrupción del comercio y por la posibilidad de un incremento de los alborotos en Tethyr.

—¿No puedes hacerles entender lo que esos compromisos significan para el Pueblo elfo?

—Si dispusiera de varios siglos de tiempo, sí —murmuró Laeral en tono taciturno—. Khelben lo entiende, a su modo, pero sus inquietudes se centran en los asuntos de Aguas Profundas. Y de verdad cree que un compromiso sería la mejor solución, no sólo para los intereses comerciales de la ciudad, sino para los propios elfos. Cree que es su mejor alternativa de supervivencia. Los humanos de Tethyr no son tan tolerantes como lo eran otras razas hace diez o veinte años y no tardarán en responder a la provocación y volverse contra los elfos. Hay demasiados hombres ambiciosos en Tethyr que están al acecho de cualquier oportunidad que se les presente para hacerse con el poder, y mucho me temo que la destrucción de los elfos pueda llegar a ser causa suficiente. Ya sabes lo que sucedió durante el tiempo en que gobernó la casa real. Si a eso unes que ahora no hay una ley que impere en estos territorios, las consecuencias pueden ser nefastas.

—Entonces sólo nos quedará la Retirada —musitó la reina elfa. Luego, se quedó unos instantes en silencio como si dejase que la decisión enraizara en su interior; al cabo, se reafirmó—. Sí, los *Sy-Tel'Quessir* deberán iniciar la Retirada —decretó, utilizando la palabra elfa que designaba a los habitantes de los bosques—. Enviaré de inmediato a un embajador que les ofrezca un paraíso en los bosques centenarios de Siempre Unidos.

—¿Y si se niegan?

La reina ya había pensado en aquella posibilidad.

—Pues ellos, al igual que gran parte de nuestro Pueblo, desaparecerán de la tierra —respondió con resignación—. Ha llegado el ocaso para los *Tel'Quessir*, amiga mía, lo sabes tan bien como yo. No podemos mantener a raya a la oscuridad para siempre.

—¡Pero espero que esa noche tarde en llegar! —deseó con fervor Laeral—. En cuanto a los Arpistas, créeme cuando te digo que a veces pienso que el mejor modo

de controlar su entusiasmo es trabajar codo con codo con ellos —añadió la maga en un tono jocosos que insinuaba que era una táctica que había tenido que usar en su vida privada—. De una cosa puedes estar segura: los Arpistas actuarán con o sin tu beneplácito.

—¿Qué me sugieres?

—Envía a un agente Arpista a la fortaleza arbórea de los elfos para que presente tu invitación..., un Arpista que tenga como objetivo de trabajo el Equilibrio que favorecerá a la comunidad elfa. Así, si los elfos del bosque se niegan a retirarse a Siempre Unidos, tendrán al menos un abogado defensor. Es más de lo que podrían obtener de otro modo.

Amlaruil estudió el semblante de su amiga. La vacilación que asomaba a los ojos verde plateado de Laeral sugería que aquel asunto probablemente escondía algo más profundo, algo de lo que la maga no podía hablar con facilidad. No obstante, rara vez había visto titubear a Laeral. Un mal presentimiento atenazó la garganta de Amlaruil, pero se dispuso a esperar con paciencia elfa a que la mujer encontrara el modo y el momento de hablar.

—Digamos que estaría de acuerdo con semejante plan —sugirió la reina, con calma—. ¿Tenéis un agente elfo entre los Arpistas? ¿Un elfo del bosque, uno que conozca esa comunidad en concreto?

—No —admitió Laeral.

—Entonces no veo cómo puede tener éxito vuestro plan. La mayoría de los *Sy-Tel'Quessir* tienen un carácter reservado y desconfían de los elfos procedentes de otras tribus. El Pueblo de Tethir no me ha jurado lealtad y es posible que rehúse recibir a un embajador procedente de la isla. Además, con la presión que tienen que soportar, lo más probable es que maten a cualquier persona no elfa que se aventure a adentrarse en su fortaleza oculta. No, me parece que tu agente Arpista tendría pocas posibilidades de salir con vida de allí, e incluso menos opciones de tener éxito en su misión.

Laeral no respondió de inmediato, y la reina optó por no presionarla. Su silencio se vio colmado por los sonidos del bosque elfo: el rumor de las hojas, el suave zumbido de los insectos mezclado con el alegre piar de los pájaros silvestres. El calvero era un lugar de belleza inconmensurable, rodeado y alimentado por la magia antigua de Siempre Unidos. Aquella isla era el último reducto paradisíaco de los elfos, y la paz y la seguridad que emanaban de ella pocas veces habían sido violadas. Consciente de eso, la maga meditó con cuidado sus palabras, porque lo que estaba a punto de proponer evocaba de pleno los recuerdos más dolorosos de los elfos y tocaba las penas más profundas de la reina.

—Tenemos a una Arpista semielfa apostada en una ciudad cercana al bosque de Tethir —murmuró Laeral con lentitud—. En otras misiones se ha hecho pasar con

éxito por elfa y ha resultado muy convincente e ingeniosa. Estoy segura de que podría hacerse un lugar en la comunidad del bosque.

El rostro de la reina se puso en alerta de inmediato y desvió la vista hacia la reluciente puerta oval que había traído a Laeral del continente a Siempre Unidos. Era un puente mágico entre el mundo de los elfos y el de los humanos y había sido construido gracias a una chispa de vida que se había convertido en una criatura semielfa..., una criatura que Amlaruil no era capaz de recordar sin pesar, puesto que la puerta había costado a Amlaruil la vida de su amado esposo. El dolor no suele ser aliado de la razón y, en la mente de Amlaruil, aquella criatura y el mortífero portal eran una sola cosa.

—Sí —musitó Laeral para confirmar la conclusión tácita a que había llegado la reina. Cogió entre sus manos los puños apretados que Amlaruil tenía sobre el regazo—. Sabes de quién estoy hablando. Es semielfa de nacimiento, pero está dispuesta a hacer cualquier cosa a favor del Pueblo y lo ha demostrado una y otra vez. Quizá sea su modo de reclamar la herencia que se le ha negado.

La reina apartó las manos de su amiga con una expresión implacable en el rostro.

—La semielfa porta la espada de Amnestria —afirmó con frialdad—. Una hoja de luna es mayor herencia de la que obtienen muchos elfos de sangre noble y sin duda constituye más honor del que ella se merece.

—Me da la impresión de que el acero es una compensación muy fría —apuntó Laeral—. Y, en cuanto al honor, sea o no semielfa, blande la espada de Amnestria, un arma tan poderosa que muchos guerreros elfos no podrían siquiera tocarla y seguir con vida. Piensa en ello, amiga mía: ¿qué mejor argumentación puede haber a favor de la muchacha?

Amlaruil se volvió con brusquedad para quedarse observando con mal disimulado odio la puerta mágica que tanto le había costado. El deber y el pesar pugnaron por asomar a su delicado rostro durante unos instantes largos y agónicos. Al final, alzó la barbilla en un gesto propio de la realeza y volvió a observar a su amiga.

—¿De verdad crees que eso..., que ella es quien mejor puede llevar a cabo la tarea, que gracias a su esfuerzo podrán ahorrarse vidas entre nuestro Pueblo del bosque?

Laeral asintió, con sus ojos plateados repletos de compasión por la solitaria mujer elfa y admiración por la orgullosa reina.

—Entonces, que así sea. —La reina Amlaruil se puso de pie y pronunció las palabras como si se tratara de un anuncio real—: El embajador de Siempre Unidos en el bosque de Tethir será la Arpista conocida con el nombre de Arilyn Hojaluna.

La reina se volvió y echó a andar hacia el palacio.

—Que así sea —repitió para sí en un murmullo que parecía demasiado frágil para el peso de la amargura que traducía—. Pero juro ante todos los dioses del Seldarine

que los elfos habrían sido más afortunados si la espada que porta se hubiera rebelado en su contra.

2

Tethyr era una ciudad de contrastes y contradicciones. Las tradiciones antiguas y los usos modernos, las pretensiones de la realeza y el fervor por la igualdad convivían de forma inestable en una tierra cuya complejidad natural sólo era comparable a sus recientes infortunios. Encajada entre los páramos y montañas de Amn y los vastos reinos desérticos del sur, Tethyr poseía una vegetación propia de tierras más septentrionales y un clima templado. El territorio era una mezcla de fértiles tierras de labranza, profundos bosques y colinas bañadas por el sol tan secas e inhóspitas como un desierto. Las costumbres y los intereses de los habitantes de la zona eran tan diversos como la misma tierra.

Pero Espolón de Zazes, la ciudad más importante de tan agitado territorio, estaba decantada de pleno hacia el sur. La ciudad portuaria se reflejaba en una bahía de aguas profundas, en plena desembocadura del río Sulduskoon, y por ella pasaban importantes rutas comerciales. Espolón de Zazes controlaba el comercio y el tránsito de viajeros de muchos territorios, pero su actual dirigente, un sureño llamado Balik, se esforzaba por limitar la influencia de los extranjeros. Nieto de un comerciante calishita, se había nombrado a sí mismo bajá y cultivaba un esplendor oriental, y un desprecio por todo lo norteño, que evocaba las costumbres de sus antepasados. Desde que el bajá Balik se había alzado con el poder una docena de años atrás, grandes zonas de la ciudad habían adquirido un tono decididamente sureño. En Espolón de Zazes podía verse reflejado lo mejor y lo peor de la gran ciudad de Calimport: lustrosos palacios de mármol blanco, recortados jardines repletos de plantas exóticas, anchas avenidas y mercados al aire libre perfumados de especias raras se disputaban el espacio con barriadas de chabolas y callejones estrechos donde imperaba el crimen.

No obstante, aunque pareciese una contradicción, la mayoría de las actividades ilegales de Espolón de Zazes se llevaban a cabo en los barrios más elegantes de la ciudad. La Escuela del Sigilo, un lugar donde se enseñaba todo tipo de artes marciales y que era en realidad una fuente oculta de suministros para la poderosa Cofradía de Asesinos, estaba situada en un extenso recinto en las afueras de la ciudad. Las intrigas estaban siempre en boga en la ciudad, y los precios de mercado de los servicios de un asesino eran elevados.

Y también lo era el precio por la vida de un asesino.

Arilyn Hojaluna caminaba con paso ligero por el estrecho callejón trasero que conducía a la Cofradía Femenina haciendo menos ruido que su sombra. Era una mujer esbelta de metro ochenta de estatura, con cabellos negros como el cuervo que caían ondulados sobre los hombros y unos ojos de un tono azul oscuro poco usual salpicados de vetas doradas..., unos ojos muy hermosos que podrían haber servido de inspiración a los juglares, si no hubiesen reflejado tanta cautela y severidad. Pálida

como la luz de luna y alerta como un gato al acecho, Arilyn tenía un aspecto tenso y atento, y la mirada precavida y nerviosa de quien se detiene poco a comer y a dormir. Un asesino tenía pocas alternativas: o vigilaba constantemente, o moría.

La semielfa formaba parte de la Cofradía de Asesinos desde hacía varios meses y no se la consideraba un objetivo fácil. Los asesinos profesionales de Espolón de Zazes se regían según una jerarquía muy estricta y la faja de seda gris pálido que Arilyn llevaba ceñida a la cintura proclamaba su alta categoría como asesina. Sin embargo, todavía había algunos que se negaban a creer que una mujer, y mucho menos una semielfa procedente del bárbaro Norland, pudiera defender el Fajín de Sombra que ostentaba.

El sistema para avanzar en el seno de la cofradía era sencillo: un asesino que ambicionara subir en el escalafón sólo tenía que matar a alguno de rango superior y apoderarse de su fajín. Arilyn había defendido su posición más veces de las que se atrevía a admitir y, cuando se veía forzada a hacerlo, luchaba con una gélida destreza y una furia todavía más fría que estaba empezando a ser legendaria entre los asociados. Y no obstante, ninguno de ellos sospechaba que la semielfa sólo deseaba librarse de su oscura y, a todas luces inmerecida, reputación. Y nunca lo sabrían, porque debido a su naturaleza solitaria y cautelosa, a cada nuevo desafío Arilyn se tornaba más precavida y se intensificaba su aislamiento.

Gracias a los meses en que había tenido que luchar tenazmente para conseguir sobrevivir, los instintos de Arilyn eran tan aguzados como el filo de una hoja de rapsoda de la espada. No necesitaba oír pisadas o atisbar una sombra para saber que la perseguían, ni tampoco esperaba oír ningún sonido porque actuar en silencio era la primera lección que se enseñaba a un asesino y porque la tenue luz que emergía de las ventanas altas y estrechas de la Cofradía Femenina a cuyos pies caminaba proyectaba sombras a su espalda. No obstante, Arilyn sabía que la estaban siguiendo. No hubiese estado más convencida de ello si su perseguidor hubiese anunciado sus intenciones con el fragor de una trompa de caza y el ladrido de los sabuesos.

Aun así, le latió varias veces el corazón antes de que llegara a atisbarlo. Aunque era semielfa, Arilyn poseía la agudeza visual propia de los elfos: captaba los más nimios detalles y su visión alcanzaba tanto a lo largo como a lo ancho. A su espalda, casi en el perímetro de la zona donde alcanzaba a ver, vislumbró una figura alta y corpulenta que se ocultaba tras una capa con capucha y que reducía con rapidez la distancia que los separaba.

Nadie en particular tenía motivos para adentrarse por aquel callejón más que Arilyn y sus colegas hembras, porque la torre alta y estrecha que albergaba la Cofradía Femenina era el edificio más alejado y humilde del recinto. Por eso, parecía evidente que el hombre que la seguía pretendía subir en el escalafón de los asesinos.

Sin embargo, Arilyn siguió avanzando con paso tranquilo, sin dar indicios de que

había detectado la presencia del asesino. A pocos pasos por delante de su posición había un cruce que desembocaba en una calleja todavía más estrecha que separaba los altos muros del recinto de la opulenta Cofradía Masculina de la Sala del Consejo. Seguramente el asalto se produciría allí.

Cuando apenas le separaba un paso del callejón, Arilyn se puso rápidamente en acción. Con un único y ágil movimiento, se dio la vuelta, agarró la capa del hombre con ambas manos y se precipitó de espaldas al suelo para rodar por él con el sobresaltado asesino bien sujeto. Antes de que el peso del hombre pudiera aplastarla contra el suelo, la mujer dobló el cuerpo, encogió las piernas sobre el pecho y propinó un fuerte puntapié al hombre que lo hizo volar por encima de su cuerpo y aterrizar pesadamente sobre la suciedad.

Antes de que se desvaneciera el eco del gruñido que soltó el hombre, Arilyn se puso de rodillas junto a él y alargó unas manos convertidas en arma para escudriñar por debajo de la capa un punto en el que pudiese dejar al hombre temporalmente inmóvil.

Sus dedos se hundieron en un costado del cuello del hombre..., pero demasiado hondo, ¡demasiado fácil! Arilyn esbozó una mueca cuando su mano se hundió por debajo de la capa y topó con la punta de los dedos el duro suelo.

Soltó una imprecación por lo bajo y apartó la mano de aquel cuerpo sin sustancia, mientras echaba hacia atrás la capucha que ocultaba el rostro de la aparición. La débil luz de la luna desveló unas facciones sólidas, una mata de pelo poco espesa y salpicada de hebras plateadas y una barba negra con un distintivo mechón blanco.

—Khelben —musitó en tono de exasperación mientras se levantaba y observaba con gesto cansino la figura que, con una dignidad encomiable dadas las circunstancias, se estaba poniendo despacio de pie mientras se sacudía el polvo de la capa.

En aquel momento, Khelben «Báculo Oscuro» Arunsun, archimago de Aguas Profundas, Maestro Arpista y su inmediato superior, era la persona que menos ganas tenía Arilyn de ver. Los Arpistas habían enviado a la semielfa y a su compañero, Danilo Thann, a Espolón de Zazes en misión diplomática y, aunque Khelben no era el responsable del sombrío papel que ella había tenido que adoptar como tapadera, Arilyn tenía pocos deseos de enfrentarse a él, o, mejor dicho, a la «visión» que había sido conjurada y enviada desde muchos kilómetros de distancia para hablar en su nombre. Arilyn suponía que el doble mágico de Báculo Oscuro sería tan amante de las discusiones como el modelo original, y simplemente no se sentía con fuerzas. ¡Estaba dispuesta a cumplir con su deber con los Arpistas, pero maldita sea si tenía que sentarse a conversar sobre su misión!

—Bonita visión —murmuró a modo de saludo mientras alzaba la vista para enfrentarse al doble del archimago—. Más sólida que la mayoría.

Había un matiz de pesar en su voz y la implicación que eso indicaba, que habría preferido atacar a un oponente más sólido, no escapó al archimago. Una sarcástica sonrisa levantó los bordes de su oscuro bigote.

—Yo también me alegro de verte, Arilyn Hojaluna —respondió con un toque de cinismo—. Por Mystra que cada día que pasa te pareces más a tu padre. ¡He visto esa misma expresión en su rostro más veces de las que me atrevería a contar!

Arilyn se puso tensa. La relación con su padre humano era una cosa todavía muy reciente y frágil, demasiado nueva para que se sintiera cómoda con ella y demasiado íntima para hablar de ello como si tal cosa. Y, a decir verdad, aunque había mucho que admirar en aquel hombre, no le gustaba que le recordasen su mezclada herencia.

—Dudo que hayas conjurado un mensajero sólo para charlar sobre tus aburridas peleas con Bran Skorlsun —comentó—. Los dos estamos aquí por asuntos que atañen a los Arpistas. Si no te importa, ve directo al grano.

La imagen de Khelben Arunsun asintió y pidió que le relatara su informe. En pocas palabras, Arilyn describió los progresos que había hecho en su misión de ayudar a desbaratar un intento de las cofradías de Espolón de Zazes por deponer al bajá e imponer las normas de la cofradía. De su presencia en la Cofradía de Asesinos y el tributo cada vez mayor que aquel subterfugio le suponía a ella, nada dijo. Por fortuna, Khelben no insistió en obtener más detalles.

—Tú y Danilo lo habéis hecho bien —confesó el archimago al final—. El bajá Balik es consciente de la amenaza y vuestra amistad con el príncipe Hasheth ha proporcionado a los Arpistas un contacto muy valioso en palacio. Ahora que la situación en Espolón de Zazes está bajo control, al menos por ahora, ha llegado el momento de que hablemos de otros asuntos. ¿Te has enterado de los últimos disturbios en el bosque de Tethir?

La Arpista hizo un gesto de asentimiento, recelosa.

—Entonces, sin duda, habrás oído hablar del último ataque contra una caravana. Se culpa a los elfos de semejante atrocidad, como en las demás ocasiones. En tu opinión, ¿qué crees que hay de cierto en tales acusaciones?

—Podría ser cierto —respondió con sinceridad—. Los elfos verdes son unos individuos feroces e impredecibles que fueron maltratados durante el reinado de la antigua familia real de Tethyr. Tienen viejas inquinas en contra de los humanos y a saber qué pueden haber hecho recientemente para provocarlos...

—Eso es lo que debemos averiguar —concedió el archimago—. Por cierto, los Arpistas han decidido enviarte hacia el bosque para que busques respuestas e intentes aportar una solución al conflicto.

La mirada de Arilyn se tornó fría.

—¿Me enviaréis a Tethir? ¿En qué condiciones?

—¿Qué quieres decir? —preguntó el archimago mientras arqueaba las negras

cejas, interrogante.

—¿Me enviaréis como asesina? —preguntó en tono brusco. Aunque los Arpistas no serían capaces de pedirle jamás nada remotamente parecido, se le antojaba que el hecho de deponer a los cabecillas de la pandilla de elfos causante de los disturbios podía considerarse una solución al problema.

—No esperaba de ti una pregunta semejante —la riñó Khelben.

A Arilyn no se le escapó el matiz de que las palabras del archimago podían interpretarse de multitud de formas diferentes, cosa que no la sorprendía porque Khelben tenía la enojosa costumbre de dar respuestas vacías de información. Aun así, la cautelosa semielfa habría preferido obtener una negativa más explícita.

—Dime, pues —preguntó sin alterarse.

—Descubre qué está sucediendo..., qué asuntos y qué motivos de fricción hay entre ambos bandos. Haz lo que puedas por conseguir algún tipo de compromiso entre los elfos del bosque y los humanos.

Arilyn recibió estoicamente la información, pero en verdad sintió que su mente retrocedía ante el peso de la tarea que le encomendaban. ¿Conseguir que los elfos se *comprometieran*? ¿Y que se comprometieran con qué? ¿Con permitir la cesión de otra zona de su bosque, siempre menguante, para que los granjeros plantaran nabos? ¿Con cortar varios centenares de árboles milenarios para ensanchar la Ruta Comercial? ¿Aceptar encogerse de hombros impotentes cuando la marea de mercaderes desaprensivos o aventureros se extendiera sin control? ¿Establecer una cuota de cuántas criaturas del bosque podían caer en trampas o ser abatidas por partidas de sabuesos, ambos sistemas abominables según los usos de los elfos? ¿Mirar hacia otro lado cuando aparecían de vez en cuando bandas de traficantes de esclavos calishitas o amnitas a cazar jóvenes elfos o doncellas para venderlos como seres «exóticos»? ¿Aceptar en principio comprometer una de las últimas fortalezas de elfos del bosque y acelerar así el declive del Pueblo elfo?

—¿Compromiso? —En una sola palabra, Arilyn consiguió comprimir toda la fuerza, aunque no el detalle, de sus tácitas objeciones.

La imagen mágica de Khelben se quedó mirando a la encolerizada semielfa.

—¿Qué alternativa hay? ¿Qué posibilidad tienen los elfos si prosigue el conflicto y estalla una guerra? ¿Y cómo afectaría ese conflicto al débil equilibrio que hay en Tethyr? No, ¡tienes que conseguir que esos elfos se atengan a razones! Convive con ellos; gánate su confianza.

En opinión de Arilyn, aquella sugerencia era tan absurda como la primera. Que ella supiera, nadie había conseguido infiltrarse jamás en una colonia de elfos del bosque. La mayoría de los *Sy-Tel'Quessir* eran de carácter solitario y desconfiaban incluso de los demás elfos. Ser un elfo de la luna era ya un grave impedimento, pero, para Arilyn, confesar su naturaleza semielfa significaría una muerte instantánea. Los

elfos del bosque de Tethir tenían motivos suficientes para odiar y desconfiar de los humanos y de todas las subrazas elfas; muchos elfos veían a los semielfos como abominaciones indescriptibles. Por supuesto, Arilyn había fingido ser elfa con anterioridad, pero nunca durante tanto tiempo como aquella misión requería.

Al menos Khelben tenía razón en una cosa: antes de que pudiera comentarse nada de su misión, tendría que ganarse el respeto de los elfos. Arilyn había aprendido al cabo de los años que el mejor modo de ganarse el respeto para una persona como ella, una hembra semielfa que no podía presumir de familia, de linaje o de nombre, era hacer valer su destreza con la espada. Además, era de verdad muy buena luchadora, pero como los elfos tenían reconocida fama de ser muy hábiles en la lucha, no se dejaban impresionar con facilidad. Arilyn había llevado a cabo multitud de misiones difíciles para los Arpistas, pero aquélla era la primera que parecía casi imposible y la primera que sentía deseos de rechazar.

—Necesito tiempo para pensar en todo eso —comentó a la imagen del archimago.

—Ya lo suponía. Lo imposible siempre requiere un poco más de tiempo —respondió Khelben con una mueca, mientras citaba una frase que solía pronunciar su sobrino y aprendiz Danilo Thann.

Arilyn respondió con un tenso gesto de asentimiento y se volvió para marcharse. No deseaba pensar en Danilo en aquel instante, porque su compañero Arpista no se sentiría muy satisfecho al saber que se le encomendaba una misión que lo excluía. No es que su partida fuese inminente, si es que llegaba a producirse, ya que aquella misión requeriría el tipo de planificación y atención a los detalles que solía reservarse a las bodas reales o a las invasiones a gran escala.

Después de olvidarse de su proyecto de dormir un rato aquella noche, la semielfa salió del recinto de la Escuela del Sigilo y se encaminó a una taberna que conocía en el puerto. Había oído decir que cierto capitán de las Moonshae, un antiguo pirata al que le gustaba comerciar con cosas originales, acababa de atracar en Espolón de Zazes. Tenía especial predilección por los documentos valiosos, tanto genuinos como falsificados, y poseía un vasto conocimiento sobre costumbres elfas que sobrepasaba con creces el de la mayoría de los humanos. Corrían rumores de que una de sus recientes pasajeras hembras, una druida de raza elfa verde, se había hecho muy amiga suya, o quizá hasta amante. Las relaciones entre elfos salvajes y humanos eran extremadamente raras, pero Arilyn conocía bien a aquel hombre y sabía que podía ser cierto. Además, corría también el rumor de que su barco, el *Caminante en la Niebla*, era uno del escaso puñado de barcos humanos a los que les estaba permitido atracar en la isla elfa de Siempre Unidos. En definitiva, era justo lo que Arilyn necesitaba.

Si tenía que fingir ser una elfa de la luna, tenía que encontrar un modo de explicar y legitimar su presencia en el bosque de Tethir. Y si existía una persona capaz de proporcionarle las falsificaciones precisas, o tal vez sugerirle una estrategia para

hacerle ganar la confianza de la comunidad del bosque, era aquel capitán.

La noche era cálida a pesar de que el verano acababa de empezar y el sabor salobre del sudor se palpaba mezclado con el aroma del mar en la taberna. Como de costumbre, La Ballena Rota se veía atestada de marineros borrachines que acudían en busca de una jarra interminable de cerveza y un poco de diversión, y para observar a las mujeres de dura mirada que servían ambas cosas por el precio de unas monedas de plata. Era casi igual que el resto de las tabernas que se alineaban en el muelle, salvo por la docena de habitaciones que había en el piso superior y que albergaban mullidas camas con colchones de plumas y ropa blanca, por no mencionar a los hombres profusamente armados que custodiaban cada una de las puertas. Aquellos que conocían bien los puertos de la costa de la Espada acudían a La Ballena Rota en busca de una habitación limpia y una noche segura de sueño, lujos en cualquier ciudad y una rareza en Espolón de Zazes.

Arilyn no tuvo ninguna dificultad en localizar al capitán Carreigh Macumail entre la multitud. Una masa de cabellos rubios ensortijados, una barba larga y cuidadosamente trenzada, el brillante tejido azul y verde de una falda escocesa de categoría, los extravagantes volantes de encaje que la camisa blanca lucía en cuello y puños..., todas esas cosas lo hacían destacar entre la tosca clientela habitual de La Ballena Rota. Además, era con diferencia el hombre más grande de la sala: casi ciento veinte kilos de peso repartidos en una estructura que sobrepasaba los dos metros de altura. Con el peso del cuerpo repartido entre dos sillas, un corpulento brazo recostado sobre el respaldo de una tercera y las botas apoyadas en una cuarta, Macumail bebía a sorbos una cerveza coronada de espuma mientras intercambiaba historias de guerra con una pareja de piratas de Las Nelanthers.

Mientras la semielfa se abría paso a través de la atestada taberna, vislumbró a muchas personas que cuchicheaban con la cabeza baja, urdiendo conspiraciones mientras mantenían las manos cerca de las empuñaduras de sus armas. Declinó una oferta de diversión proferida por uno de los pocos camareros masculinos de la taberna y al ver que un joven de aspecto duro le dedicaba una mirada apreciativa, le devolvió la mirada con tanta frialdad que el tipo bajó la vista para contemplar el fondo de su jarra de cerveza. Eso era Espolón de Zazes, y aquella noche los negocios se urdían como de costumbre.

A modo de saludo, Arilyn dio un puntapié a la silla que sostenía los pies de Macumail y el capitán se levantó de inmediato para quedarse en posición de alerta con una rapidez que parecía incompatible con su talla. Cuando observó con ojos entrecerrados a Arilyn, su rostro reflejó en un primer instante sorpresa, y luego regocijo.

—¡Bienvenida seas, Dama de la Hoja de Luna! —saludó divertido con una voz

profunda que resultaba interesante gracias al ligero deje propio de las norteñas islas Moonshae—. Veo que la voz corre rápida en este puerto. ¡No pensaba verte hasta dentro de un par de días!

Sus palabras dejaron perpleja a Arilyn.

—¿Me habías mandado a buscar?

—En efecto. —Hizo una pausa para desviar la vista hacia los piratas, que lo observaban con interés—. Ha sido un verdadero placer, muchachos. Dejad que esta noche pague yo la cuenta para agradeceros el intercambio de relatos.

Los dos hombres captaron la indirecta y, tras recoger sus bebidas todavía llenas y una fuente de cordero guisado entre los dos, se marcharon en busca de una mesa desocupada.

Arilyn eligió una silla vacía que le permitía mantener la espalda contra la pared. Mientras el capitán Macumail llamaba al camarero para pedir vino, giró la silla y se sentó a horcajadas, con las manos cruzadas tras el respaldo de travesaños. Aquella postura no sólo le resultaba cómoda sino que también le proporcionaba un arma manejable y no letal que blandir si había una escaramuza en la taberna. Arilyn nada tenía que envidiar a un aventurero experimentado y con el tiempo había aprendido a manejar la silla con tanta soltura como blandía la espada.

—¿Qué querías de mí? —empezó, para abrir el diálogo.

El capitán Macumail frunció el entrecejo y alargó una mano para coger la bolsa plana de cuero que llevaba atada en un hombro.

—Tengo una carta fascinante para ti —explicó mientras extraía un fajo de papeles de la bolsa—. Echa un vistazo a esto, si quieres.

La Arpista ojeó el pergamino que Carreigh Macumail le tendía. El capitán le había proporcionado documentación falsa en varias ocasiones con anterioridad y sus credenciales siempre resistían el examen más pormenorizado. Aquella estaba especialmente bien falsificada, desde la delicada escritura elfa a la reproducción de un sello de la familia Flor de Luna, la familia real de Siempre Unidos. Era una obra de arte.

Arilyn soltó un silbido apreciativo.

—Bonito trabajo.

—Mucho me gustaría poderme atribuir el mérito. —Macumail rozó el pergamino color crema brillante con la reverencia de quien toca algo sagrado—. Mi querida señora, éste es el papel original y va dirigido a ti.

La semielfa se lo quedó mirando fijamente.

—No hablarás en serio.

—Léelo —le urgíó él—. A mí me parece bastante serio.

—Retirada a la Isla Natal..., seréis bien recibidos en las profundas espesuras de Siempre Unidos —musitó Arilyn, mientras examinaba el pronunciamiento y traducía

automáticamente las palabras elfas a la lengua más utilizada entre los comerciantes, el Común.

Al final, dirigió una incrédula mirada a Macumail.

—Procede de Amlaruil de Siempre Unidos. Es una misiva oficial para nombrarme embajadora.

—Ajá..., en efecto. Me la entregó a mí en persona. Lady Laeral Manoplata estaba con la reina en ese momento y también me dio una carta suya.

Laeral Manoplata era una de las pocas personas que empleaban la magia y que se había ganado la confianza y el respeto de Arilyn. A diferencia de la mayoría de los estudiantes de lo misterioso, que a menudo parecían distanciarse del mundo que los rodeaba y se volvían indiferentes al impacto que sus hechizos pudiesen tener sobre los demás, Laeral tenía una agradable tendencia a ser práctica. Como antigua aventurera, con cierta dosis de rufián que todavía conservaba, lady Arunsun apreciaba más los resultados que el protocolo. Se llevaba bastante bien con Arilyn y la semielfa se sentía inclinada a escuchar cuando Laeral hablaba.

Todavía aturdida, Arilyn fue ojeando los papeles hasta que encontró la carta de Laeral, donde la maga le instaba a actuar en nombre de la reina Amlaruil para poder combinar su misión con la tarea que en breve le propondrían los Arpistas.

La semielfa dejó las hojas de pergamino sobre la mesa antes de echarse hacia atrás y mesarse los cabellos por el giro inesperado que habían tomado los acontecimientos. En cierto modo, era la respuesta que había estado esperando. No creía en la idea de que los elfos del bosque aceptaran ningún tipo de compromiso, pero tal vez, sólo tal vez, sí serían capaces de considerar la idea de retirarse a Siempre Unidos.

La gran pregunta seguía, sin embargo, ahí: *¿por qué mandarla a ella?* ¿Por qué había sido elegida como emisaria de Siempre Unidos ella, que no podía reclamar más herencia elfa que la hoja de luna que llevaba atada al cinto?

Una sonrisa fugaz y cínica asomó a los labios de la semielfa. Quizá fuera ésa la respuesta, pensó. ¡Tal vez la familia real había encontrado por fin un modo honorable de reclamar la espada de Amnestria!

Lo habían intentado hacía una treintena de años, cuando la madre de Arilyn, la exiliada princesa Amnestria, había sido asesinada en la lejana ciudad de Evereska, dejando en herencia la hoja de luna a su hija semielfa. La familia de Amnestria había acudido al funeral, aunque Arilyn no tenía ni idea de dónde procedían, pero sí recordaba con diáfana claridad el disgusto de los elfos cuando se enteraron de aquella herencia, así como sus exaltadas quejas de que sólo un elfo de la luna de sangre pura y corazón noble podía blandir aquella espada. Aunque la familia de Amnestria había discutido el asunto en presencia de Arilyn, nadie tuvo una sola palabra de consuelo para la acongojada niña..., ni una sola palabra de consuelo ni de simple aceptación de

su existencia. Los elfos reales portaban velos de luto que oscurecían sus facciones y ella apenas había podido atisbar sus rostros. Y ahora, de repente, ¿esa fría reina sin rostro decidía conceder a Arilyn el honor de una misión real? ¿Una que parecía a todas luces imposible y que, a ojos de Arilyn, podía ser incluso suicida?

En verdad, la semielfa no creía que la reina elfa buscara con premeditación su muerte, pero no alcanzaba a comprender qué razonamiento le impulsaba a encomendarle semejante misión, y ese desconocimiento, unido a unos recuerdos dolorosos, la encolerizaba.

Arilyn alargó la mano para coger la carta real y luego, con deliberada lentitud, arrugó el pergamino hasta formar con él una bola y la encestó en la copa de vino medio llena que había sobre la mesa.

—Confío en que tendrás la amabilidad de hacer llegar mi respuesta a la reina —murmuró parodiando el tono de respeto que el protocolo exigía.

—¿Es tu última palabra? —preguntó Carreigh Macumail, en cuyo semblante quedaba patente la consternación.

La semielfa se retrepó y cruzó los brazos sobre el pecho.

—De hecho, me gustaría añadir unas palabras sobre este asunto. Que las transmitas o no, lo dejo a tu elección. —Acto seguido procedió a describir lo que la reina elfa podía hacer con su ofrecimiento, con tanto lujo de detalles y expresividad que el color desapareció de las rubicundas mejillas del capitán.

Durante largo rato el marino se quedó simplemente mirando a Arilyn. Luego, suspiró y al hacerlo el tonel que constituía su pecho se movió arriba y abajo.

—Bueno, dicen que hasta el viento más huracanado puede cambiar de rumbo —comentó—. El *Caminante en la Niebla* permanecerá anclado en el puerto durante un par de semanas, por si decides cambiar de opinión.

—Yo no apostaré nada —le aconsejó Arilyn mientras se ponía de pie. Lanzó un par de monedas sobre la mesa para pagar su bebida y luego se marchó.

Macumail se quedó observando cómo se marchaba. Una achispada marinera se levantó para obstaculizar el paso a Arilyn, con una mano apoyada en la empuñadura de su daga y una sonrisa desafiante en los labios, pero la semielfa ni siquiera aflojó el paso. Le endilgó un revés a la mujer que la hizo girar sobre sus talones y caer de bruces sobre una mesa donde se celebraba una partida. Los dados y las jarras de cerveza medio vacías salieron disparadas y el seco crujido de la madera al partirse se mezcló con las exclamaciones de sorpresa de los jugadores que habían sido interrumpidos. La mujer se quedó gimiendo entre los restos de la mesa, pero Arilyn no se molestó siquiera en mirar atrás.

La mirada del capitán pasó de la marinera borracha al pergamino empapado de vino que estaba sobre la mesa. Contempló el documento echado a perder con pesar. Luego, volvió a suspirar y extrajo un duplicado de la bolsa.

Siguiendo indicaciones de Laeral, la reina elfa había hecho redactar cinco copias de la comisión de Arilyn Hojaluna. Laeral había explicado tanto a la reina como al capitán que la perseverancia era la única arma de que disponían.

Tras presenciar el primer rechazo de la Arpista, ¡Carreigh Macumail empezó a temer que cinco copias no fueran suficientes!

3

El ladrido de los sabuesos se oía ahora con más intensidad, y la proximidad de los canes era tal que los elfos que huían podían casi oler el fétido aroma de su piel y sentir sus frenéticos jadeos. Aquellos perros eran casi humanos, porque no cazaban para alimentarse o para sobrevivir sino por el sórdido placer que les provocaba la matanza.

No era la primera vez que aquellos animales habían sido introducidos en el bosque. Eran mastines de gran tamaño, tan poderosos que entre dos o tres podían derrotar hasta a un oso adulto, pero a la vez tan veloces que podían atrapar en carrera a un ciervo. Arrasaban con sus gruesas pezuñas los matorrales mientras babeaban como lobos posesos por la influencia de la luna a medida que se acercaban a su presa.

El elfo que iba en cabeza, un joven varón conocido con el nombre de Foxfire [1] por el color bermejo de sus cabellos, echó un vistazo sombrío a sus espaldas. Pronto, los sabuesos los tendrían a su alcance..., y los humanos no andarían mucho más atrás. Se requería poca destreza para seguir el rastro de vegetación destrozada que los perros de caza dejaban tras de sí, como si fuera una gruesa y mellada cicatriz en el bosque.

Foxfire no acababa de decidir cuál de los dos intrusos era menos natural en aquel entorno..., el perro o su amo. Había visto lo que eran capaces de hacer aquellos mastines con un elfo prisionero. Gaylia, una joven sacerdotisa de su tribu, había sido acorralada por aquellos perros hasta tropezar con los dientes de acero de una trampa de pie, y luego había sido degollada por los canes. Los humanos habían dejado su cuerpo destrozado y despedazado para que los elfos lo encontraran y, junto a él, dejaron también las huellas que indicaron a Foxfire que los humanos se habían quedado a contemplar cómo los perros asesinaban a la indefensa sacerdotisa.

—A los árboles —ordenó Foxfire, lacónico—. Desperdigaos, pero no permitáis que os sigan. Nos encontraremos al anochecer en la fresneda.

Los elfos, siete en total, todos ellos armados con arcos y aljabas llenas de flechas negras, se desperdigaron por las copas de árboles centenarios con la agilidad de las ardillas. Allí podían ser invisibles a los ojos de los humanos y quedarían fuera del alcance de las fauces de sus compañeros de cuatro patas. Se esfumaron entre la espesa vegetación, pasando de árbol a árbol cada uno por una ruta distinta.

Sólo Foxfire se quedó en la retaguardia, con la sensación de ser un mapache enraizado en el suelo mientras esperaba que los cazadores acudieran a la llamada de la jauría. Los mastines rodearon el cedro de grandes proporciones sin dejar de ladrar, gruñir y rascar la corteza del macizo tronco. Foxfire era consciente del peligro que entrañaba su posición y jamás habría sido capaz de pedirle a uno de sus subordinados que hiciese lo que él estaba a punto de hacer, pero necesitaba respuestas.

El elfo esperó pacientemente a que los humanos aparecieran a la vista. Eran una veintena, pero Foxfire tenía ojos sólo para uno. Reconocía a aquel humano por su talla corpulenta, la capa gris oscuro que flotaba como una nube de tormenta a su espalda y las botas con puntera de acero que llevaba. El elfo había encontrado unas huellas inusualmente grandes cerca del lugar donde había muerto Gaylia..., unas huellas que se veían limpias cuando alrededor la tierra se veía empapada de sangre, unas huellas que indicaban que el hombre se había quedado allí contemplando el terrible destino de la hembra elfa. Posteriormente, tras el combate que había costado la vida a dos guerreros elfos, Foxfire había vislumbrado de reojo el revuelo de aquella capa gris oscuro mientras el hombre arrastraba a uno de los guerreros elfos para apartarlo de allí..., con un propósito que Foxfire ni siquiera se atrevía a imaginar. Sólo sabía que para los elfos de Tethir aquel hombre era un enemigo formidable y perverso.

Observó con detenimiento el rostro del hombre para recordarlo. Era fácil de memorizar, porque armonizaba con las sombrías hazañas de su dueño: barba negra, nariz aguileña y ojos tan fríos y grises como las nubes de nieve que coronaban las cimas de las montañas Espiral de las Estrellas.

El hombre avanzó a grandes zancadas hacia los alborotados canes, con el semblante contraído por la furia. Dio un puntapié que golpeó las costillas de uno de los mastines con tanto ímpetu que levantó al robusto animal del suelo y lo tumbó de costado, para dejarlo allí gimiendo lastimeramente con las patas estiradas. Los demás recularon con el rabo entre las piernas.

—¡Inútiles perdigueros! —maldijo el hombretón mientras soltaba otra patada, que esta vez no dio en el blanco porque los animales tuvieron el buen juicio de esquivarla.

—¿Incendiamos el árbol, Bunlap? —preguntó uno de los hombres—. ¡Eso hará salir a esos bastardos de orejas puntiagudas!

El cabecilla se volvió para encararse con el que había hablado.

—Si tuvieras el sentido común que los dioses han concedido a un escarabajo del estiércol —repuso con voz fría—, sabrías que los elfos se han marchado hace ya rato. Saltan de árbol en árbol como monos de Chult.

—¿Entonces qué? —preguntó el hombre.

El tipo llamado Bunlap encogió sus voluminosos hombros.

—Digamos que la cacería ha sido un fracaso. Una lástima. Esa granja al sur de Piedra Musgosa, esa que cultiva girasoles, ¡habría pagado una fortuna por más esclavos elfos salvajes! Son los mejores trabajadores que tienen, o eso me dijo el hombre.

—Me da la impresión de que esos elfos escuálidos no valen las molestias que ocasiona pillarlos —apuntó otro hombre, un tipo delgado pero enérgico que llevaba el arco de un elfo del bosque. Foxfire entrecerró los ojos para examinar aquel objeto.

No le cabía duda de cómo lo había obtenido el hombre porque ningún elfo estaría dispuesto a entregar de buen grado un tesoro semejante.

Bunlap respondió al comentario del arquero con una fea sonrisa.

—No, si te gustan esas cosas.

Era más de lo que Foxfire podía soportar sin lanzar una lluvia de flechas negras sobre aquellos asesinos malvados. La verdad era que podía hacerlo; se decía que era el mejor arquero de la tribu elmanesa y no cabía duda de que ¡el mundo mejoraría si se quitaba de en medio a aquellas asquerosas criaturas! No obstante, no podía hacerlo, porque era un líder entre su gente y tenía cosas más importantes que hacer que vengarse de quien lo ultrajaba. Aquellos hombres estaban acosando a los elfos y aunque eso en sí no era una novedad, muchos de los ataques tenían un aire de provocación que confundía a Foxfire. Era como si aquellos hombres estuviesen incitando a los habitantes del bosque, instigándolos para..., ¿para qué? Eso no lo sabía.

—Atad a los perros y en marcha —ordenó Bunlap.

Foxfire esperó a que todos los mastines estuviesen atados y los hombres empezasen a desandar el camino para salir del bosque. Tal como había supuesto, el cabecilla se situó en última posición, como solía hacer. Había percibido que Bunlap estaba más alerta y era más observador que el resto de sus compañeros, lo cual lo convertía en un personaje más peligroso.

Por encima de sus cabezas, el elfo les siguió el rastro, progresando de rama en rama mientras iba abriéndose paso poco a poco y en silencio hacia ellos. El taconeo de las botas contra el suelo y la charla constante y jactanciosa de los hombres le facilitaba la tarea.

En el momento preciso, Foxfire se dejó caer al suelo detrás de Bunlap. El hombre respondió al ruido sordo con una exclamación de sobresalto, pero antes de que pudiera darse la vuelta, Foxfire le agarró del pelo para echarle la cabeza hacia atrás y apoyarle el filo de un cuchillo de hueso en la garganta. Las armas forjadas al fuego eran una rareza en el bosque, pero aquel machete tenía la hoja larga y un filo dentado y afilado. El hombre pareció comprender que el arma no hablaba en broma, porque alzó con lentitud ambas manos.

—Estás lejos de casa —comentó Foxfire con calma, como si estuvieran compartiendo una cerveza mientras conversaban sobre el tiempo.

Al oír la voz, un sonido demasiado musical para proceder de una garganta humana, los demás cazadores giraron en redondo y abrieron los ojos de miedo e incredulidad al ver al elfo de piel cobriza que había aparecido ante ellos. Ninguno de ellos había visto con anterioridad un elfo salvaje a una distancia tan corta, al menos ninguno que estuviera vivo e ileso, y la criatura poseía una mortífera belleza que inspiraba a la vez pavor y respeto.

—Sujetad a los perros y soltad las armas que lleváis —les aconsejó el elfo—. Esto es un asunto entre este caballero y yo..., un asunto entre jefes, si no os importa.

—Haced lo que os dice —corroboró Bunlap en tono frío—. Veo que hablas en Común —añadió con un tono de voz tan calmado como el del elfo.

—Soy elmanés. Mi tribu solía comerciar con tu pueblo hasta que fue demasiado arriesgado. Pero no he venido aquí a hablar de viejas historias. ¿Por qué habéis venido al bosque?

—Justicia —murmuró el hombre con hosquedad.

Foxfire parpadeó. En boca de un hombre semejante, aquella declaración parecía fuera de lugar.

—¿Y eso? —insistió el elfo mientras agitaba ligeramente el filo del cuchillo para acelerar la respuesta.

—No me vengas con que no te has enterado de los ataques que ha hecho tu gente a las caravanas de humanos y a las colonias..., los saqueos, la gente indefensa que ha sido asesinada...

—Es imposible —protestó el elfo, aunque en verdad no estaba del todo seguro de que fuese así. El vasto bosque albergaba muchos núcleos de poblaciones dispersos con poco contacto entre ellos. Era verosímil que algún clan de los elfos más reservados y misteriosos hubiese decidido alzarse en armas contra los humanos.

El jefe humano pareció percibir la ligera vacilación en la voz de Foxfire.

—Yo mismo he tenido que luchar contra elfos salvajes —afirmó—. Les planté cara junto a un grupo de granjeros a los que pretendían masacrar. Varios de los indeseables que sobrevivieron fueron puestos a trabajar en los puestos de aquellos hombres que habían caído bajo el fuego de sus malditas flechas negras.

—El Pueblo del bosque, ¿esclavizado? —inquirió el elfo, atónito. ¡Hasta entre los humanos carentes de leyes de Tethyr se ponían reparos respecto a esas cosas!

—Una vida a cambio de una vida —insistió Bunlap con frialdad—. La justicia adopta muchas formas.

Durante un instante, Foxfire se quedó en silencio mientras intentaba asimilar todas las posibilidades, pero aunque la queja de aquel hombre a propósito de los ataques elfos fuese en parte cierta, no explicaba en ningún modo las cosas que aquel hombre había hecho. Ni tampoco podía Foxfire pasar por alto que aquellos hombres habían acudido al bosque con el propósito de llevarse presos más elfos como esclavos, tal vez para satisfacer su absurdo e ilógico código de justicia. ¿Acaso era posible que aquellos humanos creyesen de verdad que la muerte o la esclavitud de un elfo podía compensar los agravios causados por otro?

«Por todos los cielos y todos los espíritus...», maldijo en silencio. Si el Pueblo del bosque pensara de ese modo, ¡asesinaría a todo humano que se aventurara a ponerse a tiro de su arco! En verdad, había elfos que pensaban de aquel modo y, en aquel

momento, Foxfire se sentía menos inclinado a discutir con ellos que de costumbre.

—Mi tribu no se quedará de brazos cruzados mientras se esclaviza al Pueblo. Si volvéis a entrar en el bosque, mis guerreros os estarán esperando —amenazó Foxfire con voz suave—. Yo mismo me ocuparé de vigilarte *a ti*. Conozco tu cara y he visto tu marca. Ahora conocerás la mía.

El filo del cuchillo se proyectó hacia arriba para trazar un arco en curva desde la espesa barba de Bunlap hasta la mejilla. Con increíble rapidez, el elfo cambió la dirección de la hoja y rasgó hacia abajo para volver de nuevo a trazar una hábil incisión también curva. El hombre soltó un rugido de dolor y rabia mientras se sujetaba la mejilla ensangrentada con una mano. Acto seguido, levantó el otro brazo y embistió con el codo hacia atrás.

No obstante, la única oposición que encontró el brazo fue el aire. El elfo había desaparecido.

—¡Soltad los perros! —aulló Bunlap, y los hombres se apresuraron a obedecer, aunque sospechaban que no serviría de nada. Los animales arrimaron con reticencia el hocico al suelo y empezaron a husmear en círculos, pero el elfo salvaje había desaparecido.

El hombre cargado con el arco elfo sacó un trapo sucio de su bolsa y se lo ofreció al jefe. Bunlap presionó con el vendaje improvisado la mejilla y clavó la vista en el bosque silencioso.

—¿Crees que mordió el anzuelo? —aventuró el arquero.

Una lenta y macabra sonrisa se dibujó en el rostro del cabecilla, todavía más horrible por los restos de sangre seca.

—Apuesto a que sí. Vendrán, y estaremos preparados para recibirlos. Pero os lo advierto. Ese elfo es para mí.

—Pensé que querías alborotar a sus líderes de guerra, no eliminarlos.

Bunlap dirigió al arquero una sonrisa gélida.

—Mi querido Vhenlar. Esto ya no es una simple aventura comercial. Se ha convertido en algo personal.

El arquero palideció. Había oído aquellas palabras muchas veces en multitud de ocasiones, y siempre eran el preludio de conflictos serios. El primer incidente había sucedido varios años atrás, cuando él y Bunlap eran soldados apostados en el Fuerte Tenebroso. Habían sido designados como escolta de un enviado que tenía que atravesar el paso de la Serpiente Amarilla procedente de Zhentil Keep. Una noche, Bunlap, uno de los encargados y él se habían enfrascado en una discusión sobre los dioses oscuros que degeneró en una pelea. Bunlap se había tomado el asunto como «algo personal» y acabó golpeando a su oponente hasta dejarlo medio muerto. Cuando se enteraron de que el hombre herido era un clérigo de alta categoría de Cyric, el nuevo dios de la lucha, no se quedaron para ver cómo se saldaba la

situación. Se dirigieron al sur hasta que Bunlap pensó que quedaban ya fuera del alcance de la Red Oscura, se establecieron en Tethyr y formaron una banda de mercenarios de considerable poder. Bunlap podía haber dejado el zhentilar detrás, pero sus objetivos y métodos no habían cambiado para mejor. En verdad, había ocasiones en que Vhenlar deseaba profundamente librarse de aquel hombre, pero su propia codicia lo mantenía junto a la persona a la cual temía y despreciaba por encima de todas las demás.

¡Y la verdad era que había obtenido provecho! Vhenlar estaba convencido de que en pocos años tendría suficientes monedas acumuladas para retirarse con todos los lujos. Si el coste de todo eso era un puñado de vidas elfas, él no iba a poner ninguna objeción.

Vhenlar acompasó el ritmo de sus pasos al de su jefe y, mientras avanzaban, soñó con las cosas maravillosas que iba a conseguir con su parte del botín mientras acariciaba con ternura de amante la lisa superficie de su arco elfo robado.

Tras dejar Espolón de Zazes a su espalda, Arilyn siguió rumbo al norte por la ruta comercial que cruzaba las llanuras bañadas por el sol que separaban la ciudad de las montañas de la Espiral de las Estrellas. La cordillera tenía una vegetación frondosa gracias al agua de numerosos lagos y arroyos, así como a la abundancia de lluvia e incluso nieve. «Y eso está bien —pensó Arilyn con un toque de humor negro—, teniendo en cuenta la gran cantidad de conflagraciones mágicas que han estallado en la zona estos últimos meses.»

La Arpista se separó del camino para bordear el pie de la montaña más meridional y, tras conducir la yegua hasta una fronda de coníferas, desmontó, ató la montura y cruzó a través de los árboles hasta detenerse ante el muro de roca escarpada y vertical que había detrás. Por en medio de la pared salpicada de musgo cruzaba una hendidura de arriba abajo.

Arilyn se coló por la boca de la cueva y recorrió el laberinto de pasadizos que desembocaba en una caverna profunda e inmensa. En aquel lugar, oculto a los ojos de los escépticos, y de los vengativos, trabajaba el alquimista conocido con el nombre de Chatarrero de Gond.

Era una guarida de aspecto extraño, espaciosa, pero también lo suficientemente atestada para dar la impresión de que bullía de actividad a pesar de que en ella no había más que un ocupante. Apoyadas en las paredes de la cueva se veían estanterías repletas de libros y sobre una docena de mesas había desperdigadas maravillas mecánicas a medio construir. Por aquí y por allí se veían pucheros de cocina y se oía una sinfonía de silbidos y borboteos procedentes de recipientes repletos de sustancias burbujeantes y luminosas.

Arilyn alzó la vista para observar la abertura del techo que hacía las veces de

respiradero y vio que la roca alrededor del hueco estaba llena de nuevas capas de sustancias viscosas y negras, producto de las explosiones que solían acompañar los experimentos de Chatarrero. Los habitantes de Espolón de Zazes estaban ya acostumbrados y no comentaban los breves pero espectaculares fuegos artificiales que de vez en cuando cubrían el cielo, salvo cuando en alguna ocasión deseaban burlarse de los mercaderes nuevos ricos que en apariencia tenían más dinero que buen gusto. Arilyn llevaba contadas ya tres explosiones de aquel tipo desde su última visita a la cueva, y la verdad es que se sintió aliviada al ver que el alquimista estaba sano y de una pieza.

Nadie podía confundir a Chatarrero. Nativo de Lantan, lugar en el que Gond, El Hacedor de Maravillas, dios de los inventos y los artificios, recibía culto casi en exclusiva, Chatarrero poseía el colorido típico de los lantanos, sólo que llevado al extremo. Su escaso pelo rojizo se asemejaba en color y textura al hilo de cobre, la piel cetrina parecía el tono exacto del marfil un poco amarillento y sus ojos, grandes y un poco saltones, poseían una extraña mezcla de tonos verdosos que no tenían parangón en la naturaleza. Siguiendo una costumbre de toda la vida, Chatarrero llevaba una túnica corta de color amarillo brillante, el tono tradicional de Lantan, y sandalias. Sus piernas rollizas y extremadamente arqueadas estaban desprovistas de vello, al igual que su rostro, sin duda como resultado de las muchas explosiones que su trabajo ocasionaba.

Como hábil inventor y osado alquimista, Chatarrero sentía predilección por los artilugios capaces de matar o incapacitar a la gente de un modo innovador. Había sido exiliado de Lantan hacía ya años cuando uno de sus experimentos hizo estallar en pedazos a un personaje influyente y, desde entonces, había sido expulsado de varias ciudades por razones similares.

Arilyn era la primera en reconocer que Chatarrero, cuyo ingenio era sin duda brillante, rozaba la línea entre la excentricidad y la locura, pero aun así el extraño hombrecillo se había convertido en uno de sus aliados más valiosos. La suya era una relación de simbiosis. Durante años, él le había proporcionado gran número de artilugios y sustancias derivadas por procesos alquímicos, y ella se dedicaba a encontrarles un uso práctico, y en el proceso a menudo encontraba aplicaciones nuevas e insólitas que hacían las delicias del alquimista.

Arilyn echó una ojeada en busca de los objetos que había pedido. No existía nunca garantía alguna de que Chatarrero completase un pedido en el plazo de tiempo solicitado. El tiempo tenía poca importancia para aquel hombre, y a menudo abandonaba una tarea que le habían encargado para trabajar en algún juguete destructivo, nuevo y maravilloso, que llamara su atención.

En aquel momento, Chatarrero estaba de pie ante un pequeño hornillo, con la atención totalmente centrada en la sustancia que estaba removiendo. Nubecillas de

vapor se alzaban como volutas de una sartén de acero y perfumaban el aire con un sabroso aroma silvestre a setas cocidas. Era una escena casi hogareña, salvo por los gritos de agonía que emergían de la cazuela y por las grandes setas de color marrón que había en una mesa junto a él, que se agitaban frenéticamente y emitían alaridos de terror mientras esperaban su destino.

Hongos subterráneos.

La certeza hizo recorrer un escalofrío por la columna vertebral de la Arpista. Había oído historias de aquellos extraños hongos que crecían en túneles profundos, pero cómo había conseguido Chatarrero unos cuantos ejemplares y qué planeaba hacer con ellos eran asuntos que ni se atrevía a plantearse.

—¿Cuándo tendrás la máscara? —preguntó.

El sonido de su voz no pareció sobresaltar al alquimista, que ni siquiera alzó la vista. Arilyn no estaba segura de si había detectado su presencia desde el principio o si simplemente el hecho de que estuviera allí le importaba tan poco que le pasaba inadvertida.

—Tercera mesa a la derecha —musitó Chatarrero con voz aguda mientras cogía un tomo viejo y pequeño—. Saltear los gritones hasta que se callen; espolvorear con pulmón de effreeti; añadir dos gotas de baba de mantícora congelada —leyó en voz alta.

Arilyn volvió a estremecerse y fue en busca del objeto que había pedido. Estuvo revolviendo en mitad del desorden hasta que dio con él: media máscara de una sustancia pálida y flexible que se parecía en gran medida a la piel de un elfo de la luna, salvo por el diminuto engranaje que había oculto detrás de los ojos pintados de la máscara.

De una de las paredes de la caverna colgaba un espejo porque, a pesar de que sin duda Chatarrero carecía de belleza física, era un personaje muy peculiar en cuanto a los cuidados que dispensaba a su persona. Arilyn se acercó a él y se ajustó la máscara al rostro. El fino material se quedó pegado a su piel y fue adquiriendo color a medida que se iba calentando hasta alcanzar el tono pálido exacto de su rostro, incluso con los ligeros toques azulados de sus mejillas. Pero lo más increíble eran los ojos. No sólo eran una réplica exacta de los suyos, grandes, con forma de almendra y con un distintivo tono elfo azul oscuro con pintas doradas, sino que además parpadeaban de vez en cuando de la forma más realista. Podía ver a través de ellos, pero cuando cerró sus ojos y alargó una mano para tocar la máscara, comprobó encantada que los otros seguían abiertos. Lo más extraordinario de todo era que Chatarrero se las había arreglado para imbuir a la máscara de una expresión de ensoñadora contemplación que servía mucho a su propósito.

—¿Cómo has hecho esto? ¿Magia?

Chatarrero respondió sorbiendo por la nariz burlonamente, una actitud que

agradaba en gran medida a Arilyn porque ella misma tenía más fe en los inventos del alquimista que en los caprichos de la magia. Además, los elfos del bosque habrían detectado con más rapidez una ilusión mágica que una mecánica. Aunque Arilyn no había decidido todavía si iba a aceptar la misión del bosque, de una cosa estaba segura: si tenía éxito, sería en gran parte gracias a los artilugios de Chatarrero.

Fingir ser elfa no era ningún problema para Arilyn, al menos durante cortos espacios de tiempo. En muchos aspectos había heredado los rasgos propios de la raza de su madre, desde sus ojos decididamente elfos hasta la velocidad con que manejaba la espada. Su perlada piel y una mata de pelo negro como el azabache eran habituales entre los elfos de la luna, y su silueta esbelta se correspondía con la de los elfos..., aunque era casi un palmo más alta que la mayoría. La actividad constante y la lucha diaria que suponía su pertenencia a la Cofradía de Asesinos de Espolón de Zazes le habían otorgado el aspecto ojeroso típico de cualquier elfo de la luna. Mientras el rostro elfo tendía a ser bastante anguloso, el suyo era ovalado, pero tenía las orejas casi tan puntiagudas como las de los elfos de pura raza, y sus facciones eran delicadas y finas. Sin embargo, había una serie de cosas que podían delatarla y la más importante de todas era el hecho de que ella dormía y, los elfos, por lo general, no.

La mayoría de los elfos de Toril descansaban mediante un estado de meditación profunda conocido con el nombre de ensueño. Arilyn nunca había sido capaz de sumirse en el ensueño y, cuando fingía ser elfa, tenía que alejarse mucho para obtener el reposo necesario. La máscara era un simple engaño. Como un elfo nunca se acercaría a otro que estuviese sumido en ese estado de letargo excepto en caso de extrema emergencia, podía ponerse la máscara y dormir por debajo sin ser molestada.

Un sonoro burbujeo interrumpió sus pensamientos. Arilyn se dio la vuelta justo a tiempo de ver una nube de humo negro que se alzaba hacia lo alto de la caverna. Chatarrero no parecía ni herido ni alterado por lo sucedido y contemplaba el contenido humeante de su cacerola con satisfacción. Luego, cogió un embudo y vertió con cuidado el líquido en un frasco de cristal.

—Esto servirá —comentó en tono alegre. Al final, alzó la vista para mirar a Arilyn, y añadió—: ¿Cantas?

La Arpista parpadeó, sorprendida.

—No tengo costumbre.

—Una lástima. —Chatarrero se frotó la imberbe barbilla, meditabundo. De repente, chasqueó los dedos y, tras rebuscar entre el barullo que había sobre la mesa que tenía detrás, extrajo de la pila una tapadera de gran tamaño. Acto seguido, vertió una única gota del fluido todavía humeante sobre el metal y alzó la tapadera para cubrirse con ella el cuerpo como si fuera un escudo.

—Ten la amabilidad de atacarme —pidió. Al ver que ella dudaba, señaló—: Si la poción no ha podido dañar a una débil lámina de acero, ¿no creo que pueda hacer

daño a una espada elfa!

Al ver que el comentario tenía lógica, Arilyn desenfundó la hoja de luna y amablemente golpeó con la parte roma el escudo casero. De inmediato reverberó en la caverna una nota sonora y profunda, como oíría el repique de una campana gigante una persona que se situara directamente debajo del campanario.

La Arpista soltó una maldición y se llevó ambas manos a las orejas para proteger sus sensibles oídos. Chatarrero se limitó a sonreír, a pesar de que las vibraciones del «escudo» le subieron por ambos brazos y le hicieron temblar la barbilla.

—¡Oh, excelente! Un resultado magnífico —gritó, contento. Luego, sin cesar de sonreír, Chatarrero dejó a un lado la tapadera y, tras tapar el frasco con un pedazo de corcho, se lo tendió a Arilyn—. Tal vez encuentres utilidad para esto en tus viajes. No te lo bebas —le aconsejó—. Al menos, no con el estómago vacío. Te retumbaría...

Aunque la respuesta que se le ocurrió a Arilyn se quedó en sus labios ante aquel último absurdo, cogió el frasco y lo metió con tiento en su bolsa.

—¿Y las otras cosas? —preguntó, gritando para hacerse oír por encima del estruendo.

—La mayoría —respondió el alquimista, benévolo. Rebuscó por el extremo más alejado de la cueva hasta extraer un paquete envuelto en papel de una pila de bultos parecidos—. Éste es para ti. He añadido algunos artilugios para que los pruebes. Acuérdate de contarme cómo te han ido.

Arilyn vio que varios de los paquetes estaban adornados con la insignia de Balik, el nombre del bajá dirigente de Espolón de Zazes.

—Veo que Hasheth ha estado por aquí.

—Sí..., un gran muchacho —comentó el alquimista.

La Arpista no estaba segura de compartir aquella opinión, aunque era cierto que el joven príncipe Hasheth había demostrado ser un contacto valioso. A través de él Danilo había tenido acceso al palacio y ella misma había obtenido mucha información útil de Espolón de Zazes. Había sido Hasheth quien la había ayudado a instalar a Chatarrero en un maravilloso taller oculto en las montañas que se alzaban sobre la ciudad y quien continuaba suministrando al alquimista los ingredientes necesarios, a menudo a sus expensas. No obstante, Arilyn no acababa de olvidar los detalles de su primer encuentro: Hasheth era un estudiante de asesino y ella la presa que le habían asignado. A pesar de que el joven príncipe le había abierto una puerta a la siempre custodiada Cofradía de Asesinos y desde entonces había dedicado sus esfuerzos a otros asuntos profesionales, para la semielfa no pasaba inadvertido el brillo de rapiña que veía en sus ojos negros cada vez que la miraba.

O tal vez fuera que estaba simplemente acostumbrada a esperar siempre lo peor de todo aquello que miraba.

—Pronto veré ogros debajo de todas las camas y elfos drow detrás de todas las

sombras —murmuró.

—Eso me sucedió a mí una vez —corroboró Chatarrero. En apariencia, su oído recuperaba la normalidad con sorprendente rapidez—. Los vapores, ya sabes..., estuve cazando moscas invisibles durante días.

Arilyn suspiró mientras se cargaba a la espalda el paquete.

—Me han asignado otra misión. Quizá me ausente una temporada.

—¡Oh! ¿Nos mudamos otra vez?

No era una pregunta carente de sentido. Unos cuantos años atrás, una explosión en Suzail había destruido gran parte del castillo perteneciente a un noble muy influyente y había obligado a Chatarrero a exiliarse, pero al cabo del tiempo Arilyn había descubierto que en vez de ir en su busca cuando necesitaba su ayuda, le resultaba más práctico ubicar al alquimista cerca de su base actual de operaciones. Cubría la mayor parte de sus gastos con los honorarios que recibía como aventurera al servicio de los Arpistas y consideraba todas aquellas monedas de cobre bien gastadas.

—Puedes quedarte aquí hasta que regrese. Si necesitas algo, ponte en contacto con Hasheth.

—Buen chico —repitió Chatarrero—, aunque espero que se quede cerca de Espolón de Zazes. No soy bien recibido en Saradush, Ithmong o Myratma —confesó, citando al resto de las ciudades de importancia en Tethyr.

Arilyn volvió a suspirar.

—Dime, Chatarrero, ¿existe alguna ciudad en todo Toril de la que no hayas hecho saltar por los aires al menos una parte?

—Zhentil Keep —respondió el alquimista sin un momento de vacilación—. Por supuesto, para hacerlo allí tendría que ser un hombre más valiente de lo que soy.

El comentario hizo que la Arpista soltara una exclamación.

—Casi lamento oír eso —confesó con una mueca—. Si hay una ciudad que necesite una limpieza a fondo, es ésa.

—Bueno, alguien lo hará antes o después —respondió Chatarrero con gesto ausente y los ojos verdes clavados en una sustancia resplandeciente que burbujeaba en una caldera de gran tamaño—. Ahora, si me disculpas...

Arilyn captó la indirecta y, tras salir de la cueva, se dispuso a regresar a la ciudad. Espoleó a fondo a su montura porque deseaba estar en la sala del consejo de la Escuela del Sigilo antes de que saliera la luna. Con la llegada de la noche, se publicaban más servicios y los asesinos acudían a pujar por los trabajos de su elección. En ningún otro momento conseguía Arilyn tanta información útil sobre lo que sucedía en los bajos fondos de Espolón de Zazes.

Cruzó el portal principal del recinto cuando ya era oscuro y, tras darle las riendas de la yegua al mozo que salió a recibirla, se apresuró a acercarse a la sala del consejo

para revisar los pedazos de pergamino clavados en la puerta. No había nada de gran interés: un panadero deseaba vengar un insulto que había sido proferido contra su masa de pan; una mujer de un harén estaba dispuesta a pagar por la muerte de un hombre que se había declarado eunuco y que había resultado falso; un adinerado coleccionista deseaba que se recuperara de la cámara del tesoro de un rival una pieza que le había sido robada.

—Hay poco donde elegir esta noche —comentó una voz susurrante junto a Arilyn.

Al darse la vuelta, la Arpista se topó con la única hembra que había, aparte de ella misma, en la Cofradía de Asesinos: una belleza exótica que recibía el nombre de Hurón. En opinión de Arilyn, el apodo le hacía justicia: era delgada como un látigo y de facciones angulosas, con ojos negros que no parecían humanos y una nariz larga y esbelta, y sólo le faltaban unos bigotes para ponerse a husmear. También en carácter se parecía a un hurón, pues era implacable y despiadada.

En el seno de la cofradía, Hurón era una especie de misterio. Nunca había sido vista sin la gruesa capa de maquillaje, el turbante apretado y los guantes que solía llevar, ni tampoco se la había oído hablar en un tono de voz más alto que un susurro. Corrían rumores de que había quedado desfigurada a causa de algún accidente, pero aparte de aquellas particularidades, no había ninguna imperfección aparente en su belleza, que acentuaba al ir siempre ataviada con ropa de seda tan ajustada que parecía que había sido pintada sobre su esbelto cuerpo. Aquella noche llevaba un vestido del color de las piedras preciosas que se asemejaba al vistoso plumaje de un pavo real, a conjunto con unos pendientes hechos con plumas de ese mismo animal que llevaba en el lóbulo de la oreja, la única parte visible que sobresalía por debajo del turbante de color azul cobalto.

Hurón cruzó los brazos sobre el pecho y se recostó indolente en la jamba de la puerta.

—¿Qué trabajo te hace ilusión: el panadero, la puta o el ladrón?

—El panadero seguro que no —respondió Arilyn con una sonrisa—. He probado sus bollos y creo que nadie se merece la muerte por haberlos insultado. Deseo una larga vida a esa voz crítica y creo que puede hacer carrera en algún otro lugar.

—Ah, sí —se burló Hurón—. ¡Los dioses prohíben que le quites la vida a un hombre inocente! Yo creo que, de verdad, deberías coger el segundo: ver a una chica de harén trabajando puede servirte de ejemplo.

La Arpista se encogió de hombros ante el insulto. No era la primera vez que Hurón se mofaba de Arilyn por su tendencia a la soledad y la castidad. De hecho, la burla favorita de la asesina respecto a su colega semielfa era llamarla *semimujer* en tono mordaz.

Según todos los informes, Hurón no tenía tantos escrúpulos. Decían que la mujer

era omnívora, con un apetito y una habilidad que dejaba boquiabiertos incluso a los adinerados y aburridos nobles de Espolón de Zazes que deseaban imitar las costumbres del bajá y que mantenían numerosos y exóticos harenes.

Hurón era también muy, muy buena blandiendo una espada, y en más de una ocasión Arilyn se había preguntado por qué no la había desafiado a ella. Entre todos los asesinos de la cofradía, Arilyn pensaba que Hurón era la que tenía más posibilidades de quitarle su Fajín de Sombra, pero la mujer de ojos negros parecía contenta con su categoría y prefería invertir su tiempo y energías en encargos que le reportasen honorarios.

Y hablando de honorarios, Arilyn se fijó en que el coleccionista estaba dispuesto a pagar bien por recuperar su propiedad robada, y como últimamente había tenido muchos gastos, arrancó el tercer papel de la puerta. Hurón soltó una exclamación de asombro: coger una solicitud antes de que el resto de los asesinos tuviese ocasión de pujar por ella era considerado una falta grave en las costumbres de la cofradía.

—Aquí sólo estamos tú y yo —señaló Arilyn, agitando el pergamino debajo de las narices de Hurón—. ¿Lo quieres hacer tú?

—Es un trabajo para dos, y los honorarios son sin duda elevados para pagar a dos asesinos —observó la mujer con frialdad—, pero te lo dejo a ti de todas maneras. Antes preferiría recibir dinero de un harén que tener como compañera a una semielfa.

Arilyn parpadeó, sorprendida por el veneno que denotaba la voz de la mujer. Vivían bastantes semielfos en Tethyr y, por lo general, se los trataba bien y era poco corriente encontrar una animadversión tan acusada.

—Tú verás. —La Arpista se volvió para marcharse. No quería malgastar energía con los prejuicios de la mujer, pues tenía mucho por hacer: enviar a un mensajero al coleccionista con una aceptación provisional del encargo y una solicitud de más información; encontrar alguien que dispusiera de un plano del palacio del rival y que quisiera vender esa información y planear un método para esquivar a los vigilantes y las protecciones mágicas que sin duda salvaguardarían el tesoro. Por fortuna, el objeto que se reclamaba era pequeño: una diadema de plata con incrustaciones de amatista. No siempre sucedía así. En una ocasión, Arilyn había recibido el encargo de recuperar la cabeza montada y rellena de un basilisco. Desde luego, no fue su trabajo preferido porque probablemente habría sido más fácil cazar y derribar a un monstruo vivo.

—No suelo llevar diadema, pero si ves algún collar o algún broche bonito, tráeme dos o tres —murmuró Hurón a su espalda—. ¡Te pagaré la mitad del valor de mercado de las gemas y te ahorraré la molestia de encontrar un comprador!

Arilyn ni siquiera respondió, porque no tenía ninguna intención de coger otra cosa que no fuera el objeto solicitado y sabía, por el tono de burla de Hurón, que la mujer sospechaba lo mismo. Aquello la dejó un poco inquieta. La breve conversación con la

exótica asesina le había dejado claro que, fuera cual fuese la razón, Arilyn se había ganado otro enemigo en el seno de la Escuela del Sigilo, y uno que se había tomado la molestia de observarla de cerca.

Siguiendo un impulso, la Arpista giró y salió del recinto. Había planeado ir directamente a la cofradía de mujeres para dormir un poco porque las tareas a las que tenía que enfrentarse eran muchas y difíciles, y había descansado poco últimamente, pero dudaba que consiguiera pegar ojo aquella noche si permanecía en la guarida de Hurón. Todavía le quedaba dinero suficiente en los bolsillos para alquilar una habitación en una posada modesta, y bien se merecía una noche de sueño.

—Pronto veré ogros debajo de todas las camas y elfos drow detrás de todas las sombras —murmuró mientras caminaba, repitiendo para sí la frase de burla que había dicho en la cueva de Chatarrero, pero en esta ocasión el ejercicio no le proporcionó alivio porque las mismas palabras que antes habían servido de mofa ahora tenían aire de presentimiento y resonancia de advertencia.

La cautelosa Arpista se tomó al pie de la letra el consejo y, mientras avanzaba por las calles iluminadas de Espolón de Zazes, sopesó todas las sombras y mantuvo a todos los transeúntes con los que se cruzaba a una distancia que le permitiera llegar con el filo de su espada.

Quizá fuese un modo de vida solitario y agotador, pero Arilyn lo prefería a la alternativa. La muerte era la compañera habitual de un aventurero y había bailado con ella durante casi treinta años sin rendirse. La supervivencia era cuestión de honradez: uno sólo tenía que seguir la melodía, conocer el terreno y no perder nunca el paso.

La analogía dibujó una fugaz sonrisa en los labios de Arilyn. Tenía que recordar aquello y pasárselo a Danilo cuando volviesen a verse. Sin duda él sería capaz de calibrar la poesía que encerraba y moldearlo en una de sus baladas melancólicas..., una canción que nunca sería escuchada por su frívola audiencia. El joven era un compositor aficionado y prolífico que poseía dos tipos de composiciones: una colección de baladas humorísticas, a menudo obscenas, que interpretaba en los salones y salas de fiesta de Aguas Profundas, y las canciones meditabundas y las tonadas que se regalaba a sí mismo, y a ella. Arilyn sabía que ella era la única persona que había compartido con él aquellas melodías tan profundamente sentidas. Habían pasado muchas veladas juntos, sentados en plena naturaleza al lado de una hoguera, Danilo cantando al ritmo de su laúd y Arilyn contemplando las estrellas, imbuyéndose a la vez de la luz de las estrellas y la música con un júbilo silencioso y elfo.

Un ruido de pasos a su espalda sacó a Arilyn de sus ensoñaciones para devolverla a las calles de Espolón de Zazes. La cadencia de aquellos pasos iba medida con sus propias zancadas, largas y rápidas, lo cual solía ser una señal de que la estaban siguiendo. Esta vez no debía de ser un asesino, sino probablemente un ladrón

callejero, porque el hombre no intentaba avanzar en silencio. Los ladrones más habilidosos solían mezclarse con la multitud y su éxito dependía de su destreza y rapidez con las manos.

Arilyn echó un vistazo a su izquierda. No cabía duda, le seguía un hombre sucio y desastrado, con una botella medio vacía de rivengut en las manos y murmurando para sí. No obstante, a pesar de su caminar vacilante de borracho, conseguía seguir el mismo ritmo que ella.

Era una estrategia muy habitual: un par de ladronzuelos elegían un señuelo y, mientras uno se fingía borracho para distraer a la víctima, el otro actuaba por detrás. La estrategia de contraataque también fue sencilla: cuando el «borracho» giró hacia ella, Arilyn lo cogió del jubón y, haciéndolo girar, lo lanzó de pleno en los brazos abiertos de su compañero. Ambos se precipitaron de bruces al suelo, y el primero soltó una maldición con tanta convicción que quedó patente que su estado de embriaguez era fingido.

El «ataque» hizo que varios transeúntes miraran con recelo a Arilyn, pero ninguno de ellos se molestó en intervenir ni en censurarla por ello. También se fijó en que ninguno hizo el más mínimo esfuerzo por ayudar a los hombres caídos al suelo, ni preguntó cómo se encontraban.

La semielfa siguió su camino y, mientras avanzaba, intentó en vano recuperar el sueño de fragancias silvestres, luz de luna y soledad compartida. Aquellos momentos le resultaban cada vez más difíciles de encontrar con cada día que pasaba entre aquellos humanos faltos de escrúpulos. Pronto temía que desapareciesen por completo y, con ellos, los exiguos vestigios de su alma elfa.

4

Pasaban los días y Arilyn seguía tan lejos de poder cumplir su último encargo como la noche en que había arrancado el papel de la puerta de la sala de consejos. La suerte había querido que el hombre al que según el contrato debía robar fuese un tal Abrum Assante, miembro de su misma profesión fingida. En su día había sido un maestro asesino, y se había retirado hacía unos años de la Escuela del Sigilo para disfrutar de la riqueza que con tanto sudor había ganado.

Hasta el momento, los preparativos habían sido mucho más difíciles de lo que Arilyn había previsto. No es que expoliar palacetes fuese algo sencillo; la mayoría de los hombres adinerados solía acumular prudencia a la par que riquezas a lo largo de su vida, pero un *asesino* rico se suponía que resultaría incluso más precavido de lo normal. Assante vivía arropado por suficientes capas de intriga, poder y magia para descorazonar a todos salvo a los más insistentes y en su intento de infiltrarse en la fortaleza de aquel hombre, Arilyn se encontró con que debía explotar hasta más allá de lo que jamás supuso su habitual perseverancia.

Salvo el personal del servicio doméstico de Assante, que vivía cuidadosamente aislado en su palacio, no había hombre o mujer vivo que conociese los secretos de la fortaleza. Arilyn llegó incluso a buscar los nombres de unos cuantos criados ya fallecidos, porque hasta los hombres muertos *podían* revelar secretos, siempre y cuando uno pudiera permitirse el gasto de contratar los servicios de un clérigo suficientemente poderoso para invocar sus espíritus. La Arpista no había utilizado nunca con anterioridad estas tácticas, pues los elfos eran muy reticentes a perturbar el reposo de aquellos cuya vida había ya acabado, pero descorazonaba la poca información que podía recopilar entre los vivos.

Gracias a la ayuda de varios sobornos bien empleados, Arilyn tuvo acceso a los libros de registro de varios traficantes de esclavos, donde pudo revisar las ventas realizadas a Assante durante los últimos veinte años. Con grandes dosis de paciencia, contrastó aquellos nombres con la relación de fallecidos que habían sido enterrados en las criptas baratas que se reservaban para esclavos, pero todo aquel trabajo burocrático, una tarea que Arilyn odiaba tanto como le desagradaba la idea de molestar a los muertos, no le sirvió de nada. Según parecía, ninguno de los sirvientes de Abrum Assante había sido enterrado en Espolón de Zazes o sus cercanías. O bien habían conseguido algún tipo de inmortalidad, o se deshacía de los cuerpos en el interior del palacio.

Aquella última explicación parecía, en opinión de Arilyn, lo más verosímil. El palacio de Assante, una maravilla de mármol rosado e ingeniosas ilusiones ópticas, era un monumento a la afamada riqueza y cautela de su propietario, una bóveda enorme que conservaba miles de secretos. El extenso terreno estaba rodeado por un

muro alto y grueso que parecía relativamente fácil de escalar. Sin embargo, era una primera ilusión, pues el muro, cerca del extremo superior, se curvaba suavemente hacia afuera para acabar sobresaliendo en un borde amplio, cortado a pico y sesgado. No había ningún asidero ni ningún lugar seguro donde apoyar un gancho, y contaban que los ladrones aficionados a menudo encontraban la muerte al precipitarse contra el suelo de piedra.

Las cosas no mejoraban en el interior del patio, que era todo lo que la mayoría de los invitados de Assante había llegado a ver del recinto. Tras investigar e interrogar a muchos de aquellos invitados, con un disfraz distinto en cada visita, Arilyn consiguió reunir unos desalentadores retazos de información. Por la parte interna del muro, en los cuatro lados que constituían el perímetro del patio, había unas pozas largas y estrechas cuyas plácidas superficies, según contaban los rumores, no eran de agua sino de ácidos altamente corrosivos. No obstante, algunos visitantes aseguraban haber visto cisnes y plantas acuáticas en el supuestamente foso mortal. Tras meditar sobre todas las pruebas de que disponía, Arilyn se decantó por pensar que era ácido.

Todos parecían estar de acuerdo en un punto: cuatro gráciles puentes, uno en cada lado del patio, cruzaban el foso y tras ellos se veía una resplandeciente nube azulada que disipaba cualquier ilusión mágica. Nadie podía introducirse en el patio sin vadear el foso o cruzar la neblina, lo cual por sí solo era suficiente para convencer a la semielfa de que las pozas eran mortales. Además, después de ingerir varias jarras de cerveza, uno de los visitantes de Assante le había confiado que había visto cómo uno de los cisnes se introducía en la niebla y desaparecía. Aparentemente, los cisnes eran también meras ilusiones ópticas.

Los animales y las plantas no eran las únicas sorpresas de aquel jardín. La mayoría de las estatuas y gárgolas estaban agrupadas en parejas y se rumoreaba que una de cada pareja era una ilusión y la otra una criatura viviente, aunque nadie estaba seguro de cuál era cuál. Asimismo, los puentes estaban flanqueados por un par de guardias calishitas idénticos, pero se trataba también de otro pequeño truco cuyo objetivo era hacer creer a los visitantes que no había más que un guardia y su reflejo mágico. En realidad, cada par de guardias era una pareja de gemelos idénticos, elegidos con esmero y entrenados para que cada uno se moviera al compás de los movimientos del otro con precisión exacta..., hasta el momento en que convenía que uno de ellos atacara individualmente y por sorpresa. Arilyn estaba empezando a comprobar que Assante poseía una mente oscura y retorcida.

El propio palacio era un edificio de grandes proporciones y forma suavemente oval: no tenía esquinas donde pudiese ocultarse nadie al acecho, ni tampoco cubierta de plantas decorativas en la base ni parras que treparan por sus muros rosados. Era de varias plantas, diseñado según las formas de un antiguo zigurat: una mole piramidal de plantas sucesivamente más estrechas y de forma ovalada. Tenía torres y almenas,

pero sólo en el piso superior, en cuyo centro se alzaba una torre alta desde la que los centinelas tenían una excelente visión del suelo, los muros y las casas de alrededor del palacio. Era una de las fortalezas más extrañas con que se había encontrado nunca Arilyn, pero también la que mejor podía estar defendida.

Ninguno de los trucos habituales de los asesinos podía funcionar porque Assante los conocía todos y sin duda habría tomado precauciones. Los disfraces mágicos eran inútiles porque todo aquel que cruzara un puente tenía que pasar por la niebla reluciente que negaba las ilusiones mágicas. No había acceso alguno ni por encima, ni alrededor, ni a través, lo cual hizo concluir a Arilyn que sólo le quedaba una opción: por *debajo*.

En su opinión, el palacio debía de tener al menos un túnel para escapar. Ningún asesino que hubiese llegado a la venerable edad de que disfrutaba Assante podía haber omitido una precaución tan básica. El problema era encontrar el punto donde desembocaba y luego ver el modo de utilizarlo para entrar, porque muchos túneles diseñados como vía de escape sólo se podían usar en un sentido.

La respuesta le fue llegando despacio, a pequeñas dosis. Uno de los pocos visitantes que había entrado en el palacio le habló de una fuente que olía a minerales, señal indefectible de que se alimentaba de algún manantial. Una vía de escape subacuática era poco normal, pero no imposible. ¿Dónde estaría en ese caso la fuente? En Espolón de Zazes había docenas de manantiales que recibían sus aguas de las montañas de la Espiral de las Estrellas y eran corrientes en la ciudad los baños públicos contruidos sobre aguas termales cálidas y efervescentes.

Eso fue lo que al final le proporcionó la clave. Aunque el precavido Assante nunca habría puesto los pies en una casa de baños, mantenía un establecimiento de ese tipo para el disfrute de sus amigos y sus socios, aunque no era del dominio público. Arilyn se pasó más de dos días rastreando la pista de los pocos documentos que confirmaban que Assante era propietario de una lujosa casa de placer y salud, y al mismo tiempo aprendió que el antiguo asesino poseía gran cantidad de bienes raíces en Espolón de Zazes. Guardó la información para utilizarla en el futuro y se dedicó a la tarea de encontrar el túnel.

La señora Penélope, administradora y gerente de Las Arenas Espumosas, observó a su nueva aspirante con mirada experta. Nunca con anterioridad había contratado a una mujer semielfa en una casa de baños, ni tampoco ninguno de sus competidores, pero una innovación tan absoluta podía servir de anzuelo para atraer más clientela.

Ésta en concreto era una hembra muy atractiva. Quizás un poco delgada, ¡pero con una piel tan perlada! Después de pasar unas horas en las estancias repletas de vapor, la mayoría de las muchachas tenían la piel tan enrojecida y descuidada como pescaderas en día de lavado. Y, sin embargo, la semielfa tenía un aspecto bastante

delicado y en el trabajo no todo era belleza y placer; había trabajo duro que llevar a cabo.

La administradora observó las referencias que ofrecía la semielfa, que eran asimismo impresionantes. Había trabajado como cortesana en el palacio de lord Piergeiron, en la decadente ciudad de Aguas Profundas, lo cual hablaba a favor de su discreción y conocimiento de los usos y costumbres de la corte. Había trabajado como cabaretera en La Sirena Candorosa, una sala de fiestas de lujo y balneario situada en el ajetreado distrito de los Muelles de la misma ciudad, lo cual indicaba que conocía el tipo de clientela y podía manejar un amplio abanico de personas. Y, finalmente, había sido contratada en el domicilio privado de un rico barón en las norteñas tierras de Amn, lo cual demostraba que tenía habilidad suficiente para captar la atención de un hombre que podía permitirse todo tipo de lujos. La semielfa era también conocida del joven príncipe Hasheth, y Penélope sabía que en última instancia prevalecía la conveniencia de mantener lazos de cordialidad con quienquiera que ostentase el poder en aquel momento.

Le quedaba una prueba por hacer, porque Penélope se comprometía a proporcionar seguridad a sus clientes, y no sólo placer. Sacó una caja de madera labrada de su escritorio y extrajo de ella una pizca de polvo amarillo. Se la puso en la mano y sopló al aire. De inmediato, el colgante de marfil que llevaba la semielfa colgado del cuello empezó a brillar con una luz azulada..., signo inequívoco de que el adorno contenía magia de algún tipo. La aspirante no pareció sorprendida ni desazonada por aquel descubrimiento y Penélope se preguntó cómo reaccionaría la semielfa si supiera que aquellos polvos también la obligaban a responder con sinceridad a sus preguntas.

—¿Qué tipo de artilugio es eso? —preguntó la señora.

Una sonrisa recatada apareció en los labios de la semielfa.

—Es un amuleto de respiración bajo el agua. En mi trabajo he descubierto que la habilidad para permanecer bajo el agua mucho rato puede ser... útil.

Penélope abrió la boca de par en par y luego la cerró con un ruido sordo. Asintió, pensativa, mientras consideraba todas las posibilidades.

—¿Podrías empezar mañana?

Arilyn caminaba en silencio por el túnel mientras iba contando los pasos y se concentraba con intensidad en la distancia y la dirección que recorría. Podía encontrar el camino en un páramo abierto o en las profundidades de un bosque con la misma habilidad que cualquier aventurero, pero su sentido de la dirección se veía mermado considerablemente en aquel pasillo subterráneo. Por fortuna, el túnel era corto y relativamente recto, pues no había necesidad de trazar falsas curvas y disponer multitud de pasadizos laterales ya que el túnel estaba verdaderamente escondido. Si

las estimaciones de Arilyn eran correctas, desembocaría en los sótanos del palacio de Abrum Assante.

De repente, el suelo del túnel se convirtió en una prolongada pendiente y, al pie de la rampa, Arilyn vislumbró la agitada calidez del manantial de agua mineral. No le cabía duda de que aquello conduciría directo al palacio de Assante, pero también tenía la certeza de que en el agua le acechaban una o dos sorpresas.

La Arpista tomó aire profundamente, aunque el amuleto de respiración bajo el agua convertía el gesto en inútil, y luego se zambulló en el agua. Nadó hacia abajo y luego se inclinó todavía más y siguió sumergiéndose en las profundidades. El túnel proseguía durante unos seis metros, según los cálculos de Arilyn, pero en el lado de la pared rocosa vio un agujero de poco más de sesenta centímetros de diámetro, con el borde redondeado como si fuera el ojo de buey de un barco.

Arilyn oteó por la abertura y al otro lado vio una especie de pozo ancho. La pared de piedra se veía salpicada de varias aberturas más de similar forma y tamaño. Arilyn desenfundó una daga diminuta de su cinto y la calzó en una hendidura que había junto a la abertura. Sería demasiado fácil perderse merodeando de agujero en agujero sin encontrar el camino de salida y, a pesar de llevar un amuleto de respiración bajo el agua, el tiempo que podía pasar en aquel pozo era limitado. En el fondo del hueco, situados a unos dos metros por debajo de ella, se apiñaban varios crustáceos de grandes proporciones que buscaban frenéticamente comida.

Arilyn no había visto nunca criaturas semejantes, y no tenía ni idea de qué nombre recibirían. Tenían más de dos metros de longitud, sin contar las colas en forma de abanico y las antenas, y avanzaban por el fondo con ayuda de varios pares de patas pequeñas y curvas. A todo lo ancho de la cabeza se abría una boca grande, sin dientes, y el par de antenas se movía sin cesar a tientas, una barriendo el suelo y la otra debatiéndose en el agua. Las criaturas iban protegidas con un caparazón translúcido a modo de coraza. Arilyn tardó un rato en descubrir a qué le recordaban aquellos bichos. A todos los efectos, eran como camarones gigantes.

Una de las criaturas se removió en el agua, agitando los pies. Al pasar, lo suficientemente cerca para que la Arpista lo tocara, vio con toda claridad el destino al que estaban condenados los antiguos sirvientes de Assante. Las entrañas del crustáceo gigante eran claramente visibles, desde una única y larga vena pulsante que le cruzaba la espalda hasta el halfling a medio digerir que llevaba en el estómago.

Arilyn observó el fondo del pozo, donde se veían varias rocas de gran tamaño, varios cabos de cuerda y nada más. Era evidente que todo aquel del que Assante quería librarse era lanzado por el pozo con una roca atada al cuerpo y los camarones se encargaban de devorar todo y a todos los que les ponían al alcance.

Sin embargo, Arilyn se sentía a salvo donde se encontraba. Los crustáceos eran demasiado grandes para pasar a través de las aberturas de la pared. Se quedó

observando las criaturas durante un rato para ver el ritmo de sus movimientos y juzgar su velocidad. Al cabo de un rato, desenfundó la hoja de luna y esperó. Cuando una de las criaturas se aventuró de nuevo a su alcance, de una estocada le partió tres patas, que cayeron al fondo. Al instante, el resto de los crustáceos se abalanzaron sobre ellas para luchar por los bocados de alimento mientras blandían las antenas como si fueran látigos. La criatura lisiada, incapaz de nadar, cayó en espiral hacia una muerte cierta.

Convencida de que los crustáceos gigantes estarían ocupados durante un tiempo, la Arpista salió disparada por el hueco en dirección hacia la luz. El reflejo de ésta era débil, lo cual indicaba que probablemente iba a emerger en una cámara oscura, y con suerte desierta.

A pesar de todo, Arilyn asomó la cabeza por la superficie despacio y en silencio, y oteó a su alrededor. El pozo estaba situado en una estancia oscura y redonda, de techo bajo, de la cual emergían hacia todas direcciones una docena de túneles flanqueados por un portal en forma de arco. El aire olía a tierra y se veía una humedad en el ambiente impropia del cálido clima de Espolón de Zazes, lo que sugería que aquello sería una mazmorra situada un par de plantas por debajo del nivel del suelo. Y sin embargo, toda la estancia, desde el suelo hasta el techo, se veía adornada con el mismo exquisito mármol rosado que cubría la superficie exterior del palacio, y tampoco era carente de lujos pues gracias a un sistema de tuberías el agua del manantial llenaba una bañera curva y baja junto a la cual había una mesa llena de los utensilios necesarios para tales menesteres: una pila de toallas, varias velas en candelabros de plata, una jarra adornada con piedras preciosas y un par de copas. Sin embargo, la aguzada vista de Arilyn vislumbró la imperceptible capa de polvo que había sobre la mesa, y supuso que todos aquellos lujos no eran más que un montaje para desviar la vista del pozo y de su verdadero propósito.

Cuando se hubo asegurado de que estaba sola, Arilyn trepó con cuidado al borde de mármol del manantial, se desató una bolsa encerada que llevaba a la espalda y extrajo un trapo de lino con el que se secó con rapidez el cuerpo. No deseaba dejar ningún rastro, ni siquiera una huella mojada, que permitiese a los sirvientes de Assante seguirle los pasos hasta la casa de baños. El fino atavío de seda rosa que había elegido para trabajar el primer día en Las Arenas Espumosas era ideal para sus propósitos porque no sólo se secaba con rapidez sino que además era de un tono rosa pálido especialmente tejido y teñido para que se confundiera con el mármol del palacio de Assante.

El silencio del sótano se vio interrumpido por el eco de lejanas pisadas que resonaban por los corredores de mármol como resuena el granizo sobre un tejado de pizarra. Además, se oía el roce y el traqueteo de algún objeto grande y pesado al ser arrastrado. Al cabo de poco rato, se unieron al estrépito los gruñidos de una voz

masculina. Arilyn se hizo idea de la situación al oír las quejas y la reverberación metálica que se oía de vez en cuando en el momento en que el sirviente se detenía y daba una patada a lo que suponía debía de ser el balde lleno de agua para limpiar.

La Arpista se agazapó detrás de la fuente y esperó. Ésa era precisamente el tipo de oportunidad que esperaba.

Su optimismo flaqueó un instante cuando el criado entró en la habitación con una fregona en el hombro y arrastrando el balde tras él. Era un enano varón, con una semejanza absoluta a una seta achaparrada y con dos patas y un rostro que evocaba la imagen de nubes de tormenta sobre una escarpada montaña. El enano era joven, según los parámetros de su raza, de unos setenta u ochenta años, a juzgar por la longitud de su barba parda, y de poco más de metro veinte de estatura. A pesar de la habilidad que poseía la Arpista con la espada, titubeaba sobre la conveniencia de pelearse con aquel hombrecillo de evidente mal genio.

Por otro lado, no tenía alternativa.

Arilyn vio cómo el enano hundía y retorció la fregona y luego se daba la vuelta para limpiar el suelo de mármol, sin dejar de musitar imprecaciones todo el rato. Se levantó y se aproximó al enano en silencio y por detrás, con la espada en la mano. De un puntapié tumbó el balde y lanzó una ola de agua jabonosa hacia el enano. Al oír el estrépito y volverse, el enano se encontró a la elfa dispuesta para el combate e, instintivamente, echó a correr.

Antes de haber recorrido tres pasos, las botas del enano salieron disparadas hacia adelante y, al cabo de un momento, aterrizó de espaldas al suelo. Su peluda cabeza topó contra el mármol con un topetazo tan fuerte que Arilyn sintió que le resonaba en los huesos y en los dientes. Mientras el enano intentaba enfocar de nuevo la vista, Arilyn avanzó y hundió la punta de su espada por la barba hasta topar con la garganta.

—Llévame a la cámara del tesoro —exigió.

—Cámaras —le corrigió el enano con voz ronca. Arilyn notó que el tono grave con que hablaba era más parecido al repiqueteo de la lluvia sobre un timbal que a una voz humana—. Más de una cámara, hay... muchísimas. Pero están custodiadas por hombres armados del tamaño del genio de mi suegra y más cerradas que el ombligo de un gnomo. No tengo llaves. Ninguno de los criados tiene llave.

—No necesito llaves —aseguró Arilyn—, y no he conocido hombre que pueda derrotarme con la espada.

Como la espada en cuestión estaba todavía apoyada en la garganta del enano, éste tuvo ocasión de meditar sobre aquella afirmación y sobre la persona que la hacía. Su mirada se deslizó meditabunda por el reluciente filo de la hoja y se detuvo ante el decidido rostro de la Arpista.

—Mucho acero para una mujer elfa —admitió por fin—. ¿Sabes acaso cómo salir

de aquí?

—Por donde he entrado.

Una luz parpadeó en las pupilas del enano.

—Soy buen luchador, si me prestas uno de esos cuchillos que llevas. Llévame contigo cuando salgas y haré por ti lo que pueda, ¡lo juro por las barbas de Morodin! — aseguró con fervor—. Todo por una oportunidad de salir de aquí. ¡Te ayudaría incluso a saquear las cámaras funerarias de mis antepasados!

Arilyn titubeó sólo un instante. No era su costumbre dejar que una criatura inteligente sirviera como esclavo. Apartó el filo de la hoja de luna del barbudo rostro y retrocedió unos pasos. El enano se apresuró a ponerse de pie y cogió con presteza la daga que ella le tendía. Luego, echó a andar por uno de los pasadizos y le indicó con un ademán que la siguiera. Arilyn percibió con alivio que era capaz de avanzar en silencio cuando se lo proponía.

Fiel a su palabra, el enano la condujo ante una puerta enorme y cerrada custodiada por tres hombres enormes, todos ellos armados con cimitarras curvas. También fiel a su palabra, Arilyn descubrió que el enano era un buen luchador, porque en un tiempo récord la inverosímil pareja de conspiradores consiguió reducir a los vigilantes.

El enano se pasó el dorso de la mano por la húmeda frente y luego se la quedó mirando con el barbudo rostro contraído en una mueca de disgusto.

—¡Qué desastre! Me debo estar debilitando si estos tres consiguen hacerme sudar.

Arilyn ahogó una risotada. Con ayuda del enano, arrastró a los guardias hasta el pozo y los echó dentro antes de regresar a las cámaras del tesoro. Bajo la atenta mirada del enano, la semielfa se dispuso a trabajar; de la bolsa a prueba de agua que llevaba sacó una pequeña caja de madera, que sin saber le había proporcionado su nueva «contratista», la señora Penélope, y sopló un puñado de polvo amarillo sobre la puerta. No resplandeció ninguna luz azulada, prueba que no había magia en marcha. Luego, indicó con un gesto al enano que se echara hacia atrás y se inclinó para examinar la cerradura. Tenía una trampa, por supuesto, y además doble, y le costó más de dos horas de trabajo desactivar los mecanismos letales.

Al final, la puerta se abrió sin esfuerzo sobre unos goznes silenciosos. Arilyn se introdujo en la primera estancia, con el enano pisándole los talones como una sombra achaparrada.

Las cámaras del tesoro estaban sumidas en un silencio absoluto y más oscuras que una noche sin luna, pero tanto el enano como la semielfa tenían ojos con gran sensibilidad y no necesitaban antorchas ni velas. Mientras caminaban de una estancia a otra, la avaricia mantenía los ojos del enano abiertos de par en par y en su boca había en todo momento una exclamación de sorpresa ante tantas maravillas. Su reacción no era en modo alguno exagerada, porque estaban sin duda ante la colección

más extraña que Arilyn había visto en su vida. Muchos de los objetos que estaba contemplando no tenían precio; la mayoría eran extremadamente valiosos; algunos, simples curiosidades.

Había instrumentos musicales raros, incluida un arpa de un metro ochenta de altura con una caja de resonancia en la que había esculpida la silueta de una mujer con unos dedos dorados inclinados sobre las cuerdas. Arilyn supuso que debía de ser mágica y que esperaba sólo una orden para empezar a sonar. Varias cámaras estaban repletas de pinturas, esculturas y bajorrelieves de orígenes muy distintos. El arte de la taxidermia también tenía su representación: bestias raras, que no habían sido vistas con vida durante generaciones, completaban una estancia. Había pilas y pilas de monedas de todas las tierras que había oído nombrar Arilyn en su vida, y suficientes libros incunables dignos de satisfacer a una docena de estudiosos voraces. Había un estante completo lleno de jarras de brillantes colores, decoradas con salamandras de fuego obtenidas a partir de la fusión de gemas semipreciosas; había espadas con incrustaciones de joyas, coronas pertenecientes a monarcas que habían muerto hacía ya tiempo, túnicas reales bordadas con hilos de seda y perlas cultivadas, y hasta un cetro de oro con una inscripción en runas de lejanas tierras orientales. Entre todos aquellos tesoros de gemas y oro descubrió finalmente Arilyn el objeto que buscaba: una tiara delicada y con filigrana, salpicada de multitud de amatistas de color púrpura pálido.

La Arpista envolvió con cuidado la corona en un paño suave y la metió en su bolsa.

—Es hora de irse —comentó, volviéndose hacia la sombra del enano.

—¿Eso es *todo*? ¿Esto es todo lo que sacamos de aquí? —preguntó el enano. Al ver que Arilyn asentía, empezó de inmediato a coger objetos pequeños y a introducirlos en los bolsillos—. Son honorarios con carácter retrospectivo —explicó a la defensiva—. He estado trabajando aquí durante más de diez años. Me lo deben.

Arilyn no deseaba privar al enano de sus derechos, pero el oro era un material pesado y le preocupaba el peso que pudiese añadir a su ya de por sí rollizo cuerpo.

—Saldremos nadando —le advirtió.

El enano detuvo la rapiña de inmediato y se la quedó mirando mientras la tez por debajo de la barba palidecía.

—¿No será por el pozo?

Al ver que la Arpista asentía, soltó un gemido, pero luego se encogió de hombros.

—Bueno, siempre supe que saldría por ahí de un modo u otro...; ¡supongo que es mejor irse cuando todavía estás vivo! Pero, antes, dime una cosa: ¿qué nos espera ahí?

Arilyn se lo contó. El enano se mordió el labio y estuvo meditando un rato; luego,

se sacó parte del botín de los bolsillos y eligió una daga curva con incrustaciones de piedras preciosas como su principal tesoro.

Desanduvieron el camino hasta la salida. Cuando apareció ante ellos la puerta de la primera cámara, Arilyn se fijó en uno de los tesoros, un gran arcón colocado junto al muro más alejado. El baúl estaba cubierto por una cúpula baja y redonda, recubierta de polvo, y a través del cristal atisbó a ver algo que tenía todos los visos de ser una silueta de mujer. Presa de la curiosidad, la Arpista se acercó y, con la manga de la camisa, limpió un pedazo circular de vidrio para poderse inclinar a mirar.

En el interior se veía el cuerpo de una hermosa elfa; no estaba viva, pero tampoco estaba lo que Arilyn entendía por *muerta*. La elfa parecía propiamente... vacía. No encontraba otro modo de explicarlo. A aquella mujer elfa se le había extraído la esencia, dejando atrás su cuerpo en un tipo de estasis profunda. Arilyn no podía decir cuánto tiempo habría estado así, pero el atavío que llevaba era de diseño antiguo y la cota de malla que envolvía su esbelto cuerpo era más fina y más arcaica de lo que nunca había visto Arilyn.

Aquella elfa le resultaba angustiosamente familiar. Una gruesa trenza de pelo de color zafiro tornasolado le colgaba por encima del hombro. Era un tono de pelo poco usual entre los elfos plateados, un color que Arilyn asociaba con su madre, muerta hacía ya tiempo. El rostro de la mujer también le resultaba en cierto modo familiar, aunque en verdad no se parecía a nadie que Arilyn pudiese nombrar o recordar.

La atribulada mirada de la Arpista recorrió aquella silueta y se detuvo de repente. Junto a la cadera de la elfa reposaba un pequeño escudo blasonado con un extraño sello elfo: un diseño en curva formado por imágenes simétricas que parecían unirse aunque sin llegar a tocarse.

El corazón de Arilyn dejó de latir. *Conocía* aquella marca. Sintió que un puño de hielo le atenazaba el estómago mientras desenfundaba con lentitud su espada. En la hoja antigua había esculpidas nueve runas y una de ellas correspondía exactamente con la marca que veía reflejada en el escudo de la mujer elfa.

—¡Oh, maldita sea mi estampa! —murmuró el enano contemplando con ojos abiertos como platos el baúl—. El sueño más profundo que haya visto yo nunca..., ¡y es cierto! Había oído hablar de estas cosas, pero nunca había creído semejantes historias.

Arilyn no sabía a qué historias se estaba refiriendo, pero apenas tenía importancia. Ella misma había oído contar relatos escalofriantes de princesas o héroes durmientes que permanecían escondidos tras un sopor parecido a la muerte hasta que un tiempo de crisis los hacía resucitar, y nunca les había dado crédito. Sin embargo, algo en el adormecimiento de aquella elfa le hacía pensar que quizá fuesen ciertas todas aquellas antiguas leyendas. Por una vez, Arilyn maldijo su desconocimiento de las costumbres elfas y su total ignorancia de la historia de la

espada que portaba.

—Pasa tú primero por el pozo —urgió al enano—. Verás que hay varias aberturas idénticas, pero la que conduce al túnel seco está hacia el este y marcada con un cuchillo. Yo iré enseguida.

El enano sonrió y en sus ojos resplandeció el ansia del combate.

—Iré poniendo el puchero al fuego y troceando el rábano picante para darle sabor..., porque esta noche tendremos un buen plato de camarones para cenar — bromeó en tono alegre mientras echaba a correr hacia la salida. Arilyn oyó cómo respiraba hondo y luego un estrepitoso chapoteo al zambullirse en el agua.

Una vez a solas, la Arpista volvió a concentrarse en el macabro ataúd y, siguiendo un impulso, rozó el vidrio con la hoja de luna. Un estallido de poder mágico recorrió la espada, como si fuera un relámpago incapaz de encontrar un punto de descarga. Como Arilyn y la espada estaban unidos de un modo que ella misma no comprendía, *percibió* el instante de reconocimiento en su cuerpo cuando la sensible hoja identificó a su antigua dueña. No cabía duda en la mente de la semielfa: estaba contemplando a una de sus antepasadas, una de las elfas que habían empuñado la espada que ahora llevaba en su mano. ¿Cómo podía ser cierto y por qué había llegado aquella guerrera elfa a ser condenada a semejante destino?

Arilyn sabía poco de la historia de su hoja de luna, salvo el nombre de los elfos que la habían empuñado y los diferentes poderes con que cada uno de ellos la había imbuido. Su madre había muerto antes de poder contar a Arilyn todo lo referente a su herencia, y su mentor, el traicionero elfo dorado Kymil Nimesin, había estado siempre más interesado en explotar su potencial que en educarla. Mientras la semielfa contemplaba a la mujer elfa durmiente, el impalpable temor que siempre había sentido por su hoja de luna, pero que nunca había podido explicar, la envolvió como un efluvio sofocante.

Intentó mantener a buen recaudo sus emociones mientras pasaba revista con rapidez a lo poco que sabía de la hoja de luna. Desde que había sido forjada en la antigua Myth Drannor, nueve personas, incluida ella, habían blandido aquella espada, y cada una había añadido un poder mágico a la colección. Aunque Arilyn sabía cuáles eran esos poderes, no sabía unir cada poder con su runa, ni cada runa con el elfo que la había originado. No conocía el nombre de la mujer elfa que yacía allí, pero quizá la respuesta a esa pregunta estuviera en el vidrio que le servía de tumba.

La mayoría de los humanos no saben que el vidrio no es un objeto sólido sino un líquido extremadamente viscoso, pero su flujo es tan lento que es imposible que en la brevedad de una vida humana pueda ser medido, y mucho menos percibido. Al cabo de los años, un panel de vidrio se hace más espeso en la base porque las sustancias que fluyen por su interior se van depositando por los puntos más bajos. Los elfos saben que, con el tiempo, todos los cristales acaban abiertos..., por el extremo

superior. El problema es cómo medir ese flujo sin acabar rompiendo el cristal. Arilyn no deseaba hacer eso, por miedo a alterar el sueño sobrenatural de aquella mujer elfa.

Sin embargo, a medida que examinaba el ataúd, se dio cuenta de que no debía preocuparse por eso. La cubierta de vidrio no estaba sellada, sino anclada en unas bisagras por el costado, y una larga y sinuosa hendidura empezaba a abrirse camino hacia abajo por el borde superior de la bóveda. Arilyn se sacó un cuchillo del fajín y dio un golpe seco con la empuñadura en un punto de la grieta; luego, lo repitió un tramo más abajo. Una segunda fisura resquebrajó el vidrio y un pedazo curvo de cristal cayó sobre la elfa durmiente. Arilyn alzó con cuidado la cubierta para coger el pedazo, lo midió con una guita y quebró con los dedos un fragmento de cada extremo. Envolvió con cuidado ambas porciones y las colocó con sumo cuidado en su bolsa. Chatarrero sería capaz de calcular la edad del cristal con sólo echarle una ojeada. Una vez hecho esto, se volvió para echar una última ojeada a su antecesora.

La elfa era mucho más pequeña que Arilyn, con facciones más delicadas y huesos más finos. Las manos de largos dedos reposaban a ambos costados del cuerpo, con las palmas hacia arriba. La Arpista notó que la elfa tenía los dedos callosos y las palmas propias de un espadachín, aunque sólo en la mano izquierda, lo que le indicaba que aquélla debía de haber sido una propietaria temprana de la espada, antes de que la hoja de luna adquiriera la velocidad y el poderoso brío que exigía ambas manos para su uso.

Una indignación, fría y profunda, asaltó a la Arpista mientras bajaba con lentitud la cubierta de vidrio. No era justo que aquella noble mujer formara parte de la «colección» de un simple hombre rico, ¡ni que fuera expuesta como un objeto curioso y bonito!

«No siempre será así», se prometió Arilyn mientras salía de las cámaras del tesoro. Un día volvería para llevar a la desconocida portadora de la hoja de luna a un lugar de reposo más apropiado. Pero ahora no podía hacerlo, y menos sola.

Con la mandíbula apretada en un gesto sombrío, la Arpista regresó al pozo y se zambulló en sus aguas.

Parecía que el enano había tenido diversión. Por las arremolinadas aguas flotaban las carcasas rotas y vacías de dos crustáceos gigantes, y su contenido había sido reducido a pedazos comestibles del tamaño de un dedo. Las criaturas supervivientes se agitaban en pleno frenesí y, a juzgar por cómo estaban las cosas, el festín iba a durar varios días.

Una oleada de persistente calor hizo desviar la mirada de Arilyn hacia el fondo del pozo, donde yacía un monstruo de proporciones increíbles a través de cuyo transparente e hinchado caparazón se observaba el conflicto interno que estaba sufriendo. La criatura era lo suficientemente grande, y estúpida, para tragarse entero a un enano vivo, y habría muerto ya a causa de su error a no ser porque el enano había

perdido su recién estrenada daga en la contienda. La Arpista captó de reojo un destello de la enjoyada arma, que flotaba alrededor como una ardilla presa de frenesí mientras las múltiples patas del crustáceo pateaban en todas direcciones.

Arilyn se sacó el cuchillo del fajín y se sumergió en las profundidades. El monstruo no llegó a percibir cómo se aproximaba, pues aquella terrible indigestión lo tenía bien entretenido. El crustáceo gigante giraba y se contorsionaba, a veces quedaba patas arriba y otras conseguía enderezarse. Aunque el enano no podría aguantar demasiado tiempo sin aire, estaba librando una batalla digna de los Nueve Infiernos.

Arilyn hundió el filo de su cuchillo profundamente entre dos de las placas de la carcasa del monstruo. Luego, se puso a horcajadas sobre ella y, sujetando el caparazón con las rodillas, empezó a abrirse camino a golpes de cuchillo hacia el enano. En cuando cortó la carne sorprendentemente dura y elástica del estómago, el enano salió disparado hacia arriba.

Agitando las piernas rollizas y los brazos, el enano se dirigió instintivamente en busca de aire. Arilyn lo siguió y, como nadaba más deprisa, lo adelantó antes de llegar a la abertura marcada con la daga. Una vez allí, se volvió y, cogiendo un puñado de barba con las manos, lo arrastró hacia la salida.

Emergieron en el túnel anegado de agua y salieron a la superficie. El enano se asió en las benditas rocas secas que se amontonaban en el suelo del túnel y respiró hondo varias veces de forma entrecortada. Arilyn pasó por su lado nadando y se tumbó sobre el suelo rocoso. Durante largo rato se contentó con permanecer allí tumbada para que su desbocado corazón recuperara el ritmo normal.

Al final se dio cuenta de que el enano, que todavía estaba medio sumergido en el agua, la miraba con rencor.

—Me has estirado de la barba —se quejó—. No deberías haberlo hecho.

—Bienvenido seas —saludó Arilyn con calma.

—Tú también. Me llamo Jill, por cierto.

La semielfa no habría podido esperar más palabras de agradecimiento por parte de un enano, a pesar de la riña inicial. Los enanos a menudo rehusaban decir sus nombres, ni siquiera uno tan abreviado y evidentemente falso como aquél. Arilyn se puso de pie y alargó una mano para sacar a su nuevo amigo del agua.

—¿Jill? —repitió en tono de incredulidad.

—En efecto. ¿Algún problema?

—Bueno..., no. Esperaba algo un poco más..., largo, supongo. Más propio de la tierra, y posiblemente masculino.

—Era el nombre de mi madre —proclamó el enano en un tono de veneración que dejaba poco margen para la discusión.

No obstante, Arilyn deseaba hacerle todavía una pregunta más.

—Ahora que has visto el tesoro, supongo que regresarás a por él, ¿no?

Era una cuestión lógica, teniendo en cuenta que los enanos solían rivalizar con los dragones en su ansia por atesorar riquezas. Arilyn deseaba regresar a la cámara del tesoro algún día y, aunque suponía que la pérdida de una simple diadema y un sirviente enano podía pasar desapercibida, los estragos causados por una horda de enanos provocarían sin duda que la entrada al palacio de Assante que tanto le había costado encontrar fuera sin duda descubierta y reforzada contra futuras incursiones.

Pero Jill se limitó a soltar un bufido.

—He estado en esa prisión rosada durante diez años. No tengo intención de regresar ahí jamás. Si hay algo que te interese de ahí, allá tú, pero no permitas que te atrapen. No hay nada que se merezca *eso*.

Mientras hablaba, tenía la mirada fija en un punto hacia el este..., hacia las montañas de la Espiral de las Estrellas donde se encontraba su hogar. Arilyn se sintió tentada de creerle.

Mientras ascendían por la pronunciada pendiente, le contó brevemente lo que le esperaba al otro lado del túnel, pero la expresión extasiada del rostro de Jill al imaginar aquellas maravillas superó con creces la avaricia que podía haberle despertado el tesoro.

—Pensé que deseabas regresar de inmediato a la Espiral de las Estrellas —comentó, pero mientras lo hacía, le deslizó a hurtadillas a Jill un puñado de monedas de plata. Nadie se molestaría si pagaba a las muchachas de la señora Penélope con monedas extraídas del tesoro de Assante.

El enano se encogió de hombros y se embolsó el botín.

—He estado lejos de estos túneles durante diez años, y regreso ahora con los bolsillos llenos de tesoros. ¡Nadie me va a echar de menos si me retraso un par de horas, ni me va a preguntar cómo me he gastado la plata!

Lord Hhune sostuvo la diadema en sus rollizas manos, contemplándola con semblante satisfecho mientras la hacía girar hacia uno y otro lado.

—La reliquia de una época desaparecida —murmuró en tono de veneración—. Fue el aderezo de boda de la joven princesa Lhayronna, casada con su primo, el rey Alejandro III. ¡Un recordatorio de que aquellos que llevan la corona deben enfrentarse a la espada! —musitó devotamente, citando un conocido refrán tethyriano.

Y un precepto que él precisamente no iba a seguir, se apresuró a añadir Arilyn en cínico silencio. Lord Hhune era un hombre poderoso en Espolón de Zazes, no sólo por ser un rico mercader y cabecilla de la Cofradía Marítima, sino también por ser miembro del Consejo de Nobles, órgano que ejecutaba los edictos del bajá Balik. En su condición de miembro de ese consejo había participado recientemente en un

intento de organizar una toma de posesión de la ciudad por parte de la cofradía. Arilyn no habría persistido en su asalto furtivo a la fortaleza de Assante si no hubiese existido la perspectiva de encontrarse cara a cara con lord Hhune para sopesarlo cuando la tarea hubiese finalizado.

A cada minuto que pasaba en presencia de Hhune aumentaba el desagrado que producía en Arilyn aquel hombre. Corrían rumores de que había matado a un dragón rojo, y Arilyn estaba dispuesta a creérselo, siempre y cuando el dragón no hubiese salido todavía del cascarón. Hhune era un hombre de gran corpulencia, pero parecía haber pasado más tiempo engullendo dulces que empuñando una espada. A pesar de todo, una persona poco observadora podía llegar a vislumbrar en él cierto aspecto distinguido, e incluso noble. Los trajes oscuros y costosos que llevaba habían sido confeccionados de forma que ocultasen su volumen, y lucía un pelo y un espeso bigote negro bien recortado que apenas empezaba a verse vetado de blanco. Los ojos, diminutos y oscuros, se veían enlustrados con un barniz de cortesía, pero Arilyn, que había conocido a muchos hombres avariciosos y fríos no se sentía engañada por aquél. Hhune no era hombre que pudiese contentarse con su nivel actual de poder, ni en su opinión la diadema era un simple tesoro para ser admirado. Arilyn se había empapado lo suficiente de historia terthyriana para sospechar lo que Hhune tenía en mente.

Tras la caída de la familia real de Tethyr, muchos de los partidarios de la realeza habían salido huyendo rumbo a Espolón de Zazes. Durante varios años, hubo movimientos clandestinos para restablecer la monarquía, tal vez con una familia real nueva. Balik parecía estar a punto de conseguirlo, pero Arilyn dudaba que el autoproclamado bajá disfrutara durante mucho tiempo más del apoyo de los realistas. Las simpatías que despertaba el bajá Balik en el sur eran cada vez menores y el círculo interior se ampliaba cada vez más de hombres procedentes de Calimshan o incluso Halruaa. Arilyn suponía que, en un breve período de tiempo, el bajá Balik quedaría depuesto y optaría por la corona un hombre o una mujer más poderosos. Ahí era donde intervenía la diadema. Estar en posesión de un objeto tan significativo de la antigua familia real podría ayudar a Hhune a ganarse el apoyo de cualquier facción o familia que consiguiera el poder. Podía incluso utilizarla como puntal en su propia apuesta.

¿Y por qué no? La yegua de Arilyn poseía un pedigrí más noble que el hombre que tenía ante ella, pero Hhune había conseguido el título de lord sin más mérito que el de comprar una propiedad hacía unos cuantos años. Aunque tampoco era Hhune una excepción. En Tethyr, el terreno poseía más valor que cualquier otra forma de riqueza, y estar en posesión de un buen pedazo garantizaba de inmediato un título nobiliario. Durante los años que habían seguido a la destrucción de la familia real, y la aniquilación de muchas de las nobles estirpes que tenían lazos de sangre con la

realeza, las mansiones señoriales, los condados e incluso los ducados pasaban de mano en mano como baratijas en una feria campestre. Aquellos hombres y mujeres que tenían dinero suficiente para adquirir terreno, o suficiente poder para apoderarse de él, ganaban de inmediato títulos nobiliarios y en consecuencia Tethyr se había visto poblada de sucedáneos de barones y condesas.

Aquello constituía una ofensa para los sentidos elfos de Arilyn, su profundo respeto por la tradición y su amor inconfesado por la familia. Pero lo que más la molestaba de aquella moda era que incluso los nobles más insignificantes estaban empezando a mostrar signos de ambición mucho más acusada de lo que su recién obtenido estado sugería. La amenaza de un golpe de las cofradías había sido desbaratada por completo, e incluso de forma despiadada, pero en Espolón de Zazes bullían todavía rumores que aseguraban que tal o cual barón o lord estaba reuniendo poder y partidarios.

La ambición era una característica importante en Tethyr, y Hhune rebotaba de ella por todos lados. Arilyn vislumbró sueños de gloria en sus ojos cuando se puso a contemplar la diadema de amatistas y pensó que sería aconsejable vigilar a aquel hombre y, si fuera necesario, refrenar sus ambiciones.

Al final, Hhune colocó la corona en su escribanía y concentró toda su atención en la semielfa.

—Habéis hecho un buen trabajo. ¡Os pagaré vuestros honorarios multiplicados por dos si me decís cómo conseguisteis introducirlos en el palacio de Assante!

Arilyn ya se esperaba la pregunta. Negarse a contestar podía valerle el mismo destino que se reservaba a los sirvientes de Assante, así que había preparado una verdad a medias no carente de verosimilitud. Esbozó una sonrisa que pretendía ser a la vez fría y seductora, una expresión bastante útil que había copiado de Hurón, y concentró toda su fuerza en Hhune.

—De vez en cuando Assante se hace traer mujeres nuevas a su residencia y no me fue difícil incluirme en la selección.

Los ojos negros de Hhune le dedicaron una sonrisa apreciativa de arriba abajo.

—Sí, me lo creo —respondió, galante—. Pero ¡contadme cómo es la cámara del tesoro!

Esto sí que *no* se lo esperaba Arilyn, pero al ver un atisbo de codicia en la mirada de Hhune, decidió explotar aquel filón. ¡Tal vez con un poco de estímulo se prestara a financiar su próxima expedición!

—¿Qué otros objetos cogisteis? —prosiguió Hhune antes de que ella pudiese hablar—. Me encantaría tener ocasión de echarles una ojeada.

Arilyn alargó los brazos con gesto compungido.

—Nada más. ¡La vestimenta de los harenes no deja mucho espacio para atesorar objetos! Sin embargo, me dediqué a destruir parte de las cosas que no podía llevarme

— añadió, con la sospecha de que Hhune apreciaría cualquier merma en la riqueza de una persona rival.

El jefe de cofradía soltó una risotada, encantado.

—Espléndido, espléndido, pero confío en que no demasiadas.

—Soy incapaz de describir las maravillas que todavía quedan allí —comentó, pensativa.

—¿Querriais hacer otra expedición?

—No demasiado pronto —respondió Arilyn con suavidad—. La próxima vez que me introduzca en el palacio de Assante, será para atender un asunto personal.

Hhune sostuvo su mirada durante un prolongado instante y, al final, asintió.

—Estas cosas requieren mucha planificación —comentó en tono de indiferencia, suponiendo, tal como quería Arilyn, que ella estaba planeando desafiar y conseguir desalojar de su puesto al maestro asesino—. Y son costosas. Por favor, enviad todas las facturas a mi atención..., con discreción, por supuesto. A cambio, sólo os pido que me dejéis pujar a mí primero por todos los tesoros que podáis conseguir.

«Todos menos uno —asintió Arilyn en silencio—. Todos menos uno.»

5

El día llegaba ya a su fin y Foxfire lo sabía, aunque en las profundidades del bosque no había prolongación alguna de sombras que indicase la hora. Allí la umbría era total y profunda y el único cielo estaba constituido por miles y miles de capas de ramas cubiertas de hojas y pinos aterciopelados que tamizaban la luz del sol. Hasta el mismo aire que respiraban parecía verde y vital.

El elfo estaba a bastantes kilómetros de distancia de Árboles Altos, la aldea oculta de su tribu, pero él y sus dos compañeros avanzaban a buen ritmo a través del espeso follaje y tan silenciosos e invisibles como un trío de ciervos. Aquel bosque, en toda su amplitud, era el hogar de los elfos, y sus ritmos circulaban por sus venas y estallaban como cánticos en sus almas.

Foxfire iba en cabeza en rumbo constante hacia el oeste, con destino a una arboleda situada al este del enclave comercial conocido como Piedra Musgosa. En tiempos remotos, más felices y seguros que los de ahora, los elfos de la tribu elmanesa habían comerciado con los humanos que vivían en aquella ciudad fronteriza con el bosque, pero luego había llegado el reinado brutal de los tethyres, aquella familia real que parecía dispuesta a exterminar a los elfos de aquellas tierras. La tribu elmanesa se había visto forzada a retirarse a las sombras del bosque y proclamar su propio gobierno mediante el Consejo Elfo. Durante muchos años, todos aquellos que se aventuraban en el bosque vivían y morían según las normas dictadas por aquel consejo, pero en aquellos tiempos de conflictos, hasta la voz sabia y colectiva del consejo había titubeado y había caído en el silencio. La alianza entre elfos se había roto y cada clan había seguido su propio camino. En concreto la tribu Suldusk, siempre un poco reticente a mezclarse con sus hermanos y hermanas elmaneses, había desaparecido en la penumbra profunda de la espesura más suroriental y nadie sabía a ciencia cierta cuántos elfos quedaban con vida entre aquella selva centenaria.

Aun así, quedaba un asentamiento de elfos en el Claro del Consejo, y los ancianos que allí vivían seguían siendo la mejor fuente de información y de noticias del bosque. Foxfire confiaba en encontrar respuestas que pudieran justificar lo que estaba sucediendo con su pueblo.

Los elfos habían poblado el bosque de Tethir desde antes de que la memoria elfa pudiera recordar, y eso que los elfos tenían longevas memorias, pero por primera vez en sus nueve décadas de vida, Foxfire temía que los días de su gente en aquellas tierras estuvieran contados. Demasiados cambios habían acontecido a los elfos, y con demasiada rapidez, para que ellos pudieran asimilarlos o adaptarse. Foxfire era de naturaleza optimista y encontraba siempre la parte positiva de todas las situaciones, además de esperar que la suerte estuviera siempre de su parte en todas las cosas. Asimismo, tenía el don de inspirar la misma confianza en aquellas personas que lo

rodeaban, pero ni siquiera él podía dejar de prestar atención a los temores de que una nueva penumbra se había cernido sobre Tethir, y los recientes acontecimientos sugerían que pronto podía regresar la Era de la Tiranía.

Los elfos tampoco se ayudaban a sí mismos. Foxfire no podía apartar de su mente las insinuaciones que había hecho aquel humano, Bunlap. ¿Acaso era posible que varios clanes estuviesen atacando de verdad granjas y caravanas? Y, si eso era cierto, ¿qué conflictos nuevos acarrearía esa actitud a las tribus de Tethir?

—No estamos lejos —comentó Korrigash, un cazador y guerrero de cabellos negros, el mejor amigo de Foxfire. El taciturno elfo apenas hablaba, y el hecho de que lo estuviese haciendo ahora indicaba la gravedad de la situación en que se encontraban.

Aunque Korrigash era casi tan terco como un enano, no existía nadie bajo la capa de estrellas a quien Foxfire apreciara más ni en quien más confiara. Hacía ya mucho tiempo que eran amigos y rivales, desde que de pequeños jugaban a tirarse cualquier cosa que pudiesen encontrar, ya fuera guijarros que alfombraban el suelo forestal hasta musgo que crecía alrededor de sus pañales. En la actualidad su rivalidad se traducían en competiciones con armas o con arcos, o se encaminaba a conseguir la sonrisa de una doncella elfa, pero cuando patrullaban o se veían inmersos en un combate, Korrigash ocupaba siempre su lugar natural por detrás de Foxfire, cediéndole instintivamente el liderazgo al guerrero de cabellos rojizos. Y de un modo semejante, Foxfire había aprendido a leer los pensamientos no formulados que se ocultaban tras las escasas palabras de su amigo.

—El Claro del Consejo está detrás de esos cedros. —Foxfire señaló con el arco una espesura de coníferas—. Los ancianos sabrán si hay verdad en las historias de los humanos.

Korrigash se limitó a soltar un resoplido, pero su hermano, un joven imberbe conocido con el nombre de Tamsin, tenía muchas cosas que decir sobre el tema.

—¿Cómo puede haber verdad donde no hay honor? —rezongó—. ¡Los humanos no conocen ni una cosa ni otra! Y si por asomo el Pueblo ha estado empujando a los humanos para que se retiren, ¿qué hay de malo en eso? Si de mí dependiera, todos los humanos que osaran adentrarse en el bosque de Tethir serían recibidos con una flecha en el corazón, ¡y ojalá que las sombras de plata les royese los huesos!

—Veo que hablas con tu habitual comedimiento —le respondió Foxfire alegremente, pero por instinto alargó una mano para formar la señal tradicional de paz de los elfos. Uno nunca sabía si las sombras de plata podían estar observándolos y sólo un elfo muy impetuoso se atrevería a hablar a la ligera de esos seres misteriosos ni se arriesgaría a incurrir en su cólera, rara pero mortífera.

Los elmaneses y los Suldusk no eran los únicos elfos del bosque. Entre aquellos árboles había miembros del Pueblo más reservados y sigilosos. Los lytharis, criaturas

de formas cambiantes que tenían más de lobo que de elfo, se habían instalado en Tethir cuando los antepasados de Foxfire todavía se paseaban por las copas de los árboles en Cormanthor. Aunque hacía siglos que nadie de la tribu Árboles Altos había visto a un lythari en forma elfa, de vez en cuando captaban por el rabillo del ojo una sombra peluda y plateada u oían los aullidos obsesivos que los lytharis emitían hacia lo alto en busca de la luna invisible.

—Estás entre amigos, Tamsin, pero yo iría con cuidado antes de emitir esos juicios al aire —prosiguió Foxfire—. ¡Piensa en lo que sucedería si esas ideas cundieran entre nosotros y el Pueblo viera a todos los humanos como enemigos!

El joven elfo se encogió de hombros y se apartó, pero no antes de que Foxfire percibiese el fuego latente que brillaba en sus ojos. De repente, comprendió la verdadera naturaleza del hermano de su amigo. Lo que Foxfire había interpretado como un arrebatado adecuado a su juventud impulsiva era algo mucho más mortal: odio ciego, sin razón e implacable.

Por un instante, el líder elfo se sorprendió por la punzante fuerza que traducían las emociones de Tamsin. No se atrevía a pensar qué sucedería si el corazón de muchos de los jóvenes del Pueblo optara por seguir aquel estrecho camino.

—Menos hablar y más andar —comentó Korrigash con severidad—. La noche no tardará en llegar.

Era una constatación de un hecho. A pesar de que los tres elfos podían ver tanto en la oscuridad como a plena luz del día, era conveniente que llegaran al Claro del Consejo antes de que cayera la noche. El bosque estaba lleno de criaturas peligrosas: ogros, arañas gigantes, lobos, estirges, wyverns e incluso un dragón o dos. A la mayoría los acuciaba el hambre con la llegada de la oscuridad y existía la posibilidad de que los elfos, de por sí cazadores, se convirtieran en presas.

—Por las estrellas y los espíritus —maldijo Tamsin con voz entrecortada.

El joven elfo echó a correr entre los helechos y las enredaderas sin prestar atención al estrépito que hacía y al rastro que dejaba.

La reprimenda de Foxfire quedó ahogada en sus labios al ver que en las manos de Tamsin aparecía de repente una daga. La juventud a menudo percibía peligros que los elfos de mayor edad y más experimentados no detectaban y, aunque era un elfo impulsivo, no entraba en combate a la ligera. Foxfire y Korrigash intercambiaron una rápida mirada de consternación y desenvainaron sus propias armas.

Los elfos salieron a la carrera por el sendero pisoteado y se detuvieron ante la cortina tronchada de enredaderas que les había mantenido oculto a la vista el Claro del Consejo. Ante ellos se encontraba Tamsin, con el cobrizo rostro extrañamente ceniciento, y detrás se vislumbraba una escena de total devastación.

Lo que en su día había constituido un calvero lleno de vida se asemejaba ahora a los restos de un campamento de mercenarios descuidados. Un amplio círculo de tierra

se veía ennegrecido y estéril, salpicado de leños chamuscados. Los puentes colgantes, antaño vías de comunicación que unían los árboles y los hogares y aposentos que se ocultaban detrás, pendían ahora inertes contra los árboles negros. Los hogares elfos habían desaparecido, al igual que sus habitantes. Foxfire sintió un nudo en la garganta al vislumbrar restos de huesos quemados entre los despojos de árboles.

El hogar del Consejo Elfo había sido destruido, y con él se había esfumado la única esperanza de restablecer la unidad del Pueblo asediado.

Una ligera palmada en el hombro sacó a Foxfire de sus funestos pensamientos. Al volverse, vio que el cazador le tendía una flecha ennegrecida.

—La cogí de entre dos costillas desnudas. Mira la marca.

El elfo echó un vistazo a la saeta. La marca que en ella había le resultaba familiar: tres líneas curvas combinadas para formar la figura estilizada de una flor de alcornoque. No cabía duda de que la flecha era suya, pero ¿cómo la había perdido? ¿No había errado un blanco desde que era niño!

Miró con incredulidad el rostro de su amigo.

—¿Cómo?

—Los humanos. —Korrigash señaló la saeta—. Fíjate en la longitud.

Foxfire asintió, pues lo había comprendido de inmediato. La flecha era tal vez unos dos dedos más corta de lo que debería haber sido. Había sido partida, se había redondeado el extremo astillado y se había fijado una nueva punta de flecha. Como los elfos del bosque localizaban y reutilizaban todas las flechas usadas para cazar, ésta sólo podía proceder del cuerpo de un enemigo. Era posible que la saeta hubiese quedado insertada en algún ogro o monstruo similar que hubiese sido herido, pero esas criaturas carecían de la inteligencia suficiente para dejarla allí a fin de que los demás la encontraran. Esto era obra de los enemigos de los elfos: los humanos.

—Enfrentar a las tribus —comentó, triste, el cazador.

Una vez más volvió a asentir Foxfire. Las marcas de los mejores cazadores y los mejores guerreros eran muy conocidas en el bosque y no todos los que se topasen con el devastado asentamiento elfo desentrañarían la estratagema. Pero aunque era posible que alguien intentase enfrentar entre sí a las tribus, el propósito oculto tras un acto tan sombrío era algo que Foxfire no alcanzaba a comprender.

Sin embargo, había un humano que tal vez conociera las respuestas. Foxfire recordaba su conversación con Bunlap y de improviso supo dónde podría encontrar al humano.

Se acercó a Tamsin y apoyó una mano en el hombro del elfo. Una punzada de culpabilidad asaltó a Foxfire al advertir la expresión obsesiva en el rostro del luchador. Tamsin era vidente, a pesar de ser un elfo verde. Era como si el joven estuviese contemplando delante de él la carnicería tal y como había sucedido. Ese don era a la vez un tormento y una bendición, pero en aquel momento necesitaba la

ayuda del elfo porque al ser gemelo tenía un lazo de unión con su hermana que les permitía conversar telepáticamente.

—Tienes que avisar a Árboles Altos de inmediato —le dijo Foxfire—. La tribu tiene que enviar un destacamento a la frontera del bosque por la parte sur de Piedra Musgosa. Treinta elfos armados con flechas verdes sin marca.

Esta última orden no tenía precedentes porque las flechas elfas conocidas como «relámpagos negros» se forjaban mediante un proceso largo y místico. Las flechas verdes eran bastas y estaban inacabadas según los esquemas elfos; resultaban mortíferas si se disparaban con arcos elfos pero carecían de los ritos que imbuían las armas con magia del bosque y que unían a los guerreros y a los cazadores con su hogar de un modo que ningún humano, y pocos elfos, comprendían por completo. Sin embargo, Foxfire sabía que su petición sería cumplida, y comprendía que eso era la medida del alto respeto que la tribu profesaba a su liderazgo y su juicio. Sólo confiaba en que aquella decisión no traicionase la confianza de su gente.

—Si hasta ahora no ha habido incursiones elfas en territorio humano, las habrá a partir de ahora —añadió en voz baja—. Atacaremos la granja donde mantienen prisioneros como esclavos a los elfos.

Al oír aquellas palabras, la expresión atribulada desapareció de los ojos de Tamsin, como se esfuma la niebla matutina, cuando salió el primer rayo de sol de su odio.

—En ese caso, transmitiré tus palabras a Tamara con sumo placer. ¡Y le diré que inste a los guerreros a apresurarse!

—¿Cómo va la granja? —preguntó Arilyn en tono despreocupado.

Sus palabras parecieron irritar a su joven huésped, como pretendía. El príncipe Hasheth le dedicó una mirada funesta, pero enseguida recompuso su expresión de rapiña con una máscara de arrogancia tan estudiada que Arilyn se convenció de que la había ensayado delante del espejo.

Parecía que Hasheth, hijo menor del bajá reinante, atravesaba grandes dificultades para encontrar una vereda adecuada a sus ambiciones y a su exagerado apego por su persona. Arilyn se había encontrado con el joven varios meses atrás, cuando había intentado ganar fama y riqueza como asesino. Le habían encargado matar a otro asesino, llamado Arilyn, pero con ayuda de Danilo ella había conseguido no sin esfuerzo convencer al orgulloso joven de que el encargo era en verdad una sentencia de muerte orquestada por los jefes de cofradía que deseaban sacar al hijo de Balik de la Cofradía de Asesinos. Desde aquel momento, Hasheth se había convertido en un aliado, había contribuido a promocionar a Arilyn en el seno de la cofradía y había introducido a Danilo en la vida social del palacio. Al hacerlo, había encontrado finalmente la actividad que mejor se ajustaba a su carácter. El papel de confidente de

los Arpistas atraía al joven, porque la intriga era una habilidad muy apreciada en Tethyr. Sin embargo, sus actividades de Arpista no le habían proporcionado la riqueza y el estatus que ansiaba. Desde que había salido de la Cofradía de Asesinos, había probado una docena de ocupaciones y la última, en apariencia, le complacía tan poco como cualquiera de sus opciones anteriores.

—Me he limpiado el barro y el estiércol de las botas, y he dejado la finca en manos de un administrador —anunció Hasheth con desdén—. La vida como noble del campo es mortalmente aburrida. ¿Qué necesidad tengo yo de tierras o de títulos, yo, que soy hijo del bajá?

Arilyn pensaba que, en realidad, las tierras y los títulos serían una gran mejora en el lote que poseía en la actualidad Hasheth. Como hijo menor de un harén, su estatus era a grandes trazos el correspondiente a un hábil hombre de negocios, y sus perspectivas eran mucho menos prometedoras. Según el último recuento, Balik tenía siete hijos de sus esposas legales y su harén había producido trece o catorce más. Hasheth tenía como mínimo una docena de hermanos mayores que él y, aunque hubiese llegado a perfeccionar su habilidad como asesino, le habría costado varios años abrirse camino hasta el primer puesto de la fila.

La semielfa hizo un gesto de asentimiento, comprensiva.

—La tierra es importante, pero la riqueza de Espolón de Zazes procede sin duda del comercio. ¿Has pensado en convertirte en mercader?

El príncipe soltó un bufido.

—¿Un verdulero? ¿Un vendedor de camellos? No, creo que no.

—¿Y qué te parecería ser aprendiz de la Cofradía Marítima, junto a un hombre que se sienta en el Consejo de Nobles? —contraatacó la Arpista—. El comercio y la política van de la mano como la daga y la espada, y en ningún otro lugar es más evidente que en Espolón de Zazes. Podrías aprender mucho y reunir los instrumentos necesarios para labrarte tu propio futuro. Aquellos que controlan el comercio tienen siempre gran influencia sobre los dirigentes. E Inselm Hhune es un hombre ambicioso; harías bien en unirme a su flota.

Hasheth asintió, mientras la contemplaba con ojos meditabundos.

—¿Y los Arpistas... apoyan a ese lord Hhune?

Su tono era despreocupado, pero Arilyn pudo casi oír los engranajes del dios Gond girando en su mente. Era evidente que pensaba que ella tenía algún otro propósito en la cabeza, aparte de la prosperidad de su carrera. La Arpista ocultó una triste sonrisa. Hasheth era bueno y mejoraba día a día.

—No, por supuesto que no —respondió, brusca—. Como te he dicho, Hhune es ambicioso y sería conveniente para los Arpistas mantener la vigilancia sobre un hombre como ése. Pero no hay razón que te impida hacernos ese favor y a la vez prosperar en tu carrera.

La idea pareció complacer al joven, que alargó un brazo para coger una botella con incrustaciones de piedras preciosas y añadir un poco más de vino a la copa de Arilyn. Ella la vació, complaciente, de un trago, sin dejar de detectar el brillo que centelleó en los ojos de Hasheth. Era un truco muy habitual, uno que había usado él en multitud de ocasiones con la esperanza de que una cantidad importante de vino calishita pudiese derribar las sólidas defensas de la semielfa y la condujese hasta su cama. Arilyn era consciente, aunque sin vanidad, de que la consideraban hermosa, y estaba acostumbrada a recibir atenciones por parte de los hombres. Hasheth la divertía y la exasperaba a la vez, porque el joven siempre expresaba su admiración de un modo que sugería que le estaba otorgando un gran honor. Arilyn era experta en decir que no: tenía un repertorio amplio que incluía desde una amable excusa fingida a un contundente revés de esgrima, pero cada vez le resultaba más difícil frenar las insinuaciones de Hasheth con el rostro impassible.

Afortunadamente para Arilyn, el joven parecía más interesado en sus futuras posibilidades que en sus más inmediatos impulsos libidinosos.

—Pediré a mi padre que me coloque al servicio de lord Hhune.

—Hazlo, pero antes deberías saber que Hhune estuvo probablemente envuelto en el complot contra tu padre —le advirtió—. Es incluso posible que tenga algo que ver con el intento de las cofradías para asesinarte. Deberías vigilar tu espalda.

Hasheth se encogió de hombros como si esas ofensas pasadas no fuesen dignas de tener en consideración.

—Si lord Hhune es de verdad un hombre ambicioso, optará por el camino que más le convenga —comentó, y a Arilyn le pareció oír también la frase no formulada: «Igual que yo».

La actitud del joven no tranquilizó en lo más mínimo a Arilyn. Hasheth era ante todo pragmático y haría todo lo necesario para avanzar en sus ambiciones. Mientras sus intereses corriesen parejos a los de los Arpistas, todo iría bien, pero no estaba segura de que siempre fuera a ser así. De todas formas, el honor la obligaba a hacerle una última advertencia.

—Espero equivocarme, Hasheth, pero por lo que he visto y oído, parece que se aproxima el fin del reinado de tu padre. No puede ser de otro modo, teniendo en cuenta que ofende a muchos tethyrianos ambiciosos en favor de cortesanos del sur.

El príncipe recibió aquella calamitosa predicción con otro encogimiento de hombros.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo? Estoy demasiado lejos del trono para lamentar su pérdida y desde hace tiempo sé que tengo que buscarme la fortuna en otro sitio. Pero te agradezco tus palabras. Ahora, si no te importa, volvamos a temas más placenteros. ¿Un poco más de vino?

Arilyn declinó la invitación con un ligero ademán y una fugaz sonrisa. Hhune y

Hasheth formaban una buena pareja, y deseaba que disfrutaran de su mutua compañía.

—Lo haría, Hasheth —ronroneó con tono insinuante de cortesana—, pero en una compañía como la tuya, no me permito beber con demasiada libertad. ¡No confío en mí misma!

Las tiendas de Espolón de Zazes cerraban con la llegada del crepúsculo, pero en la trastienda de la botica Ungüentos Finos Garvanell seguían los negocios. Por detrás de la lujosa tienda que ofrecía aceites aromatizados y pociones falsas a los pudientes de la ciudad, por detrás de las oficinas donde trabajaban a destajo los empleados para contar las ganancias del día, Garvanell mantenía una sala privada donde recibía pagos más personales.

Garvanell había nacido en un entorno agrícola, en los límites distantes de las colinas Púrpura, pero desde edad muy temprana había quedado claro que no iba a conformarse con vivir en un lugar tan remoto y humilde. Los dioses le habían concedido un rostro atractivo y un cierto encanto cobista, modestos atributos que él había explotado en su propio beneficio para conseguir el favor de mujeres mayores y acomodadas. Paso a paso, se había abierto paso en la sociedad, hasta que al final se había casado con una viuda pudiente de Espolón de Zazes.

Su mujer tenía sus buenos veinte años más que él, era robusta y bastante fea, pero en la vida todas las cosas tienen sus compensaciones, y la mujer poseía un negocio floreciente y una pasión cada vez más acusada por jugar a cartas. Como ganaba más a menudo que perdía, Garvanell estaba encantado de que hubiese encontrado algo para pasar el rato que no fuese su persona. Él se había hecho cargo de la perfumería y la había convertido en un negocio próspero, y aunque casi la mitad de sus ganancias las recibía en efectivo, todavía se las arreglaba para obtener un provecho que le permitiese mantener las apariencias.

Un suave repiqueteo en la puerta de Garvanell, unido a una contraseña susurrada, anunció que su último encargo había llegado. Su anciana mujer se permitía unos caprichos; él, otros.

El mercader de perfumes abrió la puerta e inspeccionó a la joven que su cliente favorito le había enviado. Había expresado siempre sus preferencias por la novedad. Aquella mujer era más exótica que la mayoría, sus ojos negros y almendrados y el brillante turbante de seda sugerían cierta herencia oriental, pero dudaba que el cliente se hubiese tomado esa molestia. Por supuesto, el Aceite de Almizcle de Minotauro no era un producto fácil de obtener, ni siquiera era fácil encontrar las imitaciones que hacían los alquimistas poco escrupulosos de Lantanna.

Luego, la mujer entró en la estancia y la suave luz de la lámpara iluminó su tez pálida del tono raro de la porcelana de Shou. El pulso del mercader se aceleró. ¡Era el

artículo original! Por un momento, casi deseó que pudiese decirse lo mismo del Aceite de Almizcle de Minotauro que había servido para comprarla.

Mientras Garvanell cerraba la puerta, las campanas del templo de Ilmater empezaron a repicar para marcar la medianoche. El mercader esbozó una mueca. El templo estaba a menos de un bloque de distancia y por la noche el ruido era ensordecedor. Se volvió hacia la mujer para fingir algún gesto de disculpa, pero se quedó congelado, con los ojos abiertos por el asombro y el temor.

La mujer se había quitado el turbante y los guantes. Lenta y deliberadamente, levantó uno de sus largos dedos para pasárselo por la mejilla y quitarse el ungüento de color marfil que había usado como maquillaje, y dejar al descubierto la tez rubicunda. Antes de que Garvanell pudiese reaccionar, sacó una daga de los pliegues de su vestido y se abalanzó sobre él.

A pesar de ser menuda y delgada, la velocidad y la furia con que embistió sirvió para tumbar al mercader al suelo. La mujer se sentó a horcajadas sobre su pecho y con las rodillas le pegó los brazos al piso. Hundió una mano en su pelo y le echó hacia atrás la cabeza, para apoyar el filo de la daga contra la garganta. Luego, se inclinó para susurrarle al oído.

—Deberíais sentirnos halagado —murmuró—. Compro siempre los ungüentos y cosméticos en vuestra tienda. ¡Lástima que no resistan el roce de las sábanas de lino, aunque hasta ahora ningún hombre ha vivido para quejarse de ello!

Al final el terror que paralizaba a Garvanell desapareció y el hombre empezó a gritar para conseguir ayuda.

Hurón lo dejó chillar porque el repiqueteo de las campanadas del templo de Ilmater ahogaba de sobra los gritos. Fue contando, burlona, las campanadas de medianoche, con la boca pegada a su oído, y cuando murió el último rebato, se apartó a un lado, no sin antes hundir la daga de través.

La asesina se puso de pie y se quedó mirando al mercader muerto. No sentía regocijo ni lástima. Se había silenciado otra boca chismosa. Era algo necesario, tan fundamental como lo era la caza para conseguir comida. Esta muerte había sido sencilla, como lo eran la mayoría. En aquella ciudad blanda y decadente, Hurón era como un halcón entre palomas.

Su gente era de corazón apasionado, pero pocos de los que conocían la misión de Hurón y sus métodos la aprobaban. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo y los asuntos se complicaban, empezaba a darse cuenta de la inutilidad del camino que había elegido. Aunque Hurón tenía múltiples habilidades, no podían compararse con los niveles de intriga de Tethyr, ni su mente estaba estructurada para comprender la complejidad de las conspiraciones y tramas de la ciudad. Si tenía que encontrar y destruir al que andaba buscando, necesitaba ayuda.

—Necesito ayuda —murmuró, enojada, porque reconocerlo no le resultaba fácil a

la orgullosa e implacable hembra. La idea en sí misma era repugnante, pero Hurón se había comprometido a hacer cualquier cosa que pudiera servir a su pueblo.

Por desgracia, encontrar ayuda iba a ser más difícil que aceptarla. Hurón había aprendido muchas cosas de Tethyr y sus habitantes, pero no tenía ni idea de adónde dirigirse, ni conocía a nadie sobre quien pudiera depositar un mínimo de confianza.

Frustrada más allá de lo que era capaz de expresar con palabras, recogió los guantes y el turbante del suelo y se los puso. Luego, se retocó el maquillaje de la mejilla para ocultar el verdadero tono de su piel, y en cuanto tuvo el disfraz de nuevo a punto, se deslizó hacia el exterior de la tienda y se encaminó sigilosa hacia la taberna más cercana. Una de las cosas que había aprendido durante su estancia en Espolón de Zazes era que la información útil es más fácil encontrarla en una sala de fiestas que en una sala de consejos. Quizás aquella noche encontraría la inspiración que le faltaba para completar la tarea que había elegido.

La mañana se desplegó sobre las colinas, proyectando largas sombras doradas sobre el paisaje exuberante y fértil. Lord Inselm Hhune contempló con honda satisfacción la escena que se exhibía ante él. Su finca campestre estaba situada en la cima de un altozano y la vista que se contemplaba desde el balcón de su estudio privado era extensa y espectacular.

La propiedad de Hhune era un pequeño condado de forma curiosa, una colección de granjas pequeñas bien atendidas que se alineaban en la ribera del río Sulduskoon en un espacio de varios kilómetros, en una disposición que no era fortuita sino que le proporcionaba cierto grado de control sobre el comercio de aquella parte del río. Hacia el norte, Hhune alcanzaba a ver la estrecha franja de tierra compactada que constituía la Ruta Comercial, y un poco más allá, atisbaba los tejados de Espolón de Zazes.

Aunque acababa de empezar el verano, las fértiles tierras de labranza de aquellos parajes y la región de las colinas Púrpuras hacia el sur se veían lozanas y verdes. Hacia el oeste se extendía el mar, y Hhune podía incluso distinguir el brillo de la luz del sol sobre las olas distantes. Obtenía grandes riquezas del trabajo de los granjeros, y más todavía del mar. Como mercader, y como jefe de la influyente Cofradía Marítima de Espolón de Zazes, Hhune había ganado tanto poder y tantos beneficios que había sobrepasado incluso sus propias metas, pero lo que antaño eran distantes quimeras eran ahora meros adoquines en el sendero que se había trazado Hhune para alcanzar objetivos mayores.

—Es increíble cómo la ambición se ajusta siempre al éxito que uno tenga — musitó el tethyriano en voz alta—. En un día como éste, todo parece posible.

Un firme golpe de nudillos sacó al lord de sus placenteros pensamientos y le hizo fruncir el entrecejo mientras consideraba quién podía ser el causante de aquella

interrupción. Luego, al recordar, se formó una lenta sonrisa en las comisuras de su espeso bigote. Su nuevo aprendiz venía a traerle su informe cargado de regalos, como era costumbre. Hhune estaba muy interesado en ver qué tipo de regalos podía considerar oportunos para su nuevo maestro el hijo del bajá Balik.

—Entra —ordenó, y a modo de respuesta se abrió la puerta con tanto ímpetu que la hoja fue a rebotar contra el muro.

Dos hombres armados, ataviados con las túnicas y polainas color púrpura de la guardia real de Balik, se introdujeron en la habitación sosteniendo entre ellos a una mujer delgada, de cabellos dorados, cuyas orejas en punta delataban su condición de semielfa. Llevaba sólo un vestido ceñido hasta la cintura, pero la diminuta lira de plata que sostenía apretada contra el pecho era tan antigua como valiosa. Era evidente que no había venido por propia voluntad porque su rostro encantador se veía desencajado, y las pupilas tan dilatadas por el terror que parecían casi negras.

Antes de que Hhune pudiese hablar, el joven príncipe Hasheth rodeó el grupo de tres e hizo una reverencia. Había una cierta arrogancia en sus maneras que rozaba el desprecio, una actitud que no pasó inadvertida a Hhune. No sin dificultad, el lord se tragó la primera respuesta enojada que se le había ocurrido. Hhune había nacido en el seno de una familia humilde y acusaba con amargura cualquier cosa que pudiera considerarse un insulto, pero también era cierto que, para él, el beneficio era siempre más importante que el orgullo.

—Veis ante vos mi regalo —empezó diciendo el joven mientras señalaba a la intérprete semielfa; luego alzó una mano en un gesto rápido y tajante—. No he venido a ofrecer os la mujer, pues sé que de eso tenéis de sobra. Mi regalo es algo mucho más valioso: información.

—Prosigue —le animó el lord con voz apacible. A pesar de que no le cabía duda de que aquel joven había perdido el juicio, pues no era muy oportuno enojar o maltratar a ningún tipo de juglar, le pareció que aquello podía ser un buen comienzo, porque él se dedicaba a la compraventa de muchos artículos, y uno de los más importantes era la información.

—La otra noche oí a esta mujer cantando una melodía recién traída del Norland y me gustaría que la oyeráis —anunció Hasheth.

Hhune hizo un gesto hacia los hombres, que de inmediato soltaron a la mujer. Ésta se tambaleó un poco y el noble saltó hacia adelante para sujetarla antes de que cayese. Con el mismo gesto solícito que emplearía con una condesa, la ayudó a sentarse en una silla.

—Mis más sinceras disculpas, querida, por la desafortunada manera en que os han conducido hasta mí. Sin duda me encantaría escuchar la canción de que ha hecho mención mi afanoso aprendiz, pero primero os ruego que descanséis y disfrutéis de un refresco. La cabalgata desde Espolón de Zazes resulta agotadora, ¿verdad?

El noble siguió parloteando de cosas sin importancia mientras alargaba el brazo para estirar un llamador de encaje, y el bálsamo de verborrea social pareció surtir el efecto deseado. La tensión empezó a desaparecer del rostro de la semielfa y lentamente fue sustituida por una expresión de placer, e incluso orgullo, cuando se dio cuenta de que no se la trataba como a una prisionera sino como a una invitada de honor.

Al cabo de pocos instantes, apareció un sirviente cargado con una bandeja repleta de vino, fruta y dulces. Lord Hhune indicó con un gesto al criado que se retirase y se encargó él mismo de servir el refresco. Acto seguido, dedicó una breve y somera oración a Silvanus, Sune e Ilmater, las deidades predilectas de aquel territorio, y propuso un brindis a la salud del bajá Balik. Tal vez no había nacido en el seno de una familia noble, pero Hhune se había esforzado al máximo para aprender la idiosincrasia de la nobleza y, al igual que muchos nobles de reciente cuño, se adhería a sus costumbres con una diligencia casi religiosa. ¡No iban a poder decir de él que era un hombre sin educación y vulgar!

La juglar semielfa se sintió arropada por la cortés deferencia que le dedicaba Hhune, e incluso se permitió alguna mirada coqueta mientras se tomaba a pequeños sorbos el vino especiado. Durante todo el rato, Hasheth se cargó de la paciencia de quien está acostumbrado a los usos de la corte, pero en cuanto se lo permitió el decoro, el joven príncipe volvió a centrarse en los negocios.

—¿Podemos escuchar ya la canción? —preguntó.

Hhune le dedicó una mirada furibunda y se volvió hacia la mujer.

—Si os sentís preparada para cantar, será para nosotros un honor escucharos.

Con una tímida sonrisa, la semielfa cogió la lira y comprobó la afinación de las cuerdas, antes de pulsar una retahíla de notas y empezar a cantar.

La canción era una balada y, a medida que se desgranaba la historia, Hhune comprendió por qué su nuevo aprendiz estaba tan ansioso por que él la escuchara. Se trataba de una historia de deslealtades y traiciones que narraba las aventuras de un joven y heroico bardo que había conseguido desvelar una intriga para destruir a los Arpistas desde su mismo centro.

Los Arpistas. La simple mención de aquella organización secreta que había formado una gente entrometida del norte era suficiente para ponerle a Hhune los dientes de punta. Corrían rumores de que los Arpistas estaban cortejando al bajá Balik, pero el dirigente de la ciudad había rechazado sus atenciones, como hacía siempre con los pretendientes del norte.

¿O quizá no?

Hhune a menudo se había preguntado por qué había fracasado el plan de las cofradías de deponer al bajá Balik. Se había preparado con gran meticulosidad y se había ejecutado de forma intachable, pero sin embargo los conspiradores principales

habían sido asesinados y el propio bajá había propuesto leyes para limitar en gran medida los poderes de las cofradías. Era evidente que le había llegado información de la intriga, pero, por más que lo habían intentado, no habían podido saber quién había sido el traidor.

Hhune se recostó en la silla y contempló, pensativo, a la rapsoda semielfa. ¡Arpistas trabajando en Espolón de Zazes! Se estremeció al pensar en la posibilidad de que se añadiera aquella astuta sociedad en la lista siempre creciente de aquellos que pretendían hacerse con el poder o influir en los acontecimientos en Tethyr. Aquel agente tenía que ser descubierto de inmediato, antes de que los planes de Hhune, cuidadosamente elaborados, fueran descubiertos y desbaratados.

Cuando las últimas notas plateadas de la lira dieron paso al silencio, el noble sonrió a la juglar.

—Gracias por la canción, mi querida dama. Mi mayordomo os recompensará por la actuación y por las molestias del viaje, pero, primero, ¿podrías decirme dónde oísteis por vez primera esta interesante historia?

—En una taberna, milord, como su joven aprendiz —respondió la semielfa—. Está muy difundida, pero cuentan que la balada se introdujo en Tethyr de la mano del mismo bardo Arpista que la escribió.

—¿Conocéis el nombre de dicho juglar?

—No, mi señor, pero dicen que en la canción se menciona a sí mismo.

La certidumbre golpeó a Hhune como la punzada de una daga porque al escuchar la balada, la identidad de ese «juglar» le pareció dolorosamente clara. Lo más probable era que el compositor y el héroe fueran una misma persona..., ¡no podía ser de otro modo porque la balada rebosaba de autocomplacencia! Y la descripción del héroe concordaba con alguien a quien Hhune conocía, no demasiado bien, pero sí demasiado para su gusto.

No obstante, el noble procuró ocultar la respuesta. Una vez más, llamó a su atento criado y, tras dejar a la semielfa a su cuidado, le dio instrucciones de tratar a su invitada con toda cortesía y escoltarla de regreso a la ciudad.

Una vez hecho eso, Hhune cerró la puerta y se sentó a una silla situada frente a su atento aprendiz. El noble sabía, por supuesto, quién era el agente Arpista; era alguien cuya identidad había sido patente durante todo el tiempo, un recién llegado del norte, un joven acomodado nacido en uno de los clanes de mercaderes más poderosos de Aguas Profundas..., todas esas cosas eran motivos más que evidentes para despertar sospechas. Y sin embargo, con una audacia propia de los grandes maestros ladrones de guante blanco, los Arpistas habían sabido ocultar a su agente a plena luz del día. ¿Quién iba a sospechar que el joven frívolo que había compuesto aquella balada, según todos los indicios un petimetre y un tonto, era en realidad una víbora disfrazada de bufón?

En definitiva, ¿quién iba a sospechar de Danilo Thann?

Lo que ahora deseaba saber Hhune era cómo había llegado aquella revelación a Hasheth.

—El bajá estará encantado de saber que esa entrometida gente del norte trabaja en su reino —empezó Hhune, para avanzar paso a paso.

—Ya lo sabe —repuso el joven con voz fría—. Ese bardo se dedica a cantarle las baladas directamente al oído a mi padre. Me lo han contado, aunque yo no lo apruebo.

—Y sin embargo, los hombres sabios aceptan siempre los regalos, aunque procedan de un enemigo —comentó el noble con cautela. No podía confesar que compartía los crueles sentimientos de Hasheth, porque por lo que él sabía, aquello podía ser una trampa y no deseaba que el joven saliera corriendo a contarle a su padre que Hhune lo desaprobaba.

—El regalo está hecho. Ese hombre no nos sirve para nada más —continuó Hasheth.

—¿Nos?

Hhune dejó la pregunta pendiente en el aire y observó con detenimiento a su aprendiz a medida que el joven formulaba una respuesta. Los ojos de aquel joven le resultaban muy interesantes a Hhune. Fuera cual fuese el talento que pudiera tener Hasheth, el príncipe no había aprendido todavía a ocultar sus emociones. Existía un asunto personal entre él y ese Arpista, de eso estaba seguro.

—Ahora estoy a vuestro servicio —repuso Hasheth, con énfasis controlado—. Me da la impresión de que no os proporcionaría un buen servicio si dejara que se quedase un Arpista en las cofradías.

«Bueno, eso da respuesta a muchas preguntas», pensó Hhune, irónico. En palacio se conocía la confabulación contra Balik. Era incluso posible que el joven Hasheth hubiese sido situado, al servicio de Hhune para actuar como informador, tal vez incluso por los propios Arpistas..., lo cual sería hasta ventajoso porque permitiría que el flujo de información corriera en ambos sentidos.

Hhune se recostó en su asiento.

—Me considero juez imparcial de los hombres y sé que no sólo conoces a ese Arpista, sino que tienes algo contra él, algo de tipo personal.

Una imagen de Danilo Thann relumbró un instante en la mente del noble: un joven rubio y atractivo que bailaba recientemente en una fiesta, rodeado de mujeres de la corte.

—¿Una mujer, quizás? —aventuró Hhune en tono malicioso, y se vio recompensado con una expresión de patente resentimiento en los ojos del príncipe—. Ya veo, una mujer. Y deseas que sea eliminado un rival del objetivo de tus afectos.

—El asunto no es tan sencillo, y, aunque lo fuese, como aprendiz que soy no

actuaría sin vuestro consentimiento —replicó Hasheth.

—Bueno, supongamos que ya lo has obtenido. ¿Qué harías entonces?

—Contrataría a todos los asesinos de la cofradía para que lo cazaran con la máxima rapidez —repuso el joven con voz gélida—. Esto es más que un asunto personal. ¡Todo el oro que se gaste en conseguir la muerte de este traidor en particular será bien empleado!

Pero Hhune sacudió la cabeza.

—Espera tres días. Ese joven loco tiene amigos poderosos en Aguas Profundas y habría repercusiones graves si aquí, en Tethyr, actuáramos contra él de forma precipitada. Deja que la balada cumpla su función antes de que demos el golpe. ¡Los Arpistas no podrán vengar a un agente que se traicionó a sí mismo con una canción!

—Esa balada...

—Será cantada en todas las tabernas de Espolón de Zazes —concluyó Hhune, firme—. Créeme si te lo digo. —Tras esas palabras, cogió una moneda de oro de grandes proporciones de su bolsillo y se la lanzó a su aprendiz.

El joven captó con destreza la moneda y la estudió. El gesto arrogante y altivo de sus hombros se esfumó al instante y se quedó mirando a Hhune con una expresión de éxtasis, e incluso de verdadero respeto, en los ojos.

—Veo que conoces las marcas de esa moneda —repuso el noble, tajante—. Y me alegra que sea así, porque los Caballeros del Escudo son en gran parte responsables de la llegada al poder de tu padre. Si se supone que tienes que quedarte a mi servicio, debes comprender mi posición con ese poderoso grupo, y lo que significa para mí. Esa moneda puede señalarme como agente de los Caballeros, pero la *información* es la moneda que vale, con ella un hombre ambicioso puede comprar poder. ¿Me comprendes?

—Sí, milord —convino Hasheth, anhelante.

—Bien. También debes comprender que poco sucede en estas tierras del sur que los Caballeros no hayan planeado, y que de todo obtienen provecho. En el norte, no sucede lo mismo. Eso podría cambiar si tuviésemos agentes que pudiesen infiltrarse en las filas de los Arpistas y facilitarnos información recogida a través de esos intermediarios. ¿Crees que podría hacerse una cosa así?

—Podría hacerse, milord.

Hhune percibió el tono de confianza que traducía la voz del príncipe, y el gesto altivo de la barbilla. Así pues, había otro Arpista junto a ese molesto Thann, y uno que Hasheth conocía. Tal vez fuese la mujer por cuyas atenciones estaba dispuesto Hasheth a traicionar a un antiguo aliado.

—¿Es hermosa esa Arpista? —preguntó en tono despreocupado.

—Una diosa, milord —farfulló el príncipe, y acto seguido se mordió los labios al

darse cuenta de lo que acababa de confesar.

El noble chasqueó la lengua.

—No me importa cómo te diviertas, ni deseo saber el nombre de esa otra Arpista..., al menos, de momento. Haz todo lo que esté en tu mano para ganarte su confianza y demuestra que eres un informador competente. Si lo haces, me servirás bien.

—Como deseéis, lord Hhune.

Hhune, que de hecho era un hombre que juzgaba con bastante astucia a los demás, no dudaba de que las cosas se harían como había acordado. Sabía reconocer el fuego de la ambición, y pocas veces lo había visto arder con tanto ímpetu como en los ojos negros de Hasheth. Aquel joven haría todo lo que pudiese por su causa.

El noble se puso de pie, gesto que significaba que la entrevista tocaba a su fin.

—Regresarás de inmediato a la ciudad. He dado instrucciones a mi escriba Achnib para que te instruya sobre mis asuntos marítimos. Aprende bien y hablaremos más detenidamente a mi regreso.

—¿Regreso, milord?

—Cada año viajo a Aguas Profundas para asistir a la Feria del Solsticio de Verano y recibir el informe de nuestro agente allí, una mujer de provincias llamada Lucía Thione que ostenta una posición alta tanto en asuntos de negocios como sociales.

El joven parecía impresionado, como Hhune pretendía. La familia Thione estaba emparentada con la casa real de Tethyr. Pocos miembros habían escapado a la ejecución tras la caída de la familia real, y el hecho de que uno de los supervivientes fuera aliado de los Caballeros del Escudo otorgaba un lustre especial a la sociedad secreta.

Todas las cosas, incluida la lealtad, tenían un precio. Cuando Hhune despidió al joven, no le quedaba duda de que era ahora el orgulloso propietario de un príncipe..., un príncipe que daba la casualidad de que era un aliado de confianza de los Arpistas. A su modo de ver, era un pacto provechoso.

La noche transcurría lenta para Arilyn, porque por más que lo intentaba no lograba apartar de su mente la imagen de la guerrera elfa que había visto en la cámara del tesoro de Assante. Cuando por fin consiguió conciliar el sueño, su descanso se vio alterado por el rostro de su desconocida antepasada y por un coro de voces elfas que le exigían que redimiera el deshonor causado a la espadachina. Arilyn se despertó antes del alba, con las voces todavía resonando en sus oídos y la convicción de que las visiones de aquella noche tenían algún significado especial. El sueño tenía una intensidad muy misteriosa que le recordaba a los que había experimentado hacía más de dos años.

Sus ojos se desviaron instintivamente a la hoja de luna, que yacía desnuda y

presta en la mesilla de noche, al alcance de la mano. Arilyn alargó, vacilante, los dedos para rozar la hoja y, tal como esperaba, una corriente de magia le recorrió el cuerpo.

La Arpista retiró la mano en la que sentía el cosquilleo y, con un suspiro, cogió el arma por la empuñadura y la colocó en su antigua funda. De un puntapié, apartó las sábanas y se levantó mientras se ceñía el cinturón con dedos expertos.

Con los pies descalzos y vestida únicamente con polainas y ropa interior, aparte de la hoja de luna, por supuesto, Arilyn se acercó a la ventana. La ciudad yacía dormida a sus pies, y sólo la poblaban aquellos que, como ella, trabajaban mejor al amparo de la noche.

Durante largo rato permaneció Arilyn en la atalaya que le proporcionaba la ventana, contemplando los tejados de Espolón de Zazes con ojos que nada veían, mientras se negaba a aceptar lo que sabía que era cierto. Tras un silencio de más de dos años, la sombra elfa, el alma de la hoja de luna, se revolvía inquieta. Una vez más, el espíritu de la espada mágica exigía algo de la semielfa que la portaba.

La última vez que había sucedido aquello, más de veinte Arpistas tuvieron que morir antes de que Arilyn reconociera finalmente la voz de la espada. Conocía el coste de no prestar atención a las advertencias de la hoja de luna, pero aun así los colores del amanecer se difuminaron en el cielo antes de que fuera capaz de decidir un rumbo de acción, y hasta el final de la mañana no se sintió lista para proceder.

La semielfa no se consideraba cobarde. Desde temprana edad había aprendido a pelear con hombres armados, luchar contra monstruos indescritibles y enfrentarse a la horda de Tuigan en el horror perpetuo de la guerra, pero sólo había una cosa bajo la capa de las estrellas que Arilyn Hojaluna verdaderamente temía: los poderes ocultos en la antigua espada que llevaba atada al cinto.

Arilyn comprendía y era capaz de manejar con destreza varios aspectos de la magia de la hoja: la avisaba del peligro, le proporcionaba una velocidad y poder sobrenaturales, le permitía utilizar todo tipo de disfraces y le otorgaba una resistencia al fuego que en más de una ocasión le había salvado la vida. Pero lo que más temía Arilyn era la sombra elfa, su propio reflejo en el espejo, pero ¿qué podía hacer sino invocarla y aprender de ella lo que pudiese?

La Arpista agarró la empuñadura de la hoja de luna e inhaló profundamente para calmarse. La hoja elfa salió con un siseo de la funda y se quedó resplandeciente a la luz de la mañana mientras Arilyn la sostenía en alto con ambas manos.

—Acude a mí —musitó, suave.

Como respuesta, una neblina azulada emergió de la espada y se arremolinó en el aire hasta formar una silueta que le era familiar, aunque espectral. La Arpista bajó los brazos hasta apoyar la punta de la espada en el suelo de madera, pero apenas se dio cuenta del gesto porque tenía la vista fija en la forma que se estaba moldeando

delante de ella.

Por un momento, le dio la sensación de que contemplaba su propio reflejo en las aguas de un estanque iluminado por la luna, pero luego la sombra elfa salió de la neblina y se plantó ante ella, y vio que era una figura tan sólida y mortal como la suya propia. A diferencia de la Arpista, la sombra elfa iba ataviada con ropa de viaje, unas botas gastadas pero cómodas y los pantalones de montar que siempre que podía elegía Arilyn.

Durante largo rato, la semielfa y la sombra elfa se contemplaron con expresión cautelosa. Arilyn sintió un súbito impulso, la urgencia de rascarse la nariz para ver si su sombra hacía lo propio, y la ingenuidad de aquel pensamiento le hizo sonreír brevemente.

—Me alegro de verte, hermana —saludó la sombra elfa, en un tono de voz de contralto que era una réplica exacta del de Arilyn—. Esperaba que me invocaras antes.

La Arpista cruzó los brazos y la fulminó con la mirada.

—He estado ocupada.

Una triste sonrisa cruzó por el rostro de la sombra elfa.

—Veo que todavía te sigues culpando por la muerte de aquellos Arpistas, aunque la mano que empuñó el arma fue la mía.

—¿Existe diferencia? —preguntó Arilyn con amargura.

—Oh, sí. Al menos en el futuro, sí.

La semielfa frunció el entrecejo, confusa. Tenía muchas preguntas en el tintero y ésta parecía adecuada para empezar.

—No creo que quieras explicar eso.

—No más que tú *oír* la explicación —respondió la sombra elfa con un inesperado deje de ironía en la voz.

Arilyn alzó las cejas, inquisitiva.

—Hay algo que sí deberías contarme. ¿Qué eres tú? ¿Parte de la hoja de luna o parte de mí?

—Ambas cosas y ninguna. —La sombra elfa se quedó en silencio como si quisiera sopesar sus siguientes palabras—. Sabes que cada persona que blande la hoja de luna imbuye a la espada con un nuevo poder, pero no comprendes el origen de ese poder. A diferencia del resto de los guerreros que te precedieron, a ti no te contaron los secretos de la hoja de luna antes de que la reclamaras.

—Cuéntame, pues.

—No es tan sencillo —le advirtió la sombra elfa—. Las hojas de luna son objetos elfos muy antiguos y es complicado describir los misterios que confluyen en el momento de su creación..., como sería complicado transmitirte las palabras de una melodía que nunca hayas escuchado o describirte un color que nunca hayas visto.

—Comprendido. Sigue —la urgió Arilyn.

—Primero déjame que señale el hecho de que la hoja de luna te aceptó cuando apenas eras una cría, por no decir que eres la primera semielfa que ha heredado jamás una hoja de luna.. Esa decisión no fue tomada a la ligera sino que se previó que ibas a proporcionar al Pueblo un gran servicio.

—La puerta elfa —murmuró Arilyn, pensando en el portal mágico a Siempre Unidos que ella había descubierto y luchado luego por proteger.

—Eso y más cosas —convino la sombra elfa, misteriosa—. Una vez aceptada, poco a poco te hiciste con la espada y fue entonces cuando aparecí yo. Por carecer de una descripción mejor, diremos que yo soy la personificación de tu unión con la hoja de luna.

—Ya veo. ¿Y todas las hojas de luna tienen gente como tú?

—¡Por el mar y las estrellas, no! La habilidad para formar e invocar una sombra elfa fue uno de los poderes añadidos a la hoja de luna que llevas. Por Zoastria... —añadió la sombra en voz más baja.

Algo en el tono de voz de la sombra elfa convenció a Arilyn de que aquél era el nombre de la guerrera durmiente.

—Por eso he tenido todos esos sueños. ¡No tenía visiones como éstas desde la época del asesinato de Arpistas! Lo que no entiendo es por qué el descubrimiento del cuerpo de Zoastria agita todas esas visiones si tú eres la personificación de mi unión con la espada.

—Al igual que los elfos que te precedieron, añadiste un poder a la hoja de luna —prosiguió la sombra elfa con suavidad—, un poder que refleja tu carácter y tus necesidades.

Arilyn se encogió de hombros, impaciente por que la sombra elfa llegara a algo que ella no supiera todavía.

—Las hojas de luna contienen gran cantidad de magia y su poder aumenta con cada portador, pero como siempre ocurre con la magia, el coste que hay que pagar es elevado. —La sombra elfa se detuvo y extendió los brazos, como si invitara a Arilyn a observar en ella cuál iba a ser ese coste—. Mi nombre está bien elegido, *porque soy la sombra en la que te vas a convertir*.

Arilyn se quedó contemplando su imagen, sin querer comprender, aunque sospechaba que sabía lo que la sombra elfa quería decir. De repente, se dio cuenta de que, en cierto modo, lo había sabido siempre.

—Entonces, cuando muera... —empezó.

—No morirás en el sentido estricto. La esencia de tu vida pasará a la hoja de luna porque ésa es la fuente de poder última de la magia de la espada.

Arilyn se volvió bruscamente y durante largo rato se quedó contemplando la pared, con el rostro petrificado mientras intentaba controlar sus abrumadoras

emociones.

—Lo que estás diciendo es que la espada está llena de elfos muertos —musitó al fin.

—¡No! Esa explicación es simplista y cruel, y además no se ciñe a la realidad. Salvo en casos raros, los elfos somos inmortales; pasamos de este mundo a los reinos de Arvador sin probar la muerte tal como la conocen los humanos. Pero sí, todo elfo que acepta una hoja de luna comprende que su tránsito a Arvador se verá pospuesto, tal vez durante miles de años, hasta que el objetivo de la hoja de luna se vea cumplido. Cuando la espada se queda aletargada, los elfos son liberados. Es un sacrificio enorme, pero los elfos nobles lo aceptan gustosos por el bien de su Pueblo.

—Pero ¿y yo? —Las palabras se agolpaban en sus labios con una precipitación angustiada—. ¡Soy *semielfa*! Las puertas de Arvador están cerradas para los que son como yo, y la mayoría de los elfos cree incluso que *no tengo* alma. ¿Qué me sucederá a mí? ¿A nosotras? —corrigió con amargura.

La sombra elfa se limitó a sacudir la cabeza.

—No lo sé. Ninguno de nosotros lo sabe porque eres la primera semielfa que blande una espada como ésta. A riesgo de parodiar el sermón de un clérigo de poca monta conversando sobre el más allá, tendrás que esperar para averiguarlo.

—Pero lo más probable es que deba servidumbre eterna, encogida como el genio en una lámpara de bronce barata, ¿no? —replicó Arilyn, encolerizada—. Gracias, pero paso.

—No puedes.

—¡Al infierno! ¡No firmé nada de eso!

—Tu destino quedó escrito la primera vez que blandiste esta espada —insistió la sombra elfa.

Pero Arilyn sacudió la cabeza con ojos centelleantes.

—Aceptaré *eso* el día en que pueda tomar un café y charlar un rato con la sombra de Zoastria. ¡Tiene que haber una vía de escape! ¿Dónde puedo encontrar a alguien que la conozca?

—En Arvador —repuso la sombra, triste—. Y, posiblemente, en Siempre Unidos.

Arilyn alzó los brazos. Para ella, las dos cosas eran igual de inalcanzables. Nunca sería aceptada en la isla elfa. Y ni siquiera por su alma, si es que de verdad tenía una, cogería ella algo no ganado de manos de los congéneres de su madre.

No ganado.

De improviso, la enojada Arpista recordó la misión de la reina de Siempre Unidos, y supo lo que tenía que hacer. Aceptaría la misión imposible de Amlaruil y encontraría el modo de triunfar más allá de las elevadas expectativas de la monarca elfa, y ¡lo haría a su modo y según sus condiciones! Una vez cumplida la misión, la

reina pagaría lo que fuera por los servicios prestados.

Arilyn alzó la espada e hizo retirarse a la sombra elfa.

—Debes irte —murmuró, triste—. Al lugar adonde me dirijo, los clientes suelen ver ya doble...

6

—Han pasado días y no hay señal de los elfos. —Vhenlar se consumía de inquietud desde hacía rato—. ¿Cómo sabremos cuándo vendrán? Antes oiremos correr a nuestras propias sombras que el avance de esas cosas sobrenaturales. ¡Son como fantasmas! ¡Vete a saber si todos los hombres de la patrulla no están ahora bajo los arbustos con una segunda sonrisa en la barbilla!

Bunlap dirigió una mirada de reprobación al nervioso arquero.

—Quizá sí, pero lo sabríamos —respondió a secas—. Yo lo sabría.

Mientras hablaba, el mercenario levantó una mano para rozarse con la punta de los dedos la amoratada cicatriz que le cruzaba la mejilla, tres líneas curvas combinadas para formar una silueta sencilla pero distintiva de un tipo de flor silvestre. Bunlap había visto aquella marca en otra parte y, desde el día en que el elfo de cabellos rojizos lo había marcado, había puesto todo su maldito empeño en asegurarse de que también la viera la demás gente..., gente que no pensaría con benevolencia en el elfo que identificaba, ni, por extensión, en el resto de los elfos de Tethir. El odio de Bunlap no servía para nada si no los incluían a todos.

Los elfos salvajes de Tethir eran duros de pelar, aunque fueran pequeños y escuálidos. La media docena que habían capturado los hombres de Bunlap en el claro del bosque habían planteado un combate desproporcionado a su tamaño y su número. ¡Y eso que la mayoría eran mujeres y chiquillos! Los mercenarios los mantenían presos como cebo, pero había muchos otros elfos del bosque que culparían al elfo de cabellos rojizos cuyas flechas había desperdigado Bunlap a conciencia en el devastado asentamiento elfo.

A Bunlap le agradaba la idea de enojar a varias de las tribus colindantes con la frontera elmanesa para que se levantaran en guerra contra el guerrero elfo que lo había herido, y que había conseguido esquivarlo durante tanto tiempo. Mantener a aquellos bastardos orejudos ocupados era su trabajo. Pero cuando llegara el momento de matar al elfo de cabellos rojizos, Bunlap quería reservarse el honor para sí mismo.

El mercenario apoyó una bota sobre una bala de ganja seca y curada. De la bota izquierda extrajo un diminuto cuchillo con el que empezó a limpiarse la mugre de las uñas. Por delante de él tenía una clara panorámica del terreno que se extendía entre el granero y el borde del bosque. Los colores del crepúsculo se reflejaban en el riachuelo estrecho y sinuoso que separaba el campo de la espesura y proporcionaba agua a los campos sedientos. A la luz difusa del anochecer, las sombras eran profundas y prolongadas, pero, incluso así, nadie podía pasar por allí sin que él lo advirtiese.

La mayoría de los hombres situados en el granero compartían la misma confianza que Bunlap. La docena de hombres que había allí apostados jugaban a dados, a cartas

o a cualquier cosa que les sirviera para matar el tiempo. Habían transcurrido varios días desde su última incursión en las profundas sombras de Tethir, y a medida que pasaba el tiempo el temor a que los elfos tomaran represalias se convertía en indiferencia.

Sin embargo, Vhenlar seguía tan nervioso como un ratoncillo en el nido de un halcón. El arquero andaba arriba y abajo por el granero, vigilando las ventanas, pero procurando quedar fuera de la línea de fuego. En el campo que se abría a sus pies, seis elfos harapientos permanecían encadenados y hacinados en el medio de unas hileras de plantas aromáticas. Según el plan de Bunlap, los elfos debían parecer esclavos de campo, pero el plan había resultado tan efectivo como si hubiesen atado un reno salvaje a un arado y hubiesen pretendido que trazara un surco recto. Aquellos diminutos personajes rehusaban a todas luces colaborar con sus secuestradores. Hasta los chiquillos más pequeños preferían recibir una tunda que recolectar una sola hoja. Debilitados por la falta de comida y de sueño y por las continuas tandas de latigazos, los elfos mostraban una resistencia feroz y tozuda que Vhenlar casi se sentía tentado de admirar.

El arquero contempló cómo uno de los mercenarios de guardia sacaba el látigo para castigar a un esclavo pertinaz. Su supuesta víctima, una elfa que parecía una chiquilla, miraba con ojos desafiantes al hombre mientras el látigo subía y bajaba.

De repente, se alzó el brazo de la chiquilla a una velocidad comparada a la de la cinta de cuero, y aunque el látigo se enroscó alrededor de su muñeca, la doncella elfa se puso en acción. A una velocidad que Vhenlar no habría creído posible, la muchacha elfa agarró el látigo con ambas manos y rodó hacia atrás por el suelo.

El fuerte tirón, combinado con el impulso que llevaba el látigo, hizo que el mercenario se tambaleara y diese un traspié hacia adelante. Antes de que pudiese recuperarse, la elfa estaba de pie y, con la velocidad de un halcón, se situó sobre el hombre; en un visto y no visto, enrolló el látigo alrededor del cuello del mercenario.

La feroz chiquilla elfa se puso entonces de pie y empezó a saltar con los pies desnudos sobre la espalda del hombre, mientras estiraba del látigo con todas sus fuerzas. Vhenlar frunció el entrecejo al ver que la cabeza del mercenario se inclinaba peligrosamente hacia atrás e incluso le pareció oír el distante crujido de los huesos.

—Otra baja —observó, lacónico, mientras tres guardias más forcejeaban para reducir a la chiquilla elfa.

Al ver que Bunlap se limitaba a encogerse de hombros, el arquero dejó de contemplar la escena. Se sentía a disgusto en aquel granero. Aprisionado, casi. Y, sin embargo, la tarea que tenía que cumplir no le resultaba una novedad. Durante los años en que había permanecido estacionado en el Fuerte Tenebroso, a menudo se había ocultado entre rocas por las cercanías de algún paso de montaña para disparar sobre los viajeros. Cuando unos invasores aficionados habían puesto en peligro el

baluarte zentarim, Vhenlar había sido convocado a las murallas para ayudar a repeler a los atacantes. Su puntería era legendaria, y poseía un registro de casi doscientos aciertos comprobados para dar crédito de ella, pero comparado con la habilidad innata de los elfos del bosque, Vhenlar se sentía como un novato de dedos torpes. Ni siquiera la precisión adicional que le proporcionaba su arco elfo le parecía satisfactoria.

De repente, el capitán de los mercenarios se puso en pie de un brinco, con los ojos grises centelleando en su rostro mutilado.

—Ahí están, ¡hombres! —siseó Bunlap—. A vuestras posiciones. ¡Rápido!

Aunque los hombres de Bunlap intercambiaron miradas de incredulidad, todos obedecieron. Se arrodillaron junto a las ventanas que servían de ventilación al granero, apostaron sus armas y se quedaron a la espera con la vista fija en la primera línea de árboles.

—¿Qué has oído, capitán? —murmuró Vhenlar mientras aprestaba una flecha; esta vez era una de las suyas, de punta de acero y adornada con las plumas a franjas azules y blancas de un pájaro que solía iluminar el paisaje desierto de su nativa Cormyr. Se sentía a gusto con aquella flecha en sus manos, pues no se parecía en absoluto a las saetas negras que había ido recogiendo de las aljabas de esclavos muertos o que había arrancado incluso de los cuerpos de sus propios compañeros. Había algo sobrenatural en aquellas flechas elfas. Vhenlar no se sentía capaz de coger una de ellas sin percibir la extraña sensación de que en cualquier momento podía volverse en su contra.

—El canto de un zorzal —respondió Bunlap con sombría satisfacción—. Un tipo de pájaro que nunca abandona el bosque para sobrevolar las praderas. ¡Parece que nuestro amigo elfo tiene menos sentido común que el pájaro al que imita!

Vhenlar escudriñó los árboles, pero no alcanzó a ver nada. Hizo un gesto para señalar a los elfos capturados en los campos del exterior.

—Si eres capaz de identificar el canto de ese pájaro, también lo podrán hacer ellos —señaló.

En opinión de Vhenlar, aquél era el punto débil del plan de Bunlap. Probablemente, los elfos esclavos sabían que servían de anzuelo para una emboscada. Si se hubiesen molestado en contar, habrían visto que había más hombres en el grupo de asalto que había destruido su hogar que el puñado de humanos que ahora los vigilaban, pero los elfos también conocían lo suficiente a sus secuestradores para darse cuenta de que ellos probablemente no sobrevivirían a un intento de rescate. Vhenlar no tenía ni idea de si los elfos intentarían lanzar un aviso a quien pudiera intentar rescatarlos o simplemente se quedarían quietos y confiarían en salir con vida.

De repente, una pálida saeta trazó un arco en lo alto del campo, seguida de dos más, y fueron a caer sobre los tres guardias que estaban ocupados en reducir a la

joven elfa con más rudeza de la que era precisa. Exclamaciones de sorpresa y gritos de dolor llegaron por el aire hasta el granero mientras los vigilantes se ponían de pie y, dándose la vuelta, intentaban alcanzar las flechas que se habían incrustado entre las armas que llevaban colgadas del hombro.

—Justo fuera de su alcance, por encima del corazón —murmuró Vhenlar en tono de admiración, pues el despliegue de habilidad había sido asombroso. Pero más notorio incluso era el ángulo desde el que se habían lanzado las flechas. En un fuego cruzado bajo habría sido imposible que alcanzaran a los hombres. Para hacerlo, tenían que apuntar hacia arriba con poco ángulo y confiar en que las saetas cayeran en el punto preciso.

Antes de que tuviera tiempo de admirar aquella puntería, el propósito de los elfos invisibles se hizo patente. La doncella elfa, súbitamente libre, agarró una maza de mano del cinto de uno de los hombres distraídos y de un mazazo rompió en dos la cadena que la mantenía atada. De inmediato, una segunda andanada de flechas salió disparada del bosque y se incrustó en las gargantas de sus martirizadores. La niña esquivó como pudo los cuerpos que caían y salió corriendo como un gamo hacia los árboles.

Instintivamente, Vhenlar dejó caer el arco elfo y apuntó con el arco que tenía ya cargado, pero antes de que pudiese derribar a la doncella elfa, Bunlap lo cogió por la muñeca.

—¡Estás loco! ¡Vas a delatar nuestra posición!

—¿Y ella no? —replicó Vhenlar.

Por una vez, Bunlap no tuvo argumentos para rebatirlo. Soltó la muñeca del arquero y asintió con pesadumbre.

Vhenlar estiró la cuerda del arco y, acto seguido, soltó la flecha que salió disparada en dirección a la chica que huía. Aunque estaba a punto de sobrepasar el punto donde no podría darle alcance, supo al momento que el tiro era certero.

Pero mientras la flecha todavía descendía rumbo a la espalda de la doncella elfa, un disparo de respuesta apareció desde el borde de la arboleda. Se sucedió un súbito estallido, claramente visible en contraste con la oscuridad del bosque, cuando la punta de acero de la saeta de Vhenlar topó contra una punta de piedra. Las dos flechas cayeron inermes al suelo, y la joven elfa desapareció entre los árboles.

—Por la sangre oscura de Bane —maldijo el arquero en tono reverencial. Si no lo hubiese visto con sus propios ojos no habría creído posible que un ser mortal fuese capaz de disparar con tanta precisión como para alcanzar una flecha en pleno vuelo.

Bunlap parecía opinar lo mismo, porque se separó de la ventana abierta y, haciendo bocina con las manos, gritó instrucciones a los hombres que había abajo. Los guardias desataron a los elfos prisioneros y, sujetándolos como si fueran escudos, empezaron a arrastrarlos de espaldas rumbo al granero.

—Hará falta mucha suerte —musitó Vhenlar—. Los elfos son pequeños; todavía queda mucha carne humana expuesta. Esos arqueros elfos podrían clavar una saeta entre los ojos de un colibrí.

—Pues perderemos unos cuantos hombres —replicó el capitán con voz fría—. ¿Y qué? Nos quedan hombres suficientes para llevar a los prisioneros fuera de su campo de tiro, y de su vista. Los elfos salvajes no van a salir a enfrentarse con nosotros, pero les daremos algo con lo que no cuentan. Iremos matando una a una a sus mujeres. Pueden quedarse ahí sentados y disfrutar de la música y del espectáculo mientras ejecutamos a su gente, o pueden abandonar el cobijo de los árboles.

El arquero soltó un resoplido en tono burlón.

—¿Crees que será una elección fácil para ellos? Escucha lo que te digo: ese elfo de cabellos rojizos vendrá. ¡Por las mazmorras del infierno! Vendrá, ni que sea para recoger los guantes que hemos ido dejando por todo el bosque.

»Pero, por encima de todo, me quiere a *mí* —prosiguió el capitán mercenario con lóbrega satisfacción—. He mirado a ese elfo a los ojos y sé que es del tipo de persona que se considera un cabecilla noble, pero en el fondo es como yo. Para los dos, esto se ha convertido en algo personal.

La chiquilla elfa se precipitó en la arboleda y en los anhelantes brazos de Tamara Báculo de Roble, la única hembra que formaba parte de la expedición de guerra. La joven guerrera intentó calmar a la chiquilla y luego la separó de sí, toda la longitud que le permitían los brazos, para contemplar con mirada experta sus heridas.

Eran muchas y de consideración: verdugones y cuchilladas del látigo, rozaduras y feas heridas provocadas por las cadenas oxidadas, el cuerpo enflaquecido por falta de comida, de agua y de reposo. Pero también había heridas no visibles que en apariencia sólo captaban los ojos sobrenaturales de Tamara. Por un momento, la mujer elfa se horrorizó ante los terrores que había tenido que soportar la niña, pero todo asomo de compasión se desvaneció cuando la mirada de Tamara alcanzó los ojos fieros de la muchacha, y la elfa de más edad hizo un gesto de asentimiento. La chiquilla no sólo sobreviviría, ¡sino que lucharía!

—Dad agua al pequeño halcón —ordenó con una sonrisa—. ¡Y luego, dadle un arco y una aljaba!

Pero la joven chiquilla rechazó ambas cosas y señaló a los humanos que se retiraban.

—Ya es demasiado tarde.

—Están fuera de nuestro alcance —corroboró Foxfire.

Mientras el cabecilla le tendía a la niña un odre de agua con un gesto para que bebiera, escudriñó con la mirada las ventanas de la parte alta de la amplia estructura de madera situada en el otro extremo del campo.

Los arqueros estaban allí, esperándolos. Tal como había supuesto, aquello era una emboscada, pero lo que no se esperaba era que Bunlap utilizase niños y hembras elfas para atraer a sus oponentes a la trampa. Foxfire se regañó a sí mismo en silencio. Tendría que haber supuesto algo así por lo poco que conocía de aquel hombre.

—Cuéntanos cómo es nuestro enemigo. ¿Contra cuántos humanos nos enfrentamos? —preguntó a la chiquilla en un tono similar al que emplearía un guerrero para hablar con otro guerrero.

Aquella muestra de respeto hizo resplandecer los ojos de la niña. Se mordió el labio inferior, concentrada, y fue asintiendo con la cabeza a medida que calculaba en silencio las fuerzas del enemigo.

—Más de un centenar de hombres atacaron Claro del Consejo; de esa cantidad, sobrevivieron quizá la mitad. Nosotros seis nos las arreglamos para matar unos cuantos más cuando nos trajeron aquí, ¡pero eran demasiados!

—Suele suceder, cuando se trata con humanos —musitó Tamsin, el hermano gemelo de Tamara.

—¿Y en el granero? —insistió Foxfire.

—Diez, quizá más. Había doce vigilantes en el campo y dos patrullas de diez hombres en el bosque.

—Por ésos no te preocupes —le aseguró Tamsin en un tono que dejaba pocas dudas sobre cuál había sido su destino.

—Una veintena de humanos. Los superamos en una proporción de tres a dos —se animó Tamara.

—Y en el bosque, esas cifras nos proporcionarían una ventaja abrumadora —convino el líder—, pero los humanos han girado las tornas y nos han forzado a hacer una carga estúpida y suicida mientras ellos luchan desde cubierto, como solemos hacer la gente del bosque.

—No es nuestro estilo, pero si dices que debe hacerse, te seguiremos —intervino uno de los guerreros. Los demás, treinta en total, asintieron y alzaron las manos en tácito gesto de asentimiento, porque los elfos de Árboles Altos dejaban sus vidas en manos de su jefe de guerra.

Foxfire les agradeció su apoyo con un ademán y luego se volvió para estudiar aquel campo de batalla que le resultaba tan poco familiar. Durante largo rato, los guerreros que tenía situados a su espalda permanecieron en silencio en la sombra, esperando con infinita paciencia elfa a que tomara una decisión. A medida que la oscuridad que los rodeaba se hizo más profunda, los únicos sonidos que prevalecían eran el canto de los pájaros y la acelerada fricción de los grillos.

De repente, la quietud del crepúsculo se vio interrumpida por el estallido de un grito de mujer, largo, penetrante y angustioso. Los elfos se pusieron en tensión y sus dedos curvos se ciñeron en torno a sus arcos mientras los músculos, tirantes, se

preparaban para echar a correr por el mortal campo de batalla.

—No lo hagáis —les ordenó Foxfire en voz baja, aunque su propio rostro se veía contraído por la desesperación—. Nos están poniendo un cebo y sus arqueros nos abatirán antes de que alcancemos a nuestra gente. ¡Vuestra muerte no hará más que acelerar la suya!

—¿Y entonces, qué? —preguntó Korrigash, acudiendo al lado de su amigo.

Con una extraña sonrisa, el líder extrajo el cuchillo de huesos que llevaba en el cinto y cortó la cinta que, atada en la frente, le sujetaba el cabello zorruno. De ella colgaban una serie de adornos que contribuían a que sus brillantes rizos de color rojizo pasaran desapercibidos en el paisaje del bosque: plumas, cañas diestramente entrelazadas y un rabo de gato seco que había cortado aquella primavera en el Claro del Cisne.

Las manos de Foxfire se movían con agilidad mientras ataba el rabo de gato a una flecha. Luego, tras murmurar una rápida oración justificativa y de disculpa, Foxfire frotó la corteza de un pino enano hasta que salió savia espesa. Acto seguido, recogió parte de esa resina con el cuchillo y untó con ella el rabo de gato, antes de pedir prestado un cuchillo forjado al fuego.

Korrigash le tendió uno sin mediar palabra. La expresión horrorizada de sus ojos negros era similar a la que reflejaban los rostros de todos los elfos de la compañía, que contemplaban cómo Foxfire raspaba acero contra piedra. Lo que el líder se proponía hacer era impensable para los elfos del bosque, porque en su mundo no había fuerza más temida ni más destructiva que la que Foxfire se disponía a lanzar.

—Las plantas del campo están verdes y frescas —comentó en voz baja mientras hacía saltar una segunda chispa—, y corre agua entre el granero y los árboles. Arderá el edificio, pero el fuego no llegará al bosque. Cuando los humanos se vean obligados a abandonar el granero, atacaremos. Nos obligan a luchar en campo abierto: nosotros haremos lo mismo.

—¡Pero no dejarán que los nuestros vivan tanto tiempo! —protestó Tamsin.

—Sí que lo harán —replicó Foxfire con absoluta certeza—. Los mantendrán con vida, y los torturarán, durante el tiempo que haga falta para que nosotros lleguemos hasta allí. Hay muchas cosas de los humanos que no comprendo, pero esto lo sé a ciencia cierta: su líder no descansará tranquilo hasta que no haya lavado su orgullo con mi sangre.

Otro chillido fulminó la noche. Foxfire frunció el entrecejo y se enfrascó en la terrible tarea que tenía entre manos. Una vez más, raspó acero contra piedra y, esta vez, la chispa prendió en el rabo de gato untado de resina. El elfo sopló con suavidad para que prendieran las llamas en la antorcha de fabricación casera. Cuando tuvo la flecha a punto, la ajustó con rapidez en el arco. Acto seguido, con una fuerza mucho mayor de lo que sugería su reducida talla, el elfo estiró la saeta hacia atrás y se quedó

inmóvil un momento mientras parecía arrancar energía de la tierra boscosa que tenía bajo los pies. Luego, soltó a la vez la flecha y un chillido imitando el sonido del halcón.

La flecha incendiaria cruzó la noche como si se tratara de una estrella fugaz y fue a precipitarse en el terreno repleto de hierbas secas, pisoteadas y chafadas por el paso de multitud de pies, que rodeaba el edificio de madera. Mientras el humo se alzaba en espiral hacia las estrellas, las flechas elfas mantuvieron a raya a todos aquellos que intentaban sofocar las incipientes llamas.

Maldiciones infames y gritos de rabia y miedo surgieron del edificio como si se tratara de humo, pero al final los humanos se vieron obligados a salir tambaleantes del granero en llamas a la noche.

—Disparad siempre que podáis, luchad cuerpo a cuerpo cuando sea necesario —instruyó Foxfire, lacónico—. Mantened lista una segunda arma para dársela a los prisioneros que sean capaces de luchar. Tú, hermanita, quédate aquí y espera nuestro regreso.

Pero la chiquilla elfa le quitó el cuchillo de acero de las manos.

—Para mi madre —musitó antes de que él pudiese protestar, enseñándole la daga de hueso que Tamara le había dado ya.

—Tienes bravura y sangre de guerrera, pero estás herida —insistió él con suavidad.

—Todavía puedo luchar —protestó la chica y, con ojos resplandecientes y llenos de fervor, cogió una de las manos del elfo y se la llevó a los labios—. ¡Te seguiré hasta la muerte, y más allá!

Con aquellas palabras, la niña salió disparada a campo traviesa mientras su silueta delgada y oscura se veía recortada contra las crecientes llamaradas. Los demás elfos echaron a correr tras ella y se fueron desperdigando en forma de abanico mientras avanzaban en silencio como una manada de lobos.

Foxfire y Korrigash intercambiaron una mirada irónica y salieron a la carrera.

—Siempre me había preguntado por qué, de los dos, tú has acabado de jefe de guerra —comentó el elfo de cabellos oscuros—. En especial si tenemos en cuenta que corro, disparo y lucho mejor que tú.

Una fugaz sonrisa suavizó el gesto adusto de Foxfire.

—Ese desafío me lo guardo, amigo mío, y ya arreglaremos cuentas otro día. Pero dime, ¿cuál es el secreto?

—Sabes cuándo ir a la zaga.

Los ojos oscuros del jefe elfo se posaron en la niña guerrera, que había sido la primera en alcanzar a los humanos. Su frágil silueta era apenas visible entre la arremolinada humareda, porque estaba sentada a horcajadas sobre un hombre, pero el brazo se alzaba una y otra vez mientras el acero daba en el blanco.

Foxfire hizo un gesto de asentimiento, al percibir la verdad de las palabras de su amigo, aunque él mismo nunca había reflexionado demasiado sobre el tema. Korrigash tenía el don de decir mucho con pocas palabras.

—Mediodía y dos —murmuró Korrigash entre dientes, indicando una hora del día y una dirección.

Su amigo alzó el arco y disparó una flecha por encima de su cabeza y hacia la derecha. La humareda se abrió y por un instante se vio la imagen de un guerrero humano, con la flecha elfa clavada en el estómago y una expresión de sorpresa en el rostro. En la mano sostenía una cadena, que todavía giraba, y que había preparado para lanzar en forma de lazo sobre Foxfire. El impulso del arma hizo que se enredara alrededor del brazo humano y acto seguido resonó un golpe sordo y un crujir de huesos. Cuando el humano abrió la boca para gritar, todo lo que emergió de su boca fue un súbito borbotón de sangre.

Foxfire apartó la vista porque la muerte de sus enemigos no le producía ningún placer. Rozó el brazo de su amigo en silencio para darle las gracias y desenfundó la daga. De repente, se había acabado el tiempo para las palabras. El combate se cernía a su alrededor con un tumulto infernal: el crepitar de las llamas, los alaridos de rabia y dolor y el retumbar de los latidos de sus propios corazones en los oídos. Los dos elfos se dieron la vuelta para enfrentarse juntos, espalda contra espalda, a un horror que ambos habían temido desde hacia tiempo y que ninguno comprendía:

Una guerra contra los humanos.

La puerta de la taberna La Ballena Rota se abrió de par en par y el ímpetu hizo estremecer los paneles de las ventanas que daban al muelle. Una mujer elfa se precipitó en la estancia como si hubiese sido empujada a través de la puerta por una violenta tormenta de verano. Era inusualmente alta para ser elfa, de tez blanca y cabellos negros como el azabache..., un contraste de colores muy habitual entre elfos de la luna. Sus ojos, de un intenso tono azul, resplandecieron como fuego mágico cuando se introdujo en la sala, súbitamente silenciosa.

Sandusk Excavador detrufras, el halfling que atendía el mostrador, observó cauteloso que la mujer elfa inclinaba la cabeza para posar la vista en él con la fuerza de una nube de tormenta.

—¿Dónde está Carreigh Macumail? —preguntó, y para dar énfasis a sus palabras golpeó con las palmas de ambas manos sobre el pulido mostrador de madera.

El halfling notó aliviado que su voz, melódica a pesar de su enojo, era sin lugar a dudas de una semielfa..., no tan monótona como el tono de los humanos pero también carente de la música y la magia propia de la voz elfa. Elfos y humanos eran siempre fuente de conflictos, pero en opinión de Sandusk, un híbrido entre elfo y humano era preferible a la versión pura de cualquiera de las dos razas. Los semielfos recibían un

trato considerado en Espolón de Zazes, pero caminaban en la cuerda floja y muchos de ellos eran conscientes de ese hecho. Los conflictos raciales en Tethyr, siempre en boga, colocaban a los semielfos en una posición ambigua que los impulsaba a controlar sus modales y ocuparse de sus propios asuntos.

Sin embargo, aquélla parecía dispuesta a ser la excepción. Como el camarero no respondió con la rapidez que ella habría deseado, la semielfa cogió la túnica del halfling con ambas manos y lo subió hasta el mostrador para enfrentarse a él cara a cara.

—Conozco y aprecio la reputación que tiene La Ballena Rota por proteger a sus clientes, y os aseguro que no tengo la más mínima intención de hacer daño al capitán Macumail —murmuró con suavidad—. Pero con vos puedo cambiar de opinión. Hablad.

—¡Se marchó! —balbució el camarero—. ¡Se fue!

Arilyn le dio una fuerte sacudida.

—Eso ya lo sé. Y también sé que por lo general os informa de su siguiente destino. ¡Decídmelo u os ensartaré como un conejo asado!

—Pero yo soy halfling —protestó Suldusk con un chillido tan penetrante que resonó en todos los rincones de la taberna. Hacía tiempo que había aprendido que las personas de más talla que él podían sentirse avergonzadas con facilidad y como la mayoría de los halflings hacía que la gente se sintiera culpable—. Soy la mitad de alto que vos.

La semielfa sonrió con frialdad.

—Pues usaré una espada corta.

Suldusk meditó sobre la viabilidad de aquella solución.

—No habrá ido muy lejos —respondió en un tono de más discreción—. El *Caminante en la Niebla* alzó anclas esta misma mañana. El capitán Macumail comentó algo de que iba a encontrarse con unos cazadores de piratas. Quizá todavía podáis pillarlo.

Arilyn se quedó mirando al halfling durante un instante; luego, hizo un breve gesto de asentimiento y lo bajó al suelo, antes de dar media vuelta y salir a paso rápido de la taberna. Sin detenerse, caminó hasta el borde del muelle y se zambulló limpiamente en el agua.

Uno de los confusos clientes sacudió la cabeza.

—¡Por las heridas de Ilmater! —exclamó—. ¿Qué piensa hacer esa loca? ¿Llegar a nado hasta el barco de Macumail?

El halfling vio que había dado en el blanco. Se alisó la túnica y luego acabó de servirle al cliente una cerveza espumosa.

—Mi querido señor, eso no me sorprendería lo más mínimo. Y, si le gustan las apuestas, me juego lo que quiera a que conseguiré traerlo de vuelta antes de que

amanezca.

Arilyn se sumergió en las profundidades y empezó a nadar sin pausa rumbo al oeste. Mientras avanzaba, bendijo a Perla Negra, una antigua amiga elfa marina, por haberle regalado el amuleto encantado que le permitía respirar bajo el agua y sumergirse en su mundo. La Arpista no era muy aficionada a la magia ni a los artilugios mágicos, pero había conservado el talismán durante muchos años en honor a su amiga. Y últimamente, lo había necesitado con tanta frecuencia que se había acostumbrado a llevarlo siempre encima.

Mientras nadaba, mantenía la mirada atenta a todos los peligros que acechaban en las aguas costeras de Espolón de Zazes. Abundaban las colonias de sahuagin; corrían incluso rumores de que aquellas criaturas habían conseguido capturar varios barcos, que luego utilizaban para dedicarse a la piratería, pero eran rumores sin confirmar. No era poco corriente que se perdieran barcos, pero que hubiese supervivientes a un ataque pirata era muy poco habitual, y hasta el momento no se había podido comprobar la existencia de aquellos extraños bucaneros. Sin embargo, Arilyn sabía lo que sabía. Donde había sahuagin, también había elfos, y durante años había mantenido mejores relaciones con el Pueblo que habitaba las profundidades marinas que con aquellos elfos que vivían en tierra bajo las estrellas. Probablemente conocía más cosas de los asuntos de los *folk* marinos que de los elfos insulares del bosque de Tethir.

El bosque de Tethir era extenso y centenario, y cubría desde las montañas Copo de Nieve, en su punto más oriental, hasta la península Espiral de las Estrellas, a orillas del mar, pero en su brazo occidental de bosque pantanoso vivían pocos elfos porque aquella parte de Tethyr había sido abandonada hacía ya tiempo a los humanos y a sus actividades clandestinas: los cazadores habían talado árboles centenarios para construir mástiles y los piratas se habían adueñado del entramado de cuevas que surcaban la costa. Hasta los sahuagin tenían bases en la Espiral de las Estrellas. Y lo mismo habían hecho los elfos, y no sólo el Pueblo del Mar. En una ocasión, las criaturas del mar se habían apoderado de los barcos y la nación elfa de Siempre Unidos había enviado elfos al agua para equilibrar la balanza.

En una cueva profunda situada en un extremo de la península, protegido de los intrusos por rocas dentadas tanto reales como ilusorias, había un puesto avanzado de la marina elfa, oculta tras un muro de magia protectora y dirigida por marineros elfos de la luna de la flota real. Macumail se lo había confesado a Arilyn un par de años atrás, justo después de que fuera nombrado amigo de los elfos y se le concediera permiso para atracar en Siempre Unidos. El capitán había regresado de la isla elfa contando las maravillas que allí había visto y cómo brillaban los elfos como lunas al amparo de la gloria de la reina Amlaruil. A pesar de que Arilyn tenía poca paciencia

para ese tipo de relatos sobre la reina elfa, había escuchado y anotado todo lo que había podido. Como Macumail podía quedarse en Espolón de Zazes pocos días sin levantar sospechas sobre sus intenciones, Arilyn supuso que se dirigía rumbo al puerto elfo, pues no dudaba que permanecería en las cercanías hasta haber cumplido el encargo de Amlaruil.

Por el rabillo del ojo detectó Arilyn una silueta que le resultaba familiar en las negras aguas: una forma elfa, de talla más reducida que sus parientes de la superficie, y casi invisible tras unas vetas oscilantes de algas que utilizaba como cubierta. De no haber sido por su agudeza visual, Arilyn no la habría visto.

Sin duda el elfo formaba parte de una patrulla; llevaba atada a la cintura una red cuidadosamente enrollada, aparte de varias armas punzantes, y su expresión era cautelosa. No le cupo duda de que otro elfo, armado de esa misma guisa, le cortaría el paso por la derecha.

Dejó al descubierto ambas manos alzadas a los costados para demostrar que no iba armada y, despacio, se encaró con el primer elfo para, utilizando la expresión por gestos que había aprendido de Perla Negra, exponer con gran trabajo su necesidad de encontrar a Macumail. A regañadientes, añadió que había recibido un encargo de Amlaruil de Siempre Unidos.

Los ojos del elfo del mar mostraron reverencia ante la simple mención de la reina elfa, una expresión que Arilyn había visto demasiado a menudo en el rostro de Macumail, o de cualquier otra persona que hubiese conocido a la reina Amlaruil. Hasta Elaith Craulnober, un rufián elfo de la luna conocido de Arilyn que se había pasado un puñado de años lejos de Siempre Unidos, ganándose a pulso su reputación de personaje diestro en la batalla y muy cruel, se quedaba ensimismado ante la simple mención del nombre de la reina. La Arpista apretó los dientes y concentró su atención en los dedos del elfo del mar, que trazaba una red de gestos ante ella.

El amigo de los elfos Macumail nos ha hablado de ti, Arilyn Flor de Luna. Nos han encomendado que escoltemos tu llegada, aunque esperábamos que llegases en barco. Alzó una mano para trazar un ademán que denotaba humor.

No obstante, Arilyn no estaba de humor. «Flor de Luna» era el nombre de la familia real de Siempre Unidos..., el nombre de su madre, un nombre que Arilyn no había pensado nunca en reclamar como propio. No cabía duda de que se trataba de un simple error, pero uno que le causaba un dolor punzante.

Hojaluna, le corrigió, deletreando la palabra con deliberada lentitud, pero el elfo se había apartado ya de ella y conversaba presa de excitación con su compañero, una hembra que se distinguía por una corta mata de rizos verdosos y un reluciente tridente que portaba. Los dos se enfrascaron en una breve discusión, pero sus dedos se movían a tal velocidad que Arilyn era incapaz de seguir el hilo de la conversación. Luego, los dos elfos le indicaron por gestos que los siguiera.

La Arpista suspiró y, al hacerlo, subió hacia la superficie un remolino de burbujas; luego, nadó detrás de las criaturas marinas. Aunque era una nadadora resistente, era imposible que mantuviese el ritmo de los elfos, y una y otra vez, su escolta olvidaba sus limitaciones, la dejaban atrás y tenían que volver a por ella.

Por fortuna, el *Caminante en la Niebla* no se había alejado mucho de la bahía y, cuando salió la luna, el trío vislumbró el barco en la lejanía. Los elfos del mar se despidieron de su acompañante y desaparecieron en las negras aguas, dejando que Arilyn se aproximara al bajío humano a solas.

Para sorpresa de Arilyn, el barco había echado anclas, cosa que era arriesgada porque la piratería era práctica común incluso tan cerca de Espolón de Zazes. Trepó por la soga de la que pendía el ancla y, sigilosa, emergió a la superficie en un costado del barco. Al sacudirse el agua de las orejas, oyó a su espalda el siseo inconfundible de una espada cuando sale de su funda.

Su propia espada salió limpiamente de su vaina y, con la hoja de luna firmemente sujeta con ambas manos, Arilyn se dio la vuelta para enfrentarse a su atacante.

El espadachín era joven, nativo de las islas Moonshae a juzgar por sus cabellos rojizos y su rostro ancho de nariz prominente, e iba equipado con una hoja de doble filo y una daga a juego muy común en aquella zona. Arilyn apretó las manos y se preparó para un ataque cierto, que no se hizo esperar. El hombre hizo una finta hacia abajo, un gesto muy común que sin duda iba a proseguir con un movimiento de la daga para descargar la espada a la altura de la cabeza. Entre los humanos de Faerun había muchos estilos de esgrima, pero Arilyn estaba familiarizada con todos ellos.

Contraatacó la finta de la espada con una fuerte descarga hacia abajo que obligó al hombre a torcer la espada hasta apuntar al muelle. Antes de que él pudiese intervenir con la daga, giró la muñeca para lanzar una estocada con la hoja de luna a la derecha con tanto ímpetu que la diminuta arma salió volando por los aires. Al mismo tiempo, pisó con fuerza la espada del hombre, que todavía apuntaba hacia abajo, y se la arrebató de las manos. El ejercicio completo duró apenas diez segundos.

Durante un momento, el joven se limitó a quedarse allí, desarmado, demasiado sorprendido por el ritmo del combate para asimilar los resultados. Luego, un atisbo de certidumbre asomó a sus ojos y abrió la boca para dar la voz de alarma antes de morir.

Arilyn volvió a enfundar la hoja de luna y sumergió ambas manos en la brillante mata de pelo del joven. Lo atrajo hacia sí y, después de estampar la cabeza contra su frente, lo apartó y se colocó a la izquierda. Alzó la rodilla derecha y se la hundió en el estómago. Al oír la exclamación ahogada de sorpresa y dolor, Arilyn cambió de dirección y le hundió el codo en la nuca. El joven se desplomó, inconsciente, pero sin ningún daño de consideración.

—Una lástima —comentó una voz profunda, ligeramente risueña, a su espalda—.

Yo que tenía tantas esperanzas con el chiquillo. Nunca ha tenido la suerte de su padre con las mujeres, eso es un hecho.

Arilyn se volvió para encararse con el bigotudo rostro del capitán.

—¡Oh, no! No será tu hijo, ¿verdad?

—Es su viaje inaugural —convino Macumail con una maliciosa sonrisa—, y perdóname la expresión. Pero no te preocupes..., el chico está bien aunque cuando se levante mañana sentirá que la diosa Umberlee está descargando una tormenta dentro de su cabeza. Dejemos que duerma, mientras hablamos de otras cosas. ¿En mi cabina?

Arilyn asintió y permitió que el capitán la condujese a una cabina inusualmente grande y lujosa, amueblada con una cama enorme de la talla y el grosor de Macumail, un arcón ribeteado de latón, una pequeña mesa para escribir y un par de sillas. Mientras Arilyn tomaba asiento, se dio cuenta de repente del reguero de agua que sus ropas empapadas dejaban sobre la alfombra del capitán Macumail Turmish.

—Tómame esto. Te quitará el frío —le ofreció amable el capitán mientras le tendía una copa de vino.

Lo aceptó y lo fue bebiendo a sorbos, para después dejar el vaso sobre el arcón de mar.

—He reconsiderado tu oferta.

—Esperaba que lo hicieras —le respondió con la misma franqueza, y luego sonrió—. Veo que mi pequeño amigo Suldusk te dijo dónde encontrarme, ¿no?

Arilyn se encogió de hombros ante la broma. El método que había utilizado había sido brusco, incluso para lo que ella solía hacer, pero lo que había en juego en aquella aventura eran demasiadas cosas, y demasiado personales, para permitirse disculpas o tiempo para la diplomacia.

—¿Transmitirás mi respuesta, y mis condiciones, a Amlaruil de Siempre Unidos? Además, necesito un duplicado de su nombramiento. Tengo prisa, pero tendrás que hacerme una falsificación lo más acertada posible.

—No será necesario. —Macumail cogió un pergamino de una pila que había sobre la mesa y se lo tendió. Arilyn examinó la escritura elfa; parecía un duplicado del documento que había destruido.

—Es un original —admitió el capitán—. Lady Laeral insistió en que llevara un par de copias. Y, en cuanto a los términos, la reina me ha autorizado a prometer en su nombre cualquier pago que puedas pedir.

—Cuánta sabiduría y previsión por su parte —murmuró Arilyn en tono seco, sin dejar de estudiar el pergamino que tenía en las manos—. Pocas veces me pagan con cheques en blanco, pero los beneficios de ganar tanto tiempo son evidentes para todos.

Cuando se sintió convencida de que el ofrecimiento de la reina era verdadero y de

que todo estaba en orden, Arilyn puso el pergamino en la mesa y alzó la vista para contemplar a su anfitrión.

—¿Puedes llevarme de regreso a Espolón de Zazes? ¿Enseguida?

A modo de respuesta, Macumail se puso de pie y tiró de una campanilla que pendía de una de las pulidas paredes.

—Mi querida dama, estoy por completo a tu servicio, pero ya sabes que los muelles están cerrados hasta el amanecer.

—Al amanecer estará bien —aceptó Arilyn.

—Hay una cabina junto a la mía. Está vacía durante este viaje, así que puedes descansar en ella. Encontrarás ropa seca en el arcón para que descanses hasta el amanecer. Si necesitas algo más, sólo tienes que pedirlo.

El rostro de Arilyn se relajó para esbozar una sonrisa agradecida, una sonrisa que transformó su semblante y que provocó como respuesta un destello ya familiar en los ojos azules del capitán.

La semielfa reprimió un suspiro. Quizás el capitán estuviese actuando en nombre de la reina elfa, pero según todos los informes, su afición por las mujeres elfas no empezaba y acababa en Amlaruil. Arilyn no se sintió sorprendida de oír que la cabina de invitados incluía un completo guardarropa femenino, y no dudaba de que en él iba a encontrar gran cantidad de ropas que se adaptaran por completo a sus formas elfas. Decían que la druida elfa verde no era la única mujer elfa que había encontrado un rincón en el corazón de Macumail. Además, el brillo de sus ojos sugería que no tendría reparos en añadir una semielfa a su colección de recuerdos entrañables. Como no deseaba continuar por ese camino, Arilyn dio las gracias a su anfitrión y se apresuró a seguir al mozo que acudió a la llamada de Macumail.

El capitán la vio marchar y esperó hasta oír cómo se cerraba el pestillo de la puerta de su cabina. Luego, se sentó a la mesa y cogió el pergamino que Arilyn acababa de dejar para leer lenta y laboriosamente el texto elfo hasta llegar al punto en que se nombraba a la embajadora de la reina.

Macumail abrió un diminuto cajón de debajo de la mesa y extrajo un pequeño frasco de tinta. Era de fabricación elfa, de un raro tono púrpura oscuro, extraída de una mezcla de bayas y flores que crecían sólo en Siempre Unidos. Destapó con cuidado el tapón y mojó una pluma en el preciado líquido, para añadir con sumo cuidado una serie de trazos curvos y líneas al texto elfo.

«Es una suerte», pensó Macumail mientras espolvoreaba polvos secantes sobre el pergamino. Las palabras Hojaluna y Flor de Luna eran muy parecidas.

El capitán había oído en boca de Laeral la historia de la puerta elfa y el dolor hondo que había provocado en la reina Amlaruil. Tras haber vislumbrado tanta tristeza en los ojos de la reina y, enamorado como estaba de ella, Macumail estaba poco dispuesto a hacer algo que pudiese proporcionar un dolor adicional a aquella

maravillosa monarca elfa.

No obstante, Macumail también sentía un gran respeto por la guerrera semielfa y comprendía la importancia de la tarea que le había sido encomendada. También sabía, como cualquier humano vivo, la dificultad con que se enfrentaría Arilyn en las sombras de Tethir.

Él mismo había estado enamorado de una mujer de los bosques, una druida elfa verde cuya forma de ser, extraña y sobrenatural, lo había mantenido desconcertado durante mucho tiempo. Sin embargo, de su amor elfo había aprendido muchas cosas sobre los *folk* del bosque, cosas que lo impulsaban a sospechar que el Pueblo de Tethir rechazaría a un embajador semielfo, y quizá llegaran incluso a asesinarla. Fingirse elfa de pura raza nunca era sencillo para una semielfa, ni siquiera una con tantos recursos como Arilyn, y por eso Macumail había planeado una estrategia que podría ayudarla a conseguir ese objetivo.

Las costumbres sobre los nombres elfos eran de una complejidad interminable. Aunque no era inusual que un elfo adoptara un apodo que nombrara alguna de sus destrezas o armas, como Corredordenieve, Baculoderroble o Proapálida, ese tipo de títulos descriptivos eran de uso común, nombres que se utilizaban durante los viajes o nombres para dar a conocidos y desconocidos, en especial enanos y humanos. Sin embargo, entre ellos, los elfos consideraban que el hecho de proporcionar a otro el nombre familiar o recitar el linaje propio era un paso muy importante en las formalidades del trato entre personas. El hecho de que Arilyn se identificara sólo por la espada que portaba ante una tribu elfa sería una falta de protocolo enorme, casi como si gritara a los cuatro vientos que su pretensión de ser considerada embajadora de Siempre Unidos era una farsa. En su caso esto era particularmente cierto porque de todos era conocido que las hojas de luna eran espadas hereditarias y rechazar identificarse a sí misma a través de su familia sería considerado por los elfos como una admisión arrogante y patente de que no era lo que pretendía ser. Y Macumail estaba seguro de que eso impactaría en la sociedad elfa tanto como una nuera con mal genio.

Teniendo todo eso en cuenta, el capitán había decidido *conceder* a Arilyn un nombre familiar y un linaje antiguo..., todo gracias a cuatro pinceladas con una pluma. En cierto modo, sentía la conciencia tranquila porque en su opinión eran honores que la semielfa se merecía de verdad, y no dudaba de que el encanto prestado de la familia real proporcionaría un manto protector sobre la mujer semielfa y silenciaría muchas preguntas antes de que fueran formuladas. Después de todo, era bien sabido que, de todas las razas de elfos, ¡los elfos de la luna eran casi como humanos!

Los elfos del bosque de Tethir eran insulares, pero sabían que no se permitía el acceso de semielfos a Siempre Unidos, y ni se les ocurriría que una semielfa pudiese

portar el nombre de la familia real. Una misiva escrita de puño y letra por Amlaruil, en la cual declarara a Arilyn descendiente suya, pondría las cosas en su lugar. Pero era una estratagema que la orgullosa semielfa no estaría dispuesta a aceptar, ni habría estado de acuerdo con el capitán si éste le hubiese explicado sus intenciones.

En opinión de Macumail, la reina elfa y la espadachina de raza impura eran muy parecidas.

—Perdóñenme, señoras —murmuró mientras enrollaba el pergamino y lo introducía en un tubo—. ¡Y quieran los dioses que nos separen anchos y tempestuosos mares el día que cualquiera de las dos averigüe lo que acabo de hacer!

Fiel a su palabra, el capitán Macumail depositó a Arilyn de regreso en Espolón de Zazes antes del amanecer. Su último día en la ciudad tethyriana transcurrió ajetreado, porque tenía que hacer muchas cosas antes de partir hacia el bosque. Se tenían que ultimar todo tipo de preparativos, enviar mensajes y reunir a todo el equipo.

No obstante, había un detalle personal que Arilyn intentó postergar tanto como le fue posible. No podía dejar Espolón de Zazes sin despedirse de su compañero Arpista, ni podía informarle de su partida a través de una nota o un mensajero. Y sin embargo, era reticente a enfrentarse al joven noble. Danilo descubriría enseguida los peligros que encerraba su misión, y no aceptaría a la ligera lo que parecía a todas luces una despedida. Peor aún, ¡aquel loco tozudo podía ingeniárselas para seguirla!

Pero cuando se aproximó la hora del crepúsculo, Arilyn se preparó para entrar en el mundo de Danilo. Se vistió con un vestido de tela fino, una túnica de seda azul marino con una sobrefalda de encaje que la envolvía y la ceñía de forma que ocultaba sus armas, pero que le permitía acceder con rapidez a la hoja de luna. Arilyn se arregló el pelo para cubrirse las puntiagudas orejas y se maquilló con un poco de ungüento rosado para añadir un tono más humano a su pálida piel. Como toque final, para concederse un aspecto de riqueza que le garantizase el acceso a las salas de fiesta y las tabernas que frecuentaba su compañero, se colocó anillos de oro y zafiros en los dedos y enhebró un broche de pedrería en el corpiño.

Danilo sentía pasión por las piedras preciosas y anhelaba siempre verla a ella cubierta de joyas. Después de casi tres años, Arilyn había atesorado una buena colección. En un principio, había declinado sus primeros ofrecimientos, pero Danilo había hecho un gran esfuerzo por aprenderse las festividades elfas y los días especiales en los que podía obsequiarla con regalos sin que le fuese fácil rehusarlos. Entre los rasgos molestos del carácter de Danilo, y tenía un montón, se encontraba su habilidad para burlar, si no prever, cualquier objeción femenina. Tampoco dejaba de observar Arilyn que ella poseía una resistencia mucho más firme a sus encantos que la mayoría de las mujeres de Espolón de Zazes, o de Aguas Profundas, o de Puerta de Baldur, o...

Con un suspiro, Arilyn descartó por inútil esa línea de razonamiento. Se subió a un carruaje de alquiler y se dispuso a pasar una larga velada. Danilo solía cenar en una de las muchas salas de fiesta y posadas, pero a insistencia de Arilyn, no seguía una ruta fija y por ese motivo le llevaría un rato encontrarlo.

La primera parada fue en El Jardín Colgante, una taberna decorada según los gustos y preferencias del dirigente actual de Espolón de Zazes. A Arilyn no le agradaba aquel lugar, era demasiado parecido a Calimport para su gusto, pero Danilo acudía allí a menudo para disfrutar de vino de calidad y buena música, porque tanto los juglares de paso como los músicos locales solían actuar allí todas las noches.

Cuando una camarera ataviada con una túnica de seda transparente condujo a la disfrazada Arpista a una mesa, resonaban de fondo las notas de un arpa mezcladas con el sonido de la conversación. Como era habitual, la intérprete tocó la melodía completa de una balada antes de cantar la letra. Algo le resultaba familiar en aquella tonada. Arilyn no solía prestar atención a los músicos de taberna, pero escuchó con atención mientras la cantante, una joven mujer de piel aceitunada y cabello negro típico de los nativos de Tethyr, desgranaba la balada.

La melodía era pegajosa pero conocida, los acordes envolventes del arpa resultaban agradables pero no especialmente difíciles, y la voz de la cantante era nítida aunque indudablemente soprano. A pesar de todo, la música no era más que un telón de fondo agradable para la conversación. No obstante, cuando la balada llegó a la tercera estrofa, la mujer tethyriana estaba cantando en el más completo y absoluto silencio.

Arilyn no era juglar, pero comprendía totalmente el impacto de la canción, que narraba una historia que conocía demasiado bien, aunque los hechos habían sido cambiados para ocultar ciertos secretos y para glorificar el supuesto héroe de la balada, un noble bardo que había hecho un gran servicio a los Arpistas al llevar ante la justicia, sin ayuda de nadie, según la balada, al elfo dorado asesino que había causado las muertes de más de veinte Arpistas. Mientras Arilyn contemplaba a los atentos clientes, no le cupo duda de que ¡las simpatías se decantaban de pleno del lado del elfo dorado asesino!

Los Arpistas no eran bien recibidos en el agitado ambiente de Espolón de Zazes, y no se aceptaba que fuesen héroes protagonistas de relatos de taberna. Un juglar que fuese de visita podía ser perdonado por un patinazo social de esa magnitud, pero a Arilyn sólo se le ocurría un motivo por el cual un cantante nacido en Tethyr se arriesgaría a cantar una balada así: como prelude dramático para dejar al descubierto a un Arpista entre ellos.

Arilyn puso una expresión de indiferencia y se levantó. Salió despacio de la taberna, obligándose a sí misma a caminar con paso lento, como si fuera una dama adinerada cuyo único propósito fuese apartarse de una actuación que no concordaba

con sus gustos e inclinaciones políticas.

Mantuvo el paso cauteloso hasta llegar al callejón en penumbra donde la esperaba su carruaje de alquiler. Lanzó un par de monedas al conductor y desató las bridas que mantenían su propia yegua sujeta a la cabina. Se levantó la falda para sentarse a horcajadas sobre la montura y el animal pareció percibir la urgencia de su dueña porque salió disparada rumbo a la Cofradía de Asesinos.

En otras circunstancias, Arilyn se habría dirigido a una habitación segura para cambiarse de ropa y habría realizado varias paradas para despistar a todo aquel que pudiese establecer una conexión entre el enrarecido mundo de la alta sociedad y la Cofradía de Asesinos a sueldo, pero en esa ocasión no se atrevía a perder tiempo con precauciones. Al anochecer, los asesinos de Espolón de Zazes se reunirían para subastarse los servicios que habría publicados y, si esa balada se había cantado por toda la ciudad, a buen seguro que el nombre de Danilo aparecería entre las propuestas.

Arilyn dejó la sala de consejos de la Cofradía de Asesinos con una moneda de oro de gran tamaño oculta en el interior del puño y el corazón atenazado. La situación era peor de lo que había temido. La maldita canción se había difundido por la ciudad como si fuera una plaga de piojos y se había dado la orden de acabar con la vida del bardo que se mencionaba en la balada.

A diferencia de la mayoría de los servicios, éste ofrecía una recompensa a todo aquel que deseara aceptar el desafío. Media docena de mercenarios habían sido contratados para garantizar que ningún asesino cogía el papel y se quedaba con el encargo para sí, porque en apariencia la velocidad era más importante que el dinero. Había muchos hombres y mujeres adinerados en Tethyr que habrían pagado fortunas para eliminar con rapidez hasta la posibilidad de que un Arpista se inmiscuyera en sus negocios.

El nombre de Danilo no se mencionaba en la declaración, pero Arilyn sabía que los expertos asesinos de la cofradía no necesitarían demasiado tiempo para descubrir su identidad, y el hecho de que hubiese sido ella la primera en leer el pronunciamiento no la tranquilizaba en absoluto.

Se apresuró a pasar por su habitación en la Cofradía de Mujeres para cambiarse de ropa y empaquetó con rapidez las alforjas con las cosas que necesitaba para su misión. Lo más probable era que no tuviese oportunidad de regresar.

Sin echar una última ojeada al recinto que había sido su hogar durante meses, Arilyn se alejó al trote por las calles que conducían al barrio más selecto de la ciudad. Aun así, dio un par de rodeos y giros hasta asegurarse de que no la seguían, antes de acercarse a El Minotauro Púrpura, la posada de más categoría y más costosa de Espolón de Zazes.

La semielfa tiró de las riendas de su yegua para que se detuviera a varias manzanas de distancia de su destino, pues no podía llegar a caballo hasta los muros de mármol blanco que rodeaban los jardines de la posada ni cruzar por la arcada principal. Los asesinos disfrutaban de una posición de respeto en la ciudad, pero esa consideración no incluía los eventos sociales. Muchos de los clientes del Minotauro eran hombres poderosos y acaudalados..., posibles candidatos a pasar por el filo de una espada de asesino. Los guardias apostados en la entrada de la posada estarían tan dispuestos a dar a Arilyn acceso a sus invitados como un granjero a invitar a un zorro a cenar con sus gallinas.

Así que Arilyn dejó su caballo, junto con un puñado de monedas de plata, en un establo público a cargo de un voluntarioso mozo que tenía la habilidad de apartar la vista justo en el instante preciso. Mientras el mozalbete atendía al animal, Arilyn trepó por la escala que pendía del henil y, desde allí, subió por una pila de heno que

se amontonaba en un costado hasta lo alto. La semielfa estudió con cuidado el tosco tejado, luego desenfundó la espada y utilizó el filo para abrir la casi invisible trampilla. Dio un salto hacia arriba y se colgó del borde para levantarse a pulso y colarse por la abertura hasta el tejado plano y de tejas del establo.

Tras cerrar la trampilla, Arilyn se incorporó y contempló los múltiples edificios de la ciudad que había desplegados ante ella. Los tejados de Espolón de Zazes ofrecían un paisaje propio. Existían caminos trillados por los pies de aquellos cuyos negocios se desarrollaban en la oscuridad. Aunque llevaba unos pocos meses en la ciudad, Arilyn conocía esas rutas tan bien como la mayoría de los ciudadanos de Espolón de Zazes conocía las calles.

Entre la posición donde ella se encontraba y el encumbrado palacio conocido con el nombre de El Minotauro Púrpura había una sala de fiestas, dos tabernas, los hogares de varios tenderos, los establos que abastecían la posada de lujo, y las humildes viviendas de los sirvientes y esclavos que atendían a los consentidos huéspedes. Con la facilidad que proporciona la práctica, Arilyn se abrió paso de tejado en tejado.

Mientras se aproximaba a El Minotauro Púrpura, echó una ojeada a las plantas superiores de la posada y vio que la ventana de la alcoba de Danilo estaba abierta de par en par para permitir el paso de la brisa nocturna del verano..., y también por la esperanza de recibir una visita inesperada. Por el hueco de la ventana brotaban los acordes de un laúd al ritmo de una melodiosa voz de tenor.

La primera reacción de Arilyn fue de alivio. Danilo estaba todavía a salvo. Por un momento, se detuvo para escuchar el eco de la canción y al despreocupado cantante que parecía fuera de lugar en la sórdida realidad de aquellas calles miserables.

Por alguna razón, aquello pareció fortalecer la determinación de Arilyn. Lo que pretendía hacer esa noche no iba a ser fácil, pero era necesario.

Una raja de luna nueva se fue alzando en el cielo mientras Arilyn reptaba de tejado en tejado hacia El Minotauro Púrpura, pero su frágil luz se veía empañada por la espesa niebla marina que se aposentaba con la llegada de la noche. En las calles que se extendían a sus pies, unos tenues círculos de luz se ceñían a los faroles y una luz mortecina emergía de las ventanas de las salas de fiesta y de juegos que había en las plantas bajas del edificio. Sin embargo, por donde ella avanzaba todo era oscuridad. La alcoba de Danilo estaba situada sólo dos plantas por debajo del tejado, una posición que permitía a Arilyn hacer con discreción sus poco frecuentes visitas.

Además, su esbelta figura apenas se recortaba contra la negrura del cielo. Se había maquillado la blanca palidez de su rostro con ungüento oscuro y llevaba el atavío propio de un asesino: polainas y camisa holgada de un tono oscuro indescifrable que parecía absorber las sombras. Gracias al ambiente humedecido de la noche, los rizos negros de su cabello se cernían a su cabeza como zarcillos

empapados y su único adorno era el fajín de seda gris pálido que le envolvía la cintura.

Cogió una soga fabricada con hilo de telaraña que llevaba en la bolsa y sujetó un extremo firmemente a la chimenea más cercana. Luego, reptó hasta el borde del tejado y calculó el largo de cuerda que necesitaba para hacer los nudos. Cuando hubo acabado, cogió con mano firme la cuerda y, tras dar unos pasos hacia atrás para coger impulso, saltó al vacío lo más lejos posible de la pared.

Mientras caía, se preparó para resistir la sacudida que se produjo cuando la soga quedó tensa. Luego, se balanceó como un péndulo hacia la ventana abierta, equilibrando su peso un poco para ajustar el rumbo, y en el último momento se dio impulso hacia adelante.

La ágil semielfa se coló por la ventana y, en un solo movimiento, soltó la cuerda y, después de desenvainar una daga que llevaba en la caña de la bota, aterrizó agazapada en el suelo. Barrió con la mirada la estancia en busca de alguna señal de peligro, y una vez pareció satisfecha, se encaró con su compañero Arpista.

El joven noble parecía haber estado esperándola porque estaba de cara a la ventana, con una sonrisa de bienvenida iluminando sus ojos grises y una copa llena de *elverquisst* en cada mano.

Hacía ya más de tres años que se conocían y a Arilyn todavía le costaba admitir la disparidad que existía entre su imagen pública y el hombre que había llegado a conocer. Poca gente veía en él algo más que el hijo menor de una familia noble de Aguas Profundas, un dandi y un diletante, aprendiz de mago y de músico. Se necesitaba aguzar el oído para distinguir el arte que había en las baladas obscenas que componía, y fijarse bien para notar con qué facilidad lanzaba unos hechizos «desatinados». Poca gente estaba dispuesta a llegar al interior de las personas, y gracias a su atractivo y su encanto, unido a un linaje noble y a una bolsa generosa, tenía acceso a círculos en los que una asesina semielfa no sería bien recibida. Aunque Arilyn reconocía el valor de su disfraz, el contraste entre el aspecto de Danilo y su verdadera forma de ser no dejaba de irritarla un poco.

Como tenía por costumbre últimamente, iba vestido enteramente en tonos púrpura, el color tradicional de Tethyr, y lucía una pequeña fortuna en joyería de oro y amatista. Arilyn le había dicho en más de una ocasión que todo aquel atavío lo hacía parecer un grano de uva con patas, pero en verdad aquel color opulento le sentaba la mar de bien.

Todo lo que rodeaba a aquel joven irradiaba riqueza, comodidades y privilegios. La habitación en la que se encontraban era amplia y lujosa, aunque un poco atestada con los objetos que le hacía coleccionar su imagen pública y personal. En una mesa alargada se amontonaban copas y botellas de vino de calidad, testimonio de su actividad actual como miembro de la cofradía de vinos de Tethyr. Sobre una mesa de

lectura de madera de teca se apilaban libros de hechizos, y la pequeña esfera de cristal que había en una mesa junto a la ventana era uno de los múltiples artilugios mágicos que protegían la habitación y a su ocupante. La alfombra anudada a mano de la alcoba, cuyo fondo era por supuesto de tonos púrpura, estaba cubierta por almohadones tapizados y, entre ellos, estaba el laúd que Danilo había dejado a un lado, un instrumento exquisito fabricado con maderas oscuras y nácar. Junto al laúd estaba su cinturón, del que pendía no sólo su estoque sino una espada antigua protegida por una funda de pedrería. Arilyn supuso que era un arma mágica pues la distintiva empuñadura curva indicaba su procedencia de Halruaa.

Con una única ojeada alrededor captó Arilyn todos esos detalles, y percibió también el súbito e intenso centelleo, rápidamente disimulado, que cruzó por los ojos del joven cuando paseó su mirada por el cuerpo de ella. Arilyn sabía que la percepción y la atención por el detalle de su compañero eran similares a las suyas, y por un instante no pudo evitar preguntarse qué vería él en una asesina semielfa despeinada y demasiado delgada para encender semejante pasión.

—Una noche encantadora para hacer el salto de doble piso —comentó Danilo en tono despreocupado mientras le tendía una copa—. Ha sido impresionante, pero, dime, ¿alguna vez has calculado mal la longitud de la cuerda

Arilyn sacudió la cabeza y luego, con gesto ausente, apuró el contenido de su copa.

—Nos vamos de Tethyr —respondió, mientras depositaba la copa vacía en la mesa de Danilo.

Él colocó su propia copa junto a la de ella.

—¡Oh! —exclamó, cauteloso.

—Alguien ha puesto precio a tu cabeza —musitó Arilyn en tono sombrío mientras le tendía la pesada moneda de oro—. Están dando monedas como ésta a todo aquel asesino que quiera aceptar el encargo, y prometen pagar cien más a aquel que consiga cumplirlo.

Danilo sopesó la moneda con mano experta y soltó un prolongado y ronco silbido. La moneda pesaba casi tres veces más que una normal, y la cifra que acababa de decir Arilyn era una suma cuantiosa, que sin duda impulsaría a asesinos de categoría a aceptar la misión. No obstante, el joven Arpista no pareció preocupado por el peligro. Examinó la pieza de oro con la imparcialidad propia de un coleccionista mientras acariciaba con la punta de los dedos el diseño realzado de runas y símbolos.

—Parece que estos días atraigo a enemigos de más categoría —observó, jocosamente.

—¡Escúchame! —exclamó Arilyn mientras lo agarraba por los antebrazos para darle una ligera sacudida—. Oí que alguien cantaba tu balada sobre el asesino de Arpistas.

—Que Milil se apiade de mí —musitó con suavidad y Arilyn vio que un atisbo de certidumbre asomaba en sus ojos.

Danilo había escrito la balada de su primera aventura conjunta, pero no la había cantado durante los últimos dos años y sin duda había tenido suficiente sentido común para no cantarla en Tethyr. A pesar de que la canción no lo identificaba como Arpista, la simple mención de «esos entrometidos bárbaros del Norland» servía para crear resentimiento y suspicacia en el atribulado territorio del sur. Disimuladas en mitad de la balada había pistas referentes a la identidad de Danilo, y todo aquel que escuchara con atención la letra averiguaría enseguida que el héroe de la canción y su compositor eran la misma persona. Danilo había escrito la balada para convencer a Arilyn de que él era un cortesano engreído y soso, y en un principio había servido a su propósito, pero el hecho de que hubiese empezado a cantarse en Tethyr pondría un rápido punto y final a su misión, y el joven Arpista se enfrentaba a la pérdida de todo su trabajo con una sonrisa triste.

—Los habitantes del lugar expresan sus preferencias musicales de un modo contundente, ¿no crees? —comentó a la ligera, pero antes de que Arilyn consiguiera reunir aliento para soltar un bufido de exasperación, Danilo la hizo callar con una sonrisa de disculpa y un gesto—. Lo siento, cariño. La fuerza de la costumbre. Tienes razón, por supuesto. Debemos partir al norte de inmediato.

—No.

Alargó una mano para tocar uno de los anillos de Danilo, un regalo mágico que le había hecho su tío, Khelben Arunsun, y que le permitía transportar hasta tres personas de regreso a la seguridad de la torre de Báculo Oscuro o a cualquier otro lugar que el portador deseara.

Arilyn odiaba los viajes a través de la magia y, para ella, aquello era el último recurso. La mirada de Danilo reflejó a todas luces que lo recordaba y, comprendiendo sus prisas, se ciñó el cinturón y colgó de él la bolsa mágica que contenía sus mudas de ropa y sus artilugios para viajar. Añadió también tres libros de hechizos a la bolsa y, luego, con gesto despreocupado introdujo la moneda del asesino. Mientras con una mano recogía el laúd, alargó la otra para coger a Arilyn.

Ella dio un paso atrás y sacudió la cabeza.

—No iré contigo.

—¡Arilyn, no es momento para remilgos!

—No, no es eso. —Respiró hondo, porque le resultaba más difícil de lo que había supuesto pronunciar las palabras—. Han llegado órdenes de Aguas Profundas. Me han asignado otra misión y tengo que partir mañana por la mañana.

Danilo abrió los ojos de par en par y, por un instante, Arilyn vio en ellos la punzante nostalgia por ella que él siempre intentaba mantener disimulada. Luego, el gesto cambió de forma radical y la expresión se transformó para reflejar la imagen

ofendida de un noble mimado que no podía comprender que los acontecimientos sufriesen cambios ajenos a su voluntad. Sus ojos no reflejaban más que incredulidad porque el maestro de Arpistas pretendiera separarlos. La actuación era estupenda, pero Arilyn no se dejó engañar.

No obstante, antes de que pudiera hablar, la alarma de la esfera mágica de Danilo reanudó su pulsante resplandor. La semielfa se aproximó al globo y escudriñó su interior, donde se reflejaba la imagen de tres figuras envueltas en sombras que se aproximaban al borde del tejado, dos plantas por encima de ellos. Varios de los colegas de Arilyn se acercaban para recoger su premio.

Apartó de un manotazo la alarma y echó una ojeada a la ventana abierta y a la casi invisible cuerda que pendía en el exterior.

—No hay tiempo para explicaciones —le dijo—. ¡Vete!

Pero Danilo, que también había echado una ojeada a la esfera de cristal, sacudió la cabeza.

—¿Y dejar que te enfrentes tú sola a ellos? Ni hablar.

Arilyn intentó esbozar una sonrisa mientras acariciaba el fajín de color gris que proclamaba su categoría entre los asesinos de Tethyr.

—Soy uno de ellos, ¿recuerdas? Diré que te has ido. Nadie osará desafiarme.

—Claro que lo harán —objetó él, conocedor del modo en que los asesinos de Tethyr subían de categoría. Arilyn era consciente de que su compañero había pagado grandes sumas de dinero para estar al corriente de su negro y solitario camino, y aunque había conseguido evitar que él se enterase de muchas de sus aventuras, Danilo sabía que, en más de una ocasión, había tenido que defender de ambiciosos asesinos un fajín que portaba con reticencia. Allí afuera había tres de ellos, y, si la encontraban sola, sin duda intentarían aprovechar la ocasión para atacarla. Cuál de ellos se quedaría con la eventual posesión del Fajín de Sombra sería un tema que discutirían con posterioridad.

La cuerda que había quedado colgada del exterior de la ventana de Danilo empezó a balancearse cuando alguien empezó a descender por ella.

—Vete —suplicó Arilyn.

—Ven conmigo —exigió él en tono implacable.

La semielfa sacudió la cabeza, maldiciendo la tenacidad de acero que se escondía detrás de la imagen de petimetre de Danilo. Lo conocía bien y sabía que tenía pocas oportunidades de razonar con él una vez que había tomado una decisión.

Como era de prever, el Arpista apartó a un lado sin cuidado ni pensar el laúd de incalculable valor que tenía en las manos y la atrajo hacia sí.

—Si crees que voy a dejarte, estás más loca que yo —murmuró veloz y enojado, con palabras apresuradas por la inminencia del peligro—. Ya sé que es el peor momento que podría elegir para mencionarlo, pero, maldita sea, mujer, te amo.

—Lo sé —respondió Arilyn a su vez, arrimándose a él. Durante un breve e intenso segundo, dejó que sus ojos reflejaran lo que sentía su corazón. Luego, se apartó de él y alzó una mano para acariciarle la mejilla. Era la primera vez que le había respondido y le había ofrecido un gesto de cariño. Sus ojos se oscurecieron y cogió con ambas manos la mano de ella para besarle con fervor los dedos.

Pero al hacerlo dejó al descubierto el estómago.

Arilyn cerró el puño de su mano libre y la proyectó con fuerza contra un punto ligeramente por debajo del costillar de Danilo. Éste se plegó en dos y cayó al suelo como un roble talado.

Mientras el hombre tumbado intentaba recuperar el aliento, la semielfa se agachó e hizo girar en sus dedos el anillo de teletransporte que iba a conducirlo de regreso a la seguridad de Aguas Profundas.

Él alargó los brazos para asirle las muñecas, en un intento evidente de arrastrarla en el mismo viaje, pero Arilyn se había levantado ya. La hoja de luna, cuyo intenso resplandor azulado avisaba del inminente combate, salió con un siseo de su funda en el preciso instante en que Danilo desapareció de la vista, con una mano extendida para alcanzarla y una desnuda mueca de angustia pintada en el rostro.

Aunque no había podido pensar en otro modo para salvar a su futuro amante, el necesario acto de traición de Arilyn la dejó con una sensación de agitación en el cuerpo y extrañamente vacía. Respiró hondo y entrecortadamente antes de volverse para enfrentarse al trío de asesinos tethyrianos, sintiendo un cierto y sombrío bienestar al pensar en el inminente combate.

Esto, al menos, era algo que comprendía.

8

La cuerda de hilo de telaraña se balanceaba a medida que Hurón se acercaba a la ventana abierta del Arpista, maldiciendo en silencio su situación.

La hembra asesina se había topado con muchas frustraciones durante su estancia en Espolón de Zazes, y una de las peores era el hecho de que bajo el reinado del bajá Balik, la predominancia social de los hombres era absoluta. En su opinión, era una locura que sobrepasaba la comprensión. Hurón sólo confiaba en que aquella estupidez no le hiciese perder a su presa... Si hubiese ido ella primero, ya habría llegado y la tarea se habría llevado a cabo. Pero no..., los dos hombres tenían que precederla.

Por un instante acarició la idea de dar una patada en la cabeza al hombre que iba por debajo de ella para hacerle soltar la cuerda. ¡Lo habría hecho de buen grado de no ser por el hecho de que difícilmente el hombre hubiese aceptado caer al vacío en silencio!

En verdad, sólo la necesidad de mantener el sigilo la había frenado para no enfrentarse a los otros dos asesinos que habían confluído con ella en el tejado con tanta velocidad. Los tres se habían dado cuenta de que era una locura enfrentarse entre ellos allí arriba y habían aceptado cooperar para llevar a cabo un trabajo rápido y compartir la recompensa. Sin embargo, en cuanto estuviesen los tres en la alcoba de Danilo Thann, Hurón estaría más que dispuesta a desviar su arma contra ellos para defender al hombre que había venido a matar. Quizás así podría atraer el interés del Arpista y convencerlo de que escuchara su historia y la ayudara.

¡Buscar ayuda de humanos y de Arpistas! No había señal más inequívoca de lo desesperada que estaba.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Sus habilidades eran muchas y notables, pero en Espolón de Zazes ocurrían cosas que ella simplemente no podía comprender. Una balada oída por casualidad en una taberna le había inspirado una idea: ¿quién mejor que un Arpista podía resolver aquel rompecabezas, un miembro de una tribu legendaria de espías, informadores y entrometidos? Era una lástima que se hubiese puesto precio a la cabeza de ese Arpista en particular, porque si Danilo Thann se ajustaba al tipo normal de Arpista, sin duda sería capaz de llegar hasta el origen del problema, y eso es lo que Hurón necesitaba. Sabía lo que tenía que hacerse, ¡pero no sabía *quién* podía hacerlo!

Al final, el primer asesino se coló por la ventana del Arpista. Hurón alcanzó a oír su exclamación de sorpresa y, enseguida, el repiqueteo de acero contra acero. Con la bota, dio un empujón al hombre que tenía por debajo.

—Apresúrate, o Samir lo hará solo y reclamará toda la recompensa para sí —le urgió, usando las palabras que sabía que servirían para acelerar al asesino.

Su razonamiento dio en el blanco. El avaricioso asesino se deslizó por el resto de la cuerda que quedaba y se precipitó en el interior de la estancia.

Con el camino ahora despejado, Hurón soltó la cuerda y se dejó caer los centímetros que quedaban. Al pasar frente a la ventana abierta, se agarró del alféizar y, dándose impulso con todas sus fuerzas, se coló por el hueco con la cabeza gacha, rodó por el suelo y se puso en pie con una daga a punto en la mano. A punto..., para nada, o eso pensó.

La escena que se desarrollaba ante ella le hizo perder el aliento y le dejó los pies inmovilizados sobre la lujosa alfombra.

Una misteriosa luz azulada inundaba la habitación y proyectaba las escurridizas siluetas de tres contendientes en cada una de las paredes de la alcoba. El origen de dicha luz era una hoja de luna viviente que sostenía con dos manos una asesina semielfa.

Como si fuera un héroe de alguna antigua leyenda elfa, Arilyn se enfrentaba con firmeza a sus dos atacantes y contrarrestaba cada asalto y cada embestida de sus perversas cimitarras curvas. Su espada mágica resplandecía y giraba, y dejaba a su paso una vertiginosa estela de luz azul.

«Una hoja de luna —pensó Hurón, aturdida—. ¡Una verdadera hoja de luna viviente!»

Sabía que la semielfa portaba una espada de esas características e incluso presumía de haber adoptado su nombre de ella, pero Hurón había dado por supuesto que el arma llevaría adormecida varios siglos y que Arilyn la habría comprado a algún buhonero ignorante, o que la habría cogido al saquear alguna tumba elfa antigua. Las hojas de luna eran espadas hereditarias que poseían una magia temible y, según la leyenda, no podían empuñarlas más que elfos de pura raza y nobleza de espíritu. Ver un arma tan poderosa en manos de una semielfa, y asesina a sueldo, suscitaba una serie de interrogantes que sobrepasaba la imaginación de Hurón.

En ese preciso instante, los abrasadores ojos de Arilyn se detuvieron en la recién llegada y, por puro instinto, Hurón alzó la daga en posición defensiva.

Justo a tiempo. Con la velocidad de una serpiente en pleno ataque, la semielfa giró delante del hombre más cercano e hizo una finta por lo alto. Mientras él alzaba su hoja, la semielfa trazó un círculo rápido y cerrado y se agazapó para esquivar la postura de su oponente. Luego, se abalanzó hacia la hembra asesina con la resplandeciente espada extendida en gesto ofensivo.

La espada elfa impactó contra la daga de Hurón con tanta fuerza que una punzada de dolor le subió por el brazo a modo de chispas brillantes para explotar en su cabeza como fuegos artificiales. La intención de la semielfa era evidente: en un combate contra un adversario más numeroso, lo mejor era eliminar a los contrincantes más peligrosos lo más rápidamente posible. En un rincón de su mente, se recordó Hurón

que una hoja de luna era incapaz de derramar sangre inocente, pero no obstante, no se sintió completamente convencida de su seguridad. El camino que había elegido recorrer era una opción necesaria, pero era posible que hubiese deslustrado su persona para la percepción de la sensible espada.

Por fortuna para ella, los dos hombres se recuperaron de la sorpresa y se abalanzaron sobre la semielfa. Atacaron con las cimitarras en alto, espoleando su ímpetu con alaridos. Sin volverse, Arilyn levantó la hoja de luna por encima de su cabeza y contrarrestó la arremetida de la primera espada, mientras por lo bajo soltaba una patada que pilló a Hurón en el estómago con tanta fuerza que la hizo plegarse en dos y precipitarse de espaldas sobre una mesa. En un abrir y cerrar de ojos, la semielfa giró sobre sí misma y utilizó el empuje de los dos filos entrelazados para embestir contra el segundo atacante. Las tres espadas entrechocaron con estrépito, pero Arilyn se apresuró a liberar la suya y dar un paso atrás. Luego, volvió a concentrar la mirada en la otra hembra.

Hurón vio reflejada su propia muerte en los ojos de la semielfa y supo que tenía que reaccionar de forma brillante o, si no, su vida habría acabado.

La punzada de dolor que todavía sentía en las costillas le proporcionó la inspiración: se mordió el interior de la boca con tanta fuerza que se hizo sangre y, acto seguido, sujetándose las costillas con ambas manos, soltó un gruñido. Al hacerlo, un borbotón de saliva ensangrentada le salpicó los labios. Se limpió la boca con el revés de la mano y, tras contemplar horrorizada la sangre, fijó una mirada cargada de veneno en la semielfa. Luego, con gran lentitud, se dejó caer, rascándose la espalda contra el borde de la mesa, hasta quedar tendida en el suelo, sujetándose el estómago y gimiendo suavemente. Al ver que la hembra estaba fuera de combate, Arilyn se volvió para enfrentarse a los otros asesinos.

A Hurón no le sorprendió ver que la semielfa aceptaba su pantomima como verdadera. Durante sus años de oficio como asesina, Hurón había visto morir a muchos hombres y de formas muy diversas, y sabía con exactitud cómo era todo el proceso. Una patada de esas características podía haber roto una costilla, que a su vez podía haber perforado un pulmón. A resultas de una herida semejante, era inevitable la muerte por asfixia, aunque de forma muy lenta. Pero lo que sí sorprendió a Hurón fue el destello de compasión que vislumbró en los ojos de Arilyn Hojaluna al darse cuenta del tipo de muerte que le había infligido. Por fortuna para Hurón, la semielfa estaba muy ocupada, porque en caso contrario hubiese concedido a su adversaria caída una muerte rápida y compasiva.

«Es mejor una muerte rápida», se reprendió Hurón a sí misma con un toque de humor macabro.

Se quedó allí tendida lo más inmóvil que fue capaz, entrecerró los ojos hasta dejar dos meras rendijas y contempló la batalla desde detrás de la espesa cortina de sus

pestañas.

Hurón tenía que admitir que su enemiga semielfa era brillante en la batalla. Jamás había visto a una persona que tuviera semejante control de una espada, y sin embargo parecía actuar por pura intuición. Era como si percibiera cuándo y cómo iba a llegar la siguiente arremetida, y eso le permitía ir siempre un paso por delante de sus dos oponentes.

De hecho, la velocidad y la fuerza de su ataque parecían desproporcionadas en relación con su talla. Sí que era cierto que la semielfa era alta, y que su esbelta figura poseía una sorprendente resistencia y potencia elfa, pero eso no era nada comparado con el poderío de su lucha. Hurón ardía en deseos de saber qué secretos había tras la resplandeciente aura que rodeaba la hoja de luna de la semielfa.

En ese preciso instante, la hoja de Arilyn consiguió sobrepasar la defensa de Samir y se la clavó en la garganta. Con el mismo ímpetu, la hundió todavía más hacia abajo, partiendo en dos huesos y tendones con aterradora facilidad. Hurón reprimió una mueca cuando la hoja elfa se hendió en el cuerpo del hombre desde la garganta hasta la ingle.

El otro hombre, viendo una oportunidad en la muerte de su compañero, esbozó una sonrisa lobuna y alzó la cimitarra por encima de la cabeza para clavar la estocada mortal. Para añadir fuerza al golpe, o tal vez imitando inconscientemente a su contrincante semielfo, agarró la empuñadura con ambas manos e inició la descarga hacia abajo.

No obstante, su presunta víctima tenía otros planes. Arilyn liberó de un estirón la hoja de luna del cadáver del asesino y siguió con el mismo impulso para trazar un barrido circular que iba ganando fuerza a medida que avanzaba hasta que Arilyn se quedó frente al asesino superviviente y atacó.

Las dos espadas produjeron un chirrido metálico al encontrarse. Arilyn se apartó de forma instintiva mientras estallaba en pedazos la cimitarra del asesino.

Con un rugido de rabia, el asesino se abalanzó sobre ella con el mellado filo que todavía le quedaba en las manos, con la pretensión de pillarla cuando todavía no hubiese recuperado el equilibrio.

La semielfa esquivó la embestida con un diestro movimiento y luego, tras girar sobre sí misma en círculo, golpeó con la parte plana de la espada el brazo extendido del hombre, justo por debajo del codo. De inmediato, se arrodilló sobre una rodilla y, utilizando la hoja de luna como palanca, obligó a curvarse hacia abajo el codo mientras el filo estropeado de la cimitarra se giraba hacia arriba. El impulso que llevaba el asesino hizo el resto: se tambaleó hacia adelante mientras la cimitarra rota se le clavaba en su propia garganta.

Arilyn se puso de pie y extrajo la ensangrentada hoja de luna del brazo del cadáver. El resplandor azul mágico del filo se fue desvaneciendo, en apariencia

sofocado por la sangre que había derramado. La semielfa se inclinó para limpiar la hoja con la camisa del cadáver del asesino, y luego la guardó en su funda antigua.

Sin mirar atrás, dio media vuelta, salió por la ventana y empezó a trepar a pulso por la cuerda hasta desaparecer en la negra noche.

Hurón permaneció en silencio durante largo rato en el mismo sitio donde había caído, intentando aclarar todo lo que acababa de ver, aunque la mayor parte carecía de explicación para ella.

Arilyn era semielfa, y sin embargo poseía una hoja de luna. Había elegido una profesión de asesina y, aun así, la espada seguía obedeciéndola. ¿Era acaso posible que la espada mágica hubiese sido pervertida para actuar de forma maligna? ¿O acaso Arilyn, al igual que la propia Hurón, era algo distinto de lo que aparentaba ser?

¿Y Danilo Thann? Según todos los informes que había recopilado Hurón, el noble se encontraba en El Minotauro Púrpura apenas unos minutos antes; ella misma le había oído entonar una canción. ¿Adónde habría ido? ¿Y qué papel tenía Arilyn en todo ese misterio?

De una cosa estaba Hurón convencida: necesitaba al Arpista, y si todavía se encontraba a su alcance, lo encontraría, aunque a la orgullosa hembra le dolía que la llave de su éxito pareciese estar en manos de la luchadora semielfa.

Cuando juzgó que era el momento oportuno, Hurón se levantó y salió reptando en silencio por la ventana. La cuerda había desaparecido, por supuesto, así como la semielfa.

No importaba. Hurón estaba acostumbrada a trepar por todo tipo de paredes y sus dedos esbeltos y ágiles eran capaces de encontrar asidero en prácticamente cualquier superficie. También era una cazadora experta, capaz de seguir el rastro de una liebre en la espesura más densa o perseguir una ardilla por la bóveda arbórea del bosque. Una simple semielfa no sería capaz de escabullirse a su persecución, a pesar de que el terreno de la ajetreada ciudad no le resultase familiar.

Alzó la barbilla en gesto de determinación antes de apartarse de la ventana y seguir a Arilyn en mitad de la noche.

—Un sueño —musitó el príncipe Hasheth, intentando no prestar atención al débil pero insistente golpe que amenazaba con sacarlo de la modorra. Dio media vuelta y hundió la cabeza en la almohada, deseando imperiosamente que regresara el sopor y se desvaneciera aquel sueño molesto.

Pero no, ahí estaba otra vez ese sonido, y procedía de la puerta secreta que tenía en su alcoba. Hasheth aguzó el oído y reconoció el ritmo de una señal establecida.

Con un gruñido, apartó todavía soñoliento la tela de mosquitera que rodeaba su cama, para aproximarse a la chimenea y accionar el picaporte escondido entre las piedras. Tal como esperaba, la Arpista semielfa se precipitó en la habitación en

cuanto la pesada puerta se abrió. A juzgar por la mirada de sus ojos y la mueca que contraía su rostro, Hasheth dudó de que hubiese acudido a él en respuesta a su ofrecimiento de una noche de diversión.

—Ha llegado el momento. Me voy de Espolón de Zazes.

—Mañana temprano —convino Hasheth, al notar el tono imperioso de su voz.

—No. *Ahora*.

El príncipe alzó ambas manos al aire y miró con ojos de exasperación al cielo, pero sabía demasiado para ponerse a discutir con Arilyn Hojaluna. Por joven que fuese, aprendía con rapidez cómo medir a los hombres, y a las mujeres, que lo rodeaban. Antes se hubiese atrevido a discutir sobre filosofía con un camello que intentar razonar con aquella tozuda mujer.

Y había aceptado ayudarla..., incluso había participado en la mayoría de los preparativos. Cumplir una palabra dada era algo importante y Hasheth sabía que la medida de un hombre no era necesariamente la agudeza de su espada o de su inteligencia, ni siquiera la suma de dinero que poseyera ni la posición social que pudiese ostentar. No, la verdadera medida de un hombre era el peso de su palabra. Algún día confiaba en tener poder suficiente para que los hombres obedecieran sus órdenes sin rechistar. Por el momento, y con aquella mujer, deseaba que se lo valorase por ser un hombre de honor, una parte importante y de confianza de sus interesantes planes clandestinos. Y, además, lord Hhune lo había impelido a que se ganara la confianza de los Arpistas.

Hasheth alargó la mano y estiró con gesto imperioso el llamador. Un joven sirviente apareció de inmediato en la puerta, frotándose unos ojos soñolientos. El príncipe le tendió una nota sellada; las explicaciones eran innecesarias, el criado había sido aleccionado desde pequeño y sabía con exactitud lo que debía hacer. La nota llegaría a manos de otro contacto, que pondría en marcha una elaborada cadena de acontecimientos. Hasheth había sido un alumno aplicado de los Arpistas y había aprendido mucho.

—¿El barco? —preguntó ella.

—Todo está a punto —le aseguró el príncipe—. Saldré del palacio, montaré en uno de los caballos que tengo en el establo público y me dirigiré a la puerta del sur. Cuando abran, al alba, nos uniremos los dos a una caravana y nos dirigiremos al sur hasta el río Sulduskoon, yo como representante de los intereses marítimos de Hhune, tú vestida de cortesana contratada para que hagas más placentero mi viaje. Cuando lleguemos al río, podrás marcharte. En cuanto la caravana complete su viaje de negocios, conduciré a tu yegua sana y salva a la guarida oculta de Chatarrero mientras que tú sigues río arriba rumbo a un destino que no te has dignado compartir con tu aliado de confianza.

Arilyn respondió a la retahíla con una simple señal de asentimiento, y ante el

intento de Hasheth de obtener información de ella, se limitó a permanecer en silencio.

—Entonces, al alba —concluyó mientras se colaba por la trampilla baja.

Hasheth escuchó el débil eco que dejaban sus pisadas en la estrecha escalera y se maravilló una vez más de que no trastabillara ni se cayese en la oscuridad. La trampilla estaba oculta en la piedra de la chimenea que se utilizaba para caldear la estancia durante las noches frías y el mismo túnel estaba excavado en los gruesos muros del palacio. Se preguntó qué diría su padre, el bajá, si supiera que una asesina de la categoría de Arilyn podía introducirse en palacio casi a voluntad.

«Nada bueno, diría», concluyó Hasheth con una tirante sonrisa. Cerró la puerta y empezó a ultimar los preparativos para el viaje. Últimamente, el bajá apenas había cruzado palabra con el inquieto joven y no le había complacido la solicitud de Hasheth para entrar al servicio de lord Hhune, aunque con el tiempo lo había aceptado simplemente para silenciar a su joven y conflictivo hijo.

Hasheth no entendía cómo su padre era incapaz de ver la importancia de hombres como Hhune, o la amenaza potencial que suponía su ambición. Recordó la advertencia que le había hecho Arilyn, e hizo un sombrío gesto de asentimiento. El breve pero espectacular reinado del bajá Balik llegaría pronto a su fin.

Y así debía ser. Desde su primer encuentro con Arilyn, había aprendido una lección importante: conoce a tu enemigo. Si Balik no era capaz de reconocer a los suyos, se merecía su declive.

Y él, Hasheth, encontraría el modo de beneficiarse de esa eventualidad. «Quizá — pensó mientras dejaba atrás las puertas de palacio—, podría ayudar a que suceda lo inevitable.»

En los lujosos jardines que rodeaban el palacio, casi invisible entre las ramas de un vistoso árbol exótico, Hurón espiaba cómo la semielfa avanzaba al amparo de las sombras junto al muro.

Arilyn alzó una parra que ocultaba un pedazo de pared y rozó con los dedos la lisa superficie de piedra. De la nada se abrió un hueco cuando un panel de pared se deslizó en silencio a un costado. Cuando se hubo introducido, la puerta se cerró a su espalda y la parra recuperó su posición. Ni siquiera la aguzada vista de Hurón fue capaz de distinguir un contorno distinto ni señal alguna del lugar donde estaba la puerta oculta.

Apostada en su árbol, Hurón esperó pacientemente hasta que la semielfa finalizó su cita y volvió a salir a la oscuridad. Y luego, siguió esperando un rato más. El misterio que constituía Arilyn Hojaluna no quedaría resuelto con una confrontación directa sino que Hurón tendría que ir encajando las piezas en su lugar lo mejor que pudiera. Deseaba ver quién más salía de palacio.

Para su sorpresa, el contacto de la semielfa no resultó ser un vigilante de palacio,

ni un mayordomo semielfo, sino uno de los hijos menores del bajá reinante. Hurón recordaba al muchacho gracias a su fallido intento de entrar en la Cofradía de Asesinos. Ahora que pensaba en ello, recordaba que Arilyn se había introducido en la cofradía poco después de que Hasheth se hubiese ido. No había establecido ninguna conexión entre ambos hechos, y en apariencia, debería haberlo hecho.

Hurón salió tras el joven príncipe. Seguirlo era sencillo porque en aquella parte de la ciudad eran norma los jardines con gran profusión de vegetación, y los árboles de flores exóticas que se alineaban a ambos lados de las calles estaban tan pegados los unos a los otros que sus ramas quedaban entrelazadas. Fue capaz de seguirlo durante varias manzanas sin que sus pies tocaran una sola vez el suelo.

Al final, el joven se introdujo en un establo y salió un instante después a lomos de una bonita montura amnish. Hurón esbozó una mueca. No tenía ni idea de montar a caballo, pero si el joven iba lejos, seguirlo a pie podría resultar difícil.

La asesina se plantó en la calle y se introdujo en el establo. Tras silenciar al mozo de cuadra, seleccionó con rapidez una yegua de aspecto apacible y le envolvió las pezuñas para que las herraduras no hiciesen ruido. Luego, con toda la calma que pudo reunir, sacó al animal de la cuadra y se montó sobre su lomo desnudo. Cabalgaría, si era necesario, ¡pero ningún poder debajo de las estrellas la obligaría a humillar a una criatura inteligente con una silla de montar y bridas!

Hurón acarició la crin de la yegua y se inclinó hacia adelante para susurrarle unas palabras en el lenguaje de los centauros. En apariencia, la yegua comprendió la esencia de su solicitud porque giró las orejas hacia atrás y salió al trote en persecución del semental de Hasheth.

A medida que transcurría la noche, las profundas sombras del bosque empezaron a tornarse verdosas como anuncio de la inminencia del amanecer. Los guerreros elfos que habían sobrevivido a la incursión aceleraron el paso porque la muerte que los perseguía podía avanzar a mayor velocidad con la llegada de la luz.

Exhaustos, acongojados, soportando las marcas del combate como lo hacían sus camaradas muertos y heridos, los elfos se retiraban a su hogar en el bosque. Progresaban con lentitud, porque no eran capaces de abandonar a sus heridos y avanzar por los árboles; temían el uso que podían hacer de los elfos apresados. Les habían llegado rumores de que el cuerpo de Gorrión había sido colocado entre los humanos ajusticiados de una caravana procedente del Norland, y que sus flechas habían sido utilizadas contra los mercaderes.

El ladrido distante de los sabuesos de caza se convirtió en triunfante y estridente.

—Han encontrado un rastro de sangre —aseguró Korrigash con voz sombría mientras alzaba el cuerpo flácido de un elfo macho que portaba a la espalda como llevaría un cazador un ciervo abatido.

Foxfire hizo un gesto de asentimiento y posó la mirada en el rostro de la muchacha que llevaba en brazos. Ala de Halcón era su nombre, un nombre nuevo con el que Tamara había bautizado a la niña para señalar su aceptación en una nueva tribu. Le sentaba bien el nombre; había luchado como un ave de presa acorralada y había abatido a varios humanos antes de que una daga cobarde le rajara la espalda...

Sobreviviría, se repetía una y otra vez Foxfire en silencio, mientras contemplaba sus ojos negros relucientes por el dolor y la *impulsaba* a vivir. La tribu tenía necesidad de individuos con un coraje y un espíritu parecido a los que poseía esa niña. Tamara había reclamado la niña para el clan Báculo de Roble y estaba dispuesta a criarla, pero Foxfire la entrenaría, porque sabía reconocer a un líder de guerra en cuanto veía uno.

Ala de Halcón se agitó en sus brazos y su mirada se cruzó con la intensa contemplación de Foxfire.

—Bájame —pidió en un susurro apenas audible—. ¡Huid! Somos demasiado pocos para plantar combate y el Pueblo no puede permitirse soportar más pérdidas esta noche.

—Tiene razón —intervino Korrigash con suavidad.

Pero Foxfire sacudió la cabeza e hizo recuento con rapidez de los efectivos que les quedaban. Las perspectivas no parecían buenas. Veinticuatro elfos de Árboles Altos podían todavía correr y luchar, pero sólo dos de los elfos rescatados podían caminar sin asistencia. Los elfos portaban también tres cadáveres y varios heridos graves. No había ninguno que hubiese escapado sin heridas de ningún tipo. No podía quedarse y luchar. Tal como estaban, no.

Se volvió hacia Tamara.

—Tú que eres la más veloz, avisa a Árboles Altos. Necesitamos a tantos guerreros como puedan reunir y nos encontraremos con ellos en las marismas que hay al sur de aquí.

La mujer asintió al comprender enseguida lo acertado de su plan. Los elfos necesitaban descansar y curar a los heridos, y no existía lugar más propicio para hacer eso que los pantanos bajos. En ese valle, siempre oscuro y frío, el bosque se veía cubierto por un espeso manto de niebla. Los troncos enormes de varios cedros milenarios, árboles que no vivían ni crecían pero cuyas raíces se mantenían firmes, habían sido horadados para construir refugios de emergencia. Allí crecían en abundancia plantas curativas y, si los humanos osaban perseguirlos hasta aquel lugar, se encontrarían con un campo de batalla que no les iba a resultar de su agrado. El terreno era blando, en algunos tramos peligrosamente pantanoso, y el suelo se veía densamente cubierto de plantas de tallos largos, semejantes a helechos, que llegaban a cubrir a un elfo hasta el hombro.

—Debemos hacer lo que podamos para impedir la persecución —añadió Foxfire

—. Tú, Eldrin, Sontar, Wyndelleu..., subíos a los árboles y haced una batida hacia atrás. Intentad cazar a los perros. Abatidlos y habréis detenido a los humanos. Acorralad a los hombres y conducidlos hacia el norte. Flechas verdes únicamente — les advirtió.

»Y tú, Tamsin —prosiguió, volviéndose hacia el joven guerrero que tenía las ropas manchadas de sangre, aunque ninguna mancha era propia. Foxfire no se atrevía a mandarlo en persecución de los humanos después de esa noche de combate, porque Tamsin tenía tanta ansia de sangre como un troll—. Ve rumbo al norte, a las cavernas que hay más allá del bosque ceniciento. Despierta a la joven dragona blanca que allí dormita y haz que te persiga hasta aquí para atraerla hasta los humanos; asegúrate de que se ocupa de ellos. Luego, sube a los árboles y regresa con nosotros.

Una mueca salvaje se dibujó en el rostro del joven elfo al imaginar los resultados del pían de su jefe.

—Y dejaré un manojo de menta de invierno en su guarida, ¡para que luego pueda limpiarse el terrible sabor a humano de la lengua!

Los guerreros elfos se desvanecieron con el bosque para cumplir los deseos de su jefe.

—Buen plan —alabó Korrigash, volviéndose hacia su amigo—. Pero ¿será suficiente para detenerlos?

—¿Por ahora? Quizá sí —repuso Foxfire en voz baja—. Pero no por mucho tiempo.

9

Cada mañana al alba las macizas puertas de Espolón de Zazes se abrían de par en par para dar paso a la afluencia de comerciantes que constituía la esencia vital de la ciudad. Las arcas de la ciudad se beneficiaban de los impuestos que gravaban las mercancías exóticas que pasaban a través de ella de camino al norte procedentes de Calimshan y puntos más meridionales. Pero los mercados de Espolón de Zazes eran algo más que un lugar de paso para las caravanas de mercaderes. Los habitantes de Tethyr estaban muy orgullosos de sus artesanos y los productos que elaboraban tenían gran demanda tanto en las tierras del norte como del sur.

En la ciudad se introducían las materias primas que traían los barcos y las caravanas desde todos los rincones del mundo. La madera de teca de Chult y el palisandro de Maztican se transformaban en las cajas de madera labrada que tanta fama tenían en Tethyr, y de Lantan llegaban delicados artilugios y diminutos carillones que se convertían luego en maravillosas cajas de música. Metales de gran pureza procedente del gélido Norland se introducían en la ciudad para ser convertidos en vasijas, armaduras y piezas de joyería, gemas que luego se utilizaban para ser engastadas en las empuñaduras de las espadas o los anillos de las damas. Los muebles tethyrianos eran apreciados por su durabilidad y sus líneas elegantes, y gracias a lo prácticos que eran, los tejidos de Myratma se consideraban de una calidad insuperable. Una capa fabricada con lana de las ovejas que pastaban en las colinas Púrpura duraba tanto que fácilmente podía pasar de padres a hijos, y pocos tejedores fuera de Tethyr eran capaces de devanar un hilo tan fino que resultaba casi resistente al agua.

Otra variedad de comercio, también importante para el bienestar de la ciudad aunque menos lujoso, era el de forraje, cultivado en las fértiles colinas Púrpura, al sur de la ciudad. A diario partían caravanas de Espolón de Zazes con destino a Marakir, el mercado agrícola localizado en la intersección de la Ruta Comercial con el río Sulduskoon, para comprar fruta, grano y cordero. Era una actividad importante, pero al ser rutinaria, no estaba sometida a demasiado escrutinio.

Por ese motivo, Quentin Llorish, capitán de una de esas caravanas, no se sintió muy feliz cuando interrumpieron su sueño para informarle de que el nuevo aprendiz de lord Hhune viajaría en su caravana al día siguiente.

No era que Quentin tuviese nada contra Hhune..., ¡nada más lejos de la verdad! El noble jefe de cofradía pagaba bien, y trataba a los hombres y mujeres que contrataba con una justicia que no era usual en Tethyr y que lo convertían en un personaje bastante popular entre el pueblo; le valía más la lealtad de la gente que el mismo dinero. Al menos, la mayoría de los hombres apreciaba que les concedieran un trato justo; pero, francamente, Quentin prefería la plata contante y sonante.

Quentin no era un hombre que se sintiera impelido por lazos de lealtad o por una necesidad de hacer negocios honrados. Acostumbraba sacar más provecho de los beneficios diarios de la caravana de lo que estaba autorizado estrictamente y pensar que un joven aprendiz ansioso estaría fisgoneando por encima de su hombro y ojeando sus libros de cuentas hacía arder el estómago a Quentin con un escozor que empezaba a ser su fiel compañero.

Así pues, mientras supervisaba los preparativos de la caravana antes del amanecer y esperaba que abriesen las puertas de la ciudad, Quentin dio un sorbo a un gran frasco de leche de cabra mezclada con un mineral con sabor de tiza cuyo nombre no conocía. Era un brebaje horroroso, pero según el curandero local en poco tiempo conseguiría apaciguar los ácidos de su estómago. Si no, prometía Quentin sombríamente mientras apuraba el resto de la bazofia, se gastaría gustoso todo el dinero que había ganado aquel día para ajusticiar al desgraciado alquimista, a ser posible ahogándolo en su propia leche de cabra.

—¿Capitán Quentin? —inquirió una voz imperiosa a su izquierda—. Soy Hasheth y vengo en nombre de lord Hhune.

El hombre soltó un sonoro eructo con efluvios de tiza y se volvió para observar a su temido pasajero. El aprendiz de Hhune era un joven que no debía de tener más de veinte años. Parecía una réplica del propio lord, a juzgar por sus cabellos oscuros, pero la nariz aguileña del muchacho y la piel tostada sugerían cierta presencia de sangre calishita en sus venas. Aquello era bastante habitual en Espolón de Zazes aquellos días, por la influencia del bajá y porque estaba de moda entre los tipos de buena cuna tener como amante a alguna mujer del sur, o eso había oído decir. El ya tenía bastante con mantener una sola mujer... la suya, por desgracia.

—Bienvenido a bordo, joven —saludó con una jovialidad que no sentía—. Partiremos cuando salga el sol. Coge el caballo que más te plazca y luego te enseñaré dónde está todo.

—No será necesario —replicó Hasheth, con el labio contraído en una mueca de desprecio. Hizo un gesto a un carruaje cubierto que arrastraban un par de animales castaños, hermosos, de músculos estilizados, cuyo reluciente pelaje rojizo había sido lustrado hasta adquirir el brillo del negro. Los caballos del carruaje eran más impresionantes por el hecho de que eran casi idénticos, hasta por las estrellas blancas que lucían a modo de adorno en la frente. Para añadir exceso a la opulencia, detrás del carruaje iban atados un magnífico semental negro y una yegua gris de patas largas.

—Como podéis ver, he traído lo que me hace falta, así como caballos de repuesto, por si decido cabalgar. En cuanto a vuestro negocio, lo lleváis a cabo lo suficientemente bien para complacer a mi señor Hhune, y eso me basta —prosiguió el muchacho con frialdad—. Me exigen que venga aquí como parte de mi proceso

educativo, así que será mejor que lleguemos a un acuerdo. Si os preguntan, diréis que os vigilaba de cerca. Si me preguntan a mí, diré que he comprobado que todo estaba en orden.

Había un ligero matiz en la voz de Hasheth, un deje perspicaz y presuntuoso que indicaba que el joven tenía un conocimiento ya amplio de los negocios de la caravana. Quentin miró de reojo al muchacho, confiando en haber oído mal, y como respuesta Hasheth alzó una ceja con gesto desafiante.

La llama que ardía en el estómago de Quentin crepitó, lanzando una arcada de ácido a su garganta.

—De acuerdo —musitó el capitán, deseando poder escupir sin ofender al joven noble.

Hasheth hizo un nuevo gesto de asentimiento hacia el carruaje y para la mujer que observaba el exterior desde detrás de una cortina.

—No tendréis que preocuparos por mí. Como podéis ver, me he traído diversión para aligerarme el viaje. Lo cual nos lleva a otro tema. La mujer tiene una piel delicada y desea ver el mercado antes de que el sol alcance su cenit. Sé que eso implica avanzar a un paso más rápido de lo normal, pero si accedo a sus deseos accederá ella a los míos. ¿Puedo decirle que nos concedéis alojamiento?

Quentin se limitó a asentir, porque sentía la garganta demasiado seca para hablar. Contempló cómo el joven imperioso se montaba en el carruaje y cerraba con firmeza la cortina. Acto seguido, sacudió la cabeza y se alejó para cumplir sus quehaceres en la caravana. No sabía a ciencia cierta qué hacer con aquel extraño encuentro ni con aquel joven aprendiz que tanto sabía.

Cuando por fin salió el sol sobre los distantes picos de la Espiral de las Estrellas, las puertas enormes se abrieron despacio hacia adentro. Cuando la caravana empezó su trayecto, a paso rápido, como le habían pedido, Quentin se sintió mucho mejor; alegre, incluso.

Se había preocupado a menudo por que lo descubrieran, pero ahora que lo habían pillado, se sentía casi aliviado. Aunque Quentin recibía órdenes de la gente de Hhune, no tenía acceso a los asuntos del lord ni forma de saber cómo habían sido percibidas sus propias acciones..., o cuáles de ellas habían llegado a oídos de Hhune. Aquel tal Hasheth parecía dispuesto a pasar por alto los desfalcos de Quentin y, con toda probabilidad, podría arreglárselas para mantenerlos fuera de miradas indiscretas. Y lo mejor de todo era que el muchacho estaba dispuesto a hacer un trato. Quentin estaba convencido de que podía persuadir a Hasheth para que le proporcionase cierta protección, e incluso pasarle de vez en cuando información para que el capitán de la caravana pudiese forrarse los bolsillos.

Sí, concluyó feliz, el nuevo aprendiz de Hhune era alguien con quien se podían hacer negocios, ¡en provecho de los dos!

—¿Elegí bien a mi hombre? —preguntó Hasheth en tono presuntuoso.

Arilyn asintió, dispuesta a conceder al joven lo que se merecía. A juzgar por todo lo que había visto y oído, Quentin Llorish era una elección óptima, alguien que podría seguir sirviendo a Hasheth de un modo dependiente, aunque deshonroso.

De hecho, la salida de Espolón de Zazes había sido más fácil de lo que Arilyn había pensado. Todos los pasos del plan habían sido ejecutados sin impedimentos. Hasheth era bueno y mejoraba día a día.

¿Por qué, entonces, se sentía tan a disgusto?

Con un suspiro, Arilyn se apoyó en los almohadones y se preparó para el viaje. No le complacía la idea de pasar varias horas de inactividad, con nada que ocupar sus atribulados pensamientos. Últimamente habían sucedido demasiadas cosas, se le habían hecho muchas revelaciones..., más de las que podía asimilar en el trayecto entre Espolón de Zazes y Sulduskoon.

A Arilyn le gustaba tratar los problemas a medida que aparecían, de forma rápida, limpia y decisiva, con diplomacia a ser posible y con brusca violencia si era preciso. Y sin embargo, se había visto forzada a no honrar a su naturaleza, sus métodos usuales y su propio sentido común para cumplir el encargo de la reina elfa.

Ahí estaba ella, atada al bosque elfo y cargada con los problemas de otro mientras que su propia vida era un completo desorden. Una antepasada suya dormía en la cámara del tesoro de un hombre rico y Arilyn no había hecho nada para poner remedio a aquel deshonor. Danilo le había declarado su amor y ella le había propinado un puñetazo y lo había enviado lejos como un paquete sin pararse a considerar cuál habría sido su respuesta. Y para colmo estaba el tema de la sombra elfa y el crudo futuro que predecía.

Arilyn no podía olvidar en ningún momento el destino inherente a la hoja de luna que portaba y la promesa inconsciente que había hecho hacía ya tantos años cuando blandió la espada elfa por primera vez. Hasta aquel momento, la semielfa no había temido la muerte, pero ahora sentía su propia mortalidad. Se encaminaba hacia una misión sumamente peligrosa, portando una espada que, a todas luces, podía reclamarle servidumbre eterna, lo cual obviamente añadía una nota de urgencia a su aventura.

Considerando toda la situación, la semielfa no estaba de humor para enfrentarse a las inevitables insinuaciones de Hasheth con nada parecido a la diplomacia. Además, necesitaría todo el autocontrol que fuese capaz de reunir para resistirse al deseo de lanzar al hombre a la cuneta cuando pronunciase su primer cumplido intencionado, su primer doble sentido.

No obstante, o bien los dioses se apiadaron de ella o Hasheth empezaba a aprender también en este asunto porque la mañana transcurrió sin incidentes.

Además, Hasheth mantuvo a Arilyn tan ocupada con sus preguntas que no tuvo tiempo de abstraerse con el arduo camino que le esperaba.

El joven príncipe estaba ansioso por bombardearla a preguntas sobre los usos de los Arpistas y el tipo de enemigos a los que se enfrentaban. También estaba impaciente por aprender todo lo que Arilyn estuviese dispuesta a contar sobre la historia de Tethyr y sobre política, y sentía también curiosidad por asuntos de otras tierras. Según parecía, en palacio no habían sentido la necesidad de incluir asuntos de estado en la educación del decimotercer hijo.

Arilyn respondió a cada pregunta con una escueta pero completa respuesta y notó enseguida que Hasheth era todo oídos..., cualidad importante para un informador de Arpistas. Era evidente que el joven disfrutaba participando de las actividades de aquel grupo clandestino, y que adoraba las intrigas y los secretos. También estaba imparcialmente orgulloso por su creciente habilidad para organizar y poner en marcha planes de suma complejidad. Sin embargo, Arilyn también era consciente de que el mayor vínculo de Hasheth con los Arpistas no procedía de sus convicciones personales, ni siquiera del respeto por los Arpistas y sus ideales, sino de un compromiso personal con ella y con Danilo. Ahora que los dos habían dejado la ciudad a sus espaldas, no estaba segura de que Hasheth continuara con su papel.

—¿Y qué vas a hacer con todos esos conocimientos? —le preguntó al fin.

Hasheth se encogió de hombros, para meditar su respuesta.

—El conocimiento es un instrumento; lo usaré para las tareas que tenga que hacer.

Arilyn tuvo que admitir que era una buena respuesta, pero poco tranquilizadora. Con todo, no sintió pena cuando el distante clamor de voces y de carretas anunció que se estaban acercando a Marakir.

Apartarse a escondidas de la caravana fue asunto fácil porque, ataviada con falda y velo, además del aspecto de matrona que le conferían sus pertenencias de viaje bien envueltas, Arilyn se fundió con todas las demás amas y mujeres que acudían a comprar provisiones para sus familias o para sus establecimientos. Deambuló un rato por los ajetreteados puestos, sopesando con palmaditas la calidad de los melones y comprobando mediante pellizcos la tersura de las cerezas, como hacían todas.

Al final encontró el lugar que buscaba: Prendas de Lana Theresa, un amplio establecimiento de fachada de madera que ofrecía ropa confeccionada. El establecimiento lucía un aspecto próspero, aparte de estar situado en un lugar privilegiado junto al río, pero la reputación de los elevados precios de Theresa hacía que se acercaran hasta allí sólo los clientes más acaudalados.

En el interior de la tienda, Arilyn encontró un gran surtido de ropa útil pero poco llamativa: capas de lana, pantalones de tartán, vestidos y chales, además de blusas de lino o jubones de arpillera. Según insistía Theresa, el coste de la ropa reflejaba la

calidad y el servicio, y un cliente ocasional podía suponer que por «servicio» entendía ella la atención del personal de la tienda, que ofrecía consejos y refrescos, o los reservados que había tras unas cortinas, cuyas paredes forradas de espejo permitían a los clientes cambiarse de ropa en privado. Sin embargo, lo que pocos sabían era que los espejos eran en realidad puertas ocultas que permitían a aquellos clientes que lo desearan salir por la puerta de atrás.

Tras dejar la engorrosa falda que llevaba, así como una pequeña bolsa con monedas de plata, en el probador, Arilyn salió por detrás y descendió por la fuerte pendiente que desembocaba en la ribera del río, donde la estaba esperando una pequeña embarcación, prueba adicional de los discretos servicios que ofrecía Theresa.

La Arpista se sentó en la barca e hizo un gesto de asentimiento a los dos fornidos sirvientes que iban a los remos. Uno de ellos soltó la amarra que mantenía sujeto el bote a un poste anclado en la orilla; luego los dos se situaron junto a los remos y, con movimientos sincronizados, hicieron avanzar la embarcación por el agua.

Arilyn se sintió satisfecha al ver que los remeros demostraban una admirable falta de curiosidad. Apenas le dedicaron una ojeada, de tan concentrados como estaban en maniobrar a través del concurrido tráfico del río. Les costó gran pericia esquivar las barcas y barcazas, así como las embarcaciones pequeñas que atestaban las ajetreadas aguas, pero una vez hubieron sobrepasado la aglomeración y el trajín del mercado, los hombres adoptaron un ritmo rápido río arriba.

El Sulduskoon era el río más largo de Tethyr y cruzaba el territorio casi de parte a parte. Desde su origen al pie de las estribaciones de las montañas Copo de Nieve, el río viajaba casi ochocientos kilómetros antes de desembocar en el mar, pero no todos sus tramos eran navegables. En algunos puntos sus aguas eran turbulentas y rápidas, con pozas profundas en las que habitaban espíritus acuáticos y otras criaturas molestas, y en otros trechos había pasajes traicioneros, con el lecho cubierto de piedras, que hacían naufragar a tres de cada diez barcos que pasaban.

Pero en ese tramo el río era amplio y profundo, las aguas relativamente apacibles y la corriente no demasiado fuerte les permitía avanzar. Arilyn calculó que llegarían al desvío del río, donde les esperaba un segundo barco, al crepúsculo. Desde allí, viajaría por un amplio afluente que se ramificaba hacia el norte más allá de la Espiral de las Estrellas, más cerca de la parte de Tethyr que buscaba. En la parte más recóndita y meridional del bosque vivía un viejo amigo, y Arilyn confiaba en que su amistad y su habilidad para convencer a los suyos le sería de utilidad.

Por lo que sabía de las legendarias sombras de plata, suponía que no iba a ser tarea fácil.

Eileenalana bat K'theele se desperezó y esbozó una mueca en su sueño cuando la

primera flecha la alcanzó. La expresión era atemorizada, en el rostro de una joven dragona blanca, pero los sueños que la arropaban no eran del todo desagradables.

La amodorrada dragona soñaba con una ducha de granizo y con el placer que le proporcionaría volar alto entre las agitadas nubes de verano. Las tormentas de granizo eran inusuales en aquellos parajes, que en verdad resultaban demasiado calurosos para que un dragón blanco se sintiera a gusto, y en su sueño Eileen disfrutaba de gélidos vientos arremolinados y del tintineo de granizo apenas formado contra sus escamas.

De repente, un pedazo de hielo especialmente punzante le golpeó el cuello. Eileen volvió la cabeza y a través de la neblina de sopor que la embotaba llegó a dos conclusiones simultáneas y contradictorias: la tormenta no era más que una fantasía agradable y el golpeteo de las piedras de granizo parecía demasiado real.

En un intento por levantarse y contemplar mejor aquel rompecabezas, la joven dragona rodó sobre su estómago y desplegó la cola que tenía enroscada sobre su pila de tesoros. Era un pila pequeña, pero ¿qué más podía haber atesorado en un simple siglo de existencia? ¿Y qué oportunidades tenía ella, cuya vida se reducía a cortos períodos de actividad? El bosque de Tethir era frío, pero a duras penas podía proporcionar comodidad a un dragón de su clase y Eileen se pasaba la mayor parte del tiempo en su guarida, inmersa en un sueño aletargado.

No se atrevía a aventurarse en el exterior demasiado a menudo. Aunque medía casi nueve metros de largo y era prácticamente adulta, todavía había criaturas en el bosque que podían plantarle cara, y esos enemigos la encontraban con relativa facilidad porque la enorme talla de Eileen y sus relucientes escamas blancas no la ayudaban en absoluto a fundirse con el paisaje. A menos que el hambre la obligara a salir a cazar, permanecía en su caverna porque se sentía siempre en peligro salvo en aquellos pocos días en que el suelo del bosque se veía cubierto de nieve o cuando nubes de tormenta teñían de un pálido gris perla el cielo.

Si tenía todas esas cosas en cuenta, no era de extrañar que Eileen añorara el gélido Norland del que le habían hablado sus padres..., y al que habían regresado cuando ella apenas había salido del cascarón.

Eileen era entonces demasiado pequeña para mantener el ritmo de los dragones de mayor tamaño, pero se las había arreglado para volar desde su lugar de nacimiento en las frías cimas de las montañas Copo de Nieve hasta un lugar tan alejado como Tethir. Algún día, volaría hasta las lejanas tierras del norte junto con los demás dragones blancos del bosque que compartían su condición. ¡Un vuelo de dragones, y con ella de líder! ¡Qué glorioso! Todo lo que necesitaba era un golpe de viento frío y luego corrientes favorables...

Otro golpe fuerte y punzante volvió a centrar los pensamientos de Eileen en el presente. La dragona bostezó y se sentó sobre sus ancas traseras para considerar la

situación. El aire era húmedo y bastante cálido, incluso en la caverna. Sí, estaba empezando el verano, un período más que razonable para que se sucediera una tormenta de granizo, pero estaba en su guarida, lo que significaba que era poco probable que se tratara de granizo.

La dragona llegó a aquella conclusión, no ya con palabras, sino con la percepción instintiva que, incluso las criaturas peor dotadas de la naturaleza, tenían de su entorno para poder sobrevivir. De todos los temibles dragones de Faerun, los blancos eran los más pequeños y los menos inteligentes. E incluso para la norma de su raza, Eileen no destacaba.

Balanceando a izquierda y derecha la cresta de su cabeza blanca, la dragona intentó localizar el origen de aquella molestia. La alcanzó otro pinchazo en el cuello, esta vez peligrosamente cerca de la base de una de sus curtidas alas, procedente del pasadizo que iba hacia el este.

Eileen atisbó por la oscuridad del túnel donde parecía haber una silueta envuelta en sombras. Podía distinguir una forma con dos piernas y un arco cargado en las manos, pero no podía discernir si el arquero era humano, o elfo, o algo más o menos similar, porque un tentador aroma de menta difuminaba su aroma.

La molesta criatura volvió a soltar otra flecha, que impactó de pleno en el hocico de la dragona y salió desviada sin penetrar en la armadura de escamas que le cubría el rostro. Aun así, ¡cómo *picaba!*

Durante un instante, la aturdida y bizca dragona se quedó mirando a la pareja de arqueros con forma humana que había invadido su guarida, pero después de sacudir violentamente la cabeza, las dos figuras se fundieron en una sola. De todas formas, ¡una era también multitud!

Eileen soltó un rugido de dolor y rabia, y se puso de pie de un brinco. El arquero dio media vuelta y echó a correr por el túnel, con la dragona en ardua persecución a su espalda.

Bueno, quizá no era una persecución demasiado ardua, porque la última siesta de la dragona había durado varias semanas y como tenía la costumbre de dormir de lado, con la dura mejilla apoyada en una escamosa pata, sentía una de las articulaciones entumecida. En consecuencia, lo que ella *pretendía* que fuera una embestida atemorizadora se había visto reducida a una carrera desigual, a trompicones, sobre tres patas.

Eileen se detuvo de repente y se sentó sobre los flancos traseros para levantar las dos patas delanteras y contemplárselas. Tras meditar un instante, se le ocurrió una solución, que se le antojaba bastante ingeniosa. Inhaló una profunda bocanada de aire, mantuvo su pata *buena* a la altura de la mandíbula y exhaló una ráfaga de aire gélido. El aliento de Eileen podía sofocar de raíz un fuego o congelar un centauro adulto hasta convertirlo en un sólido bloque de hielo en mitad de una carrera. E

incluso podía entumecer su propia carne, a pesar de la protección natural que le ofrecían las escamas y su legendaria resistencia al frío.

Eileen se puso de nuevo sobre las cuatro patas y probó las delanteras. Sí, ahora estaban las dos igual de entumecidas. Una vez recuperado el equilibrio, la dragona reanudó la carrera, más lentamente, sin duda, pero con un porte más digno y equilibrado.

Su atormentador de dos piernas estaba ahora fuera de la vista, pero Eileen podía seguir con facilidad su aroma de menta. Aunque su inteligencia podía caber en una cuchara, poseía un olfato muy fino, eso sin contar con la debilidad que sentía por la planta.

Mientras la dragona trotaba por los túneles de la caverna que desembocaban en el bosque, ocurrieron dos cosas. Primero, sus dos patas delanteras recuperaron gradualmente su tacto normal y pudo acelerar el paso hasta convertirlo en una carrera vertiginosa que arrasaba la vegetación. Segundo, empezó a ocurrírsele que estaba muy, muy hambrienta, y que quizás esa interrupción no hubiese sino tan mala después de todo.

La noche se posaba sobre el bosque de Tethir y Vhenlar contemplaba las sombras cada vez más profundas con creciente e intensa inquietud. Durante los días posteriores a la batalla en la plantación de ganja, los mercenarios habían ido persiguiendo a los elfos hasta sumergirlos en las profundidades del bosque..., mucho más lejos de donde se habían aventurado hasta la fecha, y mucho más lejos del territorio donde Vhenlar podía sentirse tranquilo.

La fronda centenaria era misteriosa. Los árboles tenían un aire vigilante y atento; los pájaros transmitían historias; las mismas sombras parecían vivas. Había magia en aquel lugar, una magia primitiva, elemental, de un tipo que ponía nerviosos hasta a los magos a sueldo, como por ejemplo el hechicero originario de Halruua y de alta categoría en quien tanto confiaba Bunlap.

Abundaban otros peligros más tangibles. Desde la salida del sol, elfos invisibles habían ido lanzando flechas por delante y por detrás de los humanos, acosándolos como perros pastores que estuviesen reuniendo un rebaño para el esquileo de primavera. No había duda de que estaban conduciendo a los mercenarios a algún punto concreto..., pero ¿adónde? Vhenlar era incapaz de decirlo.

Aun así no le quedaba otra opción que mover al grupo con tanta rapidez como pudiese hacia el norte. Había intentado seguir la ruta de la frontera por el sur, y había perdido tres hombres buenos en el intento, así que se habían encaminado hacia el norte, como pretendían aquellos seres invisibles que los atormentaban. Ya recuperarían la ruta luego, después de... lo que fuera.

No eran los elfos salvajes el único enemigo con el que se enfrentaban los

mercenarios, ni su destino desconocido la única preocupación que los embargaba. El camino estaba repleto de problemas y ni siquiera los más expertos en cuestiones de bosque, es decir, guardabosques que habían trabajado como mercenarios en multitud de territorios, y un par de exploradores venidos a menos, eran capaces de identificar todos aquellos extraños gritos, rugidos y llamadas de pájaros que resonaban en el bosque. No obstante, todos los hombres habían visto y oído lo suficiente para saber que había criaturas que era mejor evitar. Poco antes de mediodía se habían topado con una prueba palpable de ello, una imagen que se había quedado grabada en la mente de Vhenlar: un montón de huesos secos en cuyo interior se adivinaba el cráneo de un ogro. Fuera lo que fuese lo que había matado a aquel ogro, cuyo tamaño superaba los dos metros a juzgar por los restos, la criatura sería probablemente más fuerte que tres hombres juntos y lo bastante grande para morder la cabeza de semejante monstruo y tragársela entera. En opinión de Vhenlar, los ogros eran bastante malos, y no deseaba contemplar una criatura lo suficientemente grande, y hambrienta, para darse un ágape tan indigesto.

En el bosque siempre había habido monstruos, pero si los relatos de taberna que hablaban de expediciones aventureras perdidas eran ciertas, la variedad y el número de ese tipo de criaturas crecía en espiral hasta alcanzar proporciones de pesadilla. Según Vhenlar, esto era en parte el resultado de los problemas a los que se enfrentaban en la actualidad los elfos. Su atención se había visto desviada de la labranza del bosque al más acuciante tema de la supervivencia, lo cual era, precisamente, aquello que Bunlap y el misterioso empleado del capitán pretendían.

—No hay derecho que Bunlap nos ordene que sigamos a esos elfos —rezongó Vhenlar—. A él le da igual, porque está metido detrás de los muros de su fortaleza y no tiene un solo árbol en perspectiva, ¡ni a esos malditos elfos salvajes lanzándole flechas por la espalda!

—Hablando del tema —intervino Mandrágora, un mercenario que hacía las veces de cirujano de la compañía—, ¿cómo está la tuya?

No era una pregunta fortuita, teniendo en cuenta que el cirujano había extraído dos flechas de la espalda de Vhenlar desde el amanecer. Los elfos invisibles que los hostigaban por detrás habían asesinado a los sabuesos pero en apariencia tenían en mente una muerte más prolongada y humillante para los mercenarios.

—¡La tengo agujereada como una condenada diana de Beshaba, si quieres que te diga la verdad! —exclamó Vhenlar—. Como tú, y él, y él, ¡y cada uno de nosotros en este tres veces condenado bosque!

—Una diana grande —convino Mandrágora, intentando complacer al segundo de a bordo de Bunlap.

El arquero notó el tono condescendiente de la respuesta de Mandrágora, pero no respondió sino que se limitó a contraer el rostro en una mueca cuando una nueva

punzada de dolor lo acometió. Caminar era demasiado doloroso con aquellas nuevas y humillantes heridas. Las flechas elfas le habían provocado roces superficiales y de refilón pero en el fondo de su corazón Vhenlar no se sentía agradecido por aquellas pequeñas concesiones. Tampoco podría seguir caminando mucho más rato. La húmeda frialdad que anunciaba la llegada de la noche le estaba entumeciendo las piernas y no le estaba haciendo ningún bien a su dolorido trasero.

—Envía a Tacher y a Justin a buscar otra vez un lugar de acampada —ordenó.

—¿Y dejar que esos elfos salvajes nos liquiden mientras dormimos? —protestó el cirujano—. ¡Es mejor seguir avanzando!

Vhenlar no estaba para discusiones. Si el hombre era tan tonto como para pensar que aquellos mortíferos arqueros iban a impresionarse porque el blanco estuviese en movimiento, no tenía sentido gastar saliva en convencerlo de lo contrario.

—Un campamento. Ahora —lo instó.

El mercenario hizo un saludo y aceleró el paso para alcanzar a los hombres que había nombrado Vhenlar.

Podía haber desobedecido, pensó Vhenlar con gesto de resignación, pero Bunlap había dejado bien claro que tenían que seguir sus órdenes. La gente tendía a hacer lo que Bunlap decía, y no sólo por miedo a las represalias, aunque éstas eran expeditivas, sino porque había algo en aquel hombre que impelía a los demás a obedecer. Tras pasar tantos años en la compañía de Bunlap, Vhenlar pensaba que había adivinado el motivo de semejante comportamiento. El capitán de mercenarios sabía precisamente lo que deseaba y se lanzaba a conseguirlo con terca determinación. Los hombres que no tenían un objetivo claro, y Tethyr estaba lleno de ellos, se sentían atraídos hacia Bunlap como se sienten atraídas las cosas metálicas a un imán. Así que cuando Bunlap les había dicho que persiguieran a los elfos al bosque, habían ido. Y todavía estaban yendo, y probablemente *morirían* haciéndolo, concluyó Vhenlar con amargura.

Bunlap había insistido en que su tarea era importante, aunque él mismo había partido rumbo a la fortaleza para reunir y entrenar a más hombres para el siguiente asalto. El capitán se había marchado justo después de la emboscada fracasada porque se había dado cuenta de que era poco probable que pudiesen pillar a los emisarios de los elfos, y mucho menos llevarlos a un combate campal. La tarea de Vhenlar era seguir a aquellos elfos, matar a algunos si podía y recoger tantos arcos y tantas flechas negras como pudiese. Se suponía que sus hombres también tenían que recuperar los cuerpos de los elfos muertos en la lucha, así como de todos aquellos que pudiesen morir por efecto de sus heridas y fuesen abandonados, porque eso sería útil para poner todavía a más gente en contra de los elfos del bosque.

Y, sin embargo, los elfos parecían dispuestos a que Vhenlar no consiguiera ninguna de aquellas cosas. En apariencia, cargaban con sus muertos y sus heridos, y

seguían usando flechas verdes que, aunque eran de cuidada elaboración, no servían para los planes de Bunlap. Si los mercenarios no hubiesen tenido sabuesos para seguir el rastro casi invisible de la sangre, los elfos los habrían esquivado. Había sido una jugada genial por parte de los elfos enviar un grupo de arqueros para atacar por detrás y asesinar a los perros. Hasta Vhenlar tenía que admitirlo. Sin embargo, era incapaz de saber qué más tenían en mente los elfos.

Un rugido distante envió un espasmo de frío terror por la espina dorsal del arquero zhentarim. Los dos exploradores titubearon y miraron atrás hacia Vhenlar en señal de protesta por la tarea que se les había asignado. Como respuesta, él rozó con la mano el arco elfo y entrecerró los ojos para que su mirada pareciese amenazadora.

—Voy a encender antorchas —comentó Justin en tono provocador—. Si no, no veremos por dónde vamos.

Vhenlar se encogió de hombros. Se contaban historias de las terribles represalias que los habitantes del bosque se tomaban con todo aquel que osaba llevar fuego al bosque, pero dudaba que aquellas sombras elfas asesinaran a los emisarios..., no habría sido muy inteligente, ¡hasta que los hubiesen conducido a su desconocido destino, no! Y Justin tenía razón: era *oscuro*, porque en las profundidades del bosque la débil luz de la luna y de las estrellas no podía penetrar aquella espesa capa de vegetación.

Así que contempló cómo el hombre cogía una antorcha de su mochila y rascaba pedernal contra acero. Un puñado de chispas estalló en la noche como sorprendidas luciérnagas y luego la llama prendió y fue cogiendo volumen. Vhenlar parpadeó ante el súbito estallido de luz; luego cerró un instante los ojos y, cuando los abrió, se quedó boquiabierto. ¡No había dos sino tres figuras de pie en el círculo de luz de la antorcha!

Un elfo salvaje, un joven macho de negras trenzas y ojos también negros de gran fiereza, levantó un pellejo de agua y se preparó para apagar la llama. O eso fue lo que supuso Vhenlar. Contempló, tan asombrado como los otros dos hombres, cómo el elfo vaciaba el contenido de la bota, pero no a la antorcha que sostenía Justin, sino a *Tacher*.

Y de repente había desaparecido, antes de que los mercenarios pudiesen desenvainar una espada o preparar una flecha.

Justin olfateó el aire y su rostro se transformó en una expresión de extremo desagrado mientras echaba una ojeada a su compañero.

—Hueles a algo que bebe mi madre en tazas pintadas —bufó.

La analogía era oportuna porque Tacher había sido duchado con una fuerte infusión de menta. Vhenlar, que era incapaz de ver un motivo para semejante acción, se volvió hacia uno de los guardabosques, un tipo alto y delgado procedente de las Tierras de los Valles. Antaño había sido un noble guardabosques, aunque los Nueve

Infiernos debían de saber lo que aquello significaba; había luchado contra la horda de Tuigan y había visto cómo sus ilusiones sobre la humanidad se habían visto reducidas a ceniza en el infierno de la guerra. Desde entonces, se había dedicado a procurar para sí mismo y se había especializado en ello.

—Tú que conoces el bosque mejor que todos nosotros —le preguntó Vhenlar—. ¿Por qué ha hecho eso el elfo? Podría haber matado a Tacher, y también a Justin, fácilmente.

El guarda sacudió la cabeza con impaciencia y alzó una mano para procurarse silencio. Los demás se quedaron inmóviles y a la escucha, pero sus oídos no eran tan finos como los del habitante de los Valles. En opinión de Vhenlar, sólo se oía el zumbido y el rumor constante de los insectos, aparte del ocasional chillido de un ave de presa, y el susurro de la brisa nocturna a través de la espesura del bosque; un susurro que parecía ir incrementando su intensidad.

De repente, los ojos del guarda se abrieron de par en par.

—¡Menta! —susurró, y salió huyendo a la carrera.

Los demás lo contemplaron, divertidos, mientras el guarda corría sin hacerles caso rumbo hacia el sur. Antes de que pudieran seguirle los pasos, un rugido retumbó en el bosque..., un sonido atemorizador que era a la vez chillido y estrépito, un grito de rabia que pocos de los presentes habían oído con anterioridad. Y, sin embargo, no había ninguno entre ellos que no supiera instintivamente lo que significaba:

Un dragón.

Vhenlar había oído hablar a ciertos hombres del temor de dragón, un terror paralizante que acomete cuando se mira a los ojos a un gran wyrm, pero ahora sabía que el simple grito de un dragón era capaz de hacer que un hombre echara raíces en el suelo y convertir en piedra sus piernas.

El temor de dragón duró un instante, pero fue suficiente. Con la velocidad de un brujo, el paso del dragón a través de bosque pasó de ser un murmullo de hojas a un fragor ensordecedor. El dragón apareció como una ola gigantesca. Vhenlar no había visto nunca algo tan grande que se moviera a una velocidad tan increíble.

De repente, lo vio de reojo a través de los árboles, a más de sesenta metros de distancia, pero aproximándose con rapidez. Era blanco, y brillaba como si fuera un fantasma enorme con forma de reptil contra la oscuridad del bosque. La criatura se detuvo, se aposentó sobre sus ancas traseras y exhaló una bocanada de aire.

Los árboles se partieron en dos, las hojas se encogieron y cayeron a montones cuando la oleada de viento gélido barrió el bosque. En una proyección cada vez más ancha, la devastadora lengua se fue abriendo paso y alargó sus manos gélidas y envolventes hacia los mercenarios.

Con la claridad de mente que proporciona el terror, con un espanto atroz que hacía que todo lo que lo rodeaba redujera su velocidad hasta asemejarse a la

tenue caída de los copos, Vhenlar lo vio llegar.

El aliento del dragón alcanzó a los dos exploradores, con tanta rapidez que congeló la mueca burlona del rostro de Justin y pilló a Tacher en el acto de volverse ante el estruendoso sonido. Hizo desaparecer el color de sus rostros, y convirtió sus cabellos y sus ropas en una gruesa capa de hielo. A todos los efectos, los hombres se quedaron completamente helados como si se hubieran convertido en estatuas de hielo por efecto de alguna hechicera vengativa.

Luego, el frío golpeó a Vhenlar, amargo, punzante, pero no con fuerza suficiente para inmovilizarlo. Al contrario, fue como una bofetada en pleno rostro y pareció sacarlo de su estupor. Supuso que el aliento de dragón se había agotado en el acto de congelar a los desafortunados exploradores, pero aun así, no pretendía quedarse a ver si el monstruo era capaz de repetir el truco.

—¡Corred! —chilló, y puso en movimiento con toda la rapidez que fue capaz de reunir sus entumecidos miembros.

La autoridad de Bunlap no fue necesaria en esta ocasión. Los hombres siguieron las órdenes de Vhenlar sin pausa ni preguntas. Mientras avanzaban a la carrera por la fronda, sus zancadas hacían crujir el hielo bajo sus pies y en el aire flotaba un suave y mortífero aroma a menta.

Desde la empalizada de su fortaleza, Bunlap disfrutaba de una vista estupenda sobre Tethyr y su variopinto paisaje. Por el este, despuntaban los encumbrados picos de las montañas Espiral de las Estrellas, que incluso a principios de verano se veían cubiertos de nieve. Por el oeste, se desplegaban ondulantes colinas y justo por el norte, la súbita y densa línea de árboles que bordeaba el extremo meridional del bosque de Tethir.

Una repentina ráfaga de aire le sacudió el cabello negro y arremolinó la capa que llevaba. Bunlap se agarró los faldones que flotaban y se enrolló la tela alrededor del cuerpo; luego cruzó los brazos para mantener la capa sujeta. Las mañanas eran frías, incluso en esa época del año, porque los vientos soplaban por el oeste directamente desde la Espiral de las Estrellas, al igual que las frías aguas que discurrían por el río que había a sus pies... La mayoría lo llamaba el ramal norte, pero a Bunlap le gustaba pensar en él como en «su» río.

Situado como estaba en un risco desde el que se dominaba la llanura donde convergían en una sola corriente una docena o más de riachuelos, podía exigir un arancel de todos aquellos granjeros y tramperos que navegaban por los afluentes para llevar sus mercancías hasta el río Sulduskoon y, de allí, hasta Espolón de Zazes.

A Bunlap le divertía que sus exigencias nunca fueran discutidas. La gente de Tethyr estaba más que acostumbrada a pagar aranceles y tributos y cuantiosos sobornos continuamente, porque los nobles insignificantes crecían como conejos por aquellas tierras. Ni un solo viajante discutía el derecho de Bunlap de hacerles pagar por la carga porque el hombre mantenía aquella fortaleza y un ejército de mercenarios, y eso, a los ojos de los tethyrianos, le confería nobleza.

—Barón Bunlap —dijo en voz alta, y una maliciosa sonrisa le curvó los labios al pensar en la ironía de todo el asunto. No existía hombre en el mundo cuyo nacimiento fuera más bajo que el suyo, pero ¿qué importancia tenía eso en Tethyr? En los años sucesivos a su partida del Fuerte Tenebroso, el antiguo soldado zhentarim había amasado más tierra, riqueza y poder del que poseían la mayoría de los nobles cormyts. ¡Por la sangre de Bane, cómo adoraba aquel país!

—¡Una embarcación con doble vela aproximándose! —gritó uno de los hombres desde el puesto de vigía del sur.

La expresión de Bunlap se ensombreció de inmediato. Había oído hablar de que se aproximaba ese barco la noche anterior porque mantenía apostados hombres y jinetes a lo largo del río para tener noticias frescas del tráfico fluvial. Se trataba de una organización casi tan veloz y eficiente como la de los pregoneros de cualquier ciudad, y gracias a ella Bunlap estaba al corriente de los negocios de casi todas las personas que viajaban por la principal vía de agua de Tethyr.

Lo que no sabía era por qué ese barco en particular lo inquietaba tanto. De quilla estrecha, como los barcos de ataque del norte, con un solo mástil pero con foque y vela mayor, la embarcación había sido construida para avanzar a gran velocidad y con gran sigilo. Era lo suficientemente pequeña para pasar inadvertida ante cualquiera que no fuese muy observador o receloso; por su tamaño, podían manejarla dos o tres personas, pero en su interior había espacio suficiente para albergar una docena de hombres o un buen número de mercancías de contrabando. En definitiva, era el tipo de barco que causaba problemas y un ejemplo del tipo de nave para que cuya detección sus informadores habían sido entrenados y contratados.

Y aun así, su hombre de Puerto Cielo Estrellado, una de las pocas ciudades construidas en el tramo norte del río, había sido el primero en detectar su paso. Bunlap había estado ojeando los libros de la fortaleza la noche anterior, pero las entradas más recientes no nombraban ningún barco semejante de ruta por el Sulduskoon, ni por ninguno de los ramales del norte que confluían en el río principal. Era como si el barco hubiese caído del cielo.

O, más probablemente, habría sido transportado por tierra hasta un punto del norte y habría sido mantenido oculto hasta el momento, aunque esa posibilidad era la más inquietante de todas. ¿Quién y por qué iba a hacer una cosa así?

Bunlap conocía las dificultades y los elevados costes que suponía trasladar un barco por tierra, así que fuera quien fuese el que se había tomado la molestia de hacerlo debía de tener unos bolsillos bien forrados y un motivo importante. Bueno... vaciaría esos bolsillos y exigiría conocer el motivo.

—Levantad la cadena tras la embarcación, subidla y dejadla lo más tirante que podáis —ordenó mientras oteaba con unos prismáticos el avance del rápido velero—. Cuando yo lo diga..., ¡ahora!

Varios hombres se acercaron a una enorme manivela y empezaron a girarla con ritmo frenético. Una gruesa cadena, casi tan ancha como la cintura de un enano, empezó a enrollarse en una bobina. El otro extremo de la cadena estaba enroscado en la otra orilla, sujeto a una plataforma que estaba enclavada a la roca. En cuanto levantaran la cadena, ningún barco, ni siquiera aquel buque fantasma de quilla estrecha, podría escabullirse río abajo.

Según suponía Bunlap, el velero viraría de forma brusca y pondría rumbo a la orilla más occidental. Era la respuesta de la mayoría de los barcos, y también la más lógica: poner distancia entre la embarcación y la fortaleza de apariencia hostil... una maniobra muy razonable. No obstante, lo que la mayoría de los viajeros no percibía hasta que era demasiado tarde era que la subida de la cadena ponía en estado de alerta a los hombres que había apostados en la orilla oriental y en todos los afluentes. Esos hombres emergían de sus cuarteles ocultos y los de la costa este con las armas empuñadas mientras los del norte botaban barcas de reducido tamaño y gran

velocidad para llegar hasta el barco sospechoso, rodearlo y escoltarlo junto con la tripulación hasta la fortaleza de Bunlap. Era una maniobra bien planeada que se ponía en práctica tan a menudo que había llegado a convertirse en rutina.

Pero para sorpresa de Bunlap, el velero siguió su rumbo directo hacia la orilla oriental y hacia las fuerzas que allí lo esperaban. Por un costado de la embarcación emergieron hileras de remos y remeros invisibles empezaron a bogar frenéticamente a gran velocidad hacia la playa.

Los mercenarios reunidos en el borde del agua se desperdigaron cuando el estrecho barco sacó la proa del agua. Del barco saltaron a tierra firme una docena o más de guerreros que se abalanzaron sobre los hombres de Bunlap. Uno de ellos, un mago de segunda categoría, lanzó una diminuta bola de luz hacia las velas, que debían de haber sido tratadas con algún tipo de aceite porque prendieron de inmediato y las llamas se extendieron por todo el velero hasta engullirlo.

Negros nubarrones de humo obligaron a los contendientes a alejarse de la orilla. Bunlap entrecerró los ojos por detrás de los prismáticos, intentando atisbar a través del humo para encontrar alguna pista que lo ayudara a comprender de dónde venía aquel barco y cuáles eran sus tácticas, pero lo que vio lo sumió todavía más en la confusión.

La mayoría de los miembros de la tripulación de aquel extraño velero iban vestidos con túnicas y polainas de un distintivo tono púrpura oscuro que los identificaban como espadachines a sueldo de palacio, mercenarios al servicio de los miembros de menor importancia de la familia Balik. No obstante, eso era muy raro porque el bajá Balik y su familia, amantes de los lujos, no solían aventurarse más allá de los muros de Espolón de Zazes. Pero todavía más inverosímil era la única excepción a aquellos luchadores púrpura: una hembra, ¡y además elfa!

No era una habitante del bosque, de eso estaba Bunlap convencido. Los elfos de Tethir tenían la tez de color cobrizo y tendían a ser de talla y estatura reducida. Ésta tenía el cabello negro como el azabache y era tan alta como la mayoría de los hombres. Bunlap contempló de refilón su rostro: era pálido, como gris perla, un tono propio de los elfos de la luna, una raza muy habitual en Tethyr pero que se había concentrado recientemente en las ciudades comerciales y agrícolas. Bunlap no tenía ni idea de qué podía traer a aquel rincón del reino a un puñado de guardias reales y una elfa de la luna.

Pero fuera cual fuese su propósito, la elfa era muy buen espadachín. El capitán de los mercenarios contempló con impotente rabia cómo se abría paso a través de los hombres que tenía a su cargo a una velocidad vertiginosa y con terrorífica facilidad. Ni uno solo de los hombres podía resistirse a su espada, y hasta tenía dudas Bunlap de que él mismo fuese capaz de derrotarla. Luego, el humo se hizo demasiado espeso para ver a través de él y no le quedó otra alternativa que esperar.

El estrépito del combate y los gritos de los heridos llegaban hasta él a través de la superficie del agua. Bunlap se dio cuenta de que el entrecuchar del acero contra el acero se hacía menos constante a cada momento, signo de que la lucha se enfriaba más rápidamente de lo que habría creído posible. A aquel paso, ¡se acabaría antes de que los demás barcos pudiesen alcanzar la orilla oriental!

Al menos le quedaba la satisfacción de saber que la elfa y los mercenarios púrpura estarían pronto en su poder. Difícilmente podrían escapar con el barco destrozado. No tenían lugar adonde ir..., ¡salvo la fortaleza de Bunlap!

Antes de que hubiese acabado de formular ese pensamiento, Bunlap percibió cierta agitación a un centenar de metros hacia el sur de donde se libraba el combate. Dos barcos de reducido tamaño emergieron con la popa levantada de la espesa humareda y se deslizaron hacia el agua del río como si fueran gusanos..., largos gusanos que disponían de tres pares de piernas vestidas de púrpura cada uno.

Varios miembros más de la guardia de Balik se apresuraron a correr tras esos barcos, algunos de ellos portando en las manos remos robados, otros blandiendo sus espadas curvas y mirando de vez en cuando a su espalda por si los perseguían. Pero no había persecución. Los hombres de Bunlap se hallaban inmersos en el humo, luchando contra una diabólica elfa que, a diferencia de ellos, podía ver a través de la oscuridad con la agudeza de los gatos. ¡Parecía incluso que los había puesto a luchar los unos contra los otros!

Una oleada de rabia sacudió al capitán cuando vio con toda claridad la estrategia de retirada. Utilizando el humo como cobertura, estaban robando los barcos de Bunlap, los portaban por tierra firme hasta más allá de la cadena, y saldrían huyendo río abajo.

Nada podía hacer por detenerlos, ni siquiera si soltaba la cadena para que los demás barcos pudiesen salir en su persecución. No había forma de transmitir nuevas órdenes a sus hombres y a ellos no se les iba a ocurrir semejante acción porque el fuerte viento occidental que soplaba estaba trasladando la espesa nube de humo negro a través del río y estaba formando una gruesa y eficaz cortina. Y, además, era poco probable que ninguno de los hombres que estaba luchando en la orilla oriental o aquellos que todavía seguían en el río pudiesen ni siquiera ver que se estaban escapando barcos.

Mientras esperaba a que finalizase la batalla, la rabia y la frustración de Bunlap se hicieron más profundas. No podía descargar su rencor contra sus propios hombres, porque iba a necesitarlos a todos en los combates que se avecinaban, y ni siquiera podría desquitarse con la bruja elfa porque estaba dispuesto a apostar grandes sumas de dinero a que, en cuanto se desvaneciera el humo, no quedaría rastro de ella.

También estaba bastante convencido de su destino. No serían las montañas, en las que se habría visto asaltada por tribus de enanos, sino el bosque elfo.

Aquel pensamiento no era demasiado alentador: ¿una guerrera elfa de la luna, suficientemente inteligente para eludirlo y poderosa para conseguir la ayuda de la familia reinante en Espolón de Zazes? ¡Como si no tuviera ya bastantes problemas en aquel maldito bosque!

Bunlap giró sobre sus talones y descendió los escalones que separaban la empalizada del patio. Se quedó varios minutos allí de pie, contemplando cómo sus lugartenientes llevaban a los nuevos reclutas al entrenamiento matutino. Aquel nuevo grupo era bueno y, mientras los observaba, Bunlap sintió que se apaciguaba su furia, aunque no llegaba a desaparecer, eso no. La cólera de Bunlap era como una espada forjada al fuego: a medida que el calor del fuego se apartaba de ella, ganaba dureza y filo.

Había contado con la naturaleza reservada de los elfos del bosque para conseguir el éxito en sus planes, y hasta ahora le había valido la estrategia. Si esa elfa de la luna era capaz de unir sus fuerzas a la de los elfos salvajes, ¡descubriría que tenían ideas propias! Y si lo hacía, ¿qué? Una espada más no giraría las tornas de la balanza a favor de los elfos de Tethir. Cuando llegase el momento oportuno, él, Bunlap, se tomaría la libertad de acabar con la carrera de esa elfa. Tendría que esperar su turno, por supuesto, pero a pesar del retraso moriría. Había suficiente odio acumulado contra los elfos en el corazón de Bunlap para hundir a Siempre Unidos en las profundidades del mar.

La mano del capitán se alzó instintivamente para acariciarse la mejilla y la marca todavía ardiente que había dejado allí el elfo salvaje. Cada día que pasaba, su último trabajo se estaba convirtiendo en una cruzada cada vez más personal.

Hurón apretaba con las piernas los flancos de su caballo robado tan fuerte como podía, aunque no era una tarea fácil seguir el rumbo a un velero veloz y a la vez mantenerse fuera de la vista. Para dificultar todavía más las cosas, el terreno no le resultaba familiar porque las montañas eran territorio de los enanos.

Sin embargo, la hembra asesina se había ganado una merecida fama como rastreadora. Se abrió paso hasta la vera del río a tiempo de presenciar el combate entre los hombres contratados por la semielfa y los mercenarios..., incluso habría podido unirse a ellos, si no los hubiese separado la corriente de agua.

Hurón contempló con renovado interés cómo Arilyn se enfrentaba a los mercenarios, enviaba luego a sus propios hombres hacia el sur, y acababa perdiéndose en mitad de la confusión. A pesar de su opinión personal sobre la semielfa, Hurón no podía más que admirar la facilidad con que había ejecutado su plan. Tenía que descubrir más cosas sobre los talentos ocultos de esa semibastarda..., así como sus motivos.

Cuando hubo finalizado la lucha, la hembra espoleó a su cansada montura hacia

las montañas porque deseaba poner tierra de por medio entre su posición y la fortaleza. Aunque desconocía la existencia de aquel fortín y nada sabía del lord que lo dirigía, tenía una amplia experiencia respecto a nobles de segunda fila y sabía exactamente qué se podía esperar de ellos, a pesar de que no había presenciado el intento de emboscada sobre el barco de Arilyn.

Durante todo el día y parte de la noche y el día siguientes, Hurón fue en persecución de su presa semielfa. A última hora de la tarde, captó por vez primera una imagen de Arilyn..., en el preciso instante en que se sumergía en los límites del bosque de Tethir.

La asesina sacudió la cabeza, incrédula. Para cubrir una distancia semejante, la semielfa tenía que haber ido corriendo durante todo el camino, sin apenas detenerse a descansar. Si se veían forzados a ello, los elfos eran capaces de hacerlo, pero Hurón nunca habría pensado que una semielfa pudiese reunir tanta resistencia. Ella misma había podido avanzar a mayor velocidad, pero iba sobre cuatro patas.

Hurón desmontó y acarició la enmarañada crin del animal con ambas manos. Hizo bajar a la yegua la cabeza y estuvo hablando con ella unos minutos en lenguaje de los centauros: le susurró una disculpa, y le transmitió instrucciones para el viaje que debía hacer.

La yegua pareció comprender sus palabras, porque viró hacia el sur y se alejó al trote rumbo a la fortaleza. Hurón suponía que allí el caballo estaría bien alimentado y cuidado. Por mal que tratara el noble local a los viajeros que iban de paso, no pasaría por alto un regalo tan valioso. Y, de otro modo, el caballo no habría sobrevivido porque se había convertido en una criatura no natural, con sus instintos destrozados y una dependencia absoluta de los humanos.

La hembra se introdujo en el bosque con paso rápido, segura de que podría encontrar el rastro de la semielfa y tenerla a la vista antes de que cayera la noche. Una vez allí, podría saber qué había traído a una asesina semielfa a las sombras de Tethir.

La luna color de cera se alzó en lo alto de la espesura del bosque, pero sólo unos pocos y tozudos retazos de luz pudieron atravesar la espesa capa de hojas. Hurón descubrió que el rastro de Arilyn era más difícil de seguir de lo que había supuesto. ¡No sabía cómo, la asesina que paseaba por las calles de Espolón de Zazes con aquella seguridad inexorable había aprendido también a moverse por terreno salvaje!

Al final Hurón consiguió atisbar a la semielfa, con una rodilla hincada en tierra, examinando lo que parecía ser una huella de lobo. Colocó la mano extendida sobre el suelo como si midiera la impronta, y luego asintió, satisfecha, antes de incorporarse con un grácil y rápido movimiento. Puso rumbo silencioso hacia el norte, deteniéndose de vez en cuando para escudriñar el suelo o para recoger algún mechón de pelo enganchado en unas zarzas.

Según todos los indicios, estaba siguiéndole la pista a un lobo.

Hurón desconocía el motivo pero podía adivinar sin esfuerzo el destino de Arilyn. Había un pequeño calvero a poca distancia, un lugar donde crecía una hierba exuberante alrededor de un pequeño estanque que no se secaba hasta finales de verano y adonde solían acudir a abreviar los ciervos y otros animales. Si la semielfa estaba de verdad persiguiendo a un lobo, allí podría encontrar uno.

Hurón titubeó, pero luego trepó ágilmente por un fresno, porque desde allí podía seguir persiguiendo a la semielfa sin ser vista y, a la vez, estaba protegida de cualquier lobo que pudiese encontrarse Arilyn.

La verdad era que los lobos del bosque no constituían una amenaza. Eran criaturas tímidas e inteligentes que se ocupaban de sus asuntos y mataban sólo para su supervivencia. Únicamente en las tierras fronterizas donde los hombres habían aniquilado las presas habituales de los lobos, se habían convertido éstos en una molestia. De vez en cuando, manadas de lobos hambrientos se aventuraban por los pastos y las granjas y, aunque la mayoría se contentaba con cazar ratones y topos, que abundaban en todos los terrenos cultivados y que constituían presas útiles y suficientes para ellos, unos pocos desarrollaban cierta predilección por los corderos.

Si lo acorralaba un pastor indignado, un lobo furtivo actuaría en defensa propia. Era posible que un lobo de éstos hubiese herido o incluso matado a alguien que tuviese parientes lo suficientemente acomodados para contratar los servicios de la semielfa. No obstante, había otras posibilidades que inducían a Hurón a actuar con mucha cautela. Aunque eran sumamente raros, si bien más habituales en épocas de agitación como las que se vivían actualmente, había lobos malvados que habían abandonado su naturaleza para convertirse en bestias salvajes. Sin embargo, la mayoría de las atrocidades que se les atribuían no habían sido cometidas por lobos, sino por licántropos..., humanos que habían sido condenados a adoptar una forma lobuna y que sentían una necesidad sobrenatural de sangre. Aunque la magia antigua de Tethir actuaba como una barrera para ese tipo de abominaciones, era posible, sólo posible, que la semielfa hubiese sido contratada para perseguir y matar a un monstruo de éstos. ¡Mejor mantenerse a una prudente distancia!

Desde su segura atalaya, Hurón fue siguiendo a Arilyn hacia el calvero. Al ver aproximarse a la semielfa, un par de ciervos alzaron sendos hocicos goteantes de la poza y desaparecieron tras unos árboles. No obstante, no había señales de ningún lobo, aunque la semielfa tampoco parecía contrariada por eso. Se descolgó la bolsa que llevaba a la espalda y empezó a sacar objetos de ella, incluso un reluciente montón de algo que parecía plata líquida.

La semielfa se quitó la capa verde que llevaba y luego se fue quitando las ropas oscuras e indistinguibles de una asesina de Espolón de Zazes mientras mantenía en el rostro una expresión de absoluta repugnancia. Las apiló en el hueco de un árbol y se

sumergió en el agua, mojándose y frotándose la piel de forma repetida como si quisiera limpiarse algún tinte invisible.

La pálida piel de Arilyn parecía casi luminosa a la luz de la luna que se filtraba por los árboles. Incluso ante los críticos ojos de Hurón, era pálida y delgada como cualquier elfo de la luna..., y parecía hacer pareja con las ramas blancas de los abedules que bordeaban el claro.

Al final, la semielfa salió del agua y empezó a vestirse con la ropa que había sacado de su bolsa: polainas, camisola y casaca..., todo teñido en un tono que se asemejaba al verde profundo del bosque. Acto seguido, cogió el montón de plata líquida, que cayó en cascada hasta adoptar la forma de una fina *hauberk*, una larga túnica de cota de malla más fina de lo que había visto nunca Hurón, y se la pasó por la cabeza; se adaptó enseguida a su cuerpo y pareció moverse a su alrededor como si fuera agua. Arilyn se sujetó en el cinto la espada antigua de forma que quedara al descubierto la empuñadura de adularia, y luego se pasó ambas manos por el cabello rizado y todavía húmedo para sujetárselo por detrás de las orejas con ayuda de una elaborada cinta verde y plateada que se ató a la frente. En cuestión de segundos, había desaparecido la asesina bastarda y en su lugar había aparecido una noble guerrera, una orgullosa hija del Pueblo de la Luna.

Hurón sacudió la cabeza en silencio, incrédula. Si no hubiese visto semejante transformación con sus propios ojos, no lo habría creído posible. Sí que sabía que Arilyn tenía predilección por los disfraces, pero eso sobrepasaba todos los trucos que le había visto hacer a la asesina.

Antes de que Hurón pudiera asimilar lo que acababa de ver, la semielfa cogió un diminuto objeto de madera de su bolsa y se lo llevó a los labios. Un silbido misterioso y vacilante se esparció por el aire a través de la espesura y dejó clavada en su promontorio a la cautelosa Hurón. ¡Había oído ese sonido con anterioridad, pero nunca emitido por una garganta humana!

Se sucedió un instante de silencio y luego resonó una llamada de respuesta desde detrás de una arboleda. Arilyn volvió a soplar; emitió un prolongado silbido seguido de varias ráfagas cortas e irregulares, sin duda algún tipo de señal, y luego se quedó tranquilamente a la espera.

Las enredaderas del extremo más alejado del calvero se movieron y en mitad asomó un enorme lobo plateado que fue a introducirse en el claro. Era dos veces más grande, incluso hasta tres veces más grande que el lobo más grande que había visto Hurón en su vida. En verdad, se parecía a un lobo del bosque tanto como podía parecerse un unicornio a un caballo, o un elfo a un humano. Los ojos azules de la criatura eran grandes e inteligentes, de forma almendrada, como los de un elfo, y tenía unas orejas largas y puntiagudas por encima de un rostro anguloso y triangular. Su caminar poseía un porte misterioso, y a su alrededor parecía flotar un aura

indescifrable que capturaba y personificaba la esencia misma de la magia del bosque.

Lythari.

Hurón musitó la palabra con respeto, sin apenas emitir sonido ninguno. Durante toda su vida había oído historias de los lytharis, una raza antigua de elfos de forma mutante, las criaturas más reservadas y mágicas de todo el Pueblo que habitaba la fronda. Pocos conocían de su existencia más allá de los que moraban en el bosque, y aquellos que hablaban de las Sombras de Plata lo hacían con adoración... y temor.

Por lo general, los lytharis eran tan circunspectos como los lobos a los que se asemejaban, pero de vez en cuando reaccionaban con increíble ferocidad contra algún enemigo del bosque. Ni siquiera los elfos salvajes, que, junto a las dríadas y los árboles custodio, eran los animales que más en armonía vivían con las costumbres del bosque, comprendían los usos de los lytharis y en ocasiones eran presa de su súbita ira. Pocos habitantes del bosque habían podido atisbar a un lythari, y jamás en su forma de elfo.

Como si quisiera burlarse de los pensamientos tácitos de Hurón, la forma lobuna del lythari se tornó trémula y desapareció. En su lugar quedó un joven elfo macho, hermoso y misterioso hasta para lo habitual en la raza elfa. Hurón se mordió el labio inferior con fuerza para intentar ahogar la exclamación de éxtasis que brotaba en su interior. El lythari era más alto que la semielfa, e igual de pálido, y su pelo conservaba el trémulo color plateado de su forma lobuna. Saludó a Arilyn por su nombre, hablando en el lenguaje Común de los elfos, y la abrazó con cariño, pero por mucho que lo intentó Hurón no pudo captar palabra alguna de la conversación en susurros que mantuvieron.

Contempló maravillada cómo el lythari volvía a adoptar su forma de lobo y esperaba pacientemente a que la semielfa se montara en su lomo. A horcajadas, Arilyn Hojaluna salió disparada hasta más allá del claro..., y más allá del alcance de Hurón. Nadie, ni siquiera una rastreadora tan habilidosa como ella, podía seguirle el rastro a un lythari que no deseara ser encontrado.

Para Hurón, eso significaba sólo una cosa: el lythari pretendía llevar a Arilyn a su guarida y deseaba evitar que alguien pudiese seguirla hasta su lugar oculto.

Mientras Hurón se deslizaba al suelo, meditó sobre el misterio que envolvía a Arilyn Hojaluna, una semielfa que portaba la espada de una guerrera elfa y se había ganado la amistad de un lythari. No obstante, Hurón había visto con sus propios ojos cómo Arilyn era capaz de matar sin más propósito aparente que las monedas que tal hazaña le reportarían al bolsillo. Los demás asesinos aplaudían su sangre fría y la aceptaban como a uno de los suyos. Y sin embargo, tras haber visto las dos mitades de Arilyn, Hurón simplemente no podía conciliar la una con la otra.

Según parecía, el lythari conocía la mejor parte de Arilyn Hojaluna, la de noble guerrera elfa, la identidad que Hurón empezaba a vislumbrar ahora. Por desgracia, los

lytharis conocían todos los secretos del bosque y ahí radicaba un peligro indescriptible.

¿Sabría el joven macho que estaba a punto de traicionarlos a todos una asesina semielfa?

Hasheth había llegado a aprender que no había nada que levantara más el ánimo y encendiera el orgullo como un buen plan ejecutado con éxito. Ni siquiera la tarea demoledora y monótona de copiar pilas de recibos en los libros de Hhune podía empañar el nerviosismo que sentía el joven. Lo había hecho bien, hasta Arilyn Hojaluna, Arpista y Fajín de Sombra, lo había admitido.

Y en verdad, a Hasheth no le importaba esa faceta de su aprendizaje. En cierto modo, aquellos pedazos de pergaminos y papeles eran como las piezas de un rompecabezas, y había pocas cosas que le complacieran tanto como un buen rompecabezas. Los Arpistas vivían un tipo de vida, viajaban por el mundo, intentando seguir el rastro de las intrigas hasta su origen. La única cosa que posiblemente sería más interesante sería *desentrañar* una intriga semejante, una tan enrevesada que ni siquiera el mejor de los Arpistas pudiera descifrar.

A pesar de su orgullo, el joven príncipe poseía suficiente inteligencia para saber que por sí mismo no era capaz de hacer una cosa semejante. Con el tiempo..., ¿por qué no? ¿Y qué mejor entrenamiento podía tener que aprender al lado del complejo y ambicioso Hhune?

Como jefe de cofradía, mercader, propietario de tierras y miembro del Consejo de Señores, Hhune poseía un poder considerable. No obstante, el fino olfato de Hasheth había descubierto ya indicios de otras afiliaciones clandestinas y había perfilado el contorno distorsionado de enredos que eran tan ambiciosos como intrigantes. ¡Un hombre ocupado, lord Hhune!

—¿No has acabado todavía? —preguntó una voz nasal, quejumbrosa—. Los demás secretarios han acabado ya sus tareas y han salido a comer.

Hasheth apretó los dientes y alzó la vista para observar a Achnib, el escriba de lord Hhune.

—No soy un secretario, sino un aprendiz —le recordó al hombre por enésima vez.

—Es poco más o menos lo mismo —replicó el escriba en un tono que pretendía menospreciar al joven. Luego, dio media vuelta y salió en busca de alguien más a quien intimidar.

Hasheth lo vio marchar, preguntándose una vez más con incredulidad cómo un hombre tan astuto y ambicioso como Hhune sufría a semejante tonto. Achnib cumplía bastante bien las instrucciones del noble, pero si alguna vez se hubiese colado en su mente un solo pensamiento original, se habría muerto de aburrimiento.

No obstante, Achnib era un adulador empedernido, y ese tipo de hombres a menudo conseguía cierto éxito. El escriba se ganaba el favor de su dueño de la manera más desvergonzada, incluso imitando la propia apariencia de lord Hhune. Lucía un bigote espeso y se engominaba el pelo negro hacia atrás con aceites, tal

como hacía Hhune. Era cliente del mismo sastre y llegaba incluso a imitar la forma de hablar del noble, sus andares y su meticulosa atención a los detalles sociales. A pesar de todo, Achnib carecía de la aparente pasión de Hhune por las intrigas y su comprensión de las sutilezas del poder. A diferencia de Hhune, el escriba no hacía ningún esfuerzo por asegurarse la lealtad de aquellos que ocupaban posiciones inferiores, y buscaba sólo tostarse al sol que despedían los poderosos.

Un necio, concluyó Hasheth. Tenía la mitad de años que el escriba, y ya se había dado cuenta de que el poder fluía en todas direcciones..., hacia arriba y hacia abajo, porque hasta el lord con más poder dependía en cierto modo de la eficiencia y buena voluntad del menor de sus sirvientes. Aquellos que deseaban ir en cabeza debían aprender a manejar aquel flujo.

En cuanto dejó de ver a Achnib, Hasheth sacó una enorme moneda de oro de debajo de una pila de papeles. Era idéntica a la que lord Hhune le había enseñado y Hasheth había pasado grandes apuros para procurarse una y poder estudiar así sus marcas. Algunas le resultaban conocidas; oculta entre el diseño se veía la marca de la cofradía de Hhune, un símbolo secreto que sólo los miembros más destacados de las diferentes cofradías conocían. Hasheth había comprado esa información durante su breve estancia en la Cofradía de Asesinos, sin saber entonces lo importante que podía llegar a ser.

El otro Arpista, el norteño Danilo Thann, se había mostrado sumamente interesado por esos símbolos y se los había llegado a aprender todos de memoria. Hasheth lo había imitado, y ahora bendecía al norteño por su buen juicio. Lord Thann no era un mal tipo y por el momento Hasheth se sentía hasta contento de que el bardo hubiese escapado de los asesinos a sueldo de Hhune. Tenía que admitir que sin los conocimientos que lord Thann había insistido en que Hasheth adquiriese, el príncipe no habría sabido hacer la conexión entre su nuevo maestro y los demás miembros del misterioso grupo conocido como los Caballeros del Escudo. Y, si quería tener su lugar entre esos hombres, debía conocer al menos sus nombres.

Hasheth trazó con la punta del dedo unas runas circulares que había entre el borde de la moneda y el escudo del centro. Conocía bien esa marca, porque su propia madre había llevado ese símbolo grabado en un colgante hasta el día de su muerte. Según decía ella, la distinguía como protegida de los Caballeros, lo había traído desde Calimshan y lo había llevado hasta la noche en que murió dando a luz a otro hijo para el bajá.

Hasheth había sido alimentado desde la cuna con historias sobre esa sociedad secreta, que según parecía era tan activa en las tierras del sur como lo eran los Arpistas en la Tierra de los Valles, del norte. Corría el rumor de que su poder procedía de una combinación de mucha riqueza con la habilidad de reunir y atesorar información valiosa. Nadie sabía cuáles eran los objetivos a largo plazo de los

Caballeros, pero de todos era conocido su desagrado por las gentes del Norland y su especial resentimiento con la ciudad de Aguas Profundas y sus Señores. Hasheth sospechaba desde hacía tiempo que su padre tenía algún tipo de relación clandestina con esa sociedad secreta y las palabras de lord Hhune habían despejado toda duda al respecto. De una cosa estaba Hasheth seguro: afiliarse a los Caballeros sería dar un paso hacia el tipo de poder que pretendía conseguir.

—¿Dónde conseguiste esto?

Hasheth pegó un brinco. No había oído cómo se aproximaba Achnib de tan concentrado como estaba estudiando la moneda. El escriba se abalanzó sobre él como un gato en plena caza y le arrancó la moneda de las manos.

—Lleva la marca de lord Hhune. ¿Dónde conseguiste esto? —preguntó el hombre en tono acusador.

—En El Minotauro Púrpura —respondió Hasheth, ciñéndose bastante a la verdad. La simple mención de la posada más lujosa de Espolón de Zazes hizo recular al escriba y que desapareciera la indignación de su rostro. De hecho, Achnib parecía tan perplejo que Hasheth no pudo resistir el impulso de continuar.

«Como sin duda sabrás, lord Hhune contrató los servicios de asesinos para librar a la ciudad de un hombre sospechoso de ser un agente Arpista. Dos de los asesinos fueron abatidos en la posada donde residía su objetivo; uno de ellos llevaba esta moneda. Como el asesino fracasó en la tarea que le tenían asignada, me tomé la libertad de quitarle la moneda para devolvérsela a lord Hhune. Si quieres comprobar lo que digo — prosiguió Hasheth en tono indiferente—, la posadera del Minotauro corroborará gustosa lo que acabo de contarte. También puedes acudir a la Cofradía de Asesinos, si lo prefieres.

Los ojos del escriba se entrecerraron porque las aparentemente inocentes palabras de Hasheth encerraban un triple insulto. Primero, Achnib no estaba al corriente de ese asunto y el hecho de que Hasheth sí lo supiera lo colocaba en una posición ligeramente superior en la jerarquía que rodeaba a lord Hhune. Segundo, como Achnib no era ni rico ni de alcurnia, no recibiría ni los buenos días, y mucho menos información, de la posadera de El Minotauro Púrpura. Y, finalmente, una invitación a que acudiera a la Cofradía de Asesinos era tanto como desear ver a una persona muerta. Como el propio Hasheth había probado brevemente el camino de los asesinos, podía ocultar el insulto en una sugerencia que pareciera despreocupada o jactanciosa. Pero aun así, ¿era imperdonable!

—Hhune será informado de esto —le advirtió el escriba.

Hasheth inclinó la cabeza en un fingido gesto de gratitud.

—Eres muy amable por ofrecerte a hablar en mi nombre con lord Hhune. Había planeado darle la moneda yo mismo porque no deseaba molestarte con asuntos que están al margen de tus atribuciones, pero por supuesto será mejor así. Es impropio de

un hombre ir más allá del lugar que le corresponde.

El rostro de Achnib enrojeció.

—¡No ibas a hacerlo! ¡Te la habrías quedado para ti!

Como respuesta, el joven alcanzó el libro de caja y fue pasando páginas hasta detenerse en la hoja del día para sostenerlo en alto y que el escriba viese que el registro ya estaba hecho.

—Dejaré pasar tu insulto porque es indigno de mí —murmuró en un tono de voz inquietante—. Como hijo del bajá, tengo poca necesidad de dinero. Pero ya que la moneda está ahora en *tus* manos, ¿no deberías firmar también en el libro?

El escriba empezó a farfullar algo, enojado, pero no se le ocurrió una respuesta apropiada. Como tampoco podía refutar el procedimiento adecuado que Hasheth había sugerido, optó por cerrar la boca, sacar la pluma del tintero del aprendiz y garabatear su marca. Luego, giró sobre sus talones y salió de la habitación.

Sólo entonces se permitió Hasheth una sonrisa. ¡Aquel necio no tenía ni idea de lo que se había llevado! Para Achnib, era sólo una pieza de oro, nada más.

Muy bien, a su debido tiempo lo descubriría, para su pesar.

En la mente del joven príncipe, las líneas de la batalla habían quedado claramente esbozadas.

Foxfire mantuvo un respetuoso silencio mientras descendían el cuerpo de otro elfo al pantano, el último de los que habían recibido heridas mortales en las tierras de labranza del este, y escuchó las canciones que entonaron para marcar el regreso de otro espíritu del bosque al gran caldero de la vida. Los demás permanecieron a su lado, los supervivientes de la incursión junto con los refuerzos procedentes de Árboles Altos e incluso el volátil Tamsin, todos procurando obtener consuelo y guía de la aflicción de su cabecilla.

No obstante, Foxfire no sentía en absoluto la calma que aparentaba, ni tampoco aceptaba las muertes de su gente con resignación.

Era joven, según los criterios de su raza, pues estaba en mitad de su segundo siglo de vida, pero aun así había visto mucha muerte..., demasiada, y demasiados cambios. La vida en el mundo que había más allá de los límites del bosque les pasaba como un torbellino por delante, a una velocidad vertiginosa; los acontecimientos se sucedían con tal rapidez que los elfos no eran capaces de captarlos, y mucho menos asimilarlos. Durante el breve período de vida de Foxfire, se habían erigido reinos y habían sido derrumbados, los bosques habían sido convertidos en tierras de labranza y los asentamientos de humanos habían surgido como setas después de una tormenta de primavera.

A menudo pensaba Foxfire que los humanos eran como colibríes: revoloteaban un instante y al cabo desaparecían. De forma repentina, sin que se diesen cuenta, los

elfos de Tethyr habían sido atrapados en ese ritmo y habían sido arrastrados por la oleada de su vuelo precipitado. No sabía cómo detenerlo, ni siquiera si *podía* detenerlo.

Sin embargo, Tamsin no compartía ese tipo de dudas. El joven guerrero, junto con los tres arqueros que habían sido enviados al norte, habían regresado al pantano momentos antes de que el cuerpo de su compañero fuera devuelto al bosque, y poco después de que se hubieran cantado las canciones y se completara el ritual, el elfo se acercó a Foxfire y pidió hacer su informe.

—Hice lo que dijiste —explicó con franqueza—. Todos lo hicimos..., Eldrin, Sontar, Wyndellew. Ellos acosaron a los humanos hacia el norte a golpe de flecha, asegurándose de que los sabuesos que llevaban no descubriesen su presencia, y yo, mientras, desperté a la dragona blanca y la conduje hacia los humanos. A estas alturas, debe de estar ya de regreso en su guarida, con la tripa lo suficientemente llena para pasar el resto del verano. De los guerreros que nos perseguían, habrá muerto una decena.

—Bienhecho —lo alabó Foxfire—. Si no llega a ser por vuestro esfuerzo, el Pueblo no habría llegado al terreno seguro de los pantanos.

—¡Pero podíamos haber hecho más! —estalló Tamsin—. ¿Por qué dejar que escaparan algunos? ¡Nuestra vida sería más placentera si matásemos a todo humano que osara aventurarse en el bosque!

Foxfire se quedó en silencio durante largo rato.

—No a todos —respondió al final—, porque hay humanos en el bosque que sí que hacen cosas positivas: los druidas, los guardas, incluso las mujeres cisne.

Los ojos de Tamsin resplandecieron presa de excitación mientras contemplaba a su líder e intentaba medir el significado de su titubeo.

—Pero los hombres que nos perseguían...

—No se detendrán —concluyó Foxfire con voz sombría—. Es hora de devolverles el acoso.

El joven elfo asintió, impaciente.

—¿Como hemos hecho? ¿Con partidas reducidas de arqueros?

—No. Ahora hemos descansado, y aquellos que viven están dispuestos a seguir luchando. También tenemos seis guerreros de refresco procedentes de Árboles Altos. Yo diría que es mejor atacar duro y acabar con ellos.

—Iré a investigar —se ofreció Tamsin de inmediato.

Por una vez, Foxfire no intentó apaciguar la naturaleza del joven.

—Sabes el camino; dirigirás el primer grupo. Encuentra a los humanos, meteos en el bosque y adelantadlos; luego, atacad desde el norte. Korrigash conducirá otro grupo desde el este, Eldrin llevará a sus arqueros al oeste y Wyndelleu, al sur.

—¿Y tú?

Foxfire apoyó una mano en el hombro del joven elfo.

—Yo lucharé junto a ti, o en cualquier otro frente donde me necesiten, pero el mando de la incursión por el norte será tuyo. Ahora ve y reúne a tus guerreros.

Con los ojos resplandecientes al pensar en su primera operación al mando, el joven elfo dio media vuelta y echó a correr hacia el campamento principal. Las noticias no parecieron sorprender a los demás y, en pocos minutos, el campamento desapareció como si nunca hubiese existido, dejando a los luchadores elfos dispuestos a avanzar hacia el norte y abandonar su refugio de las marismas.

Siguieron las seguras órdenes de Tamsin y estuvieron viajando todo el día y toda la noche. Poco antes del alba, alcanzaron el campamento humano, en un punto bastante cercano al lugar donde les había atacado el dragón. Según todos los indicios, los humanos no se habían dado cuenta de eso, su huida presa del pánico los había hecho avanzar en círculos y todavía habían estado merodeando sin rumbo en un intento de reunir a sus miembros desperdigados. No obstante, parecía que habían recuperado bastantes cosas porque el campamento se veía limpio y en orden, y tres centinelas hacían la guardia.

Tamsin señaló a los centinelas, luego a sí mismo, a Sontar y a la joven Ala de Halcón. Era una buena elección y así lo corroboró Foxfire con un silencioso gesto mientras los tres elfos trepaban a los árboles y se situaban en posición, aunque le dolía ver a una niña tan pequeña como Ala de Halcón entrar en combate. Sin embargo, la guerra parecía haberla elegido y ella ni siquiera parpadeaba por el peso que le había tocado cargar.

A una señal de Tamsin, los tres elfos descendieron en silencio al suelo, justo frente a los objetivos que habían elegido. Antes de que los centinelas pudiesen moverse o dar la voz de alarma, tres cuchillos de hueso les proporcionaron una muerte rápida y silenciosa. Los elfos sostuvieron los cadáveres para depositarlos suavemente en el suelo..., difícil tarea para una elfa tan menuda como Ala de Halcón, que utilizó su propio cuerpo para amortiguar el ruido del desplome del hombre. Foxfire frunció el entrecejo, pero la joven elfa salió reptando por debajo del centinela caído e hizo un ademán para indicar que todo iba bien.

Foxfire hizo un gesto de asentimiento a los cabecillas de cada grupo y los elfos se dividieron por el bosque. Él salió en pos de Tamsin para trepar a los árboles. A medida que avanzaban por la bóveda de vegetación que cubría el campamento, fue anotando mentalmente el número de personas que dormían abajo. Eran un total de treinta y cuatro humanos..., un grupo numeroso, más de lo que Foxfire había supuesto. Más, de hecho, de la cantidad que los había estado persiguiendo por el bosque, lo que significaba que, como ellos, habían conseguido hacerse con refuerzos. Las implicaciones de esa noticia no pronosticaban nada bueno para los elfos.

Aunque conocía poco a los humanos, Foxfire suponía que no poseían el don elfo

de la armonía, esa proximidad mística que permitía que los elfos compartieran pensamientos y sensaciones incluso a largas distancias. La armonía era más fuerte entre gemelos; Tamsin y Tamara disfrutaban de ese lazo y también de una fuerte empatía con otros elfos, pero lo más habitual era que la armonía ocurriese entre amantes elfos que creaban entre ellos un lazo tan fuerte e intenso que les permitía mantener sus espíritus juntos durante todo el tiempo. Era el tipo de compromiso más fuerte entre elfos y rara vez se adquiría casualmente. Foxfire sabía que los humanos no podían enviar mensajes a través de la armonía; sólo podían hacerlo a través de la magia.

De repente un fuerte crujido rompió el silencio de la noche..., un sonido que helaba la sangre porque era el tintineo de metal contra metal de una trampa al cerrarse. Luego se sucedió un segundo, y un tercero, y luego un rápido y brutal chasquido, a una velocidad que se hacía imposible de contar. Los sonidos despertaron a los humanos, que se incorporaron de un brinco de sus mantas y cogieron las armas: escudos de madera, pequeños arcos, espadas y dagas.

El cuerpo de Tamsin se convulsionó en un espasmo de agonía cuando la reacción del dolor de los elfos atrapados le alcanzó telepáticamente. Foxfire alargó una mano para tranquilizarlo, y luego clavó la mirada en los ojos angustiados del joven elfo. Era evidente que Tamsin no sólo percibía el sufrimiento de los elfos, sino que se maldecía a sí mismo por ello. Si no hubiese estado tan concentrado en el acoso de su presa, habría percibido el peligro inminente.

—Cálmate —le ordenó Foxfire con voz firme—. Lo hecho, hecho está; no les ayudarás en nada compartiendo su muerte.

—¿Cómo ha sucedido eso? —preguntó Ala de Halcón con los ojos negros abiertos de par en par por el terror—. ¿Por qué no han visto las trampas?

—Los humanos tienen un hechicero —explicó Foxfire mientras ensartaba una flecha en el arco. Rozó con el codo a Tamsin, porque necesitaba de su don natural. De todos ellos, Tamsin tenía más posibilidades que ninguno de averiguar quién era su temido enemigo.

El joven guerrero sacudió la cabeza en un intento de apartar de su mente las emociones prestadas como si fueran gotas de agua. Dejó a un lado su dolor y su culpa y respiró hondo para relajarse. Luego, con gran seguridad y confianza se concentró en los hilos invisibles que lo unían con el bosque y con la red de magia que constituía su esencia.

Tamsin conocía el Tejido, como todos ellos, pero él lo vivía de una forma especial porque lo sentía en su propia sangre y recorría sus redes siempre que se sumía en el ensueño. De esa forma, percibía con rapidez y certeza el feo y profundo desgarrón en el tejido de la vida que provocaba la intervención de un hechicero humano.

—Allí —concluyó, señalando a uno de los hombres que había agazapado allí

abajo..., un blanco sencillo porque era uno de los pocos humanos que no sostenía un escudo.

Foxfire apuntó con el arco que tenía preparado y soltó la flecha. La saeta salió disparada a través de las capas de hojas hacia su objetivo...

...Y estalló en llamas.

Un resplandor azul brilló en toda la longitud de la flecha y una fina columna de ceniza negra cayó al suelo a los pies del brujo.

Los demás humanos no tuvieron tanta fortuna. Los arqueros bajo las órdenes de Wyndelleu los bombardearon con súbitas andanadas de flechas; la mayoría impactaron sin causar daño en los escudos de madera, pero algunas consiguieron alcanzar su blanco. No consiguieron causarles heridas mortales, pero al menos algunos de ellos verían mermada su capacidad en la inminente batalla.

Impasible ante los gritos de sus camaradas y las flechas que estallaban en llamas y quedaban reducidas a cenizas a su alrededor, el brujo empezó a mover los dedos con rapidez en una especie de lenguaje silencioso y arcano. Concluyó el proceso juntando las dos manos y el resultado fue parecido a una tormenta de verano, una combinación entre rayos y truenos para provocar un ataque mortífero.

Un resplandor emergió de sus dedos y se esparció por el bosque; cada flecha que en aquel momento estaba en pleno vuelo relampagueó con una brillante luz blanca. Un restallido de energía crepitó en cada saeta refulgente y, siguiendo el camino invisible que había seguido hacia adelante por el aire, regresaron al arquero que las había disparado.

Foxfire contempló horrorizado cómo cinco de los suyos estallaban para quedar reducidos a cenizas.

Abrió la boca para gritar la retirada, pero el sonido de su voz se convirtió en un gorjeo ahogado cuando el mundo pareció estallar en llamas. No se trataba de calor, sino de una luz repentina y tan lacerante que resultaba igual de dolorosa.

El elfo se tapó los ojos con los puños, intentado frotárselos para borrar las punzantes chispas que danzaban y se agitaban por detrás de sus párpados. Cuando consiguió que sus ojos se adaptaran a aquel resplandor inusual, la posibilidad de ordenar la retirada se esfumó de sus pensamientos.

Los humanos habían arrastrado a los elfos prisioneros hasta el claro. Había siete, y todos seguían con vida, aunque las trampas de pie, claramente visibles ahora que habían sido levantadas del suelo, les habían infligido unas heridas terribles. Un puñado de hombres los escoltaban, apuntándolos al corazón con arcos cargados. Alrededor de ellos había un círculo de mercenarios humanos, con las espadas desenfundadas.

Uno de esos hombres blandió su arma dirigiéndose a los árboles que los cubrían y gritó unas palabras. Foxfire y Tamsin se encogieron de hombros, impotentes, pues

ninguno de ellos hablaba el lenguaje de los humanos de Tethyr. Antes de que Foxfire pudiese solicitar un parlamento en lenguaje Común, el humano encontró un modo mucho más visual de hacerse entender.

Dio media vuelta y de una única y rápida estocada, hundió la espada profundamente en uno de los elfos indefensos. Luego se volvió hacia el bosque y blandió la hoja ensangrentada. El desafío era evidente, así como el precio del rechazo.

La primera en responder fue Ala de Halcón; saltó al suelo con la velocidad que le había hecho ganar su apodo y la daga reluciente en una mano. Sin titubear, todos los elfos que todavía podían luchar corrieron en pos de la valerosa niña elfa hacia el círculo de luz mágica y de muerte.

En otro extremo de Tethir, lejos del estrépito de las armas y el aroma de la muerte, Arilyn se dirigía con rapidez hacia la guarida oculta del lythari, aferrada al pellejo plateado de su amigo.

Conocía a Ganamede desde pequeña, pero nada de la experiencia que habían vivido juntos la podía haber preparado para introducirse en el mundo oculto de los lytharis. La guarida de los elfos de forma cambiante no estaba situada en una caverna subterránea, como había supuesto Arilyn, sino en un reino intermedio, un mundo invisible.

No existía ningún paso visible, ninguna puerta mágica; en un instante, estaban en Tethir, al instante siguiente, ya no.

Aunque el trayecto había sido plácido, sin interrupciones, no cabía duda de que había ocurrido un cambio. Ella y Ganamede estaban todavía en el bosque, pero en uno muy diferente del sombreado, frío y exuberante paisaje de Tethir. Los árboles eran más altos, más majestuosos, y no se parecían a nada de lo que Arilyn había visto con anterioridad. El aire era más cálido, más vivido. Pero el cambio más evidente era que la incipiente noche había sido sustituida por las doradas sombras del atardecer. Era el momento del día que más apreciaba Arilyn, el ocaso de un perfecto día de primavera cuya belleza quitaba el aliento, un momento que era casi el crepúsculo, pero todavía no.

Casi el crepúsculo.

De repente comprendió Arilyn por qué Ganamede había insistido en que se montase en su lomo: ningún mortal podía llegar a esos reinos de fábula sin ayuda. Descendió del lythari y se puso lentamente de pie.

—Faerie —musitó, mentando el territorio que, según la leyenda, constituía el hogar natal de los elfos, una tierra abandonada en los inicios de la memoria. Según el mito elfo, Faerie era un lugar de increíble belleza que duraba un solo día, pero un día prácticamente inconmensurable. Algunos elfos, conscientes de que al final aquel día

acabaría, se habían aventurado fuera de Faerie hacia otros mundos con la esperanza de encontrar un modo de escapar a la noche inminente. O eso decía la leyenda. Arilyn siempre había supuesto que Faerie era una alegoría, y no un lugar real. Cogió el rostro de Ganamede entre sus manos y repitió la palabra, pero esta vez en tono interrogativo.

La forma lobuna del lythari parpadeó y dio paso a su forma de elfo. Sonrió ante el estupor de su amiga y la contempló con indulgencia.

—¿Faerie? Bueno, no exactamente. Éste es un lugar ubicado entre mundos..., muy adecuado para gente como tú y como yo, que no pertenecemos por entero ni a un mundo ni al otro. Pero ven conmigo..., dijiste que querías conocer a los demás.

Demasiado perpleja para formular la multitud de preguntas que se agolpaban en su mente, Arilyn siguió a Ganamede, que se dirigía guiado por el sonido de una cascada de agua. Allí, junto a un salto de agua, en un claro de color verde esmeralda habían construido su hogar los lytharis.

Tras echar un vistazo, Arilyn comprendió que su propósito era fútil. No podía pensar en nada que impulsara a los lytharis a entrar en el conflicto de la guerra. La paz y la belleza que destilaba aquel lugar hacían que sólo pensar en ello significara una impronunciable obscenidad, como también lo parecía la idea de interrumpir la serenidad y el gozo de aquellos seres mágicos.

Varios adultos en forma de elfos danzaban al son de la música rítmica de una flauta de hueso tan delicada que parecía esculpida en luz de luna y que tocaba una lythari. Dos elfos más se daban un baño en las turbulentas aguas de la cascada mientras se reían al contemplar las travesuras de un trío de lobeznos que trastabillaban y jugaban en un rincón del estanque.

Una sonrisa involuntaria asomó a los labios de Arilyn. Así era como había visto por primera vez a Ganamede..., aunque entonces no parecía tan despreocupado ni divertido.

El joven lythari se había aventurado al mundo exterior demasiado joven y había caído en una trampa. Arilyn también era una chiquilla en aquella época, demasiado tozuda para hacer caso de aquellos que le aconsejaban que no se aventurara sola en las colinas del Manto Gris que rodeaban Evereska, demasiado joven para estar encantada con la idea de quedarse con un lobezno como mascota. Pero su madre, Z'beryl, tenía otros planes, y al día siguiente envió un mensaje a la tribu de lytharis, aunque Arilyn nunca supo cómo lo había hecho, y un macho serio y de cabellos pálidos vino a llevarse al travieso lobezno. No obstante, el joven lythari tenía un carácter contestatario como la propia Arilyn y en muchas ocasiones, durante los años sucesivos, se había escabullido para ir a ver a su compañera de juegos semielfa. Antes de que Arilyn abandonara Evereska tras la muerte de su madre, Ganamede le había dado un silbato y le había dicho dónde se encontraban las «puertas de paso» en

las que podría encontrarlo. Sólo ahora comprendía Arilyn lo que aquello significaba. Aunque sólo había una puerta que conducía a la guarida de los lytharis, podían emerger a voluntad en Tethir o en Siempre Unidos o en Cormanthor. Pero ¿por qué iba a elegir hacerlo más que para cazar?

—Los lytharis no vendrán —comentó Arilyn con voz suave.

—No —corroboró Ganamede—, pero tenía que enseñártelo porque si no, no habrías entendido por qué.

La cogió del brazo y la apartó del apacible prado.

—Pero yo mismo te llevaré al asentamiento más cercano de elfos verdes, un lugar conocido con el nombre de Árboles Altos. Queda a un día de viaje hacia el norte, pero puedo conducirte allí en cuestión de horas. Desearía poder hacer más por ti.

A pesar de la decepción que sentía, Arilyn no pudo evitar sonreír al pensar en el impacto que causaría la aparición de Ganamede.

—Es más ayuda de la que crees —respondió en tono irónico—. Si una entrada como *ésa* no impresiona al Pueblo del bosque, será mejor que dé media vuelta y regrese a casa.

El palacio del bajá Balik era sin lugar a dudas el edificio más grande e impresionante de todo Espolón de Zazes. En su centro había un palacio de verano construido por Alejandro III que, de forma curiosa, había escapado prácticamente ileso a la destrucción de la familia real y a la consiguiente demolición de la mayoría de las propiedades reales. Cuando Balik se hizo con el poder, se había instalado en él, había comprado los terrenos de alrededor y ampliado el recinto original hasta convertirlo en un enorme complejo de mármol rodeado por jardines de gran espectacularidad.

Una de las estancias añadidas a la estructura original era una sala adecuada para celebrar consejos de estado. Allí se reunía el Consejo de Señores, una docena de hombres y mujeres de la nobleza, para atender casos importantes, debatir de política y tomar decisiones que luego afectaban a todos los habitantes de Espolón de Zazes. O al menos, ése había sido el propósito original del Consejo, un consejo inspirado en el grupo de Señores que gobernaban en Aguas Profundas, y que se había creado poco después de la caída de la casa real. Aunque el propósito era que fuera el órgano dirigente, la mayoría de sus miembros contemplaba sus asientos como una forma de ascender para conseguir mayor poder. Sin embargo, en los últimos años el Consejo había hecho poco más que ejecutar la voluntad del bajá.

Balik era un hombre vanidoso que se permitía a sí mismo ser seducido por la idea de su propia importancia. Cada vez se había tornado más sordo a las voces que le advertían de la existencia de una coalición de hombres del sur, partidarios de la familia real y mercaderes que lo habían ayudado a conseguir el poder. Últimamente

no tenía oídos más que para sus propias inclinaciones.

Aquel día, sin embargo, el bajá Balik parecía inusualmente dispuesto a escuchar consejos.

—Todos vosotros estáis informados de la creciente amenaza del pueblo elfo —empezó—. Caravanas saqueadas, mercancías perdidas, granjas y puestos comerciales atacados. Dejaremos de lado todos los demás asuntos y consideraremos cuál es el mejor modo de solucionar este problema.

Lord Faunce, uno de los pocos nobles presentes que de verdad había heredado su título, se puso de pie para hablar.

—¿Qué dicen los elfos de todo este asunto?

—Eso sólo os lo podrán decir los dioses. El Consejo Elfo ha sido destruido y su asentamiento, reducido a cenizas —intervino Zongular, un sacerdote de Ilmater, transmitiendo las calamitosas noticias con lúgubre complacencia.

Lord Hhune, el jefe de cofradía, se levantó.

—Señores, ¿debo acaso recordaros que en una época menos ilustrada se hizo un esfuerzo para sacar a los elfos de ese territorio? Se ocuparon sus tierras, muchos de ellos fueron asesinados y varios se sumergieron en las profundidades del bosque. Voto por que tengamos paciencia y os insto a resistir —concluyó, apasionadamente—. Como mínimo, esperemos a examinar los informes contra los elfos y veamos si quizá se han inflado al pasar de boca en boca. Actuar con demasiada rapidez podría resultar una pérdida de hombres y seguramente la muerte de muchos elfos inocentes.

Unos pocos nobles intercambiaron miradas de interrogación. Hhune era bastante joven en aquella «época menos ilustrada» de la que hablaba, pero pocos de los presentes dudaban que habría sido el menos reticente a poner en práctica los deseos de su rey para exterminar a los elfos de Tethyr. Sin embargo, los vientos de la fortuna eran siempre cambiantes y pocos entre ellos podían equipararse en habilidad a Hhune en cuanto a girar como una veleta según soplaban las tendencias sociales. Además, la mayoría lo admiraba por ello.

Aun así, la marquesa D'Morreto no pudo resistirse a intervenir.

—Los elfos tienen mucha memoria. Es posible que actúen como venganza por la maldad que se cometió con ellos —sugirió.

—¡Ni siquiera sabemos con certeza que los elfos sean en verdad responsables! —atronó Hhune.

—Si no son ellos, ¿quién lo ha hecho? ¿Y por qué acusar en falso al pueblo elfo de Tethir? —preguntó lord Faunce.

—Eso es precisamente lo que intento averiguar —replicó lord Hhune con voz sombría—. Aprenderé lo que sea necesario de este asunto y os transmitiré la información. —Se detuvo para dar mayor énfasis a sus siguientes palabras—. Hay personas en estas tierras que pueden encontrar las respuestas a todas las preguntas. Os

pido sólo indulgencia en cuanto al tiempo.

El Consejo consideró sus palabras en silencio. Todos sabían que Hhune se refería a la organización secreta y temida de los Caballeros del Escudo, pues la mayoría sospechaba que tenía relación con aquel grupo clandestino. Fuera cual fuese la verdad, se sentían agradecidos por poder dejar ese conflictivo asunto en sus manos. Tal como había señalado la marquesa, ninguno entre todos ellos tenía tanta carne en el asador como Hhune en ese asunto.

Afortunadamente para lord Hhune, ninguno entre ellos comprendía con exactitud qué planeaba hacer o qué arriesgaba.

Nadie salvo su guardaespaldas..., un hombre alto de pecho fornido, barba negra, fríos ojos grises y una cicatriz en forma de flor en la mejilla. Mientras ese hombre escuchaba el discurso apasionado de Hhune, se pasó una mano por la barba para ocultar una mueca... o tal vez una sonrisa.

12

Era difícil sorprender a un elfo en cualquier momento, y casi imposible pillar desprevenido a un elfo verde en su propia fortaleza arbórea. Sin embargo, los lytharis recibían también el nombre de «sombras de plata» y no sin motivo. Amparado en su forma lobuna, Ganamede se movía con tanta rapidez y silencio como el viento..., ni siquiera las hojas crujían a su paso. Y Arilyn, que cabalgaba a horcajadas sobre su lomo con los brazos entrelazados con firmeza alrededor de su grueso cuello plateado, creyó saber por qué eso era una realidad: los lytharis caminaban entre dos mundos, incluso cuando sus pies se aposentaban sobre el sólido terreno de Toril.

Alcanzaron los límites del asentamiento de Árboles Altos a última hora de aquel día y no tuvieron dificultad alguna para saltarse las protecciones que envolvían al pueblo elfo. Ganamede le había contado que el bosque tenía extrañas propiedades mágicas que distorsionaban los sentidos de los extraños. Arilyn podía mantener el rumbo con tanta seguridad como cualquier guardabosques, pero incluso ella se sintió extrañamente desorientada a medida que se acercaban a la aldea escondida.

No era ésa la única barrera mágica que había. Dríadas gemelas, hermosas criaturas silvestres que no eran ni humanas ni elfas, los controlaban desde detrás de unas hayas. Cualquier macho que osara deambular cerca de esa guarida tendría la imagen de hermosas y maravillosas dríadas riéndose mientras se tapaban con manos blancas como último recuerdo de esa parte del bosque de Tethir. El hombre que caía bajo el embrujo de una dríada solía despertarse, confuso y completamente perdido, bajo algún árbol que no le resultaba familiar. Cuando por fin conseguía regresar a algún territorio conocido, siempre descubría que había transcurrido más de un año sin que lo sucedido en ese período hubiese dejado ninguna huella en su memoria. Las dríadas tejían una tela de araña muy fina, aunque muy poderosa.

Más allá del bosque de las dríadas, ni siquiera el silencioso Ganamede podía evitar ser detectado. Guerreros elfos de aguzada vista custodiaban los alrededores del bosque y otros centinelas, los pájaros y ardillas que parloteaban y poblaban los árboles, transmitían señales de aviso que eran captadas y tenidas en cuenta por los habitantes elfos. Arilyn percibió los cambios sutiles en el canto de los pájaros silvestres que sin duda anunciaban su llegada.

—Sabes que estamos aquí. Podrías bajarme —comentó, y el lythari se detuvo. Arilyn bajó de su lomo y se puso de pie, antes de recomponerse la cota de malla, ajustarse el cinturón y alzar los hombros para enfrentarse a la prueba que tenía ante ella.

Alzando la barbilla para asemejar una orgullosa cortesana elfa, Arilyn situó una mano en el pálido lomo plateado del lythari.

—Vamos —murmuró—. Todo irá bien, pero si las cosas se ponen hostiles, te

quiero fuera de aquí con la rapidez con que huiría una pulga de un tritón en llamas.

Ganamede le dirigió una mirada de exasperación y en sus ojos azules quedaba patente lo que pensaba de la figura que había elegido para expresarse.

El rostro de Arilyn se iluminó con una maliciosa sonrisa, que consiguió disipar parte de la tensión.

—Qué oportuno por mi parte hablar de pulgas —musitó burlona—; casi tanto como mencionarle la acidez de estómago a un dragón.

—¿Te parece ya bastante? —inquirió el lythari—. ¿O prefieres ahondar en el insulto rascándome detrás de las orejas?

Los hombros de Arilyn se agitaron cuando soltó una risa breve y silenciosa.

—Quería decir lo que he dicho —repitió, súbitamente seria—. Vete a la mínima señal de peligro.

—¿Y tú?

—¿Qué? Si me abaten, intenta reclamar mi espada más adelante. Sé que esto es pedir mucho de ti, pero si tuvieras que pedir algo de los elfos del bosque, probablemente te lo darían. No te lo pediría, pero la mía es una hoja hereditaria y su magia perdurará siempre que sea necesario y haya un descendiente digno de empuñarla. En cuanto haya cumplido su cometido, se quedará adormecida.

«Y hasta ese día..., y quizá por más tiempo —añadió Arilyn en silencio—, ¡mi espíritu estará aprisionado ahí dentro!»

—Una espada hereditaria. ¿Tienes hijos? —preguntó Ganamede.

Era una pregunta lógica, pero pilló por sorpresa a Arilyn como un puñetazo en el estómago. Nunca había tenido en cuenta ese aspecto en particular de las exigencias de la hoja de luna, porque nunca había pensado en la posibilidad de tener hijos propios. Arilyn conocía demasiado bien la ambigüedad que definía la existencia de un semielfo, y no deseaba transmitir esa herencia a otra persona, aparte de que ninguno de sus hijos podría ser candidato a heredar la hoja de luna. Por lo que ella sabía, ella era la única propietaria de una hoja de luna en toda la historia de aquellas espadas antiguas que no era de raza elfa de la luna pura. Ni siquiera se tenía constancia de que otro miembro de pura raza de otras variedades de elfos, como los elfos dorados, o los verdes, o los del mar, hubiese blandido nunca una espada semejante y hubiese vivido para contarlo. ¿Qué posibilidades tenía una descendiente suya de pasar el tácito examen de la espada? Y sabiendo lo que sabía de la naturaleza de la sombra elfa, ¿cómo sería capaz de pasar una condena semejante a un descendiente suyo? Muerte instantánea o servidumbre eterna. No era un buen legado.

Incluso en el caso de que su heredera reclamara la espada y fracasase, la muerte no le proporcionaría la libertad. La hoja de luna que portaba pertenecía al clan de los Flor de Luna y la línea no iba a desaparecer con Arilyn. ¡Sólo los dioses sabían cuántos tíos, tías y primos reales desconocidos tenía ella en el lejano Siempre

Unidos!

Lo cual le hacía pensar en otro aspecto inquietante: como no tenía hijos propios, tendría que nombrar a su heredero entre los familiares de su madre. Por primera vez, se le ocurrió que los lazos entre ella y la familia de su madre eran mucho más complejos que los lazos de sangre habituales.

—Lamruil —balbució, recordando el nombre de las historias que antaño le contara su madre—. Príncipe Lamruil de Siempre Unidos, hijo menor de Amlaruil y hermano de mi madre. Lo nombro a él heredero de la espada. Existen «pasos hacia la puerta» en Siempre Unidos. Si fracaso, asegúrate de llevarle la hoja de luna.

Ganamede alzó la mirada hacia ella y la contempló a través de sus rasgos lobunos con una absoluta adoración elfa.

—¿Corre por tus venas sangre de Amlaruil? ¿Por qué nunca me habías hablado de ello?

«Ni siquiera el lythari es inmune al poder de la reina», pensó Arilyn con amargura. ¿Qué tenía Amlaruil que inspirara en los demás semejante reverencia?

—Tal vez no me guste presumir —comentó, escueta—. Pero, vamos..., saben que estamos aquí y probablemente se estarán preguntando qué nos retrasa.

Caminaron juntos un centenar de pasos. Ganamede se detuvo de improviso y sin razón aparente para Arilyn.

—Mira arriba —le comentó.

Arilyn alzó la mirada y se encontró en mitad de lo que parecía ser un próspero asentamiento. La aldea elfa era una maravilla. Se habían construido pequeñas viviendas en lo alto de los árboles, conectadas entre ellas por puentes colgantes. El asentamiento se fundía de una forma tan insólita con el bosque que nadie era capaz de verlos a menos que se situara en mitad de él y alzara la vista hacia arriba, lo cual, si no se disponía de una escolta de lytharis, era algo tan inusitado que ocurriera en el curso natural de las cosas como que un troll comiese ensalada.

Así que aquello era Árboles Altos. Aun así, no había señales de habitantes.

—¿Dónde están? —preguntó en voz baja.

—En todas partes. Léeles la proclama de la reina —la instó.

Pero la semielfa sacudió la cabeza. Ése era el plan de Amlaruil, y según los cálculos de Arilyn, tenía pocas probabilidades de éxito. La oferta de la Retirada era un último recurso. Deseaba ganarse su libertad de forma justa, y pensaba hacer las cosas a su manera.

—Pueblo de Árboles Altos —proclamó en voz alta y resonante, utilizando el lenguaje Común elfo—. Acudo a vosotros en nombre de Amlaruil, dama de Siempre Unidos, Reina de la Isla Elfa. ¿Escucharéis a una embajadora de la reina?

No hubo ruido alguno que anunciara su llegada, pero de repente el bosque que la rodeaba se llenó de precavidos elfos de piel cobriza. Imposible saber dónde habían

estado hasta aquel momento, y eso que ella se consideraba experta en avanzar con sigilo, pero aquella gente formaba parte del bosque y parecía fundirse en él.

Sus vestimentas eran sencillas y escasas, y estaban fabricadas casi sin excepción con productos procedentes del bosque: pieles teñidas, telas bastas de lino silvestre batido y cosido, adornos de plumas y cuentas, pero no había nada primitivo ni tosco en aquellos elfos verdes. Eran un pueblo centenario con costumbres centenarias. Observaban a Arilyn con curiosidad distante y discreta pero la mayoría contemplaba a Ganamede con un respeto que rayaba la idolatría. Era probable que muchos de ellos fuese la primera vez que ponían los ojos sobre una de las famosas y esquivas sombras de plata y sospechaba Arilyn que aquel encuentro sería sin duda una historia que pasaría de padres a hijos.

Un macho de considerable altura, cuyas facciones resultaron extrañamente familiares para Arilyn, dio un paso al frente con la dignidad de un ciervo. Como la mayoría de los elfos verdes, llevaba poca vestimenta, la piel rubicunda pintada con curvos dibujos en tonos verdes y marrones, y el cabello, largo y castaño oscuro, recogido por detrás en una trenza.

—Soy Rhothomir, Portavoz de la tribu de Árboles Altos. Por respeto al noble lythari que ha tenido a bien traerlos aquí, escucharemos las palabras de Amlaruil de Siempre Unidos.

Escuchar. Por respeto al lythari.

No era con exactitud un recibimiento, pero en verdad Arilyn se sintió perversamente satisfecha en su interior por la insólita falta de entusiasmo que aquel macho mostraba por la reina elfa.

Ahora, no obstante, llegaba la parte complicada. El protocolo exigía que ella diese su nombre, su clan y sus credenciales, pero como se quedaba lamentablemente corta en las tres cosas, presentaría lo que tuviese, seguiría al jefe elfo y esperaría lo mejor.

Arilyn estiró su hoja de luna, la alzó para trazar en el aire un saludo elfo formal y puso una rodilla en tierra ante el Portavoz.

—Soy Arilyn Hojaluna, hija de Z'Beryl del clan Flor de Luna —se presentó, utilizando el nombre que había adoptado su madre en el exilio—. Como rapsoda de la espada, he abandonado los lazos del clan para adoptar el nombre de la espada antigua y mágica que llevo. Han llegado a Siempre Unidos informaciones sobre vuestros problemas y en nombre de la reina Amlaruil ofrezco mi espada y mi vida en defensa de vuestra tribu.

Con esas palabras, depositó la hoja de luna a los pies del elfo verde.

Durante largo rato, Rhothomir la contempló en silencio.

—¿La reina de Siempre Unidos nos envía una sola guerrera?

—¿Cuál habría sido vuestra respuesta si os hubiese enviado mil? —replicó Arilyn—. ¿Qué beneficio obtendríais con un ejército de tantos pies que os abriese un

sendero lo suficientemente ancho en el bosque para que vuestros enemigos llegasen hasta la puerta misma de vuestro hogar? Con la ayuda de mi amigo, Ganamede, de la tribu Manto Gris, he dejado una huella que nadie puede seguir.

Se produjo otro instante de silencio.

—Camináis sigilosa, para ser una *n'telque'tethira* —admitió a regañadientes, utilizando la palabra elfa cuyo significado aproximado era «habitante de ciudad». Consideró el asunto durante un lapso bastante largo y luego se volvió.

—Coged vuestra espada y abandonad este lugar tan silenciosamente como habéis venido. No la necesitamos, ni tampoco a vos.

—No.

Un ahogado murmullo de asombro recorrió la asamblea de elfos. En apariencia, era un acontecimiento poco usual que alguien desafiara de forma tan notoria la autoridad del Portavoz.

Una hembra elfa se situó junto a Rhothomir, con los ojos negros fijos en Arilyn y el paciente lythari.

—No los hagas partir. Piensa, Hermano. Si las sombras de plata lucharan con nosotros, ¿con qué rapidez podríamos negociar con esos humanos que saquean nuestro bosque!

Arilyn abrió los ojos de par en par. Nunca había oído aquella voz y, sin embargo, la conocía. Pertenece a una hembra asesina que hablaba siempre en susurros, una que utilizaba maquillaje para empañar el lustre de su piel y para transformar sus facciones elfas en las de una belleza humana de ojos almendrados y facciones orientales. El turbante de seda había ocultado hasta ahora unas orejas tan puntiagudas como las de un zorro, así como una reluciente cabellera castaña que ahora llevaba recogida en una única trenza. Si todavía le hubiesen quedado dudas a Arilyn sobre la identidad doble de aquella mujer elfa, se le hubiesen disipado de inmediato al ver el tatuaje de su hombro desnudo: la silueta estilizada y esbelta de un hurón en actitud de caza.

La Arpista también captó el significado asimismo dual de las palabras de la mujer elfa: gentes de sangre humana estaban saqueando el bosque elfo, pero ante la posibilidad de una alianza con los lytharis, Hurón estaba dispuesta a aceptar la presencia de Arilyn y su secreto. Porque si la elfa revelase la verdadera naturaleza de Arilyn, el príncipe Lamruil se convertiría de inmediato en heredero de la hoja de luna. El carácter sagrado de Árboles Altos, aunque se veía honrado por la presencia de un lythari, se vería totalmente profanado y puesto en peligro ante la llegada de una semielfa. Incluso podían llegar a atacar al propio lythari que la había traído, considerándolo un traidor a la raza elfa. Fuera cual fuese el resultado de este encuentro, Arilyn se prometió que pondría todo su empeño en conseguir que Ganamede escapara sano y salvo.

Como Arilyn estaba todavía apoyada sobre una rodilla, su mirada quedaba a la

altura de los ojos del lobo, así que se volvió para clavar la vista en Ganamede.

—Portavoz Rathomir, escuchad el consejo de vuestra hermana. He pedido al lythari de la tribu Manto Gris que acuda en vuestra ayuda —manifestó, suplicándole con los ojos a su amigo que le siguiera la corriente—. El noble Ganamede se marchará ahora para reunir el consejo de su tribu y decidir cuál es el mejor curso de acción.

El lythari le dirigió una mirada inquisitiva y ella respondió con una fugaz sonrisa y un gesto para darle la seguridad de que todo iría bien.

Al cabo de un momento, Ganamede inclinó la cabeza.

—Se lo preguntaré —musitó con suavidad, pero en sus ojos se reflejaba una total confusión. Dio media vuelta y se desvaneció en silencio en el bosque.

Arilyn exhaló un suspiro largo y silencioso de alivio. Odiaba defraudar a su amigo, pero por fortuna Ganamede parecía haber comprendido su causa. Se sentiría decepcionado porque parecía que ella no comprendía la naturaleza de la raza de lytharis, pero aun así estaba dispuesto a hacer lo que ella le pedía, aunque conocía de antemano la respuesta de su gente. Era mejor esto que dejar que él supiera cuán frágil era su propia posición.

En cuanto Ganamede estuvo fuera de su alcance, Arilyn alargó la mano para coger su espada y se levantó para fijar la mirada en los tranquilos ojos de Hurón. Si existía alguna esperanza para forjar una unión con los elfos verdes, en ella recaía.

—Puedo ofreceros más que una posible alianza con los lytharis. La mayoría de vosotros habéis luchado contra humanos. Yo también. Conozco su estilo, su mundo, sus tácticas.

—Hay algo de verdad en lo que decís —admitió Rathomir mientras se volvía hacia su hermana—. Tú eres la guardiana de las tradiciones; tienes más conocimiento de los humanos que ninguno de nosotros, así como de los elfos que viven más allá de los límites del bosque. ¿Qué opinas?

—Deseo hablar con ella a solas —pidió Hurón—. Hay cosas que necesitamos saber de ella y de la espada que porta. Todos hemos oído historias de este tipo de espadas y es posible que esa hoja de luna haya sido forjada para semejante tarea.

—Existe un gran riesgo en el hecho de aceptar extranjeros —intervino el Portavoz.

—Y sopesaremos los riesgos así como los beneficios. Dejadme hablar con esta..., elfa de la luna, y dejadme juzgar si lo que ofrece vale la pena.

Tras deliberar un momento, Rathomir accedió. Hurón se acercó a un roble robusto y agarró una de las enredaderas que rodeaban su tronco. Desenrolló una larga escala que conducía a una de las viviendas situadas sobre los árboles e indicó con un ademán impaciente y diestro a Arilyn para que ascendiera por ella.

Con Hurón pisándole los talones, la semielfa inició la ascensión hacia los árboles.

La vivienda era pequeña y escasamente amueblada: una piel de oso hacía las veces de cama, los efectos personales se alineaban en una serie de tarros y unas pocas prendas de ropa colgaban de varios ganchos en la pared. La elfa hizo un ademán a Arilyn para que tomara asiento en la piel de oso y ella se sentó en el suelo, tan lejos de la semielfa como le permitía el espacio.

—¿Cómo conoces a un sombra de plata? —preguntó Hurón.

—Somos amigos de la infancia. Le salvé de caer en las fauces de una serpiente.

—¿En Tethir?

—No, en las colinas Manto Gris, un lugar situado a muchos días de viaje al norte de aquí. La tribu de Ganamede adoptó su nombre de esos montes... o tal vez al revés. Los lytharis son capaces de recorrer grandes distancias de un modo que parece mágico, incluso para un elfo —añadió Arilyn, anticipándose a la siguiente pregunta de la elfa.

Hurón desvió la vista hacia la espada que llevaba Arilyn colgada del cinto.

—¿Cómo puede ser que portes una espada de ésas? ¡Está viva..., la vi brillar por efecto de la magia cuando luchaste en la habitación del Arpista!

—Sí, aquello fue una escena de muerte de lo más convincente —convino Arilyn, irónica—. En cuanto a la espada, llegó a mí del mismo modo que llega a todo aquel candidato a blandirla. La heredé de mi madre, Z'beryl.

—Pero ¿cómo puede ser? ¡Las hojas de luna jamás actúan a favor del maligno!

—Ni ésta tampoco —repuso Arilyn—. No puede derramar sangre inocente. Si deseas que lo probemos en combate, será un placer mostrártelo.

El desafío se quedó flotando, pesado, en el silencio que siguió.

—¿Qué eres tú? —inquirió Hurón al final—. ¿Una asesina semielfa o una noble guerrera elfa?

—¿Y tú? —replicó Arilyn—. La última vez que te vi, erais tres contra uno y estabas a punto de matar a un buen hombre para conseguir un puñado de monedas de oro.

Hurón se inclinó hacia adelante.

—¿Conoces al Arpista? ¿Dónde está?

—Más allá de tu alcance —repuso Arilyn con frialdad.

La mujer elfa contempló a Arilyn con expresión meditabunda durante varios segundos; luego, una sonrisa lenta y burlona le transformó la expresión.

—Bueno, bueno, la *semihumana* no es un pez tan frío como aparenta. Ese Arpista, ese humano, ¿qué significa para ti?

—No entiendo que eso pueda interesarte.

—Pues sí, resulta que el Pueblo tiene una misión apropiada para un sabueso como ese Arpista. Incluso aunque pudiésemos acosar a los humanos hasta expulsarlos del bosque, ¿qué les impediría regresar? No, hay que hacer un trabajo más profundo. La

tribu necesita a alguien que pueda olfatear su rastro y seguirlo hasta su origen.

—¿Y eso es lo que tú esperabas hacer en Espolón de Zazes? ¿Asesinando a hombres de negocios rivales o a cortesanas infieles de todo aquel hombre que pudiese pagar tus servicios?

La mirada de Hurón siguió impertérrita.

—Ésos, y otros de mi elección —repuso con sinceridad—. Trabajé por mi cuenta y en nombre de mi Pueblo. Maté a aquellos que pensaba que eran enemigos.

Las dos mujeres se contemplaron durante largo rato.

—He de admitir que hay algo convincente en lo que dices —confesó Arilyn—. Aquí hay muchas cosas en juego que deben comprenderse. Si Danilo no se hubiese visto forzado a abandonar Espolón de Zazes, él y yo habríamos podido trabajar juntos..., él entre los humanos, yo con el Pueblo. Encontraré una ruta que me lleve al origen de los conflictos de Tethir, pero parte de la respuesta debe encontrarse en el bosque.

—Así que tú también eres Arpista —comentó Hurón, pensativa—. Eso explicaría muchas cosas. ¿Crees que lo que se rumorea del Pueblo es cierto? —inquirió tras cambiar súbitamente de tono.

—Lo averiguaré —repuso Arilyn con calma—. Puede que tu gente haya recibido provocaciones de sobra para esto y para todo lo demás que haya hecho, pero también tienes que admitir que esos ataques, sean verdaderos o fingidos, sólo pueden aportar más conflictos al bosque de los elfos.

La hembra levantó una mano para silenciar la enojada réplica que Hurón tenía preparada.

—Has hablado de expulsar a los invasores humanos del bosque. También tengo que informarme sobre eso. Sería un primer paso: detenerlos y luego seguir su rastro hasta donde nos lleve. Si hay una conspiración contra los elfos, los implicados deberán rendir cuentas.

Hurón meditó sus palabras.

—Si eres Arpista, ¿por qué te has presentado como embajadora de Siempre Unidos?

Arilyn cogió la copia de la proclama de la reina de su bolsa y la desplegó en el suelo frente a la elfa verde. Hurón levantó el pergamino y lo leyó con lentitud.

—¿La reina de Siempre Unidos cree que aceptaremos la Retirada? —preguntó, desdeñosa.

—Y los Arpistas creen que deberíais alcanzar un compromiso con los humanos de Tethyr —añadió Arilyn con el mismo sentimiento—. Sé que ninguna de las dos opciones es adecuada para los elfos del bosque, pero me veo en la obligación de actuar tanto en nombre de Amlaruil como de los Arpistas. Si me das una oportunidad, creo que puedo hacerlo mejor. Ya os he dicho cómo.

Hurón apartó a un lado el pronunciamiento real.

—Dime una cosa más —preguntó en tono despreocupado—. ¿Tienes idea de cómo reaccionarían los demás si se me ocurriera hablar de tu verdadera naturaleza?

—Ya he nombrado heredero para mi espada —repuso Arilyn con calma.

La respuesta consiguió arrancar una fugaz sonrisa del rostro de la elfa verde.

—Muy bien. Por ahora mantendré tu secreto. Haz lo que puedas, Arpista y semielfa, y piensa que, siempre que sea por el bien del Pueblo, lucharé a tu espalda.

Arilyn hizo un gesto de asentimiento para aceptar las palabras de Hurón... y la amenaza que había implícita en ellas. En cualquier momento, la asesina elfa podría traicionarla o, más probablemente, matarla.

Un ligero golpe de nudillos en la puerta abierta interrumpió cualquier respuesta que Arilyn pudiese haber dado. Las dos hembras se volvieron hacia el sonido. Una joven verde de reluciente pelo negro y ojos oscuros de expresión frenética se asomó.

—Te necesitan, Hurón —comentó con rapidez—. Traigo anuncio de batalla; es una calamidad. Los humanos han traído magia al bosque. Han capturado a muchos de los nuestros y nuestros guerreros están combatiendo cuerpo a cuerpo. La presión es asombrosa.

Hurón se puso de pie de un brinco y descolgó una aljaba de flechas negras de uno de los ganchos de la pared. Luego, cogió un puñado de flechas de uno de los tarros y se lo tendió a Arilyn, que también se había levantado del suelo.

—Tienes ocasión de demostrar tu valía al Pueblo, antes de lo que habías supuesto. Ten en cuenta que, para mí, un humano de más o de menos no tiene importancia —advirtió con frialdad.

—Comprendido —convino Arilyn mientras recogía las flechas y seguía a las ágiles elfas hasta el suelo del bosque.

Tal vez una cuarentena de elfos se habían congregado ya allí; el resto del poblado, los más jóvenes y los ancianos, se habían esfumado entre los árboles. Arilyn paseó la mirada por el grupo de guerreros, tomó buena nota de sus armas y de los ídolos que llevaban tatuados en los hombros. Esos tótems y guías espirituales decían mucho de la habilidad y el carácter elfo.

—Tengo varias espadas cortas forjadas al fuego y dagas en mis bolsas —ofreció—. Tú eres un cazador resistente, y tú, y esas dos hembras que hay allí —fue contando, mientras sacaba las armas y las lanzaba al suelo.

Los elfos que había mencionado lanzaron miradas interesadas a las armas, pero todos acabaron buscando con la mirada el beneplácito de Rathomir.

—¿Qué sabéis de magia humana? —preguntó éste a Arilyn.

—Nada bueno.

La respuesta le había estallado en los labios antes de que pudiese considerar su impacto, pero consiguió arrancar una sonrisa divertida del rostro del dirigente elfo.

—¿Pero la habéis probado en *muchas* batallas?

—Sí, en muchas.

Rhothomir se volvió hacia los guerreros reunidos.

—Hurón ha tomado una decisión, y yo me uno a ella; la elfa de la luna dirigirá esta batalla. Coged vuestras armas.

Arilyn aceptó el mando con un escueto gesto de asentimiento, y luego se volvió hacia la mujer elfa de cabellos negros como el cuervo que había traído el anuncio de la batalla.

—¿A qué distancia?

—A dos horas de carrera, tal vez menos.

Y acto seguido se esfumó como un conejo en mitad de la espesura. Los demás echaron a correr tras ella sin echar siquiera una ojeada a su nuevo líder guerrero. No esperaba menos Arilyn. Había trabajado en solitario durante la mayor parte de su vida, pero había aprendido mucho observando a algunos de los mejores cabecillas que había conocido en el Norland, y podía concluir que en ocasiones lo mejor era cerrar la boca y seguir a los demás.

Y eso hizo ella. Echó a correr con tanta ligereza como cualquier otro elfo verde, hacia la que sospechaba que sería la primera de una larga lista de combates.

El fragor y los gritos de batalla se extendieron con rapidez por el bosque y aceleraron las zancadas de los elfos verdes que corrían hacia el combate. Fiel a su palabra, Hurón avanzaba detrás de Arilyn, sigilosa como una sombra. La Arpista intentaba no pensar en la amenaza que suponía la presencia de la elfa para concentrarse en la batalla que tenía ante ella. Los sonidos que llegaban procedentes del valle que tenían delante —chirridos de espadas, gruñidos y gritos de dolor, y exclamaciones horribles, preñadas de odio, de los guerreros humanos— prometían que la lucha sería difícil, y de mal cariz.

Arilyn ordenó el alto a un centenar de pasos del campo de batalla, en el preciso instante en que uno de los guerreros de Árboles Altos lanzaba una saeta en dirección a la refriega. Antes de que el proyectil alcanzara su objetivo, el arquero elfo disparó otra flecha, pero ambas se convirtieron en un estallido de luz blanca antes de que alcanzaran el blanco.

—¡Esperad! —gritó Arilyn, al tiempo que levantaba una mano hacia los demás arqueros que estaban ya preparados, porque al menos seis elfos más habían tensado los arcos y tenían las saetas a punto. Algo en su tono de voz y en su rostro los inmovilizó.

Ante la mirada horrorizada de los elfos, dos rayos de luz arcana relampaguearon de regreso hacia el primer arquero y las líneas de fuego gemelas engulleron al elfo. Una brillante aureola brilló un fugaz instante a su alrededor y luego el elfo desapareció y en su lugar quedó una polvareda de ceniza.

—Tienen un brujo de Halruaa —informó a Rhothomir, y a la cautelosa Hurón, en tono de gravedad—. Y eso es muy malo.

La Arpista echó un vistazo al campo de batalla para hacerse una idea de la situación. Había una pequeña zona abierta, envuelta en sombras por el círculo de árboles gigantes que la envolvían, y que se veía poblada de hombres y elfos enfrascados cuerpo a cuerpo. Habían pasado más de dos horas desde que en Árboles Altos se había recibido el anuncio de guerra y según todos los indicios el combate se había desarrollado sin tregua durante todo aquel rato. El suelo se veía pisoteado y cubierto de sangre; pocos contrincantes habían salido ilesos hasta el momento. En el centro del campo de batalla, cinco o seis elfos se hallaban apiñados y esposados con trampas de pie, lo cual dedujo Arilyn que había sido el cebo que había atraído al resto de los elfos a la batalla. Cinco hombres, tres de ellos armados con espadas y uno con arco, custodiaban a los prisioneros. El otro, la única persona desarmada del campo de batalla, tenía que ser el brujo. La armadura que llevaba puesta servía más de adorno que de protección; el extraño conjunto de metal con incrustaciones de cuero, planchas de metal sobre los hombros, protección torácica y del cuello, sólo podía proceder de

la imaginación de un brujo de Halruaa. Alrededor de aquel reducido grupo, formando un círculo de espaldas a los cautivos, unos expertos espadachines mantenían ocupados a los elfos, quienes intentaban con gran valentía llegar a sus compañeros. El único arquero humano que había en el centro del círculo podía alcanzar sin dificultades a todo aquel elfo que conseguía traspasar el círculo.

Arilyn contempló el suelo en el centro del campo de batalla pero no vio ninguna flecha elfa, ni tampoco vio ningún humano con heridas provocadas por el impacto de ninguna saeta. Era evidente que el arquero elfo que acababa de perecer bajo el fuego mágico no era el primero en haber sufrido aquel destino. No existía límite en las veces que un hechicero podía invocar un hechizo semejante; éste probablemente tenía algún tipo de artilugio que podía almacenar hechizos sobre flechas, o construir algún tipo de esfera protectora a su alrededor. Ese tipo de cosas no eran habituales, ni siquiera en un lugar habituado a la magia como Halruaa, pero tampoco eran especialmente raras.

Arilyn reflexionó un instante, y luego se volvió hacia el grupo de elfos que se apiñaba tras ella.

—¿Quién es el mejor arquero entre vosotros? —preguntó a Rhothomir. El Portavoz señaló con su arco a uno de los guerreros..., un varón, más alto que la mayoría de los elfos verdes y singular por su cabellera del color del otoño.

—Foxfire, nuestro líder de guerra. Nada puede equipararse a su puntería.

—Lámalo —ordenó ella con voz tensa.

Rhothomir se llevó una mano a la boca y emitió un sonido estridente y agudo, parecido al producido por un águila de presa. El elfo de cabellos rojizos se puso rígido, titubeó y luego se separó de la batalla, antes de volverse y correr hacia los elfos que esperaban. Sus ojos negros se abrieron de par en par al divisar a la hembra elfa de la luna.

—¿Cuántas flechas eres capaz de lanzar en un suspiro? —preguntó—. ¿Tres, cuatro?

—Seis —respondió, tras meditar un instante.

Arilyn esbozó una mueca.

—Es arriesgado. Creo que cuatro es el límite. Te diré lo que deseo que hagas: dispara cuatro saetas directas al brujo y luego apártate para dejarme campo libre. Yo le devolveré las flechas que él retorne, cosa que lo mantendrá ocupado y acabará con varios de los hombres que custodian a vuestra gente.

—¿Cómo...?

Antes de que el elfo pudiese formular la pregunta, Arilyn se la respondió. La hoja de luna salió disparada de su funda y embistió contra el rostro del varón, que instintivamente se echó hacia atrás y alzó la daga para contrarrestar el ataque. Pero no con la suficiente rapidez. Arilyn completó el movimiento, cambió la dirección de la

hoja y con un solo giro neutralizó el avance de su daga. Tras completar la pirueta, se acercó al elfo y le mostró directamente a la altura de los ojos un objeto diminuto. Era una pluma, una que pendía un instante antes de su cinta.

—Espada rápida —concluyó Arilyn, a modo de explicación.

—Cuatro disparos —corroboró Foxfire, con los ojos brillantes de perpleja admiración y renovada esperanza.

—Éste es el plan —explicó Arilyn con rapidez, volviéndose a los demás—. Foxfire y yo mantendremos entretenido al hechicero. Podéis estar seguro de que estará ocupado, pero sólo un instante. Yo embestiré contra él. En cuanto empiece a moverme, tenéis que hacer dos cosas: abridme paso entre ese círculo y eliminad al arquero del centro, así como cualquier otro hombre armado que os salga al paso. ¿Entendido?

Foxfire señaló a cuatro guerreros:

—Preparad los arcos. Apuntad a los humanos que están luchando contra Xanotter y Ala de Halcón, luego disparad. Señalad vuestro primer y segundo objetivo.

Los elfos emitieron con rapidez descripciones de los blancos que habían elegido, y luego se volvieron hacia la elfa de la luna. La excitación que embargaba a su líder de guerra parecía contagiosa: en apariencia, si Foxfire estaba dispuesto a seguir las instrucciones de la elfa de la luna, también lo harían ellos.

—Varios guerreros tendrán que entrar conmigo en el círculo —prosiguió Arilyn—. Hay que conseguir que los hagáis luchar desde el centro del círculo.

—¿Harás que nos rodeen? —intervino Hurón, recelosa.

—Dejará que nuestros arqueros tengan como blanco las anchas espaldas de los humanos —la corrigió Foxfire con una sonrisa. Sin dejar de sonreír, se volvió hacia Arilyn y le mostró cuatro flechas—. Estoy listo.

La Arpista hizo un gesto de asentimiento y alzó la hoja de luna hasta colocarse en posición de guardia. Foxfire hincó una rodilla en tierra y tensó el arco para preparar el primer disparo.

Un relámpago negro salió disparado en dirección al hechicero, seguido de una segunda saeta, y luego dos más, más veloces de lo que Arilyn habría creído posible. Las flechas estallaron en llamas poco antes de llegar hasta el brujo. Cuando Foxfire se echó hacia un lado, Arilyn entrecerró los dientes y se preparó para embestir contra la primera trepidante línea de fuego. Los rayos negros se convirtieron en blanco..., pero la transformación sucedió con demasiada rapidez para que sus ojos pudieran asimilarlo.

La hoja de luna resplandeció con su extraña luz azul cuando el primer ataque mágico giró en redondo para ser lanzado contra su creador. Arilyn iba esquivando con gran seguridad los disparos, uno tras otro, mientras movía ligeramente el filo de su hoja de luna para que cada ráfaga retornara, reluciente, hacia un atónito brujo.

Arilyn echó de repente a correr. Oyó el sonido agudo de las flechas elfas que la sobrevolaban, casi tan cerca de ella que la rozaban, mientras corría hacia los humanos que Foxfire le había señalado. Uno de ellos, un hombre corpulento con una cicatriz en el rostro y una barba ensangrentada, dejó caer su espada para intentar agarrarse a sendas flechas que le habían impactado en la garganta. Cayó de bruces hacia adelante. Arilyn saltó por encima de su protuberante cadáver y se abalanzó con la espada en alto hacia el hechicero.

El brujo se vio rodeado por las llamaradas de su propio fuego mágico, pero el mismo amuleto que lo protegía de las flechas impidió que los rayos lo dañaran, aunque sí que se incendió su escudo mágico. En el interior de su resplandeciente esfera, el brujo empezó a invocar otro hechizo.

Arilyn no temía al fuego..., uno de los poderes milenarios de la hoja de luna era la resistencia a las llamas. Su hoja de luna se hundió en el fuego arcano, pero las lenguas de fuego que empezaron a lamer el filo se detuvieron ante la piedra que estaba incrustada en la empuñadura. Arilyn no sintió dolor, pero un hormigueo de inquietud empezó a removerse en un rincón de su mente porque la espada no resquebrajó la reluciente burbuja.

Blandió en alto la hoja de luna y al menos consiguió separar las manos del brujo para interrumpir el hechizo que planeaba descargar sobre los elfos.

Con el ceño fruncido, el mago conjuró una espada con ayuda de su magia y embistió contra ella, pero el filo de su arma no resquebrajó tampoco la brillante esfera. Parecía que el campo de protección del hechicero impedía el paso de todas las cosas excepto de la magia, cosa de la que no disponía Arilyn.

Sin embargo, notó que el empuje de su espada presionaba la línea de fuego y provocaba que sobresaliese hacia ella, cosa que le hizo concebir un plan, una variación del truco más básico y sucio de su repertorio de luchadora. No pudo evitar pensar con cierto sarcasmo que estaba bien que nadie fuese a esperar un ataque semejante de manos de la noble guerrera elfa que aparentaba ser.

Se lanzó a la carga, con la espada en alto. El mago eludió la embestida; saltaron chispas, aunque los filos de las espadas no llegaron a rozarse. Una vez más atacó Arilyn, y una vez más ésta midió la distancia que separaba la espada del brujo del punto en que la suya chocaba contra el escudo protector. Parecía ir reduciéndose con cada embestida, y el fuego se amortiguaba, lo cual significaba que el ataque final que estaba planeando no sería un golpe definitivo y mortal. Aun así, apostaba a que mantendría al hechicero ocupado durante un buen rato.

Sosteniendo la hoja de luna con firmeza con ambas manos, Arilyn hizo un giro hacia arriba, pilló la hoja envuelta en fuego del brujo y le hizo subir el brazo. Continuó el movimiento trazando un arco brusco y vertical hacia abajo y al mismo tiempo giró su cuerpo hacia un lado para aprovechar el impulso. La punta de la hoja

de luna se clavó en el suelo; Arilyn hizo un salto, dio un puntapié hacia un lado y se apartó cuanto pudo de la espada con incrustaciones.

Dirigió su embestida directamente hacia la coraza de metal del mago, y su blanco resultó acertado. Aunque el encendido escudo evitó que sus botas conectaran directamente con la armadura, el grito que profirió el brujo le anunció que el fuego había hecho bien su trabajo.

Arilyn se levantó y arrancó la espada del suelo, mientras parpadeaba aturdida por la súbita oscuridad que siguió a la disipación del escudo del brujo. En apariencia, el aguijonazo de dolor había roto suficientemente su concentración para desintegrar la protección. El hechicero se puso a danzar y a chillar, incapaz de decidirse por quitarse la ardiente armadura, y de paso chamuscarse los dedos con los que invocaba los hechizos, o dejarse la pieza de metal donde estaba y exponerse a sufrir un daño más profundo. Al final, quedó en segundo plano su devoción al arte de la magia.

—Listo —murmuró Arilyn mientras se volvía a contemplar el campo de batalla. El brujo acabó de apartar con gesto frenético el metal que exhalaba vapor y se alejó trastabillando hacia el bosque, con el consentimiento de Arilyn. No iba a poder lanzar más hechizos durante el resto del día, y los elfos se enfrentaban a una amenaza mucho más inmediata

Uno de ellos, una hembra que era apenas una chiquilla, se hallaba enfrentada a un espadachín que le duplicaba el peso. La muchacha tenía la ventaja de una mayor velocidad y el flujo de adrenalina que la mantenía en movimiento; de hecho, dos círculos oscuros manchaban los costados de la túnica de su contrincante, que respiraba entrecortadamente, pero aun así se hallaba en desventaja respecto a la resistencia, la experiencia y el alcance, cosa que era de gran importancia en aquel momento crucial.

En el preciso instante en que Arilyn se volvió para contemplar la batalla, el espadachín se lanzó al ataque contra la garganta de la chiquilla al mismo tiempo que ella se abalanzaba contra su estómago. Tenía ella una daga; él una espada corta que podía partirla en dos antes de que se acercara más.

Arilyn se lanzó a la carga e interpuso la hoja de luna entre los dos combatientes, pillando el filo del arma de mayor longitud y obligándola a desviarse hacia arriba. La chiquilla elfa eludió el golpe con destreza, pero no desvió un ápice su daga, que se hundió hasta la empuñadura. Luego, liberó la hoja y se volvió para enfrentarse al humano que tenía más cerca, dejando que Arilyn acabara con él o lo dejara morir a su debido tiempo.

Parecía evidente que los elfos verdes no pretendían coger prisioneros.

En el preciso instante en que ese pensamiento se formaba en la mente de Arilyn, un puñado de humanos rompió filas y salió huyendo en dirección al bosque. Uno de ellos se detuvo de repente; la cabeza salió proyectada hacia atrás y los brazos le

quedaron colgados a ambos lados cuando unas cuantas flechas se le incrustaron en la espalda.

—¡Foxfire, no! ¡Déjalos marchar! —gritó Arilyn mientras se volvía para enfrentarse a dos contrincantes más. Se sucedió un instante de incertidumbre; acto seguido, oyó el chillido agudo, parecido al de un pájaro, que mantenía a raya a los vengativos elfos.

Arilyn aguijoneó al espadachín con la punta de su espada para que se apartara de la exhausta hembra elfa con la que estaba luchando. El hombre giró sobre sí mismo, embistió una vez, y luego otra. «Un guardabosques», pensó Arilyn, disgustada, al ver de reojo el colgante con forma de unicornio que llevaba en el cuello..., el símbolo de la diosa Mielikki. Había pocos humanos a los que tuviera en mayor consideración que los guardabosques, y por eso no había nadie a quien despreciara más que a aquellos nobles guerreros de los bosques que habían errado el camino.

Aquél en particular luchaba al estilo de las Tierras de los Valles, con una sola espada y ataques agresivos. Arilyn dio un paso atrás para contrarrestar su siguiente ataque. Más que aguantar la embestida, lo que hizo fue saltar hacia atrás y la súbita e inesperada falta de resistencia dejó al espadachín desequilibrado durante un momento. Fue suficiente. Arilyn esquivó el ataque, pivotó sobre un pie y, a medida que giraba alrededor de su adversario, hizo un barrido con el filo de su espada, que fue a impactar con un golpe bajo y duro en la nuca del hombre. La hoja de luna desgarró carne y hueso de una sola acometida, decapitando al descreído guarda.

—Saluda de mi parte a Mielikki —musitó Arilyn en tono sombrío antes de volverse a buscar un nuevo contrincante.

No quedaba ninguno. A su alrededor, los elfos atendían a los heridos, limpiaban sus armas y recogían las flechas que habían gastado. No obstante, Hurón conservaba todavía en sus ojos negros el brillo de la batalla cuando se plantó ante Arilyn como un halcón al acecho.

—¿Por qué los dejaste marchar? ¿Qué traición es ésta? Regresarán; estamos demasiado cerca de Árboles Altos.

—*Tenía* que hacerlo —repuso Arilyn con calma mientras limpiaba el filo de su espada de la sangre del guardabosques—. ¿Cómo si no íbamos a seguirlos para saber ante quién rinden cuentas?

Los elfos volvieron a desviar la vista hacia Foxfire, quien hizo un gesto de asentimiento sin apartar la vista de la elfa de la luna.

—Es un buen consejo. Faunalyn, Wistari..., seguidlos e informadnos de lo que descubráis.

Los dos emisarios partieron de inmediato a cumplir su cometido. Foxfire se acercó a Arilyn y le ofreció una mano, que ella aceptó para ponerse de pie.

—He rezado al Seldarine para que me proporcionase guía, y así es como me lo

recompensa —comentó con una sonrisa—. ¡Sólo una diosa, dueña del bosque, podría haberme dado una respuesta mejor: la propia Rillifane Rallithil debe de haberte enviado!

—En verdad debe de haber sido Amlaruil Flor de Luna, aunque no creo que haya demasiadas diferencias entre las dos —repuso Arilyn con sequedad mientras apartaba la mano.

Para su sorpresa, aquel comentario irreverente arrancó una sonrisa del rostro bronceado del elfo verde, y se sintió satisfecha. El elfo poseía gran temple para la batalla, pero también una calidez inusual entre los miembros del Pueblo, por lo general reservados y estrechos de miras.

Al contemplar a Foxfire moviéndose en el campo de batalla había comprendido Arilyn por qué ese elfo era un líder entre su gente. Tenía un carisma natural, una aureola de confianza y energía que parecía contagiosa. Lo respetaban, eso era evidente, pero había algo más. Notó que tenía el don de hacer que cada individuo en el que posara la vista se sintiera como la persona más valiosa bajo la capa de estrellas. Recibió a la niña guerrera elfa con un apretón de manos muy habitual entre luchadores, cosa que supuso Arilyn iba a complacer mucho más a la valerosa chiquilla que cualquier otra alabanza. Además, dejaba que cada elfo se ocupara de la tarea para la cual tenía especial capacidad, y no daba órdenes cuando no era necesario. La joven hembra que había llevado el anuncio de la batalla a Arilyn y Hurón parecía ser una especie de curandera porque se movía entre los heridos, juzgando la gravedad de cada lesión y dando órdenes sobre su cuidado. Parecía que Foxfire tenía poca necesidad de delimitar su propio territorio en virtud de su honor o su estatus. Lo que se tenía que hacer, se hacía lo mejor que se podía; eso era suficiente.

¿Suficiente? Era una actitud que denotaba más visión de lo que la mayoría de los líderes poseía, pensó Arilyn con creciente admiración.

Después de haber atendido a los heridos y haber construido camillas con palos y pieles para transportar a aquellos que no podían caminar, los elfos iniciaron la marcha hacia Árboles Altos. A pesar del éxito de su estrategia de batalla, los elfos parecían mirar a Arilyn con actitud recelosa. Oyó rumores que explicaban su presencia entre ellos a aquellos que no habían sido testigos de su llegada..., y tomó nota con cierta ironía de la cantidad de veces que se oía la palabra «lythari».

Al cabo de un rato, Foxfire se situó al lado de Arilyn. Aunque no parecía compartir el recelo de su gente, era consciente de ello.

—Tu estilo nos es extraño, y los habitantes del bosque son reacios a aceptar aquello que es nuevo —comentó con suavidad—. Con el tiempo, te aceptarán como líder.

—No como líder sino como consejera. El Pueblo te sigue a ti.

El elfo meditó sus palabras y luego hizo un gesto de asentimiento, pues en apariencia parecía comprender la perspicacia de aquella propuesta.

—¿Cómo has sabido la forma de actuar en la batalla?

—Conozco a esos hombres. No a éstos en particular —corrigió—, pero conozco la raza humana.

—Eres guerrera de Siempre Unidos. ¿Cómo conoces las costumbres de los humanos?

Aunque Arilyn no era una persona muy locuaz, descubrió que no le molestaban sus preguntas porque, a diferencia de Hurón, sus palabras no encerraban un atisbo de acusación sino un interés genuino.

—Mi clan es originario de Siempre Unidos, pero he pasado la mayor parte de mi vida en el continente.

—Y aun así, cumples el encargo de la soberana de Siempre Unidos. Sin duda, tu devoción a la reina Amlaruil debe de ser profunda —concluyó con voz solemne.

No obstante, Arilyn no pasó por alto el leve parpadeo de sus ojos que indicaba que sus palabras eran en tono de broma, ni tampoco la sutil pregunta que encerraban sus palabras.

No respondió de inmediato, porque nada de lo que se le ocurría le parecía verosímil. Por el rabillo del ojo atisbó a Hurón, que la seguía como una sombra, a distancia suficiente para no levantar sospechas; pero sí lo bastante cerca para acudir en defensa de su líder de guerra si Arilyn pretendía levantar el filo de su traidora espada contra él. Recordó algo de lo que había comentado Hurón a primera hora de aquel día, cuando de forma inesperada había intercedido a favor de Arilyn.

—Estoy en deuda con el pueblo elfo, y durante toda mi vida he hecho lo que he podido. Sin embargo, esta tarea se me asignó por la espada que porto. Es una cuestión relacionada con mi destino —repuso con voz tranquila.

Las palabras eran ciertas; el hecho de que en realidad ella estuviese intentando *evitar* su destino probable era un pequeño detalle que mejor valía no mencionar. Foxfire aceptó su explicación sin formular más preguntas y señaló en dirección a una arboleda que tenían más adelante y a los finos remolinos de humo que se elevaban hacia las estrellas.

—Árboles Altos —anunció con calma satisfacción.

Encerrado en aquellas dos palabras había más de lo que Arilyn podía explicar..., más de lo que jamás había experimentado. Nunca había llamado a un lugar su hogar, no en el sentido que Foxfire imprimía a dos simples palabras: un anhelo satisfecho, el final de un trayecto, un lugar al que uno pertenecía.

Y la verdad es que era un hogar maravilloso. Los elfos que habían permanecido en él salieron a recibir a sus guerreros con un derroche de emoción que habría sorprendido a todo aquel que pensara que los elfos eran fríos y reservados. Entre los

suyos, en la seguridad que les proporcionaba Árboles Altos, los elfos verdes mostraban una calidez que dejó perpleja a Arilyn.

Los heridos fueron atendidos en primer lugar, y se alimentó a los guerreros; luego la tribu entera estalló en una celebración. Aquellos que podían bailar, lo hicieron, al ritmo de un sonoro tambor hecho con pieles y la música frenética de flautas de caña, mientras se pasaban de mano en mano un pellejo de vino de bayas, intenso e indescriptiblemente dulce.

Al final la jarana quedó reducida a una calma contenida, y ése fue el momento que aprovechó Rathomir para ordenar que el narrador de historias contara el desarrollo de aquel día de batalla.

Para sorpresa de Arilyn, Hurón dio un paso adelante. Todavía le parecía extraño a Arilyn oír su voz baja y resonante, acostumbrada como estaba a oírla comunicarse entre cuchicheos, pero la pasión que sentía la mujer elfa por el relato de historias, y el empeño que ponía en su trabajo, se hizo patente enseguida. Hurón contó la historia de la batalla, sin ahorrarse ningún detalle doloroso..., aunque Arilyn pensó que era extraño que no diese los nombres de los elfos que habían muerto. Tampoco le faltó mentar la contribución que había hecho Arilyn. Fue una narración justa y de primera mano, relatada con una destreza que hasta los juglares envidiarían.

Al ver el rostro perplejo de Arilyn, Foxfire se acercó a ella.

—Habrà tiempo para el duelo cuando llegue el alba, o quizás el día después —explicó entre susurros—; o tal vez no llegue nunca. Los espíritus de los elfos tardan en abandonar su hogar entre los árboles; por eso no los nombramos como desaparecidos porque todavía siguen entre nosotros.

Arilyn se limitó a asentir con la esperanza de que su silencio se interpretara como respeto más que como falta de interés. La vida después de la muerte era un tema del cual no le agradaba conversar, pero por fortuna Hurón había accedido a la demanda de iniciar otro relato.

—En tiempos anteriores a la vida de cualquiera de nosotros aquí, nuestra gente caminaba por un bosque que era bastante parecido al que ahora llamamos hogar —empezó—. Se llamaba Cormanthor, y a su abrigo prosperaba un reino elfo de tantas riquezas y maravillas como jamás haya conocido el mundo. Pero incluso en ese lugar los elfos contemplaron la inminencia del ocaso; el mundo cambió, y Cormanthor se derrumbó.

»Aquellos que sobrevivieron se vieron obligados a huir. Muchos se retiraron a Siempre Unidos, pero hubo tribus de elfos verdes que no estuvieron dispuestos a renunciar a unas tierras llamadas Faerun, en honor y recuerdo del primer hogar de los elfos. Aquellos fieles se dispersaron por la tierra, portando en sus manos semillas del bosque sagrado, la herencia de los arces, los robles y los olmos. Hoy caminamos por entre esos árboles, los hijos de los hijos de Cormanthor.

»Tampoco esos elfos verdes eran los únicos que deseaban mantener vivo el espíritu de Cormanthor. Había muchos miembros del Pueblo, miembros de las razas plateadas y doradas, que siguieron deambulando por Faerun. Uno de ellos es recordado con honor por todo el pueblo de Tethir: la luchadora elfa de la luna Soora Thea, que portaba una espada de Myth Drannor.

»En esos tiempos pretéritos existía una raza diabólica de seres, tanto humanos como ogros, que entablaron batalla con las gentes del bosque. Su poder procedía de una enorme imagen de piedra, la horrible imagen de una criatura procedente de los planos oscuros. Hace tiempo que cayeron esas gentes, pero en una ocasión sus muertos vivientes surgieron de la garganta en la que vivieron en su tiempo para declarar la guerra a los elfos buenos del bosque. Y con ellos emergieron criaturas pavorosas de los planos oscuros. Esas criaturas acosaron a los elfos, y por una temporada pareció que la caída de Cormanthor iba a ser una pesadilla revivida. Sin embargo, Soora Thea era una líder de guerra muy poderosa y se decía que tenía el poder de dirigir a las sombras de plata. En la gran batalla final, los muertos vivientes y sus aliados del Abismo fueron destruidos por completo.

»No sabemos qué sucedió con Soora Thea. A diferencia de los elfos verdes, era una viajera empedernida y su hogar estaba en todas partes, pero antes de abandonar Tethir prometió que, en tiempos de mucha necesidad, mientras los fuegos de Myth Drannor ardieran en su espada, un héroe acudiría en ayuda del Pueblo.

Hurón volvió sus resplandecientes ojos negros hacia Arilyn. No había nada que añadir, pero la semielfa comprendió por fin por qué Hurón había aceptado su presencia allí. Más que las demás razas de elfos, aquéllos reverenciaban a las sombras de plata. La sola posibilidad de que Arilyn pudiese dirigir a los lytharis les confería esperanza y despertaba en ellos la resistencia que sólo podían encontrar en los relatos antiguos y las tradiciones. Podía verlo en sus ojos..., la brillante esperanza que se concentraba en una única exhibición elfa de júbilo.

Los tambores y las flautas de caña volvieron a coger protagonismo y todo aquel elfo que podía ponerse de pie se unió al baile. Foxfire hizo levantar a Arilyn y la invitó a bailar. Ella agradeció su hospitalidad pero no pudo evitar darle un par de pisotones.

—Me manejo mejor con la espada que con el baile —se disculpó.

Foxfire echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—Sólo con que bailes la mitad de bien de lo que manejas la espada, tendrás gracia suficiente para seducir a todo el Seldarine.

Arilyn sonrió. En cuestión de encanto, aquel elfo lo tenía a manos llenas.

—Las zalamerías son poco habituales entre los habitantes del bosque. Pensaba que preferíais las palabras claras y concisas —se burló.

—Entonces te lo diré con toda claridad. Me alegro de que hayas venido.

El intrincado ritmo del baile cambió y Arilyn se vio inmersa en el torbellino del círculo. Los elfos giraban y se agachaban, atrayendo la luz de la luna y tejiéndola en hilos de magia con su música y su danza.

Como si el polvo de estrellas fuera una canción de cuna, la danza mística pareció posarse sobre los elfos e incitarlos al reposo. Los heridos que no podían bailar descansaban apaciblemente y muchos de ellos sonreían mientras veían a través de sus ojos cerrados recuerdos agradables y curativos. La mayoría de los niños se había sumido en un estado profundo de ensueño y sus padres los cogieron en brazos para llevarlos a descansar. Finalizó la celebración, pero no con el típico estupor ebrio de las juergas humanas, sino con una nota de tranquilo alborozo.

Arilyn atesoró aquel momento de paz como si fuera un regalo precioso y, al igual que los elfos, se abrió paso en silencio para buscar un lugar donde descansar.

Mientras trepaba por la escala que conducía a la pequeña vivienda que le habían proporcionado, se dio cuenta de cuán cansada estaba. Se quitó la ropa y se lavó con el cuenco de agua aromatizada con menta que le habían dejado. Antes de echarse a dormir, se puso unas polainas limpias y una túnica..., un tipo de ropa que era más adecuada para entrar en combate que para dormir, pero ni siquiera la paz de Árboles Altos podía borrar los hábitos de toda una vida, ni el recuerdo de la cantidad de veces que había pasado de la cama al campo de batalla.

Le quedaba una cosa por hacer. Cogió de su bolsa la máscara que le había hecho Chatarrero y se la colocó con cuidado sobre el rostro. Si alguien por casualidad entraba, vería no a una semielfa completamente amodorrada sino a una guerrera elfa de la luna inmersa en su merecido ensueño.

A pesar de todo lo que había sucedido, a pesar del éxito de la batalla y a pesar también de las historias de Hurón, Arilyn sabía lo que sucedería si los elfos verdes se dieran cuenta de que dormía entre ellos la hija de un humano.

El baile había terminado hacía rato y la mayoría de los elfos se había retirado, pero por alguna razón Foxfire no compartía su mismo sosiego. Se sentía inexplicablemente inquieto..., excitado, quizá, por el primer atisbo real de esperanza que había sentido desde hacía días. Se las había arreglado para ocultar su creciente desazón, pero hasta ahora no había descubierto lo pesada que resultaba esa carga.

Se dio cuenta de que Korrigash parecía también inmune a la magia a la red estelar tejida por la danza. El cazador de cabellos negros estaba sentado a solas junto a las ascuas de la hoguera, contemplando las pocas chispas de luz que restallaban entre los rescoldos.

Korrigash era uno de los elfos que había quedado atrapado en las trampas, y no cabía duda de que su orgullo había sufrido heridas más profundas que su pierna. Tamara insistía en que pronto podría volver a caminar, correr y cazar tan bien como siempre, pero Foxfire sabía lo mal que encajaría el cazador un período de inactividad,

por breve que fuese.

Foxtire se acercó para sentarse junto a su amigo. De inmediato, Korrigash fijó una mirada llena de inquietud en él.

—Es una extraña —afirmó sin más preámbulo—. No puede traer nada bueno.

El líder de guerra frunció el entrecejo, consciente de que su amigo estaba hablando de Arilyn pero sin llegar a comprender la dimensión de su inquietud.

—¿Cómo puedes decir eso después de lo que viste? Cambió las tornas de la batalla.

—Eso es cierto, pero yo no estaba hablando de ese combate.

—Ah. —Foxtire desvió la vista para contemplar las brasas. La inquietud de su amigo tenía una faceta más personal y estaba más relacionada con la fascinación que Foxtire sentía por la elfa de la luna. Estaba bien que alguien en la tribu tuviese una visión tan aguzada de las cosas, porque si no su propia posición como líder de guerra se vería puesta rápidamente en tela de juicio. Aceptar a una elfa de la luna como jefe en una batalla era una cosa, pero una alianza más personal estaba fuera de lugar.

Foxtire alargó una mano para dar una palmada a Korrigash en el hombro, aceptando su consejo sin necesidad de darle una respuesta.

En verdad, no sabía cuál habría sido su respuesta. Sí, la elfa de la luna era una persona muy distinta, pero también eran diferentes el arco y la flecha, y sin embargo sabían trabajar juntos para obtener un resultado mejor del que obtendría cada objeto por separado. Él se debía a su gente: ¿cómo iba a darle la espalda a nada, ni a nadie, que pudiera ayudarles?

Foxtire se levantó y deseó buenas noches a su amigo, pero la calma del ensueño seguía esquivándole y siguió deambulando por Árboles Altos hasta que el zumbido de los insectos nocturnos se convirtió en un leve murmullo. Poco antes del alba, sus inquietos pasos lo condujeron a la base del árbol de Arilyn.

Tras titubear un instante, empezó a trepar por la escala que conducía a la vivienda. Tenían que trazar planes juntos. Tenía que aprender muchas cosas de ella, y viceversa.

No obstante, vio de inmediato que Arilyn todavía descansaba. Una oleada de decepción lo embargó, pero ningún elfo osaba disturbar el ensueño de otro salvo en caso de emergencia inminente, así que se quedó contemplando un instante a su nueva consejera.

Qué extraños le parecían los elfos de la luna, con una piel del color de las nubes y unos ojos que parecían la sombra de un cielo estival. Quizás esos colores eran el reflejo de cuánto se habían apartado de la tierra los elfos habitantes de las ciudades. En ellos no se veían los tintes marronáceos de la tierra, ni los colores cobrizos ni verdosos. Se decía que, de todas las razas de elfos, los de la luna eran los más parecidos a los humanos, cosa que parecía evidente en Arilyn. En muchos aspectos,

se parecía a una mujer humana, aunque con unas facciones más delicadas y hermosas de lo que había visto Foxfire en los mercados durante los años en que la tribu elmanesa había comerciado con los humanos.

La mujer elfa se agitó un instante, como si la intensidad de su mirada hubiese alterado sus sueños. Pero, si eso era cierto, ¿por qué parecía afligida? Él sólo le deseaba todo lo bueno. La mujer echó la cabeza atrás y adelante como si negara algo y luego pronunció un nombre extraño con un tono de voz que expresaba tanto dolor y confusión que Foxfire no pudo hacer otra cosa que estremecerse. Al cabo de un momento, el ensueño de pesadilla pareció remitir y su ritmo de respiración volvió a adquirir su extraño compás: profundo, lento y suave.

Foxfire se quedó helado e intentó liberar sus pensamientos con lentitud para no molestarla. Luego descendió despacio, meditabundo, la escala que conducía al suelo del bosque y esperó la llegada del alba.

Lord Hhune caminaba enojado de un lado a otro por la estancia, consciente de la divertida mirada que le dirigía el capitán de mercenarios, cosa que encendía todavía más su cólera..., el hombre no sólo se había excedido en sus límites, sino que demostraba una insolencia que no estaba dispuesto a permitir.

Lord Hhune caminaba enojado de un lado a otro por la estancia, consciente de la divertida mirada que le dirigía el capitán de mercenarios, cosa que encendía todavía más su cólera..., el hombre no sólo se había excedido en sus límites, sino que demostraba una insolencia que no estaba dispuesto a permitir.

Bunlap parecía indiferente a su estallido de rabia.

—Tenéis vuestra naviera privada. El riesgo de adquirir más barcos es mayor que los beneficios.

Eso era cierto, pero Hhune no estaba dispuesto a escucharlo en boca de uno de sus empleados.

—¡Tu tarea no era empezar una guerra, sino proteger a los trabajadores del bosque de los elfos!

—Cosa que es precisamente lo que he hecho —repuso el capitán con frialdad—. ¿Creéis acaso que hay una sola banda de elfos en todo el bosque de Tethir? Sometimos a la tribu Suldusk, pero no deseábamos que se supieran vuestras actividades en las tribus del norte y el oeste, más fuertes y más dispuestas a entablar batalla. ¿Qué mejor modo de mantener a esos elfos lejos de vuestros negocios que ocupándolos en otros asuntos?

—El plan está bien y dará resultado, pero su ejecución está por completo fuera de control —repuso Hhune—. Has creado demasiado conflicto con los elfos y ahora se ha convertido en un asunto que exige una solución. ¿Qué sucederá si el bajá de Espolón de Zazes decide enviar un ejército armado al bosque? ¿Qué ocurrirá si salen a la luz mis negocios de tala?

—Todavía hay muchos árboles en el bosque y es improbable que un ejército invasor se diese cuenta de que faltan unos cuantos —replicó el mercenario—. Y, aun así, ¿qué problema hay? ¡Os habéis cubierto la espalda con tantas capas de papel que no podríais ni sentir un latigazo! Si llegara a descubrirse la operación de tala de árboles, nadie podría rastrear su pista hasta las compañías en las que tenéis participación.

—No asumiremos más riesgos. Clausura la explotación forestal de inmediato.

—¿Y los elfos?

Hhune se encogió de hombros.

—Siempre ha habido elfos y siempre los habrá. Dejemos que regresen a sus sombras. He conseguido comprar un poco más de tiempo de manos del Consejo de

Señores. Antes de que acabe ese plazo, cesarán los conflictos y la atención de la gente se concentrará en otros asuntos. ¿Queda claro?

—Ah, ahí tenemos un problema —replicó Bunlap en tono de suficiencia—. Hay ciertas cosas que, una vez puestas en marcha, son difíciles de detener. Los granjeros del norte de Puerto Kir viven asustados por temor a un ataque de los elfos. Los negocios en Piedra Húmeda también han decaído, excepto el de alquiler de vigilancia de mercenarios. No creo que consiga satisfacer toda la demanda que hay con mis hombres. Y, además, veo que emprendéis viaje hacia el norte con más personal que vuestra guardia habitual —añadió Bunlap.

—Tengo por costumbre visitar las ferias estivales de Aguas Profundas —repuso Hhune con frialdad—. Tengo que atender mis responsabilidades con la Cofradía Marítima.

—Ah, sí, el comercio. ¿Y cómo va el comercio por tierra estos días?

El maestro de cofradía se quedó mirando al hombre.

—No demasiado bien —admitió.

Bunlap chasqueó la lengua.

—Una lástima. Odiaría ver cómo perdéis vuestra posición en la Cofradía Marítima, eso sin contar con el impacto negativo que tendría sobre vuestras futuras perspectivas si corriese la voz de que esos ataques elfos son una venganza por las atrocidades que se han cometido contra ellos, atrocidades en las que habéis tenido un papel destacado.

—No intentes chantajearme —le advirtió Hhune con tono seco—. Tú estás tan implicado como yo. ¡No puedes echar pullas a los demás sin que te salpique!

—En ese caso, no veo razón para que no podamos seguir aprovechándonos —replicó el mercenario—. Cerraremos la explotación, enviaremos los leñadores de regreso a Vilhon Reach, y construiremos en el campamento una segunda base de operaciones. Mis hombres atacarán a los elfos y los expulsarán. Una vez hecho esto, se habrá solucionado vuestro problema. Vuestras apreciadas rutas comerciales se verán asaltadas por los habituales bandidos y bandoleros, y las aldeas y las granjas se quedarán con los nobles de poca monta para que los atormenten. En breve, la vida en Tethyr volverá a la normalidad. Yo ganaré una segunda fortaleza y arreglaré unos cuantos asuntos personales. Y vos, amigo mío, ganaréis el crédito que os convenga de la súbita calma que se sucederá y que tan adecuada será para vuestros propósitos..., y podréis dar la explicación que más os convenga.

—Si pretendes derrotar a los elfos en su propio bosque, estás completamente loco —bufó Hhune—. Ya se intentó una vez y lo único que consiguió el ejército fue sumergirlos en las profundidades de su selva.

—Es evidente que la destrucción total de los elfos es poco más que una quimera agradable, pero voy a hacer mi pequeña contribución. Francamente, ¿quién notará la

diferencia, salvo vos y yo, y los pocos elfos que sobrevivan?

Hhune meditó sobre aquella posibilidad. No era una situación ideal, pero sí un compromiso funcional. No sería la primera vez que se apoyaba en aliados de pasado turbio o que se veía forzado a trabajar fuera de los límites de la ley, y tampoco iba a ser la última.

Tras la finalización de la guerra civil de Tethyr, se habían promulgado leyes en Espolón de Zazes, y en otras ciudades, que limitaban estrictamente el número de armas y fuerzas que cada ciudadano, cofradía o grupo privado podía mantener en activo. Eso había provocado que fuera ilegal el hecho de que Hhune tuviese en propiedad aquel tipo de veleros rápidos, manejables y fuertemente armados que protegían sus barcos mercantes de los piratas. Como Hhune había considerado que esas leyes estaban fuera de toda razón, había encontrado el modo de eludirlas. No obstante, en el interior de la misma cofradía que intentaba proteger había individuos que de buen grado estaban dispuestos a delatar esas actividades con la esperanza de subir en el escalafón de poder. El dinero en la cofradía se llevaba muy controlado y era impensable malversar fondos. Aunque él era un hombre de considerable riqueza, no estaba en sus posibilidades financiar el tipo de flota que necesitaba, así que se le había ocurrido un modo de conseguir los recursos que precisaba y que además tenía al alcance de la mano: los árboles milenarios del bosque elfo.

La explotación forestal en el bosque de Tethir estaba prohibida desde más allá de lo que alcanzaba la memoria humana. Quizá porque esa limitación estaba profundamente arraigada, Hhune descubrió que era más sencillo de lo que había supuesto instalar una base de operaciones. Primero había establecido una cadena de mercaderes, mensajeros y compañías para conseguir la contratación de leñadores en puntos lejanos de Vilhon hacia el este. Todo había ido bien, hasta que los ataques de las tribus orientales de elfos habían paralizado la tala.

En ese momento, Hhune decidió contratar a Bunlap, y el hombre había demostrado su valía en más de una docena de ocasiones. El capitán de los mercenarios tenía a su disposición un auténtico ejército, así como una red de información tan eficiente como cualquier afiliado a los Caballeros del Escudo. El conocimiento que tenía el capitán del tráfico fluvial era tal que los leñadores podían encontrar breves períodos en los que podían hacerse descender río abajo los troncos. En un punto situado al sur de las montañas Espiral de las Estrellas, por debajo de la bifurcación del río en la orilla meridional, se recogían los troncos, se cargaban en carretas y empezaban su viaje por tierra hasta toparse con la ruta comercial que pasaba al oeste de Ithmong y al este de las ruinas del castillo de Tethyr. Una documentación falsa certificaba que los leños procedían del sur. Hhune «pagaba» por los troncos y hacía un buen negocio revendiendo la madera a un astillero de Puerto Kir. Luego utilizaba esos fondos, camuflados en varias compañías tapadera, para

pagar su flota de barcos ilegales.

Era un buen plan, y hasta el momento había funcionado bien. Pero mantener la información lejos de su propia cofradía, de los Caballeros del Escudo y de las autoridades de Espolón de Zazes se estaba convirtiendo en un acto de equilibrio cada vez más complejo; acto que, según temía Hhune, Bunlap podía decidir explotar. Era mejor proporcionarle una participación en todo aquel asunto.

—Haz lo que quieras con los elfos del bosque —repuso Hhune con frialdad—. Como tú mismo has dicho, no me preocupa lo más mínimo lo que les suceda. Haz lo que sea necesario para que los conflictos cesen pronto, pero actúa con rapidez y con sigilo.

—De acuerdo —convino Bunlap y, acto seguido, se levantó para marcharse. Al capitán de los mercenarios le daba la impresión que había sido una promesa formulada a la ligera. Además, la tarea iba a resultar más fácil de lo que aquel tonto mercader suponía. En el clima alborotado de Tethyr, un puñado de rumores puestos en circulación podía llegar a sembrar el pánico. Si dejaba que surgiera una nueva fuente de disturbios distinta, la «amenaza elfa» se desvanecería con rapidez, en especial teniendo en cuenta que Bunlap y sus hombres eran los causantes de la mayoría de aquellos disturbios.

Además, era sumamente fácil crear conflicto entre los elfos. Se sentían protectores de los suyos y de sus bosques. Bastaba con amenazar a una de las dos cosas, y esos idiotas de orejas puntiagudas salían a la carrera.

Bunlap estaba impaciente por oír el informe de Vhenlar. Si todo iba como él había planeado, se sentiría lo suficientemente satisfecho como para justificar el oro que le estaba costando el hechicero de Halruaa.

Mientras caminaba a grandes zancadas hacia el caballo que esperaba, Bunlap se acarició con gesto distraído la cicatriz que le cruzaba la mejilla, un ademán que empezaba ya a convertirse en un hábito. Ninguna cantidad de dinero iba a poder compensar esa deuda en particular. Había ciertos asuntos que sólo podían pagarse con sangre.

Y sangre iba a derramar un montón. Cuando acabara con la tribu de Suldusk, todos los elfos de Tethir acudirían en masa a su nueva fortaleza en busca de venganza.

Y él los estaría esperando.

Los días transcurrían con rapidez en el bosque porque había muchas cosas que hacer. Arilyn había descubierto que, aunque los elfos eran muy buenos arqueros, tenían escaso conocimiento de los diversos estilos de esgrima utilizados por los humanos. Eran veloces, ágiles y audaces en la batalla, pero esas cosas no podían reemplazar el conocimiento.

Se pasó mucho rato instruyendo a aquellos que poseían espadas, y estimulando la producción de otras armas. Los habitantes del bosque la observaban horrorizados por encima de sus arcos, pero ella insistía para que los artesanos del poblado hicieran tantas copias como pudieran de su espada. A medida que pasaban los días, Árboles Altos empezó a adquirir un arsenal considerable: lanzas, jabalinas, dagas de hueso y cuchillos..., aparte de todos los objetos que pudiesen ser utilizados como armas.

Todo aquel proceso preocupaba en gran medida a Rhothomir, pues veía que el fin inevitable de todos aquellos preparativos era una guerra de grandes proporciones que su gente no podía ganar.

—No es nuestro estilo atacar a los humanos a lo grande. ¿Por qué tenemos que hacerlo? Es una locura enfrentarse a un ejército tan numeroso.

—No sabemos con cuántos tendremos que enfrentarnos —razonaba Foxfire—. ¡Hablas como si los humanos tuviesen una sola mente y un único objetivo! Podría ser que superásemos en número a nuestros enemigos, y, si no, al menos conseguiremos mantenerlos alejados del bosque.

Y así seguía todo, sin descanso. Arilyn procuraba mantenerse al margen de las discusiones y dejaba que el líder de guerra hablara en su nombre, pues ya tenía bastantes problemas para ocupar su tiempo discutiendo con el Portavoz, tan apegado a las tradiciones.

Lo que resultaba extraño era que lo que más preocupaba a Arilyn eran sus más fervientes seguidores, que se contaban entre los elfos de menor edad: Ala de Halcón y Tamsin eran sus cabecillas, lo cual preocupaba más que tranquilizaba a Arilyn. La transparencia del odio que todos esos elfos sentían por las cosas humanas no era en absoluto conveniente, ni para su propia seguridad ni para la de ellos. El bosque de Tethir era un territorio extenso y profundo, pero era evidente que sus límites, poblados de granjas humanas, carreteras y ciudades, se estaban encogiendo. Esto tenía que ser una batalla, no una cruzada. El mayor objetivo que podía esperar Arilyn era ganar tiempo para los habitantes del bosque, tiempo para que disfrutaran de la paz y de la belleza de las costumbres antiguas, tiempo para que pudiesen aprender nuevos usos y tal vez conseguir algún tipo de acuerdo con sus vecinos humanos. En ese aspecto, Khelben Arunsun y los Arpistas estaban en lo correcto: no había modo de hacer retroceder a los humanos a menos que se pudiese atrasar el tiempo.

Así que no era de extrañar que se sintiera inquieta al ver a Tamsin y a sus seguidores hablando en un corrillo, llenos de una impaciencia que tenía casi atisbos de fiebre. Se introdujo en el grupo y respiró honda y profundamente, con cierto alivio. Los exploradores acababan de regresar.

—Ve a buscar a Foxfire y al Portavoz —ordenó Arilyn a uno de los chiquillos, que echó a correr y regresó al cabo de un instante con los dos elfos mayores.

—Seguimos a los humanos, como dijisteis —informó Faunalin, una joven hembra

llamada así por sus ojos de cierva y su piel leonada, presa de la excitación—. Viajaron rumbo al sur, más allá del manantial y fuera del bosque. Continuamos siguiéndolos — añadió con un tono de voz que aún llevaba impreso el recuerdo de las maravillas que había vislumbrado en el mundo exterior—. Hay una vivienda muy grande de madera y piedra. Entraron dentro.

—¿Una fortaleza? —preguntó Arilyn, escueta—. Situada en una colina, desde donde se domina el río...

La mujer elfa asintió, y luego refuló espantada cuando la elfa de la luna soltó una brusca y grosera maldición.

—¿Conoces ese lugar? —inquirió Foxfire, mientras la cogía del codo y la apartaba un poco del grupo.

—He pasado por allí, pero apenas lo conozco. Su dueño es un mercenario conocido con el nombre de Bunlap. Un tipo nauseabundo.

Foxfire se la quedó mirando.

—¿Estás segura?

—Oh, sí —repuso Arilyn, escueta—. Gasté una pequeña fortuna estudiando la fortaleza y sus defensas. Por supuesto, en aquel momento pretendía *pasar* por ella, no averiguar cuál era el mejor modo de atacarla.

—Atacarla —repitió él, sacudiendo la cabeza en un intento de digerir todo aquello—. ¿Podemos hacer una cosa así?

La Arpista suspiró y se pasó una mano por los cabellos.

—Dame unos minutos para pensar en ello, ¿vale? No tengo un plan en mente en este momento.

—Si pretendes meditar sobre este asunto, deberías saber una serie de cosas —repuso Foxfire en tono taciturno—. Yo conozco a ese Bunlap. Asegura que busca justicia por los desperfectos causados por los elfos, pero por lo que yo sé insiste en empañar el buen nombre del Pueblo. El porqué no alcanzo a adivinarlo, pero tiene motivos para odiarme..., lleva mi marca grabada en su mejilla.

Cogió una flecha negra de la aljaba y mostró a Arilyn la marca que había en ella..., la estilizada silueta de una flor de la cual tomaba él su nombre.

—Le grabé esto en la cara.

Arilyn observó detenidamente al elfo.

—¿No podías habérmelo dicho antes?

Foxfire se encogió de hombros, pero en su rostro lucía una expresión compungida.

—En cuanto los humanos abandonan el bosque, nosotros les perdemos la pista. No se me ocurrió que fueses capaz de seguir a ese hombre hasta su guarida.

—Mmmm..., ¿sabes algo más que pueda sernos de utilidad?

Titubeó un instante antes de responder.

—Quizá deberías hablar con Hurón. Ha convivido con los humanos en un intento de obtener respuestas, como hacemos nosotros ahora. No se ha divulgado demasiado adónde fue, ni cómo ha vivido estos últimos meses, pero confía en mí cuando digo que es mejor dejar las cosas tal como están. Hay algunos entre nosotros que no aprobarían sus métodos, y sin embargo otros que estarían dispuestos a imitarla con demasiada rapidez.

Arilyn hizo un gesto de asentimiento, porque comprendía el asunto más de lo que él habría podido suponer.

—Lo haré. ¿Qué más?

—La tribu ha puesto empeño en seguir tu entrenamiento. Hemos construido las armas que nos has dicho y estaremos dispuestos a utilizarlas en defensa de nuestro hogar, pero no sé si aceptarían de buen grado abandonar el bosque y seguirte a ti, o a mí, para el caso, en una batalla fuera de sus límites. No es nuestro estilo.

—Y sin embargo, vuestra tribu hizo una cosa parecida en el pasado —musitó Arilyn. Algo de la historia de Hurón asomó de repente a su mente..., una posibilidad increíble que podía servir para estimular a los habitantes del bosque—. Necesito un poco de tiempo a solas para meditar sobre todo esto —pidió bruscamente—. ¿Adónde puedo ir para que no se me moleste? Es importante.

—Si quieres, yo mismo montaré guardia al pie de tu vivienda. Nadie subirá a molestarte —se ofreció Foxfire, un poco aturrido por su vehemencia.

Arilyn fue consciente de su confusión, pero no perdió tiempo en responder a todas las preguntas que formulaba su mirada. Se acercó a grandes zancadas hasta su árbol y trepó por la escala que conducía a su vivienda. Aunque parecía una actitud un poco huraña por su parte, recogió la escala y cerró las solapas de piel de cierva que cubrían las diminutas ventanas.

Cuando se sintió segura, Arilyn extrajo la hoja de luna de su funda y la sostuvo delante de su vista.

—Acude —musitó suavemente, mientras intentaba sosegar para recibir la presencia de su doble mágico. Una nebulosa etérea se arremolinó en la punta de su espada y poco a poco cobró forma hasta convertirse en su propia figura de semielfa.

—¿Qué pretendes hacer o deshacer? —preguntó la sombra elfa, pero detectó un tono de reproche en su voz.

—Necesito que me ayudes en una batalla —repuso Arilyn, sin prestar atención a la pregunta retórica de la sombra elfa. Era evidente que aquella cosa sabía lo que planeaba, pues *era* ella misma, aunque una versión muy noble de sí misma—. De hecho, es posible que tenga que convocaros a *todos*, a todos los elfos que en algún momento han empuñado esta espada. ¿Puede hacerse?

Era evidente que la sombra elfa no esperaba esa respuesta.

—Sólo se ha hecho una vez con anterioridad, pero sí, es posible.

—Bien —convino, secamente—. Tengo que infiltrarme en una fortaleza. Vosotros sois nueve, y yo una. Es suficiente para empezar una buena batalla y conseguir que se abran las puertas.

—Tienes que pensar que existen riesgos —le advirtió la sombra elfa—. Convocar a todas las sombras elfas exige un gasto tremendo por parte del portador de la espada. Ni siquiera Zoastria, que imbuyó a la hoja de luna con la sombra elfa, invocó a su doble más que unas cuantas veces.

—Lo cual me lleva a la siguiente pregunta. ¿Es posible que Zoastria y Soora Thea sean el mismo personaje?

—No lo sé. ¿Deseas hablar con ella?

Arilyn respiró profundamente. Aquél era el momento que más había anhelado, y temido, desde el momento en que se había enterado de la magia secreta de la hoja de luna. Ya era bastante inconcebible estar mirando la propia imagen de uno mismo como identidad de la espada, pero la posibilidad de conversar con la esencia de un antepasado sobrepasaba los límites de su capacidad de comprensión. Y no sólo un antepasado desconocido..., ¡la esencia de su propia madre que vivía en el interior de la espada!

No obstante, aunque deseaba volver a ver a Z'beryl, Arilyn no estaba del todo segura de cómo iba a reaccionar su madre al enterarse del empeño de Arilyn por evitar el destino que la hoja de luna había elegido para ella. Arilyn estaba muy acostumbrada a ser menospreciada porque había vivido como semielfa en un asentamiento elfo, pero nunca había contemplado una mirada de reproche en los ojos de su madre, y no estaba segura de que pudiese soportar presenciarlo ahora.

Aun así, podía, y debía, invocar a Zoastria.

—¿Cómo se hace?

—Igual que me invocas a mí, aunque el poder de la espada disminuye cuando se invoca a los demás. Te encontrarás en situación de riesgo de un modo que no estás acostumbrada.

Arilyn aceptó aquello con un gesto y volvió a levantar la espada.

—Acude a mí, tú que fuiste en tu día Zoastria —ordenó con voz firme.

Una vez más volvió a surgir una nebulosa de la antigua espada, y a medida que la forma elfa adquiría una forma concreta, Arilyn sintió que se le congelaba el corazón. Era la misma silueta que había visto en la cámara del tesoro..., aquella antepasada dormida que acechaba sus sueños.

Sin embargo, la sombra de Zoastria no aparecía tan sólida como la del doble de Arilyn. Era un ente fantasmal, sin sustancia..., en absoluto una figura heroica que pudiese conducir a los elfos a una victoria.

—¿Qué quieres de mí, semielfa, y por qué blandes la espada de Zoastria? —inquirió la sombra elfa en un tono de voz que Arilyn conocía demasiado bien. No

esperaba encontrarse un tono semejante de desprecio en una antepasada suya, pero tampoco estaba dispuesta a ceder.

Arilyn hinchó el pecho y escudriñó la difusa imagen.

—Eres Zoastria, y portaste la espada antes que yo. ¿Eres también la elfa de la luna conocida con el nombre de Soora Thea?

—Una vez lo fui, porque así me llamaban los habitantes del bosque, ya que no eran capaces de dominar el lenguaje de Siempre Unidos.

—De nuevo eres necesaria —repuso Arilyn con voz suave—. Tus descendientes precisan el regreso de su heroína.

Pero la imagen de Zoastria sacudió la cabeza.

—Conoces tan pocas cosas de la espada que empuñas... No puedo hacerlo; sólo soy capaz de aparecer tal como me ves tú ahora. De todos los poderes de la espada, la capacidad para invocar la esencia de la sombra elfa es la más débil. Deberías saber eso, para pesar tuyo —añadió, punzante.

Arilyn sintió que le ardían las mejillas, pero no respondió. Mientras le quedara un atisbo de aliento, se sentiría afligida por el uso malévolo de su sombra elfa que había hecho su antiguo amigo y mentor. El elfo dorado Kymil Nimesin le había arrebatado el control de la sombra elfa de la espada y había convertido su destino, y por tanto también el de Arilyn, en el de una asesina.

—¿Por qué no? ¿Por qué eres distinta de las demás? —inquirió la semielfa.

—Porque a diferencia de la mayoría de los guerreros elfos de la luna, yo no llegué a morir —explicó Zoastria—. Es posible hacer que pase la espada a un heredero sin llegar a probar la muerte. No es una elección hecha a la ligera, pero yo prometí regresar y he ahí el resultado. Estoy segura de que habrás oído leyendas de otros personajes que optaron también por seguir este camino.

La semielfa asintió. Desde las islas Moonshae a Rashemen se transmitían historias de héroes durmientes que prometían regresar en momentos de gran precariedad, y ahora comprendía por qué todas esas historias tenían en común una espada antigua y mística.

—Sin embargo, existe un modo de que pueda honrar mi promesa —prosiguió Zoastria—. La sombra elfa y su dueña deben volver a ser otra vez, pero eso no es posible porque el que fue mi cuerpo reposa en la cámara de un hombre rico. Une las dos, y podré estar tan viva como siempre.

La semielfa asintió con lentitud.

—¿Es ése tu deseo?

—¿Qué pregunta es ésa? ¿No sería mejor preguntar si es ése mi deber? Si no existe alternativa, invócame. Acudiré.

Y, sin más, la fantasmal imagen se desvaneció y regresó al interior de la espada. Junto con ella desapareció también la propia sombra de Arilyn.

La semielfa volvió a envainar la espada y reflexionó sobre lo que había oído. Recuperar el cuerpo adormecido de Zoastria no sería tarea fácil y no podía intentarlo por ahora. Tal como le había aconsejado su antecesora, tenía que encontrar otro sistema.

Hasheth dejó el caballo en un establo público y se dirigió a pie hacia la zona de los muelles de Puerto Kir. La zona portuaria no era de las más seguras, ni siquiera a plena luz del día, pero Hasheth caminaba solo con total confianza. ¿Acaso no había pasado una temporada con los asesinos de Espolón de Zazes? A pesar de que su aprendizaje había sido breve y desafortunado, había aprendido lo suficiente para ganarse un fajín de color arena, y aunque no tenía muescas en su espada para atestiguar las muertes que había podido infligir, era capaz de lanzar el puñal con fuerza y puntería.

También disponía de otra arma, una más afilada todavía, y cuyo filo era más incisivo cada día que pasaba. Hasheth no tenía dudas de que podía equiparar su destreza a la de cualquier otro personaje que pudiese asaltarle en los muelles de Puerto Kir.

El entorno se volvió cada vez más arrabalero a medida que se abría paso en dirección al mar. Las tiendas de reducidas dimensiones que ofrecían al transeúnte todo tipo de rarezas indescriptibles dieron paso a tabernas. Al poco, las avenidas de suelo de madera se fueron haciendo más y más estrechas y entre los listones se entreveían las aguas oscuras de la bahía del Dragón de Fuego que lamían la orilla. A medida que se aproximaba a su destino, la pestilencia a pescado se hizo casi inaguantable. En almacenes abiertos situados a ambos lados del muelle, hombres y mujeres se afanaban con la pesca del día, en apariencia ajenos a las pilas de moluscos, cabezas de camarón y tripas de pescado descartado que se apiñaban entre sus botas.

Hasheth se llevó una mano a la nariz mientras aceleraba el paso. Al final de aquel muelle se encontraba el astillero Berringer, punto de destino de sus pasos. Durante días había estado examinando los libros de cuentas de lord Hhune y demás documentos para extraer cuidadosamente pedazos de información y recabar sospechas..., y al final había podido encontrar y descifrar varias pistas de un rompecabezas fabuloso que lo había conducido hasta aquel lugar. Lo único que le quedaba por hacer era averiguar el propósito de todo aquel montaje de Hhune, ¡y descubrir el modo de girar las tornas y que actuara en su propio beneficio!

El astillero Berringer era un lugar bullicioso y repleto de olores, en absoluto el tipo de lugar que esperaba encontrarse el joven. Consiguió introducirse por la puerta presentando una copia de las credenciales que Hhune había proporcionado a una de las muchas compañías mercantes que compraban barcos en su nombre.

Hasheth deambuló por todas partes, tomando nota de todo. Braceros contratados a docenas gruñían y sudaban mientras descargaban leños inmensos de barcazas de fondo plano en un ancho muelle, leños que luego cortaban a mano para convertir la parte externa en planchas y vigas y la parte interna esculpirla y pulirla para hacer fuertes y largos mástiles. Algunas planchas ya cortadas flotaban en una enorme tina de agua salada mezclada con algún mejunje indescifrable de olor infame. A otras ya pulidas se les había dado forma curvada para que adoptaran la silueta precisa cuando se endureciese la madera y se secase. Un barco a medio construir reposaba sobre dos grandes caballetes, y su aspecto asemejaba el de un esqueleto apuntalado, mientras que tres barcos más, ya acabados, permanecían en dique seco.

La calidad del trabajo era a todos los niveles adecuada, teniendo en cuenta los parámetros de gran categoría que se esperaban de los artesanos tethyrianos. Los barcos se veían elegantes y lustrosos, y prometían alcanzar grandes velocidades, pero eran los herrajes lo que encandilaba a Hasheth.

Se quedó de pie contemplando el trío de barcos, en los que varios herreros estaban añadiendo accesorios y armas. Iban a iniciar la navegación con un arsenal impresionante: ballestas y catapultas proporcionaban un gran poder ofensivo. Hileras de proyectiles con puntas de acero estaban allí dispuestas para cada ballesta y pilas de bolas apiladas en forma de racimo o bolas con pinchos envueltas en cadenas resultarían mortíferas cuando fuesen lanzadas desde la catapulta.

Aquella era la respuesta que Hasheth había estado buscando. Aquellos tres barcos probablemente serían destinados a formar parte de una flota privada de navíos fuertemente armados que podían ser utilizados para escoltar naves mercantes a buen puerto a través de aguas infestadas de piratas, o que podían usarse para obstaculizar la salida de una bahía.

Hasheth habría aplaudido ante cualquiera de los dos usos que se les diera. Como cabeza de la Cofradía Marítima, lord Hhune tenía responsabilidades y, quizás, ambiciones mayores. Y él también. Era una lástima que uno de esos navíos tuviese que ser sacrificado, pero un hombre tiene que estar preparado para pagar un precio por su ambición. Y el hecho de que él estuviese utilizando monedas de otra persona, lo hacía todo mucho más simple.

Una vez encontrada respuesta a sus preguntas, el joven se apresuró a regresar a la posada donde tenía alquilada una habitación y extrajo de su bolsa una muda de ropa. El traje de color oscuro y buena calidad propio de un próspero mercader había sido confeccionado por el mismo sastre que hacía la ropa de lord Hhune, así como la de su fiel escriba, Achnib.

Hasheth se pegó un espeso bigote sobre el labio superior y se peinó el pelo hacia atrás con aceite aromatizado. Incluso se enfajó con varias piezas de ropa la cintura para imitar la incipiente barriga del escriba y embutió un poco de goma de resina

entre los dientes y la pared interna de las mejillas para dar a su rostro un aspecto más relleno. Cuando lo tuvo todo listo, salió a hurtadillas de la posada y regresó a los muelles..., y a la oscura y peligrosa taberna que se encontraba al borde mismo de las negras aguas.

Aquel antro servía a sus propósitos de forma excepcional. En el desnudo rótulo que colgaba del exterior se leía el nombre de La Carrera, nombre que recibía el canal de vientos y aguas revueltas que desembocaba en la bahía del Dragón de Fuego. Los navíos que entraban en Puerto Kir llevaban izada la bandera pirata de las islas Nelanthers y algunos de sus tripulantes tenían arrogancia suficiente para bajar a tierra firme. Corrían rumores de que se reunían a beber en esa taberna.

Hasheth encontró una mesa solitaria en una esquina, junto a dos tipos con aspecto de duros; uno lucía una barba dividida en dos mechones gemelos y el otro iba más o menos afeitado. Un tabernero de cuerpo parecido a un barril de cerveza y ojos cautelosos se acercó a tomarle nota.

—Vino, por favor —pidió intentando imitar el tono de voz agudo y quejumbroso de Achnib. Luego, bajó el tono una o dos décimas—. También necesito pasaje para Lantan, si puede arreglarse.

Los hombres de la mesa siguiente intercambiaron una mirada y uno de ellos aposentó sus botas sobre la silla vacía que quedaba en la mesa de Hasheth.

—No he podido evitar oídos. Es posible que nosotros pudiésemos arreglaros eso.

Hasheth lanzó miradas sigilosas a derecha e izquierda y luego se inclinó hacia adelante.

—¿Desde Espolón de Zazes? Estaría muy agradecido si pudiese arreglarse, y rápido.

—Oh, bueno, desde Espolón de Zazes... —intervino el otro hombre con patente acento de sarcasmo—. Eso es la mitad de fácil. ¿Estáis seguro de que no deseáis salir desde Siempre Unidos, puestos a pedir?

—Tengo asuntos que atender en mi ciudad natal —repuso Hasheth, secamente—. Habré concluido en unos diez días y, una vez haya acabado, tendré que salir rápidamente. ¿Podría hacerse?

—Quizá sí, pero os costará. ¿Qué pensáis pagar?

—Os pagaré con información —repuso en voz baja y sigilosa—. Decidme qué cargamento os interesa, y os nombraré qué navío lo lleva, cuál es su ruta y con qué tripulación cuenta. El barco mercante estará escoltado por un navío, pero puedo encontrar el nombre del navío armado que se encargará y ayudaros a colocar en él a vuestros propios hombres. Si os apoderáis del barco escolta, la carabela y su carga serán también vuestros.

El primer pirata se hurgó los dientes con una uña sucia mientras meditaba sobre aquella posibilidad.

—¿Y cómo sabéis tantas cosas? ¿Cómo podemos estar seguros de que esa información que queréis suministrar vale más que monedas contantes y sonantes?

Hasheth cogió un pedazo de pergamino y un trozo de lápiz de carboncillo de la bolsa que llevaba atada a su abultado vientre y, tras garabatear un nombre y un título en la hoja, se lo pasó a los hombres. Los dos lo miraron y prorrumpieron en estridentes carcajadas.

—¿Por quién nos tomáis, por un par de clérigos? ¿Quién aprende a leer sino los clérigos ataviados con sandalias y los oficinistas de gordas posaderas? —intervino el pirata barbudo, pero aun así cogió el pergamino y se lo metió en el bolsillo, como había esperado Hasheth que hiciese.

—Me llamo Achnib —se presentó Hasheth con tanta dignidad como supuso que haría el hombre cuya identidad estaba suplantando—, y soy el escriba mayor de lord Hhune de Espolón de Zazes.

—Mmm. —La información pareció impresionar al pirata—. Pero ¿por qué diez días, exactamente?

—Mi señor está fuera por negocios. Me conviene desaparecer de la ciudad antes de su regreso.

El hombre chasqueó la lengua.

—Habéis sacado un pico, ¿no? Bien. Lantan es un buen lugar al que llevar dinero. Se puede conseguir un buen puñado en el tráfico de armas. Si os introducís pronto en el negocio, os haréis rico.

—Necesito pasaje, no consejo para hacer inversiones —replicó Hasheth en tono arrogante mientras empezaba a levantarse de la silla. ¿Queréis hacer negocios o tengo que acudir a otro lugar?

—Replegad un poco las velas, hombre —repuso el pirata barbudo con sequedad—. Deseáis ir a Lantan. Decidnos lo que sabéis y si nos interesa, quizá podamos llevaros allí.

Aquello era precisamente lo que Hasheth deseaba oír. Cuantas más preguntas sobre Achnib formularsen, mejor.

Cuando se hubo ultimado el acuerdo, un regocijado Hasheth hizo el camino de vuelta a la posada para deshacerse de la identidad que había tomado prestada. Sin embargo, no estaba tan abstraído con su éxito para no darse cuenta de los dos hombres que había agazapados en un muro lateral de una tienda. Ambos se pusieron en marcha tras él, considerando sin duda que aquel hombre bien vestido y obeso era un blanco cargado y fácil.

Hasheth torció el labio en mohín de desdén. Aquellos tipos no sabían ni siquiera cómo seguir a la presa de forma sigilosa..., la primera lección que se enseñaba a un aspirante a asesino. No aminoró el paso ni reaccionó hasta que empezó su ataque súbito y zarrapastroso; en ese momento, dio media vuelta y soltó con un rápido

movimiento bajo su cuchillo de asesino. La hoja giró una sola vez antes de hundirse en el estómago de uno de los tipos con un ruido sordo, húmedo y carnoso.

El otro hombre carecía de la inteligencia o la rapidez de reflejos necesaria para detener su acometida, así que Hasheth lo dejó acercarse y, en el último momento, se hizo a un lado y extendió el antebrazo, con el codo flexionado hacia la cintura. El movimiento pilló al segundo tipo en mitad del cuerpo, y lo hizo precipitarse de bruces sobre el muelle de madera.

Antes de que el atónito tipo pudiese llegar a moverse, Hasheth se inclinó sobre él y extrajo un cuchillo herrumbroso y mísero de su cinturón. Luego, agarró un puñado del pelo grasiento del rufián y, echándole la cabeza hacia atrás, presionó el filo contra su garganta, y dudó.

El joven estaba encantado de que la destreza que había aprendido durante su entrenamiento le sirviera en las calles, pero era todavía joven y no había probado a matar a un hombre. Echó una ojeada a su primera víctima; notó las burbujas rojizas que se estaban formando en las comisuras de su boca abierta y supo que no podría resistir mucho más. No obstante, aquel segundo hombre estaba tumbado y fuera de combate. ¿Era realmente necesario matar dos veces?

Hasheth necesitó un solo instante para reflexionar. Iba vestido como Achnib, imitaba a un personaje demasiado obeso y lento para hacer lo que acababa de hacer, y si su hazaña se divulgaba, echaría por tierra todos los planes que con tanto cuidado había trazado aquella noche. La posibilidad era remota, pero existía, y eso era suficiente.

El joven hundió la daga profundamente y con rapidez, trazando un sesgo hacia atrás y en curva como le habían enseñado a hacer. La sangre salió a borbotones como si fuera un geiser, pero apenas una gota llegó a ensuciar las manos de Hasheth.

El joven se quedó de pie contemplando su obra. La temporada que había pasado en la Cofradía de Asesinos le había sido de utilidad, ni un asesino del rango del Fajín de Sombra habría podido hacerlo con mayor suavidad. Era lo que siempre habían dicho sus tutores reales, el conocimiento no era nunca en balde.

Hasheth se acercó los pasos que lo separaban del primer muerto y, tras recuperar la daga, la limpió con la ropa que llevaba el cadáver, aunque poco tenía de limpia aquella tela inmunda, y se la guardó en el cinto.

Más tarde, cuando estuvo de nuevo en la soledad de su habitación alquilada, hizo dos muescas sobre ella, la dos primeras de una lista que Hasheth esperaba que fuese numerosa.

Durante toda aquella noche y el día siguiente, Arilyn no pudo pensar en nada más que en su extraña conversación con la entidad mágica de su hoja de luna. Si los elfos tenían que luchar, y no estaban dispuestos a seguir a los líderes que tenían, ¿qué otra

opción le quedaba que proporcionarles un líder a quien seguir? Por más que lo intentaba, no conseguía encontrar otra solución.

Sin embargo, algo en el ambiente de Árboles Altos actuaba como un bálsamo para sus atribulados pensamientos. Cada día era más prolongado que el anterior porque se aproximaba el momento que marcaba el solsticio de verano. La mitad del verano era una fecha marcada por la celebración de todos los elfos, pero Arilyn nunca había presenciado tan alborozada expectación como en la aldea elfa.

El crepúsculo de la víspera del solsticio transcurrió suavemente, envolviendo el ambiente con una profunda luz verde dorada, y con él llegaron muchas criaturas del bosque para celebrarlo con la tribu elfa. Había faunos, diminutas criaturas sobrenaturales de cabellos pajizos, cuerpos peludos y patas delicadas acabadas en pezuñas con hendidura en medio; sátiros, parientes más irreverentes y de mayor tamaño que los faunos, cargados de aguamiel y licores; unos cuantos centauros, de temple severo y digno incluso en su temporada de mayor alborozo, trajeron regalos y fruta y flores para sus anfitriones elfos. Había también duendes y hadas y otras criaturas sobrenaturales de las cuales Arilyn no conocía ni el nombre. Y había otros que parecían estar allí un momento, y desaparecían al instante siguiente, y supuso que en mitad del verano los muros entre los distintos mundos eran tan difusos que incluso una semielfa era capaz de captar retazos de lo que sucedía al otro lado del velo.

Todos se unían para los festejos y para compartir el aguamiel del verano, un maravilloso vino de miel destilado de flores y de frutas. Ningún elfo verde mantenía colmenas de abejas, pero se dedicaban a recolectar el néctar que encontraban en los huecos de los árboles, y añadían después esencia de frambuesa silvestre y magia elfa. El resultado era un vino muy elaborado, que Arilyn se habría atrevido a catalogar entre los mejores vinos elfos que había probado nunca.

Como momento álgido de las celebraciones, a medida que los elfos se iban poniendo más y más alegres y antes de que los sátiros se rindieran a sus impulsos, se pronunciaron y se entonaron oraciones no sólo al Seldarine, dios del bosque venerado por los elfos, sino también a los dioses de sus visitantes.

Al final empezó la música: una tonadilla alegre de flauta que era la invitación tradicional al baile. A medida que se iban uniendo a la melodía los festejantes, se añadían otros instrumentos: flautines, campanillas y tambores.

Durante un buen rato Arilyn se dedicó a observar. En los días previos a la muerte de su madre, había asistido a festivales del solsticio de verano en Siempre Unidos, pero era demasiado joven para participar en ellos, y además no siempre era bien recibida en las celebraciones. Entre los elfos había en aquellas ocasiones armónicos sutiles y sagrados que ninguna otra raza podía compartir y, no obstante, era precisamente la música lo que hacía acercarse a ella a los bailarines.

Arilyn no había comprendido nunca en su totalidad la fascinación mística que

sentía el pueblo elfo por la danza, ni tampoco ella poseía demasiada destreza, aunque por insistencia de Ala de Halcón, su protegida convertida en mentor, se había puesto un vestido de transparencias verdoso apto para bailar toda una noche cálida de verano. Era con diferencia el atuendo más maravilloso que había llevado nunca Arilyn. Suave como una gasa, lo suficientemente ligero para flotar a su alrededor cuando se movía, era capaz de captar el tono verde y nítido de un día perfecto de verano. Era también el vestido más escaso que nunca se había puesto: la falda era corta, y los brazos y las piernas quedaban al desnudo para poder bailar. A insistencia de Ala de Halcón, Arilyn se había puesto una diadema de diminutas flores blancas en el pelo y llevaba los pies descalzos. Por extraño que pareciese, todos los elfos iban vestidos de forma similar; no existían las pieles de ciervo aquella noche, ni los ornamentos de huesos o de plumas. Parecía que los habitantes de Tethir hubiesen dado un salto por una noche a un tiempo mucho más ancestral.

Ala de Halcón se había unido ya a la danza, luciendo con orgullo la esmeralda que Arilyn le había regalado como obsequio del solsticio de verano. La mayoría de los regalos que se intercambiaban eran simples frutas o flores, pero el recuerdo del regocijo que había brillado en los ojos de la muchacha al ver el obsequio todavía reconfortaba a Arilyn. Le preocupaba aquella niña; Ala de Halcón era demasiado joven para odiar con tanta pasión y matar con semejante facilidad. Era bueno ver cómo la muchacha revoloteaba en brazos de Tamsin, riendo con tanta alegría como si en verdad fuera la muchacha despreocupada que habría tenido que ser. Aquella visión bien valía la esmeralda..., otro de los costosos recuerdos de Danilo, y al ver el alborozo de Ala de Halcón, dudaba que Danilo hubiese desaprobado el uso que había hecho ella de su regalo.

La niña captó la mirada de Arilyn y su diminuto rostro se iluminó con una sonrisa. Con las manos extendidas, se acercó corriendo a la elfa de la luna y la introdujo en la danza. Empezaba el círculo, la danza final que iba a significar la celebración del solsticio. Arilyn se dejó llevar por los demás, sin preocuparse de que sus pasos no fueran tan ligeros o sabios como los de aquellas criaturas sobrenaturales. Algo en aquel tipo de festividades hacía que ciertas cosas carecieran de importancia.

Arilyn permitió que la arrastraran la paz y el gozo que la danza del círculo tejía alrededor de todos ellos, consciente de que aquella iba a ser la última parte de los festejos en los que iba a tomar parte.

Entre los elfos era costumbre que en mitad del verano se celebrasen las bodas y se reunieran los amantes. Los niños nacidos en esa fecha eran considerados una bendición especial de los dioses e incluso aquellos elfos que no tenían un compañero especial buscaban a un amigo con quien compartir la magia del solsticio de verano.

Era casi imposible no hacerlo. Así como los ciclos de la luna controlan las mareas, la inexorable rueda del año los arrastraba a todos a un ambiente de

celebración. Los faunos se perdían entre las sombras, de dos en dos. Duendes y hadas revoloteaban juntos como luciérnagas gemelas, en aquel tiempo sagrado, cada una a lo suyo.

Arilyn se fue apartando lentamente del círculo, reticente a abandonar aquella extraña y maravillosa comunión que había experimentado aquella noche. Un ligero tacto en su hombro desnudo le hizo darse la vuelta sobresaltada, con la mano en la empuñadura de la espada que estaba comprometida a llevar incluso en una noche como aquélla.

Se encontró en brazos de Foxfire, quien no dijo nada, aunque sus ojos eran oscuros y lucían un tono de indiscutible invitación.

El instinto y el hábito la hicieron reaccionar; se puso rígida y dio un paso atrás.

Foxfire apoyó una mano en su espalda, obstaculizándole la retirada.

—La noche es breve —musitó en voz baja, la frase tradicional que se intercambiaban amantes y compañeros que compartían la magia del solsticio de verano.

A Arilyn se le hizo un nudo en la garganta mientras hacía mella en ella el impacto completo de la invitación del elfo. A los ojos de Foxfire, ella era merecedora de la mayor de las celebraciones elfas, que no se cumplía sólo para satisfacer el deseo sino como una unión sagrada con la tierra. Nunca había podido soñar con encontrar en el mundo elfo una aceptación semejante..., nunca la había creído posible. La tentación de ser lo que él creía que era fue demasiado grande para que pudiera soportarla una semielfa solitaria como ella.

Por primera vez en toda su vida, se dejó llevar.

—La noche es breve —accedió.

Korrigash y Hurón contemplaron cómo sus líderes de guerra se fundían entre las sombras, juntos.

—No es justo —musitó el varón, con expresión turbada—. ¿No estabais prometidos, tú y Foxfire?

—Por muchos años —convino Hurón, con una mirada indescifrable en sus ojos negros—, pero ¿qué importa? Mientras ese par ganen batallas, no me importa lo que hagan.

—Pero Foxfire es amigo mío, y eso que hace lo pone en peligro a él mismo.

—¿Por qué? —replicó Hurón, cortante. Durante muchos días se había mantenido ojo avizor con la semielfa. Según todas las apariencias, las acciones de Arilyn seguían el curso que ella misma pregonaba, pero no podía librarse por completo del temor de que Arilyn cayese de nuevo en el papel que había representado con tanta destreza entre los humanos y le parecía posible que, una vez a solas, la hoja de la asesina se hundiese en el corazón de Foxfire.

No obstante, Korrigash no compartía aquella preocupación.

—Para bien o para mal, se forman lazos entre un varón y una hembra, y eso es más cierto que nunca en mitad del verano. El Pueblo sigue ahora a Foxfire, pero tal vez deje de hacerlo si se compromete estrechamente con una elfa de la luna.

—Y si dejan de seguir a Foxfire, tú estarás al mando —corroboró Hurón con calma, reconfortada por las palabras del cazador—. Dejemos que las cosas sigan su curso. Pero ahora ven —añadió, en un brusco cambio de humor—. La noche es breve.

—Pero tú estás comprometida con Foxfire —protestó Korrigash. Se notaba a las claras que se sentía a la vez turbado e intrigado por su sugerencia.

—Él está de todas formas comprometido —señaló la hembra—. Considera que estás haciendo prácticas, en caso de que tengas que suplantarle en algún otro asunto.

El cazador hizo asomo de protestar, pero las palabras le salieron vacilantes y, al final, cesó de hablar. La magia del solsticio de verano se había apoderado ya de él.

Foxfire alzó la vista para contemplar la espesa bóveda de vegetación del bosque y la luna del solsticio que se hundía en el cielo. Su luz pálida parecía suspendida en los miembros largos y blancos que todavía se entrelazaban con los suyos. Depositó un beso, suave como el ala de una mariposa, en los párpados cerrados de la semielfa dormida y se preguntó qué hacer a continuación.

Había tenido dudas con anterioridad, pero ahora tenía la certeza; tuviera lo que tuviera en su corazón y en su alma, la sangre de Arilyn era medio humana. Ningún elfo dormía como ella lo hacía.

Como jefe de guerra, Foxfire estaba comprometido a seguir las indicaciones de Rathomir. Podía discutir con el Portavoz, y de hecho lo hacía más a menudo que cualquier otro elfo de la tribu, pero respetaba a aquel elfo de mayor edad pues le debía a él todo su conocimiento. Según las costumbres de la gente elfa, estaba obligado a contarle a él lo que sabía de la recién llegada, pero ¿cómo podía hacerlo, conociendo como conocía a Rathomir? Para el Portavoz, todos los humanos eran enemigos, y los semielfos eran una obscenidad, una abominación. Probablemente ordenaría el sacrificio de Arilyn aunque no presentase una amenaza para la tribu. Y en esos momentos de trifulcas, ni la influencia de Foxfire ni las discusiones podrían salvarla.

¿Y la propia Arilyn? ¿Cómo reaccionaría si supiese que su secreto había sido desvelado? En este caso, tampoco le quedaban a Foxfire demasiadas dudas del resultado. Huiría del bosque, y eso no podría soportarlo. No, no tenía que enterarse de que la había pillado dormida.

Pero ¿cómo podía hacerlo? Foxfire no sabía lo que era el sueño..., tal vez un estado parecido al ensueño, un estado en el que se entraba con lentitud y que tenía

varias fases. Había caído en él apenas unos minutos antes. Tal vez podría ayudarla a despertar y utilizar su propia y sorprendente inocencia como un aliado. Ella no estaba familiarizada con sus propias respuestas y, aunque Foxfire se maravillase de que pudiese ser cierto, era posible que ella llegase a confundir un momento de sueño con la neblina lánguida y maravillosa que sucedía a su celebración en privado.

Con gran suavidad pero gesto firme, empezó a llevarla de regreso a la consciencia con mimo. Sus ojos del color del cielo se abrieron y lo observaron con cautela.

Foxfire sonrió.

—Acepto que los designios del Seldarine son un misterio, pero nunca entendí por qué la diosa del amor y de la belleza pertenece a los elfos de la luna. Ahora lo entiendo, porque en ti he visto su rostro.

No había falsedad alguna en sus palabras; de hecho lo sentía tal como lo había dicho, pero había un segundo mensaje entre líneas, y vio por el brillo de los ojos de Arilyn que lo había captado. La diosa Hanali Celanil era el compendio y la esencia de la hembra elfa. No habría podido expresar con mejores palabras cuán grande era su respeto por Arilyn como amante, o la aceptación de su persona como una elfa. Esperó fervientemente que ella oyera sólo el halago de sus palabras, y no la mentira.

Y así fue. Sus brazos blancos le rodearon el cuello y la magia del solsticio de verano empezó de nuevo para ellos.

Kendel Hojaenrama se coló en la taberna del muelle conocida como La Garganta Polvorienta y se abrió paso entre la multitud de clientes sedientos y sudorosos en dirección a un lugar libre que quedaba en el extremo más alejado de la barra. No es que a él le agradase aquella ruda multitud, ni la cerveza amarga, pero se encontraba sediento y cansado tras un día de duro trabajo en el muelle de Puerto Kir.

La Garganta Polvorienta era famosa por el carácter irreverente de sus camareras y las increíbles reyertas que estallaban casi todas las noches. Además, la taberna había estado cerrada durante casi una decena de días por una reyerta espectacular, y aquella noche era la primera después de la reapertura. A pesar del peligro que suponía frecuentarla, aquella taberna en particular era la favorita de muchos de los compañeros de Kendel, así que se sentía allí más a salvo que en ningún otro lugar.

El reciente tumulto había dejado una serie de marcas nuevas en el maltrecho local. Dos de las vigas que servían de soportes habían sido horadadas profunda y repetidamente a una altura de unos noventa centímetros del suelo. Según Kendel, las vigas parecían troncos parcialmente talados, ya fuera por obra de un castor de grandes proporciones o un leñador de baja estatura. Había un agujero de bordes astillados en uno de los muros de madera, aproximadamente a la misma altura y de una anchura de unos treinta centímetros, que permitía a los clientes echar un vistazo a la bodega de vinos y, a la inversa, dejaba que las ratas residentes contemplasen a voluntad a los clientes. Un tramo bastante grande de la barra había sido sustituido y su tono de madera clara contrastaba con el resto del mostrador, viejo y manchado de cerveza. Era evidente que había varias sillas nuevas y los travesaños rotos de muchas de las viejas habían sido atados con cuerdas en un intento de repararlas. Ni siquiera el hogar de piedra descomunal que adornaba la pared occidental de la taberna había conseguido salir ileso de las peleas y las piedras se veían desportilladas en muchos puntos, y su tono contrastaba con la chimenea ennegrecida por el humo.

Tampoco los empleados de la taberna habían salido ilesos. El fornido cocinero estaba de pie junto al hogar, increpando a un ayudante halfling que sudaba haciendo girar el asador, mientras él iba untando un cordero con una mano. El otro brazo lo llevaba vendado y en cabestrillo con una cinta con lamparones. El aspecto del horrible semiorco que se encargaba de las tareas difíciles y levantaba pesos pesados era todavía más espantoso que de costumbre. Le habían aplastado el hocico y tenía la mandíbula muy hinchada y salpicada de manchas de color púrpura y de aquel feo color verde amarillento propio de los cardenales a medio curar. Se las veía y se las deseaba para respirar a través de la boca hinchada y, con cada inhalación, dejaba al descubierto dientes rotos. De hecho, le faltaba uno de los colmillos inferiores, cosa que le daba un aspecto desequilibrado y grotesco. Incluso varias de las camareras

lucían en sus rostros marcas de la batalla: ojos amoratados, nudillos rotos y sonrisas triunfantes.

Aquella había sido la bronca que más daños había producido a la taberna según la memoria de Kendel, que era longeva. Se fijó en todas aquellas cosas de una simple ojeada. Puerto Kir era un lugar peligroso, y aquellos que deseaban sobrevivir en aquella ciudad aprendían a aguzar sus sentidos y mantenerse alerta ante cualquier señal de peligro.

Kendel también se dio cuenta de inmediato de que él llamaba la atención incluso en aquella abigarrada barra. La mayoría de los tethyrianos nativos tenían la piel aceitunada, los ojos negros y un tono de cabello que abarcaba desde los castaños a los negros. La mayoría de los marineros y braceros que atestaban la taberna eran muy musculosos gracias a su trabajo. En contraste con ellos, Kendel tenía un cabello rubio rojizo, ojos del color del cielo y una piel tan pálida que ningún rayo de sol era capaz de broncear. Aunque fuerte, su constitución era ligera y apenas sobrepasaba el metro y medio. Era, en definitiva, un elfo.

—¿Qué deseas? —preguntó una voz ronca y profunda que parecía emerger desde algún punto indeterminado de detrás de la barra.

Perplejo, el elfo se inclinó hacia adelante y vio que lo contemplaba el rostro de un enano joven con una barba corta y parda y un rostro tan taciturno como una mañana lluviosa.

—¡Un elfo! Ah, entonces no tienes que decírmelo —prosiguió el enano en tono áspero—. La cerveza que sirven aquí es demasiado fuerte para los gustos de los de tu raza, así que seguro que me pides un vaso de agua con gas o quizás un poco de leche caliente.

—O tal vez elverquisst —sugirió Kendel con frialdad. El aspecto delicado de la raza elfa a menudo provocaba que los miembros de otras razas sacaran aquel tipo de conclusiones, cuando en realidad los vinos y licores elfos se encontraban entre los más potentes de todo Faerun.

—Oh, elverquisst, ¿no? Sí, seguro que este lugar está lleno de barriles de vinos elfos —replicó el enano con tono sarcástico—. Y los retretes de ahí afuera están llenos de piedras preciosas, no sé si me entiendes.

Una sonrisa involuntaria asomó a los labios de Kendel. Compartía la recelosa opinión del nuevo camarero sobre la bodega de vinos de La Garganta Polvorienta y, aunque probablemente él no habría formulado su crítica de la misma forma, tenía que admitir que la comparación del enano era acertada.

—A decir verdad, yo mismo me tomaría a gusto una jarra de ese elverquisst —prosiguió el enano en un tono melancólico—. ¡Es una bebida capaz de arrancar pintura y fundir pedazos de metal!

—Nunca había oído describir al elverquisst en esos términos —repuso Kendel,

apacible—. Veo que tienes problemas que necesitan ser ahogados en bebida, ¿no?

—Exacto.

Con retraso, el camarero enano pareció recordar tanto sus obligaciones como la reputación circunspecta de su gente así que cerró la boca con un «clic» casi audible y, tras coger un trapo que había sobre un barrilete rechoncho que reposaba a su espalda, empezó a sacar brillo a la barra, dando saltitos para alcanzar la superficie.

El elfo reprimió una sonrisa.

—Si acercas el barrilete a la barra, tal vez te facilites el trabajo, y también podrás ver a los clientes —propuso.

—Aquí no hay nadie que merezca la pena ver —gruñó el enano, pero se apresuró a hacer lo que Kendel le sugería. Al cabo de un momento, se subió al barril y colocó ante el elfo una jarra coronada de espuma—. Cerveza. No es buena, pero sí la mejor que puedas encontrar en este antro. Yo creo que la cerveza sabe mejor sin el agua marina que le añaden para alargarla.

Kendel aceptó la bebida con un ademán y bebió un sorbo. Era sin duda mejor de lo que jamás había probado en la taberna. A cambio, deslizó una pequeña moneda de plata que se sacó del bolsillo sobre la barra, en dirección al camarero. El enano se la embolsó con un diestro y despreocupado movimiento del trapo.

—No puedo dejar que lo vean o me lo quitarán más rápido que un halfling borracho una doncella servicial. El tipo que dirige este antro es rápido cogiendo monedas que no son suyas.

—¿Te han robado? —preguntó Kendel con cautela. No era muy inteligente intervenir en conflictos de los demás, pero se sentía inexplicablemente atraído por el camarero y encantado por sus comentarios. Aquel tono amistoso era raro en Tethyr, en especial con un elfo.

—¿Robado? Podría decirse así —replicó el enano—. Yo vine aquí, como tú, a mojarme el gaznate después de un largo día. —Una sonrisa fugaz iluminó su rostro con una inesperada nota de nostalgia—. A decir verdad, no había sido un día duro. Las Arenas Espumosas..., ¿has oído hablar de ese lugar?

El elfo asintió, porque la reputación de aquella casa de baños y de placer era conocida en la ciudad. Aun así, no creía que el enano dijese del todo la verdad, porque Las Arenas Espumosas era un establecimiento fuera de las posibilidades de los trabajadores del muelle y los camareros.

—Tenía los bolsillos repletos de oro y un puñado de plata —prosiguió el enano, en tono triste—. El oro lo había ganado tras diez años de trabajo duro y la plata era un regalo, legalmente mío. Gasté la plata en Las Arenas..., fue una ganga. Y luego vine aquí, pero antes de haber acabado una cerveza empezó la bronca. Por suerte, me sentía inusualmente tranquilo, porque si no habría podido hacer mucho daño.

—Según todos los indicios, no lo hiciste del todo mal —musitó Kendel—.

Supongo que se quedaron el oro para las reparaciones.

—¡Con lo que me quitaron podrían haber reformado el antro entero desde la bodega hasta la chimenea, y todavía les habría sobrado para contratar a la mitad de las chicas que trabajan en Las Arenas Espumosas para que atendieran las mesas! — exclamó el enano—. Luego dijeron que no había bastante, y por supuesto les respaldaban las leyes locales..., así que aquí estoy, trabajando para pagar el resto. He estado trabajando unos días, y parece que todavía me queda. Por lo que se ve, he cambiado un tipo de esclavitud por otro —concluyó, taciturno.

Kendel escuchaba en silencio porque no habría sido muy inteligente proclamar a voces que aquello era una atrocidad. La esclavitud no era desconocida en Tethyr, pero el hecho de que aquel enano extraño y encantador estuviera sometido a ella resultaba especialmente mortificante para el elfo. Los tiempos resultaban difíciles en Tethyr, sobre todo para aquellos individuos que no tenían sangre humana en las venas.

En opinión de Kendel, si existía alguna ventaja de tener una vida longeva era la posibilidad de ver cómo la rueda de los acontecimientos daba vueltas completas, una y otra vez. Pero también era, en muchos aspectos, una maldición, y en Tethyr quizás era doblemente cierto.

Kendel había llegado a Tethyr antes de que los abuelos de cualquiera de los humanos presentes allí hubiese nacido. Había formado un hogar y una familia, pero al cabo del tiempo vio cómo le arrebataban sus propiedades cuando los humanos en el poder decidieron que ningún elfo podía poseer tierras. Gracias a su habilidad con la espada y su resistencia, se había forjado otra vida, y su fortuna había prosperado pareja a la de la facción de la realeza para los que luchaba. Pero luego, el humor de los reyes tethyrianos varió y se sucedió una persecución atroz que diezmó al pueblo elfo incluso más leal. Kendel había podido sobrevivir, pero no así la familia real. Durante años se había apoderado de la tierra un fervor igualitario que se había extendido incluso a miembros de otras razas. Una vez más Kendel había prosperado, sólo hasta presenciar una vez más cómo el ciclo de la opinión ciudadana volvía a replegarse hasta los niveles más bajos. Tres años atrás, había sido mercader. Ahora, el mejor trabajo que podía conseguir era de bracero en los muelles.

El elfo bebió un sorbo de cerveza pero, aunque estaba enfrascado en sus recuerdos, no dejaba de estar alerta a los posibles peligros. Por el rabillo del ojo vio que un grupo de hombres se abría paso por el local. Eran cinco, mercenarios todos. Conocía la calaña lo suficiente para reconocerlos al primer vistazo; todos caminaban de un modo tambaleante que implicaba bravuconería, pero que a la vez sugería una cierta falta de propósito o dirección. Eran hombres sin dueño, en su mayoría, que buscaban una razón para luchar y, en consecuencia, para vivir.

Sin embargo, aquellos hombres parecían ser una excepción pues tenían un propósito concreto. Cuatro de ellos se abrieron paso por la multitud, caminando

directamente hacia donde estaba sentado Kendel.

El elfo aflojó con cuidado la daga que tenía atada al muslo. Habían pasado muchos años desde la última vez que la había utilizado, pero la memoria elfa era prolongada y, si se lo forzaba a luchar, estaba seguro que podría defenderse.

—Te conozco —anunció uno de los mercenarios en voz alta, señalando con uno de sus rollizos dedos en dirección a Kendel—. Eres uno de esos elfos salvajes que atacaron la plantación de ganja al sur de Piedra Musgosa. Quemaron un granero hasta el suelo, eso hicieron, y asesinaron a la familia entera y a la mayoría de los braceros.

En aquella estancia, súbitamente silenciosa, Kendel se dio la vuelta para enfrentarse a quien lo acusaba.

—No es cierto, señor —repuso, seco—. Si tiene algún asunto pendiente con el pueblo elfo, será con los habitantes del bosque. Ya podrá ver por el tono de mi pelo y de mi piel que yo no soy uno de ellos.

—Bueno, yo no entiendo de eso —intervino otro de los mercenarios—. Vi a un elfo de cabellos rojizos entre los que encabezaban la incursión. Dicen que le esculpió la marca a cuchillo a nuestro capitán en la mejilla. Por lo que sabemos, podrías haber sido tú.

—Eso no es posible. No he salido de Puerto Kir desde hace muchos meses —protestó el elfo—. He estado trabajando en los muelles desde principios de primavera. ¡Muchas de las personas que hay aquí pueden dar fe de ello! —Kendel echó un vistazo a su alrededor, buscando a alguien que lo corroborase.

Pero no hubo respuesta. Incluso varios de los hombres que trabajaban codo con codo a su lado día tras día permanecieron en completo silencio, con los ojos alerta.

Sin embargo, las palabras del elfo provocaron un estallido de estridentes carcajadas entre los mercenarios.

—¿Habéis oído, muchachos? —se mofó uno de ellos—. ¡Trabaja en los muelles, fijaos! Si alguno de vosotros ha visto jamás un peón como él, que lo diga.

A aquellas alturas quedaba claro para Kendel el rumbo que iba a tomar aquella confrontación. Había presenciado la misma escena con anterioridad, aunque hablando de diferentes lugares: una granja, un palacio, una casa de negocios, una taberna..., al final siempre sucedía lo mismo.

La mirada del elfo permaneció tranquila e inalterable pero su puño se cerró en torno a la empuñadura de la daga. Si atacaba el primero, con rapidez y contundencia, tendría una buena oportunidad para abrirse camino hasta la puerta.

Una buena oportunidad..., más de lo que solía tener habitualmente. Escaparía, y luego empezaría de nuevo, como había hecho en tantas y tantas ocasiones.

—Oí decir que había esclavos elfos trabajando en esa granja, en contra de lo que permite la ley en estas tierras —comentó una voz hosca desde detrás del mostrador—. Si fuerais legales, no iríais tan rápidos en luchar para mantenerlos allí.

Los mercenarios intercambiaron miradas de incredulidad. Se oyó el roce de madera contra madera y un enano de barba parda asomó por el mostrador y se quedó mirando a los tipos con gesto acusador. Los mercenarios estallaron en carcajadas.

—¡Un enano! ¡Y yo que pensaba que se trataba de la voz de los dioses! —se burló uno de ellos.

—Es un poco pequeño para ser dios —comentó otro de ellos, y esbozó una ancha sonrisa al ver que su comentario provocaba otra oleada de risas.

—¡Ocúpate de tus asuntos, enano, y deja que nosotros nos ocupemos de los nuestros!

El enano se encogió de hombros y alzó ambas manos en un gesto despreocupado de aceptación; luego bajó de un salto del tonel y desapareció. El mercenario soltó un puntapié que fue a derribar el taburete que sostenía al elfo.

Pero con gran agilidad Kendel se puso de pie de inmediato, con la daga brillante y lista en las manos. Su atacante levantó la mano por encima del hombro, desenvainó una espada de hoja ancha de una funda y se encaró a él.

Afortunadamente para el elfo, la multitud ponía en desventaja a sus atacantes porque quedaba poco espacio para maniobrar con las espadas de hoja ancha y Kendel pudo esquivar las primeras acometidas. Pero eso fue sólo el principio. Con la soltura que proporciona la práctica, los clientes empujaron mesas y sillas contra las paredes para improvisar una palestra. Muchos de ellos, en especial aquellos que todavía lucían las cicatrices de la última bronca, se apresuraron a alcanzar la salida.

Kendel se encontró de repente frente a los cinco hombres en terreno abierto. Tenía la barra a su espalda y los mercenarios lo tenían rodeado en semicírculo. Llevaban las espadas desenvainadas y el rostro contraído en socarronas sonrisas mientras se aproximaban a él.

Un crujido estrepitoso resonó en el inquietante silencio de la taberna. El camarero enano irrumpió a través del muro de madera de debajo de la barra, con la cabeza en posición baja como si fuera un macho cabrío y se le ocurrió a Kendel de repente la procedencia de aquel enorme agujero que había visto con anterioridad en la pared de la bodega.

Al compás de un grito a su dios de la batalla, el enano embistió directamente contra el mercenario más grande. Su cabeza impactó de lleno por debajo del cinturón del rufián.

Los ojos del mercenario estuvieron a punto de salirle de las órbitas y se le escapó la espada de las manos. Abrió la boca, incapaz de pronunciar una palabra, mientras con las manos se sujetaba el destrozado bajo vientre. Tras un momento de silencio, se tambaleó y cayó de bruces como un árbol talado, para soltar desde el suelo un débil y agudo gemido.

Por su parte, el enano pareció no resentirse en lo más mínimo de la embestida.

Pocas sustancias en todo Toril podían equipararse en dureza al cráneo de un enano. Dio unos pasos atrás, rebotó contra la barra y cruzó a la carrera la estancia en busca de un arma. Los clientes se apartaban a su paso como cucarachas que huyesen despavoridas ante la súbita luz de una antorcha, y apareció ante la vista la chimenea, frente a la que estaba el aturdido cocinero, sosteniendo con una mano, apoyada en la cadera, una fuente en la que reposaba una pierna de cordero recién asada.

El enano se aproximó con rapidez a la chimenea y, mientras avanzaba, cogió un paño que había dejado sobre la barra y se envolvió la mano, antes de coger la pierna y regresar sosteniendo la improvisada arma al campo de batalla. Utilizando la carne asada como porra, atizó un buen golpe al mercenario que le quedaba más cerca.

El hombre bajó el filo de la espada para contrarrestar la inusual arma, pero la hoja se hundió hasta la empuñadura en la carne tierna sin por ello detener en lo más mínimo la embestida del enano. Subió hacia lo alto la pata de cordero, incrustando la empuñadura de la espada contra el rostro del hombre. Se oyó un crujido de huesos cuando el mango le destrozó la nariz, y luego una salpicadura cuando la carne humeante topó contra el rostro del tipo y le esparció los jugos calientes sobre los ojos. El mercenario se echó hacia atrás, chillando y sujetándose la nariz rota y los ojos cegados.

—Lástima de comida —musitó el enano, pero lanzó la pata de cordero contra el suelo para poder sacar la espada. El arma era demasiado larga para su corta talla, pero a juzgar por lo bien que el elfo se las estaba arreglando con una simple daga, supuso que su nuevo amigo sabría manejarla con soltura.

Mientras esquivaba uno y otro golpe, Kendel miró de reojo la chimenea mientras resonaba en la taberna un nuevo grito de guerra. Su nuevo aliado sostenía una espada ante él como si fuera una lanza, con la empuñadura hacia su estómago, mientras arremetía de nuevo a la carga. La víctima elegida por el enano se volvió al oír el agudo alarido y esquivó la acometida. Aunque el enano no tuvo tiempo de cambiar el rumbo de su objetivo original, la espada se hundió de pleno en la protuberante tripa de otro mercenario.

—¡Hoop! —murmuró el enano, mientras intentaba enmendar su error con rapidez. Se giró contra la espada y empezó a correr en círculos alrededor del hombre empalado, como si fuera un capataz de granja empujando uno de los brazos de un molino. La espada desgarró la carne con repugnante facilidad y los intestinos del hombre se desparramaron por el suelo mientras el tipo caía, muerto, sobre un charco de sangre.

Mientras, el elfo se apresuró a contrarrestar un golpe del primer hombre, un barrido bajo que habría tumbado a todas luces al enano. Pilló la espada del rufián con la guarnición de su daga, pero la fuerza del golpe lo obligó a ponerse de rodillas.

Antes de que el mercenario pudiese destrabar su espada para descargar otro golpe,

el enano se abalanzó sobre él y, pasando por encima de las armas entrelazadas, asestó un puñetazo en un punto por debajo de las costillas del hombre. Éste soltó el aire de los pulmones en una sola ráfaga mientras caía de bruces sobre el elfo arrodillado.

El enano agarró al hombre por el pelo y lo obligó a levantar la cabeza.

—Parece que por fin nos vemos cara a cara —se burló, antes de incrustar el puño en el rostro del mercenario. Con una sola vez habría sido suficiente, pero el enano lo repitió por puro placer. Luego, apartó de un empujón al hombre inconsciente con gesto despreocupado y recogió su espada caída.

—Utiliza ésta, elfo —aconsejó a Kendel—. La otra es mejor, pero verás que el mango está un poquitín resbaladizo.

El elfo sopesó la espada que le ofrecían mientras se levantaba. Acto seguido, dio media vuelta para enfrentarse al último adversario y pasó la daga al enano. Pero el mercenario que quedaba en pie no tenía alternativa ante aquel par, así que se apresuró a envainar su propia espada y precipitarse hacia la salida.

—Tras él —bramó el enano, saliendo a la carrera.

Kendel titubeó, pero enseguida se apresuró a seguirlo. Sabía que empuñar acero contra soldados humanos tenía penalizaciones severas, así que, fuese lo que fuera lo que pretendía hacer el enano, sería más seguro para él que Puerto Kir. Y se le ocurrió a Kendel que el viaje podía valer la pena por sí mismo.

Encontró al enano en el patio, botando salvajemente encima del mercenario, que forcejeaba. Kendel se aproximó a grandes zancadas y colocó el filo de la espada en su garganta.

—Cuánto has tardado —gruñó el enano mientras se echaba a un lado—. Éste bota más que un caballo picado por abejas. Ponte de pie —ordenó al hombre—. Echa a andar rumbo al este por la calle. Yo iré tras de ti y, si echas a correr o sueltas un grito para pedir ayuda, te clavaré esta daga en la espalda.

—¿Qué pretendes hacer con él? —preguntó Kendel situándose junto al enano.

Éste se mordió el labio mientras pensaba.

—A decir verdad, me estoy cansando un montón de estos andurriales. Me voy a ir en dirección a las montañas Tierra Rápida, con los míos, pero se me ha ocurrido que antes podríamos devolver a esta basura al lugar de donde ha salido. Me gustaría conversar con el hombre que lo contrató —aseguró con voz amenazadora.

—¿Por qué? —inquirió Kendel, sorprendido.

—He sido esclavo durante diez años. Más, si añades los días que he tenido que trabajar en los bajos fondos de una taberna, y no me ha gustado nada. Tampoco me complace la idea de ver cómo nadie, ni siquiera esos duendes de elfos salvajes, se ven forzados a someterse a la esclavitud. Quiero saber quién lo hizo y por qué. Contratar espadachines no es barato, y convertir a elfos en esclavos sólo puede traer un montón de problemas. Hay métodos más baratos y sencillos de recolectar hojas de ganja.

Tiene que haber algo más.

Kendel contempló al enano con renovado respeto. Pocas veces el pueblo enano consideraba el bienestar de otras razas, pero además se sentía un poco avergonzado por la inquietud que demostraba el enano. Hacía ya tiempo que oía rumores sobre los conflictos que atravesaban los elfos del bosque, pero había intentado mantenerse al margen. Para muchos humanos, un elfo era un elfo, y los incidentes como los que acababan de suceder en la taberna eran bastante habituales. Y ahí había, sin embargo, un enano dispuesto a ayudar a los elfos salvajes.

—¿Por eso luchaste en la taberna la primera noche? —preguntó suavemente—. ¿Saliste en defensa de un elfo asediado?

El enano increpó al mercenario y lo empujó con la punta de la daga.

—Insultaron a mi madre y no tenían por qué hacerlo.

—Por supuesto que no —corroboró Kendel—. Hiciste bien en defender su honor.

—Y su nombre —añadió el enano—. Yo hago algo más que compartir su nombre, ya que heredé mi nombre de ella. Lo llevo con orgullo, pero no todo el mundo ve las cosas del mismo modo.

—Ah, me llamo Kendel Hojaenrama —se presentó el elfo, que sentía curiosidad por saber qué nombre tenía el enano y quería acelerar las presentaciones.

—A mí me llaman Jill —respondió su nuevo amigo mientras echaba una ojeada de soslayo al elfo. Su expresión hizo que Kendel se atreviese a hacer un comentario.

—Eso explica mucho —murmuró en tono solemne—. En idioma elfo, la palabra «Jill» significa «guerrero temible» —mintió con rapidez al ver que se arremolinaba una nube de tormenta sobre las cejas del enano.

—Sí, así era ella —repuso Jill, feliz, olvidado ya todo rastro de enojo—. El nombre se usa en el clan tanto para varones como para hembras. Y aunque parezca extraño, parece que todos los enanos varones que lo heredan son cada vez mejores luchadores.

—Quizá porque tenéis más práctica —comentó el elfo; luego parpadeó al pensar cómo podía tomarse aquellas palabras el orgulloso enano.

Pero para su sorpresa, un profundo rumor de risotada se agitó en el vientre del enano y fue subiendo hasta su garganta en oleadas.

—Sí, quizá tengas razón —admitió.

Los nuevos amigos intercambiaron una sonrisa e hicieron avanzar a su rehén a buen paso hacia el este y hacia las respuestas que los esperaban allí.

Tras su encuentro con lord Hhune, Bunlap puso rumbo a su fortaleza con un nuevo contingente de mercenarios y el corazón apesadumbrado y desbordado de planes para destruir a los elfos que tanto se habían burlado de él y que tantas veces lo habían eludido desde hacía tanto tiempo. Uno de sus nuevos empleados, un sacerdote de Loviatar cuya fascinación por el sufrimiento rozaba los límites de lo tolerable, había accedido a acompañarlo hacia el este para interrogar a los elfos asesinados que Vhenlar y sus hombres habían recuperado. Con el tiempo, podrían atacar a los elfos en sus hogares más recónditos.

Pero el capitán de mercenarios no se sentía demasiado feliz con las noticias que se encontró a su llegada. La mayoría de los miembros de su último grupo de ataque había muerto en el bosque, y su mejor arquero había sido alcanzado más veces que el acerico de una costurera. El costoso hechicero de Halruaa seguía todavía en cama, sufriendo por causa de bajos espíritus y heridas sin especificar. Y lo peor de todo era que Vhenlar había sido incapaz de recuperar un solo cadáver de orejas puntiagudas para que el sacerdote pudiese interrogar.

—O los dejamos o nos unimos a ellos. Son las dos opciones que tenemos —informó Vhenlar a su capitán—. Yo propongo que los dejemos de todas formas, y para siempre, y sigamos solos.

—A su debido tiempo —le informó Bunlap, contemplando malhumorado el bosque.

—¿Qué ganaremos con seguir? —insistió Vhenlar—. La explotación forestal ha finalizado. Has conseguido el dinero y puedes salir limpio. ¿Qué más quieres?

—Es un asunto personal... —empezó a decir el capitán.

Pero Vhenlar no estaba dispuesto a consentirlo.

—¡Otra vez no! Te he visto meterte de cabeza y hasta el cuello en demasiados conflictos. No me he pasado cuatro años de mi vida esquivando a Zhents para vivir el resto de mis días mirando a mis espaldas por si me persiguen elfos vengativos. Ya he tenido bastante. Dame la paga, que me voy.

El capitán sacudió la cabeza, sin ni siquiera molestarse en mirar al enojado arquero.

—Tres batallas, no durará más. La primera será una escaramuza de poca importancia. Luego está lo de la explotación forestal. El viejo Hhune invirtió un montón de dinero en ella. Está en un lugar estratégico y es nuestra. Podemos recuperar el comercio de leña, en cuanto las cosas se enfríen un poco, sólo que no tendremos que compartir los beneficios con nadie. Puedes llegar a retirarte como un hombre muy, muy rico.

—Yo no vuelvo a ese bosque —soltó Vhenlar.

—No tendrás que hacerlo. Esta batalla podrás librarla según tu estilo preferido..., desde detrás de los parapetos, disparando contra los atacantes. Para eso no tendrás que abandonar la seguridad de la fortaleza.

El arquero consideró sus palabras.

—¿Cómo lo harás?

—Esperaremos —repuso Bunlap secamente—. Los elfos acudirán a nosotros, de eso estoy seguro.

—No creo que te molestes en decirme por qué.

El capitán de mercenarios fijó una mirada glacial en quien había sido su socio durante tanto tiempo.

—¿Recuerdas a los Arpistas?

Vhenlar soltó un bufido. La sociedad secreta llamada los Arpistas se dedicaba a desbaratar los planes de los zhentarim, a frenar las ambiciones de hombres poderosos y sin escrúpulos y a ser en general un estorbo para todo hombre que se dedicaba a apoderarse de más de lo que aquellos entrometidos consideraban justo.

—¿Están investigando?

—Por supuesto. Por eso regresé a Espolón de Zazes. Corre el rumor de que un agente de los Arpistas fue descubierto y se las arregló para esfumarse de la ciudad justo frente a las narices de los asesinos locales. Hice averiguaciones y me dijeron que había otro Arpista en la ciudad, al menos hasta hace poco. La mujer elfa que consiguió colarse por delante de nuestra fortaleza con aquella inteligente cortina de humo es una de sus agentes más entrometidas. Quizá recuerdes su nombre: ¿Arllyn Hojaluna?

—¿No fue ésa quien metió las narices en el Fuerte Tenebroso y mató a Cherbil Nimmt?

—La misma. Sabe quién soy y, si se encuentra a tiempo con los elfos del bosque, pronto descubrirán que el origen de sus preocupaciones se oculta detrás de los muros de esta fortaleza.

—Oh, ya se ha encontrado con ellos —replicó Vhenlar—. Es una elfa gris, ¿verdad? ¿Con una espada mágica? Bueno, está con ellos y les dice lo que tienen que hacer. Y la deben de estar escuchando, cosa que nunca habría creído posible. De no ser por ella, ¡nos habrían matado a todos!

—Tanto mejor. Puedes estar seguro de que os habrán seguido exploradores hasta aquí. Y confío en que no tarden en atacarnos. En ese momento intervendrán tus habilidades como arquero. Mata a una elfa de la luna en concreto, y serás libre de ir a donde quieras —concluyó Bunlap, sombrío.

El arquero asintió, aunque en verdad tenía poca fe en la seguridad que demostraba el otro. Tampoco era capaz de sentir el más mínimo entusiasmo por la inminencia de una nueva batalla. Tras haberse enfrentado a aquellos elfos y a aquella bruja Arpista,

no sentía deseos de volver a hacerlo, y menos tan pronto. No pasaba una sola noche en que no reviviera el ataque de fuego azul de la elfa, o que no se despertara de un brinco envuelto en sudor al soñar que enemigos que no podía ver ni tocar lo tenían constantemente rodeado.

Pero ¿qué otra opción le quedaba? Vhenlar se vería obligado a luchar contra elfos salvajes hasta que fuera asesinado o se volviera loco. Bunlap no lo dejaría marchar hasta que hubiese saciado su sed de venganza. Y, a juzgar por todo lo que Vhenlar había visto de su capitán, eso no iba a acontecer con facilidad, ni pronto.

Varios días después de la celebración del solsticio de verano, Arilyn se adentró sola en el bosque, sujetando con el puño bien cerrado el silbato de madera que imitaba la llamada de un lythari y que constituía su llave para adentrarse en el mundo de los lytharis. Lo que pretendía hacer no era fácil, pero tenía pocas alternativas.

La semielfa caminó hasta donde se atrevía a alejarse a solas, pues incluso ahora se confundía con facilidad en el entorno mágico que rodeaba Árboles Altos. Se llevó el silbato mágico a los labios y dio un silbido prolongado y quejumbroso que osciló a través de los árboles. Luego, eligió un árbol caído para acomodarse y se sentó a esperar.

Arilyn no estaba ni siquiera segura de que Ganamede respondiese a su llamada. El joven lythari se habría sentido confuso, tal vez incluso herido, por su aparente incapacidad de comprender el regalo que le había hecho al conducirla a la guarida de los lytharis. Tampoco había tenido ocasión de explicarle que no pretendía de verdad pedirle que reclutara a su gente, tan amante de la paz, para unirse a los elfos verdes en una batalla. Cuando se lo había sugerido a Rathomir, sólo pretendía ganar tiempo y poner a Ganamede a salvo, pero ¿cómo podía explicarle todo eso si precisamente ahora pretendía hacer lo mismo?

—Arilyn.

La semielfa se volvió hacia donde procedía la suave voz y se encontró casi frente a frente con el hocico, peludo y plateado, del lythari.

—Oí una extraña historia en Árboles Altos —empezó a decir sin más preámbulo—. Los elfos verdes cuentan que una guerrera salvó una vez a su tribu hace varios cientos de años. Y resulta que esa guerrera fue una de mis antepasadas, Zoastria, aunque ellos la llamaban Soora Thea. Dicen que esa elfa dirigía a las sombras de plata. ¿Es cierto que tu gente se alió en batalla en una ocasión con las criaturas del bosque?

—Una vez, hace mucho tiempo —admitió Ganamede, reticente—, pero el terror que asolaba el bosque en aquella ocasión era muy grande, y amenazaba su propia esencia. Muertos vivientes abominables, criaturas de los planos oscuros aliadas con una tribu de orcos batallaban sin más propósito que el placer de exterminar a los

elfos. Aquellas criaturas crecían como una úlcera en esta tierra, y los lytharis lucharon hasta que desapareció el enemigo.

—Los humanos con los que tratamos ahora no son demasiado agradables, tampoco —señaló Arilyn.

—Aun así, los humanos son seres inteligentes y hay muchas cosas buenas en ellos. De vez en cuando, los lytharis luchan contra un ser diabólico en particular un humano malvado, por ejemplo, y a veces incluso contra un elfo. Pero ¿entablar batalla contra muchos humanos? ¿Cómo puedes estar segura de que no se asesinará a nadie inocente junto con los malvados?

—A veces es imposible —admitió ella—. A veces me he enfadado con mi espada por juzgar a aquellos que se enfrentan a mí, pero es un alivio saber que, gracias a su poder mágico, no puedo matar por azar a un ser inocente. La mayoría de los guerreros no disponen de esa ventaja.

»Si no quieres luchar —añadió, siguiendo una súbita inspiración—, ¿aceptaríais salir en misión de exploración? Con seguridad debe de haber muchas «puertas» en el bosque; podrías investigar para saber con exactitud a qué nos enfrentamos.

El lythari meditó su propuesta.

—De acuerdo, haré lo que me pides y te haré saber las amenazas que penden sobre los elfos verdes. No es mucho, pero espero que te pueda servir de ayuda.

Arilyn sonrió y acarició el lomo peludo de su amigo.

—Es suficiente, y más de lo que me gustaría pedirte.

—Lo sé —respondió Ganamede con voz suave—. Durante un tiempo, dudé de tu propósito, pero al igual que nosotros, sé que tú también caminas entre dos mundos. No es fácil hacerlo, y a menudo los demás, los que sólo ven el mundo a través de un par de ojos, no lo comprenden.

—A veces no me comprendo ni yo misma —confesó Arilyn.

El elfo convertido en lobo apoyó el hocico en su hombro en un gesto que parecía una caricia.

—Con el tiempo, lo entenderás, y, cuando lo hagas, te llevaré al lugar adonde necesitas ir.

Acto seguido, había desaparecido pasando entre los árboles con sobrenatural silencio.

Arilyn meditó un poco sorprendida sus palabras, pero enseguida las apartó de su mente porque tenía preocupaciones más acuciantes. A pesar de lo que le había dicho a su amigo, la ayuda que le ofrecía Ganamede no sería suficiente. La labor de investigación iba a ayudarles mucho, de eso no cabía duda, pero sin contar con la colaboración de las sombras de plata, era poco probable que los elfos salvajes se aventuraran fuera de los límites de su bosque.

Y, a menos que lo hicieran, y a menos que ganaran la batalla, Bunlap y sus

hombres seguirían hostigándolos.

Parecía evidente para Arilyn que el objetivo inicial de los Arpistas de conseguir un compromiso con los humanos estaba fuera de discusión. Pensó un instante en qué pensaría Khelben Arunsun si supiera que la había impulsado a hacer un trato con un antiguo soldado zhentilar. Eso era lo que había aprendido de Bunlap tras rebuscar en las defensas de su fortaleza. Los zhentarim se consagraban a dioses malvados y a obtener beneficios personales, pero a menudo mostraban enemistad con el pueblo elfo. Arilyn conocía lo suficiente a Bunlap y a su camarilla para saber que esa guerra contra los elfos no se debía a un malentendido, ni tan sólo pretendía obtener sólo beneficios. Era una venganza.

Y había causado estragos. Antes de su llegada al bosque, Árboles Altos era una próspera aldea, pero ahora quedaban poco más de un centenar de elfos en la tribu.

Tal vez había llegado el momento de presentar la invitación de la reina Amlaruil para que se retiraran a Siempre Unidos. Arilyn dudaba que los elfos de Tethir aceptasen y, después de las celebraciones del verano, comprendía un poco más el apego que sentían por su tierra, más firme y más hundido en el bosque que el mayor de los árboles centenarios que allí había. Aun así, se les tenía que dar una alternativa porque no les quedaba nada más. Eran demasiado pocos para luchar solos.

Pero ¿era eso cierto? Árboles Altos era una aldea y sus habitantes pertenecían a una tribu. ¡Seguro que tenía que haber más! El bosque de Tethir era un lugar extenso y los elfos de la tribu elmanesa se habían asentado allí desde hacía relativamente poco. Había otras tribus que habían estado viviendo en el bosque desde tiempo inmemorial. ¡Seguro que ahora podrían unirse a ellos para luchar contra un enemigo común! Mientras Arilyn meditaba sobre esta posibilidad, se fue convenciendo de que era el camino que había que seguir.

Regresó a Árboles Altos presa de la excitación y fue en busca de Foxfire. Para su sorpresa, el líder de guerra no se mostró muy entusiasta.

—Sí, hay otras tribus, y cada una de ellas tiene muchos clanes —explicó con cautela—. Muchos de los clanes elmaneses fueron ejecutados durante el período de la familia real de Tethyr. Hay pequeñas agrupaciones aquí y allí pero son demasiado pocas y están demasiado lejos para que puedan prestarnos su ayuda. Hay también una pequeña comunidad elmanesa en la península de Tethyr, y más clanes que viven en el bosque al sudeste de Mercaderes, pero dudo que nos ayudasen porque en muchos aspectos tienen más intereses creados con los humanos. Comercian con los habitantes de las granjas que hay hacia el este y transportan mercancías hacia el norte por el mismo camino que utilizan las caravanas de humanos y halflings. Cuando se iniciaron los conflictos, enviamos exploradores hacia el norte para ver si eran el origen del problema. —Foxfire se detuvo para esbozar una sonrisa torcida—. Aunque resulte extraño, ¡nuestros exploradores se encontraron con una delegación de ellos

que había sido enviada a averiguar lo mismo sobre nosotros!

—Pero ¿cuántos hay? —insistió Arilyn.

—Quizás haya dos centenares de elfos entre los bosques del norte, las zonas limítrofes y las ciudades. Los elfos de la luna y los elfos dorados suelen vivir en las ciudades. También hay cierto número de semielfos, pero no suelen acercarse a Tethir. Por último, hay unos cuantos elfos solitarios desparramados por el bosque: druidas, comerciantes de pieles, e incluso algún forajido.

La Arpista se quedó en silencio, meditabunda.

—¿Y la tribu Suldusk?

—Conoces mejor que la mayoría la historia tethyriana. El río que alimenta la mitad de Tethyr lleva el nombre de la tribu Suldusk, pero poca gente conoce su existencia. Son mucho más reservados que la mayoría de los elmaneses, no sólo por su carácter sino porque se mantienen a mayor distancia.

»¿Crees que los habitantes de Árboles Altos tienen miras más estrechas que los elfos de la luna? —inquirió de repente, sin esperar ni dar tiempo a que ella balbuciese una respuesta—. Pues nosotros pensamos lo mismo de los Suldusk. En el pasado llegamos incluso a litigar en algunas ocasiones, pero estos últimos siglos se consiguió un período de paz siempre y cuando se mantuvieran las distancias. Nadie sabe a ciencia cierta cuántos Suldusk quedan, pero si llegásemos a pedirles ayuda, no la obtendríamos.

Arilyn alzó las manos en gesto de desesperación.

—Perfecto, ¿qué quieres, que nos quedemos aquí sentados, esperando a que Bunlap nos vaya liquidando uno a uno?

—Hay que tener en cuenta algo más —repuso el elfo con patente reticencia—. Quizá los humanos arreglen cuentas con ese tal Bunlap. Tienen leyes, ¿no?

—Sí, tener tienen muchas, pero no los medios para hacerlas cumplir —replicó Arilyn con tristeza—. En mi opinión, lo mejor que podemos hacer es atraer a Bunlap y dispersar a sus hombres. Al menos, los mantendremos ocupados y lejos de vosotros hasta que piense en algo más útil —asintió con gesto decidido, y dio media vuelta para empezar a alejarse.

Foxfire se quedó mirándola, divertido por la rapidez con que había tomado su decisión. En momentos como aquél, la semielfa le parecía muy diferente a él, casi por completo humana: impetuosa, impaciente.

Decidió que no tenía importancia mientras se apresuraba a alcanzarla.

—Dime lo que necesitas y te lo proporcionaré.

Arilyn sonrió brevemente.

—Varios pellejos me irían bien para empezar. También me serviría carne seca..., viajaré deprisa y cuanto menos tiempo tenga que dedicar a la caza, antes llegaré allí.

—No irás sola —protestó él—. Yo iré contigo, y Hurón también.

Arilyn titubeó un instante, y luego asintió. Todavía no le gustaba ni confiaba en la elfa, pero Hurón había demostrado ser una asesina efectiva. La hembra de elfo salvaje poseía habilidades mortíferas que podían resultar valiosas, así como pocos escrúpulos. Ambas cualidades le serían útiles para la misión que tenía que emprender.

En total se apuntaron cuatro al viaje de tres días con destino a las zonas más meridionales de Tethir. Ala de Halcón había pedido unirse al grupo y, aunque Arilyn tenía reservas, tuvo que admitir que la joven cumplía con su cometido. Ala de Halcón era una de las estudiantes más aplicadas de Arilyn y había demostrado su destreza en la batalla en más de una ocasión, pero la Arpista no estaba segura del todo de que la joven pudiese cumplir tan bien con su papel una vez fuera del bosque. La chiquilla era demasiado impetuosa y no sólo no tenía miedo a nada sino que tampoco se detenía a pensar. Aun así, Arilyn había empezado a darse cuenta de que para librar aquella batalla tendría que aceptar todos los aliados que se le fueran presentando.

El viaje rumbo al sur transcurrió con rapidez y, poco después del mediodía del tercer día de trayecto, los cuatro salieron a campo abierto. Del bosque emergía una corriente de agua que Arilyn se dispuso a seguir y que se fue ampliando y ahondando con rapidez hasta unirse al ramal norte del río Sulduskoon. Caminaron a orillas de aquella corriente durante varias horas, hasta que la Arpista ordenó un alto.

—¿Veis aquella colina de allí arriba? —preguntó, señalando—. Ha sido horadada para construir una vivienda. ¿Veis la chimenea en forma de tocón y las puertas que hay en el costado?

Los elfos verdes entrecerraron los ojos y luego asintieron, sin demasiada convicción. Todos los elfos tenían en cierta medida el don de percibir puertas ocultas, pero era una capacidad que pocas veces desarrollaban los habitantes del bosque. En él podían encontrar un rastro que fuera invisible al mejor explorador humano, pero fuera de la cobertura del bosque, la vista de Arilyn era mejor que la suya.

—Esto es un puesto avanzado de la fortaleza. Los hombres apostados allí controlan el comercio que va y viene por este ramal del río. Son demasiados para que podamos luchar en contra y, aunque consiguiéramos más efectivos, todavía tendrían la ventaja de su posición y sus armas. Así que esto es lo que haremos: primero, recoged varios palos y construid una balsa. Necesitaré esas pieles que llevas —añadió, señalando el fardo que llevaba Foxfire a la espalda.

El elfo descargó las pieles y contempló con interés cómo Arilyn cogía dos diminutos frascos de su bolsa. La Arpista esparció unos polvos parduscos sobre una de las pieles y luego lo roció con líquido del segundo frasco. Una vez hecho eso, unió las dos pieles, y fue repitiendo el proceso con cada piel hasta formar una pequeña pila. Luego, ató el fardo con una cuerda que llevaba también en su bolsa. Mientras, Hurón y Ala de Halcón habían acabado con la balsa y se habían acercado a ver.

—Voy a poner este amasijo en la balsa y navegar, sola, por delante del

campamento. Como elfa de la luna, soy la que más me parezco a una humana de los cuatro —explicó Arilyn y, tras acallar las protestas de Ala de Halcón, añadió—: Pensarán que soy una trampera que llevo mercancía al punto comercial más cercano.

Acarició con los dedos el pellejo reluciente de una nutria de río.

—Dudo que me dejen pasar sin exigirme alguna de estas bellezas como impuesto. Lo más probable es que me hagan salir del agua y cojan la pila entera.

»Pero no os preocupéis por mal que vayan las cosas, quedaos fuera de la vista —advirtió a los elfos—. Volveré al agua en cuanto pueda y me alejaré nadando. Cuando los mercenarios se dispongan a examinar el fardo, se llevarán una desagradable sorpresa. Cada una de esas pieles, si se separa de las demás, provocará una explosión que hará estallar la cima de esa colina.

—¿Explosión? —preguntó Ala de Halcón.

—Una súbita sacudida parecida a la de los relámpagos —explicó Hurón, tensa—. Como las que nos lanzaba ese hechicero humano en el bosque. ¡No sabía que podías invocar hechizos semejantes! —exclamó, volviéndose en tono acusador a Arilyn.

—No puedo —replicó Arilyn—. Ni siquiera es magia, aunque se le parece en muchos aspectos. Resulta que tengo un socio que se complace en encontrar nuevos sistemas para hacer estallar las cosas.

—¿Como cuando se lanza una antorcha a los gases que emergen del pantano? —intervino Foxfire.

—Exacto —repuso ella, aliviada al tener una explicación alquimista que los demás pudiesen comprender—. Después de la explosión, reanimaremos a varios de los supervivientes para recoger uniformes, botas, salvoconductos..., todo lo que pueda servirnos a Hurón y a mí para acercarnos a la fortaleza.

La semielfa se quitó la cota de malla, la capa y las botas y las apiló junto a unos arbustos a orillas del río. No sólo era difícil nadar con todos aquellos atavíos sino que armaduras y botas de fabricación elfa no eran precisamente el tipo de indumentaria que podía esperarse que llevara un cazador.

Arilyn titubeó un instante antes de añadir el resto de su disfraz. Se había sentido a gusto disfrazada de elfa y no sentía demasiado entusiasmo por cambiar su apariencia, pero se había enfrentado ya en una ocasión con los hombres de la fortaleza de Bunlap. Suponía que por allí pasaban pocas hembras elfas de la luna y cualquiera podía dejar un recuerdo indeleble en su memoria, en especial una que les había provocado una humillante derrota.

Así que cogió un diminuto frasco de unguento oscuro de su bolsa y se esparció un poco por el rostro. Luego, se recogió el cabello por encima de las orejas y se lo ató en la nuca con una trenza de cuero. En la bolsa llevaba también una basta gorra enrollada, que desplegó y se colocó en la cabeza, hasta casi cubrirse los ojos. Por último, se soltó la blusa y permitió que le cubriera la cintura y se arremangó las

polainas hasta las rodillas. Una vez hubo acabado, apoyó una mano en la empuñadura de su hoja de luna y, tras cerrar los ojos, evocó la imagen de un joven humano bronceado por el sol. Las exclamaciones de sorpresa de los tres elfos le sirvieron de indicativo para saber que la espada había cumplido su cometido.

Uno de los antecesores de Arilyn había imbuido a la espada con la capacidad de cambiar la apariencia de su portadora mediante sencillos disfraces. Era un ligero efecto, un pequeño cambio en la percepción, y Arilyn había aprendido a trabajar con la magia de la hoja de luna para crear una serie de personajes. Parte de la transformación se conseguía con pequeños cambios de ropa y además había aprendido a imitar los gestos y los movimientos de cada uno de los personajes de los que se disfrazaba: un muchacho humano, una cortesana, una sacerdotisa elfa dorada y tal vez una decena más. Sin embargo, para los elfos salvajes, su transformación de guerrera elfa de la luna en trampero adolescente tethyriano habría sido tan sorprendente, y extraña, como cualquier efecto que pudiese conseguir un brujo humano.

Aun así, no tenía tiempo para dar explicaciones sobre los poderes de la espada. Les ordenó que se mantuvieran a cubierto tras unos matorrales y que siguieran los acontecimientos sin intervenir. En cuanto sus compañeros se alejaron, Arilyn lanzó las pieles sobre la balsa y vadeó el río hasta sumarse a la corriente. Luego, se arrodilló sobre los troncos y empezó a dirigir la embarcación río abajo con ayuda de un palo.

Estaba casi frente a la colina cuando le llegó la primera flecha. Erró el blanco, pero con la visibilidad que ofrecían las estrechas hendiduras abiertas a modo de ventanas en el cuartel, dudaba de que el arquero fuese capaz de ver la diferencia. Con un alarido de fingida agonía, se tambaleó en la balsa y se precipitó al agua.

El sonido viaja con facilidad bajo el agua y, mientras se agazapaba junto a unas rocas en el fondo del río, oyó las exclamaciones de sorpresa de los mercenarios que habían acudido a rematar al trampero cuando se encontraron sin rastro de él. Arilyn vio cómo cogían la balsa y la arrastraban hasta la orilla, y bendijo a Perla Negra, su amiga semielfa marina, por haberle regalado el amuleto que le permitía permanecer bajo el agua.

Lástima que, demasiado tarde, se le ocurrió que tenía que haber explicado aquella capacidad mágica a sus compañeros. Según parecía, su consejo de que permaneciesen ocultos y en silencio sucediera lo que sucediese no fue suficiente para la leal Ala de Halcón. Se le heló la sangre al oír filtrado a través del agua un prolongado y agudo chillido. Había oído en demasiadas ocasiones el grito de guerra de la chiquilla elfa para saber de qué se trataba.

Arilyn apoyó los pies descalzos contra las piedras del fondo y se dio impulso con todas sus fuerzas. Cortó la superficie del agua y se acercó braceando a la orilla para

unirse a sus amigos en la batalla. Probablemente, si Ala de Halcón había salido corriendo, los otros irían detrás.

La semielfa saltó a tierra de un brinco y desenvainó al mismo tiempo su espada. La escena que se estaba sucediendo allí no era digna de provocar entusiasmo. Al menos una treintena de hombres había salido del cuartel..., muchos más de los cuatro personajes con los que tenían que enfrentarse. Arilyn se lanzó al ataque, pero aun así no pudo más que contemplar cómo caía la valerosa chiquilla elfa, sujetándose con la mano un brillante tajo que una espada mercenaria había abierto en su brazo diestro.

Sin embargo, Ala de Halcón no estaba dispuesta a darse por vencida. Rodó hacia un costado y se puso de nuevo en pie, sujetando con la otra mano una daga. La muchacha elfa se movía con un ardor en los ojos que no podía amortiguar ninguna cantidad de sangre..., no la suya, ni por supuesto la de sus enemigos.

Arilyn alcanzó al primero de los mercenarios y descargó un revés perverso. El hombre pudo levantar su espada a tiempo para interceptar el golpe, pero la velocidad y la fuerza del impulso de Arilyn hizo que el arma se le cayera de las manos. La semielfa dio un paso atrás y volvió a embestir, dirigiendo con precisión la espada entre la tercera y la cuarta costillas del hombre, las que ocultaban el corazón. Sin detenerse, se volvió ligeramente para interponer el cuerpo del soldado entre ella y su segundo atacante. Acto seguido, empujó con el pie el cadáver y de un puntapié lo sacó de su espada y lo precipitó contra el segundo hombre.

El mercenario que atacaba no pudo apartarse a tiempo y la espada que sostenía frente a él a modo de lanza se hundió en el cuerpo de su compañero. Con tres pasos, Arilyn trazó un círculo hasta situarse detrás de su atacante y con un ágil movimiento le partió en dos la espina dorsal sin darle tiempo a extraer su espada.

Giró en redondo, con la hoja de luna sostenida en posición de defensa para enfrentarse al tercer hombre. Éste se aproximaba con pasos ligeros, templados, y lucía una expresión de absoluta confianza en el rostro. Esbozó una sonrisa y alzó la espada a modo de parodia del saludo que haría un caballero antes de enfrentarse a un duelo.

El hijo de un noble convertido en soldado de fortuna, pensó Arilyn, y que estaba dispuesto a divertirse a expensas del plebeyo que tenía delante. En definitiva, un idiota.

Arilyn soltó un breve bufido de disgusto. Esquivó el primer ataque del noble rufián y contraatacó con un rápido barrido bajo, que también fue interceptado; resonó el entrecocar de las espadas, pero él respondía a todas las acometidas y las sabía devolver. Era bueno como espadachín, pero no tanto como él pensaba.

La semielfa dio la vuelta, fingió un tambaleo y se quedó con una rodilla en tierra y de espaldas a él. Según todas las apariencias, se trataba de un movimiento fatal y casi le pareció ver su sonrisa de suficiencia mientras se disponía a descargar el golpe

mortal.

Arilyn escuchó el silbido del filo de la espada al descender y, acto seguido, en el momento preciso, levantó la hoja de luna por encima de su cabeza para parar el golpe. De un brinco se puso en pie y se volvió para enfrentarse a él, mientras empujaba al mismo tiempo las dos espadas entrelazadas en un movimiento hacia abajo. La velocidad de aquel inesperado ataque hizo que el espadachín perdiera el equilibrio, pero Arilyn golpeó de repente hacia arriba con todas sus fuerzas y de un tajo le arrancó al hombre la oreja. Su oponente soltó un alarido de dolor, pero duró poco porque Arilyn se volvió hacia la izquierda y descargó la hoja de luna en un movimiento brusco y horizontal. La cabeza del espadachín se separó de sus hombros.

Arilyn prosiguió el movimiento lateral y flexionó el codo derecho hasta que los dos puños que sujetaban la hoja de luna casi le presionaron el hombro derecho. Se giró hasta situarse frente al hombre que tenía más cercano y dio un paso hacia él. Luego, adelantó el pie izquierdo y descargó la espada con todas sus fuerzas dirigiendo el golpe hacia su garganta. El tipo ni siquiera pudo levantar su espada para parar el golpe.

Tras extraer la espada de la garganta del hombre, dio la vuelta para ver cómo se las estaban arreglando sus compañeros.

No demasiado bien. Ala de Halcón había caído y Hurón estaba rodeada. El líder de guerra elfo estaba haciendo cuanto podía para abrirse paso hasta alguna de sus asediadas compañeras, pero lo sobrepasaban en número y, aunque luchaba de uno en uno, la daga de hueso de Foxfire no había sido diseñada para luchar contra acero templado.

Como si se tratara de una respuesta a sus pensamientos, la daga del elfo se despedazó ante el ataque de una espada de mercenario. El elfo saltó a un costado, ágil y rápido, pero lo acosaban varios hombres a la vez y Arilyn vio con claridad que no podría esquivarlos a todos.

Su respuesta fue fruto del instinto. Sosteniendo en alto la espada manchada de sangre frente a sí, gritó una orden a la magia que se ocultaba en su interior.

—¡Venid a mí! ¡Todos vosotros!

Ante la invocación de Arilyn, la magia pareció explotar en el interior de la hoja de luna..., una niebla blanca se alzó en torbellino en el aire con un ímpetu y una furia que parecían equiparables a la de una tromba marina.

Todos los contrincantes del campo de batalla se quedaron helados contemplando aquel espectáculo insólito y breve. Al instante, la tromba cesó y en su lugar quedaron varios guerreros elfos listos para la batalla, cada uno de ellos armado con una espada idéntica a la hoja de luna que los había invocado. Avanzaron al unísono hacia los aturcidos humanos, y la batalla empezó de nuevo.

Durante un largo rato, Arilyn no pudo hacer otra cosa que contemplar con sumo

respeto a sus antecesores, todos aquellos elfos que habían portado la hoja de luna desde el momento en que había sido forjada en Myth Drannor.

Estaba Zoastria, menuda y fantasmal... la figura menos sustanciosa de los guerreros de la sombra elfa. El rostro anguloso de la mujer elfa era una máscara que reflejaba la más absoluta frustración mientras se abalanzaba sobre los mercenarios humanos con su espada, una espada que era tan capaz de hacer daño como un soplo de viento. Y sin embargo los esfuerzos de Zoastria no eran baldíos porque los mercenarios se alejaban presos del más absoluto terror al vislumbrar aquella fantasmal guerrera elfa..., y también por efecto de las otras hojas de luna.

Un hechicero elfo, alto y anciano, con el pelo blanco recogido en un puñado de diminutas trenzas, sostenía la hoja de luna con el brazo extendido pero la punta hacia abajo, como si fuera un báculo de mago. La espada resplandecía con un fuego azulado, a juego con el color de sus ojos y de las puntas de su mano extendida mientras alfilerazos de luz cegadora salían disparados hacia los mercenarios como si fueran luciérnagas vengativas.

Un varón de talla reducida sostenía su arma con las dos manos, pero manejaba su filo a una velocidad tan vertiginosa que sus movimientos evocaban el ritmo de las espadas dobles de un rapsoda de la espada. El blasón bordado en su casaca, un pájaro de lustrosas plumas que emergía del fuego, indicaba que se trataba de Fénix Flor de Luna, el elfo que cientos de años atrás había imbuido a la espada con su capacidad para atacar a la velocidad de la luz.

Otro elfo varón, pero con el pelo de color ígneo, portaba una espada que centelleaba y siseaba por causa del fuego arcano. De la espada emergía calor, que despedía un tono rojizo tan intenso que evocaba el calor de una forja enana. Arilyn reconoció en él a Xenofor, el elfo que había imbuido a la espada con su capacidad de resistencia al fuego, y contempló con mirada reverente su lucha, pues la hoja de luna brincaba, oscilaba y lamía el aire como si fuera un fuego descontrolado a merced del viento.

Había también una mujer elfa muy alta y robusta que parecía haber perdido todo el color. Su piel era de un tono blanco puro, sus ojos y el color de su pelo de un negro azabache, y las botas de un color negro polvoriento. No obstante, su forma de luchar no carecía de colorido. Nunca había visto Arilyn a nadie que luchase con semejante furia. Y había otros más, aparte de la propia sombra elfa de Arilyn y dos varones, uno diminuto y con aspecto fiero y el otro más alto que el resto y de cabellos dorados.

Todo aquello lo percibió Arilyn en un fugaz instante porque el fragor de la batalla no le permitía estudiar con detenimiento a sus aliados de la sombra elfa. No obstante, a medida que su entrenada mente tomaba nota de las características de los guerreros de las sombras y del desarrollo que estaba tomando la batalla, sus ojos barrieron instintivamente el campo de batalla en busca del rostro que había visto por última vez

cuando apenas era una niña: el de su madre, Z'beryl.

Un hombre alto y corpulento reculó en dirección a la Arpista, sujetándose con ambas manos el jubón, roto y ensangrentado. Arilyn lo apartó a un lado y contempló el rostro de su asesino.

Un puño gélido le atenazó el pecho al contemplar a su madre. Era tan hermosa como Arilyn recordaba..., tan alta como su hija, con la misma piel lechosa y ojos azules con vetas doradas, pero su rostro pequeño y de facciones delicadas se veía rodeado de una mata de pelo ondulado de color zafiro. Hermoso, sí, pero inexorable y terrible. Aquélla no era Z'beryl de Evereska, la madre amantísima y paciente instructora de esgrima, era la elfa que Z'beryl había sido en su momento: Amnestria, hija de Zaor y Amlaruil de Siempre Unidos, princesa coronada de los elfos, hechicera de combate y guerrera. Y aquél era el rostro que Amnestria mostraba a sus enemigos.

La regia mujer elfa alzó su espada ensangrentada y señaló con ella a Arilyn. La semielfa se quedó de piedra al ver aquel gesto que parecía inquietante y acusador. Cuando Amnestria habló, fue para pronunciar una sola palabra:

—¡Cuidado!

Arilyn oyó el tintineo de metal contra metal tan cercano y con tanto estrépito que pareció reverberar en sus mismos huesos y dientes. Instintivamente, alzó la hoja de luna y se volvió hacia el origen del sonido.

Su propia sombra elfa estaba de pie a su espalda con la espada levantada en actitud defensiva para detener el golpe que habría separado la cabeza de Arilyn de sus hombros. El hombre que sostenía la espada tenía la misma talla que Arilyn y su sombra juntas. Con una sonrisa de sádico placer, empujó las espadas entrelazadas hacia abajo para forzar a la sombra de Arilyn a ponerse de rodillas.

La semielfa recuperó el resuello y se abalanzó hacia adelante. Su hoja de luna se hundió entre las costillas de su contrincante. Estiró para sacarla y volvió a hundirla. Mientras, la sombra elfa de Arilyn apartó el brazo moribundo del hombre y dio media vuelta para enfrentarse a otro oponente.

Arilyn respiró hondo para serenarse y supervisó con rapidez el campo de batalla. Aunque ahora comprendía que la sombra elfa de su madre había pretendido avisarla del peligro que le acechaba por detrás, no conseguía apartar de su mente la sensación de que Z'beryl, no, a partir de ahora sólo podría ser Amnestria, se sentía avergonzada por el destino que había elegido su hija y heredera de la espada. La madre de Arilyn había aceptado el servicio y el sacrificio que significaba ser portador de una hoja de luna, como habían hecho con anterioridad todos los elfos que estaban ahora luchando. ¿Acaso era incapaz Arilyn, una simple semielfa, de llevar a cabo un acto de nobleza semejante?

Instintivamente, la Arpista supo que eso no era cierto. Ella estaba dispuesta a hacer lo que hiciese falta por el Pueblo elfo, como había hecho hasta ahora. Si eso

significaba que tenía que abandonar su sueño de liberarse de las exigencias de la hoja de luna, así lo haría. Serviría a la espada, durante toda la eternidad, si era preciso.

Con renovada resolución, Arilyn esquivó a los que luchaban hasta llegar al lugar donde había desfallecido y caído la joven Ala de Halcón, pero sus propios brazos le parecían torpes y pesados y la hoja de luna se negaba a moverse con su velocidad habitual. Demasiado tarde recordó el consejo que su propia sombra elfa le había dado: no podía esperar invocar la magia de la espada y manejarla al mismo tiempo.

Se las arregló para parar una acometida a la altura del pecho y desviar el filo de la espada atacante, pero un segundo mercenario consiguió colarse a través de sus defensas, no con una espada, sino con un puño envuelto en cota de malla. El golpe alcanzó a Arilyn en la barbilla y la obligó a caer de rodillas. Fue entonces cuando vio la herida que había precipitado a Ala de Halcón al suelo.

La chiquilla elfa estaba tumbada de costado, contemplando hacia adelante con un único y feroz ojo negro. Del otro emergía la empuñadura de una daga.

Por un instante, la pesadumbre atenazó a Arilyn como si fuera un puño gigante, robándole el aliento del cuerpo y las ganas de seguir luchando. Duró sólo un segundo, pero incluso eso era demasiado. Una sombra se cernió sobre el cuerpo de Ala de Halcón; Arilyn alzó la vista para encontrarse frente a frente con una flecha dispuesta para ser lanzada. Su contrincante había visto su forma de luchar y no parecía dispuesto a enfrentarse a ella con una espada.

Antes de que pudiese soltar la saeta, un proyectil de mayor tamaño pasó silbando por encima de la cabeza de Arilyn en dirección a la cabeza del arquero. El hombre se tambaleó hacia atrás y su flecha salió disparada trazando un círculo lánguido e inofensivo por encima de la semielfa. Arilyn se quedó contemplando el amasijo horroroso y pegajoso en que había quedado convertido el rostro del arquero.

—Ya decía yo que eso serviría —anunció con gran satisfacción una voz de hombre a su espalda—. Natillas y crema, diría yo, y una gran mejora en temas de tamaño y puntería. Aunque para serte franco, cariño, el hechizo del pastel de crema Snilloc era un proyectil benigno para este cabrón. Se merecía algo mucho más contundente.

El tono le resultaba familiar, un timbre de tenor culto e indolente, pero por extraño que pareciese las palabras sonaban en lengua elfa. Arilyn dio la vuelta y se quedó mirando petrificada al rostro atractivo, sonriente y *humano* de su compañero Arpista.

De inmediato supo cómo había llegado él allí, aunque nunca hasta aquel momento se le había ocurrido la posibilidad de que aquello pudiese suceder.

Cada portador de la espada añadía un nuevo poder a la hoja de luna. Dos años atrás, Arilyn había hecho lo mismo y había eliminado varias restricciones que le impedían compartir la hoja de luna y su magia con su compañero. Nunca se le había

ocurrido que, al hacerlo, había creado una entidad de sombra elfa que unía a Danilo con la espada mágica..., y que lo condenaba a compartir con ella su propio destino.

—Oh, dios mío —musitó en un susurro de desesperación—. No, Danilo, tú también, no.

Al cabo de unas horas, la oscuridad que se había apoderado de la mente de Arilyn desde la batalla empezó a languidecer y una gama de coloridos brillantes y cegadores empezó a girar y danzar frenéticamente por detrás de sus párpados cerrados.

La semielfa soltó un gemido e intentó incorporarse, pero unas manos fuertes la obligaron con delicadeza a tumbarse.

—Todavía no —le dijo Foxfire—. Exprimiste la magia de tu hoja de luna para ayudar a Ala de Halcón, y a todos nosotros. Eso ha consumido gran parte de tu energía.

Ala de Halcón. El recuerdo le asaltó con cruel y horrible nitidez. Arilyn volvió la cabeza, incapaz de dejar que su amigo elfo presenciara el pesar y la sensación de culpabilidad que la muerte de la chiquilla elfa le provocaba. Tal vez si no hubiese dedicado su energía a invocar a las entidades de la sombra elfa habría podido llegar al lado de Ala de Halcón a tiempo para salvarla.

—Te perdiste lo mejor de la batalla —anunció la voz de Hurón en tono entusiasta, inmersa todavía en la emoción del combate—. ¡No había visto nunca guerreros como éstos! ¡Nueve campeones en un solo campo de batalla! ¿Quién podía resistir frente a una fuerza semejante, y quien sería incapaz de no seguirlos? ¡Es una maravilla que recordaré durante mucho tiempo!

—Los guerreros de la sombra regresaron a la espada al final de la batalla —añadió Foxfire—. Todos menos uno..., el hechicero elfo dorado que te trajo hasta aquí. No estaba dispuesto a regresar a menos que tú se lo ordenaras directamente o, como mínimo, hasta que tuviera la razonable seguridad de que estabas a salvo. Aunque en el caso de un personaje como él, no sé lo que puede considerarse razonable —añadió en tono sarcástico.

Los labios de Arilyn esbozaron una sonrisa involuntaria. Sabía con exactitud la identidad del hechicero a quien se refería Foxfire. Con pocas palabras, el elfo salvaje había esbozado un retrato muy detallado del Danilo que ella conocía: un tipo tozudo y exasperante que siempre se salía con la suya y que siempre era el centro de todas las miradas. Por otro lado, era quizás el humano más cariñoso, intuitivo y culto que había conocido jamás. Por supuesto, su espíritu de sombra había sabido reconocer enseguida el problema de mostrarse ante aquellos elfos con su verdadero rostro, y como poseía habilidad suficiente en artes mágicas, se había revestido de una imagen ilusoria. A pesar de todo, Arilyn no podía evitar divertirse al pensar en la imagen de Danilo como hechicero elfo dorado. ¡Sin duda era un papel que interpretaría ante su público de la corte! Los elfos dorados tenían fama de ser los miembros del Pueblo más atractivos y regios y, conociendo a Danilo como lo conocía, Arilyn estaba convencida de que su sombra adoptaría aquel disfraz con su habitual pompa.

La calidez que le provocaban aquellos pensamientos se esfumó de inmediato ante el recuerdo de lo que la presencia de la sombra de Danilo significaba, así como las realidades de la batalla que acababan de librar. El espíritu de Danilo había sido condenado a servir a la hoja de luna, y Ala de Halcón estaba muerta.

—El hechicero dorado te dejó un mensaje —intervino Hurón, sacando a Arilyn de sus sombríos pensamientos—. Te insta a recordar el hechizo de la leyenda de saber popular que ambos oísteis cuanto buscabais las respuestas a la magia de la hoja de luna.

La mujer elfa empezó a recitar palabras que Arilyn apenas recordaba, palabras que el archimago Khelben Arunsun había descifrado de las inscripciones que llevaba la hoja de luna más de dos años antes:

*Invocada a través de piedra y acero;
gobiernas la imagen de ti mismo,
pero cuidado con el espíritu que
mora en la sombra elfa.*

—Nos dijo que te advirtiéramos que no podías invocar a los guerreros de las sombras sin correr un gran riesgo para tu persona —prosiguió Hurón—. Es una lástima. Con ellos en cabeza, el clan de Árboles Altos podría enfrentarse a casi cualquier enemigo.

—Nunca había oído que los elfos temiesen ir a una batalla —se burló una voz gruñona, vagamente familiar—. Será que os estáis volviendo blandos, aunque sois condenadamente escuálidos para eso...

Tras un momento de sorpresa, Arilyn consiguió relacionar la voz profunda con un rostro..., el rostro de un joven enano con una barba castaña y corta y un inusual entusiasmo a la vez por el alboroto y el romanticismo. ¿Cómo podía ser cierto? La última vez que lo había visto, el enano estaba descubriendo los lujos de Las Arenas Espumosas mientras intentaba borrar los recuerdos de diez años de servidumbre con cuanta agua cálida y burbujeante y mujeres medio desnudas pudiese comprar con las monedas de que disponía.

—¡No puede ser Jill! —murmuró Arilyn. Intentó incorporarse y abrir los ojos, pero no consiguió hacer ninguna de las dos cosas.

—¡El mismo! —repuso el enano con un gruñido—. Ahora estate quieta. Te mueves más que un gusano en un anzuelo, y no tienes pesca para recompensar tus esfuerzos. Descansa. Ha sido una buena batalla, aunque lamento decir que Kendel y yo nos hemos perdido la mejor parte.

—Kendel Hojaenrama —se presentó una voz suave y melódica de elfo—. A vuestro servicio, dama de la Hojaluna.

Arilyn reconoció el nombre de aquel clan de elfos de la luna. Los Hojaenrama eran una saga de renombrados viajeros y luchadores. Le sorprendió que un elfo como él fuese compañero de un enano.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, Jill? —murmuró.

—Bueno, eso es una larga historia —admitió el enano en tono de cháchara—. Digamos que Kendel y yo cogimos prestado a un espadachín a sueldo y lo persuadimos de que nos llevara a casa. Y aquí es adonde nos ha traído..., aunque un poco tarde para participar en la lucha, como ya he dicho, sí lo suficientemente pronto para que pudiese morir junto a sus conocidos. Más de lo que se merecía, a mi modo de ver.

—Kendel y tú —repitió ella, divertida ante la idea de que un enano y un guerrero elfo de la luna se trataran con semejante tono amistoso.

—Sí, somos como uña y carne —repuso Jill, divertido—, aunque nadie que nos haya oído discutir durante todo el trayecto rumbo al este lo habría podido adivinar. Peleábamos como hermanos sobre quién de nosotros iba a matar al mercenario y cuándo íbamos a hacerlo. Nunca pensamos de verdad en hacerlo, pero fue divertido —concluyó, alegre.

—Veo que el hechicero elfo dorado decía la verdad —intervino Hurón con frialdad—. Dijo que conocías a este enano. Tienes extraños aliados, Arilyn Hojaluna.

—Pues sólo conoces a la mitad, mujer elfa —replicó el enano—. He estado en más batallas que veces te hayas caído tú, y pensé que lo había visto todo. ¡Pero nunca hasta ahora había visto un fantasma elfo acudir en ayuda de los vivos! ¿Crees que el espíritu de esa elfa de pelo azul te anduvo siguiendo desde la cámara del tesoro? —preguntó a Arilyn—. Por las barbas de Morodin, si pudieses poner un poco de apresto a ese personaje, ¡daría gusto verla luchar!

«Sí», admitió Arilyn en silencio. Eso era precisamente lo que tenía que hacer. Quizá no pudiese invocar de nuevo a los guerreros de sombra, pero sí que podía restituir para los elfos del bosque un héroe que conociesen y que estuviesen dispuestos a seguir. Tal como había dicho Jill, tendría que poner «un poco de apresto» a Zoastria, líder elfa de la batalla. Había llegado el momento de reunir a la sombra elfa con la forma adormecida de su antepasada.

Pero antes tendría que recuperar su propio «apresto».

Arilyn deseaba que el torbellino de pensamientos que se agitaban en su mente pudiesen encontrar un punto donde centrarse. Notaba la mejilla hundida en algo profundo y oloroso, parecido a terciopelo húmedo. Musgo. El aire era frío y cargado de magia, cosa que había sido imposible percibir la noche anterior. Todo eso sólo podía significar que habían regresado al bosque.

—¿La devolvéis a casa? —susurró, pensando en el cadáver de Ala de Halcón. A raíz de su estancia en Tethir, Arilyn había llegado a darse cuenta de que los lazos

entre los elfos y su bosque eran demasiado profundos para que pudiese cortarlos la muerte. Los elfos verdes regresaban al bosque de un modo que no se podía comprender ni explicar, y necesitaba saber con seguridad que Ala de Halcón iba a encontrar reposo bajo los árboles.

Su pregunta obtuvo como respuesta un prolongado y pesado silencio.

—Cuando te fallaron las fuerzas, también flaquearon los guerreros de sombra —explicó al fin Foxfire—. Vinieron más hombres de la fortaleza y nos vimos obligados a salir huyendo. Teníamos que elegir entre los vivos y los muertos. No sientas pesar por Ala de Halcón. Es libre.

Pero no lo era.

El espíritu de la chiquilla elfa merodeaba por el campo de batalla. Se sentía aturdida, enojada y confusa, aunque la batalla había finalizado hacía ya rato. La llamada de Arvador era dulce y atrayente, pero más seductores eran los ritmos del bosque, que ahora oía, percibía y comprendida mejor que nunca.

No obstante, la chiquilla no podía responder a ninguno de los dos. Había sido arrancada demasiado pronto de la vida, y aunque su existencia a menudo no había sido fácil ni feliz, todavía no había aceptado el hecho de dejarla atrás.

Y fue así como el sacerdote de Loviatar tardó poco en encontrar el espíritu errante de la doncella elfa. Una mano invisible cogió a la muchacha y la situó en un reino gris y envuelto en sombras.

El espíritu indomable de Ala de Halcón se rebeló contra aquel cautiverio, pero había grilletes que ni siquiera una voluntad tan férrea como la suya podían romper. La entidad que la mantenía presa era poderosa, pero malévola: un alma fría y salaz que se mostraba en las heridas del cuerpo destrozado de la muchacha y en el terror frenético de su espíritu cautivo. La fea alma de aquel ser, un humano, algún tipo de sacerdote, era todavía más terrible por el impenetrable revestimiento de falsa piedad que lo recubría.

—Tienes que contestarme cuando te pregunte —exigió la voz, en un lenguaje que nunca hasta entonces había oído Ala de Halcón y que sin embargo comprendía—. Contempla la cicatriz de ese hombre. ¿Qué elfo tiene esta marca como propia?

Ala de Halcón no tenía la más mínima intención de responder, pero el sacerdote extrajo la respuesta de su mente.

—Foxfire, del clan elmanés de Árboles Altos —dijo el sacerdote en voz alta—. ¿Dónde vive?

Una vez más, la chiquilla se negó a responder, pero no importaba. Los secretos de la fortaleza escondida fluyeron de su mente, sin que ella pudiese hacer nada por detenerlos, del mismo modo que tampoco podía influir en el viento o la lluvia.

Y así sucesivamente, durante el tiempo que el sacerdote de alma gris quiso retener

y forzar a su espíritu. Al final, acabó con ella. Ala de Halcón se liberó y se alejó flotando de la crueldad de aquel inquisidor. Nada de lo que la joven había soportado en vida la había marcado o magullado tan profundamente como el hecho de que capturaran su esencia y le extrajesen los secretos de la tribu. Pero aunque estaba agitada y medio loca, puso rumbo a los bosques familiares y a su hogar.

Antaño había encontrado consuelo en aquel lugar; con el tiempo, tal vez pudiese conseguirlo de nuevo.

Encontrar un agente de los Caballeros del Escudo no era una tarea excesivamente difícil, siempre y cuando uno supiera cómo y dónde buscar. Hasheth sospechaba que podría conseguir un buen montón de información en la tienda clandestina de uno de los negociantes de monedas de Espolón de Zazes.

En Tethyr, un mercado muy provechoso, aunque ilegal, era el comercio de monedas del reino. Había muchos tipos de monedas de oro que se utilizaban a lo largo y ancho de todo el territorio, pero muchas de las ciudades de mayor tamaño e incluso las cofradías más poderosas o algunos nobles acuñaban sus propias monedas, cuyo valor iba al alza o a la baja según las oscilaciones de la fortuna. Predecir cuánto podía llegar a valer una divisa concreta y comerciar con las monedas especulando con dichos cambios era un negocio floreciente en Tethyr.

La mayoría de los mercaderes y políticos argumentaban que no existía diferencia real entre esas divisas. Las ciudades que poseían divisas fuertes tendían a pagar sueldos mayores y a incrementar el precio de las cosas, al contrario que aquellas cuyas monedas tenían reputación inferior. Según decían, al final el valor de esas monedas a cambio de mercancías y de servicios era más o menos el mismo en todo Tethyr y en los terrenos circundantes. Ese razonamiento se acercaba bastante a la realidad, pero no prestaba atención a un hecho simple y bastante obvio que se les ocurría a pocos de los negociantes de monedas de Tethir.

Muchas de esas monedas, aunque tenían un valor adquisitivo distinto, contenían más o menos la misma cantidad de oro.

Así, resultaba que una bolsa de un centenar de *guldens* de Espolón de Zazes, cuyo valor duplicaba al de una bolsa de *zoths* acuñados en Saradush, tenían más o menos el mismo peso. Existían en Espolón de Zazes dos o tal vez tres negociantes de monedas que aceptaban comprar monedas de valor inferior para fundirlas y volver a acuñar monedas más valiosas. Este tipo de servicios también eran solicitados cuando uno tenía otro tipo de razones para querer cambiar el color de la propia fortuna, sobre todo en el caso de monedas de tipo personal, ya fueran robadas o recibidas como pago, que era extremadamente difícil hacerlas circular en el comercio normal. En algunas ocasiones, poseer una simple moneda podía significar una condena de muerte.

Los Caballeros del Escudo a menudo compraban monedas de oro para colocarlas sobre los párpados cerrados de aquellos individuos asesinados por sus agentes, pero era tan sumamente difícil poder gastar después aquellas monedas que a menudo los mendigos y los ladronzuelos pasaban de largo al ver esos cadáveres, antes de arriesgarse a sufrir el castigo de los Caballeros. No obstante, había gente que coleccionaba aquellas monedas y las utilizaba como sistema especializado de trueque. Para un asesino o un espadachín a sueldo, poseer una bolsa de monedas de los Caballeros era símbolo de un prestigio que le permitía acceder a un tipo de encargos muy lucrativos. Ese tipo de monedas también se utilizaba a cambio de favores o de información cuyo valor a menudo superaba el valor del oro que contenían. Y de vez en cuando, los asesinos incurrían en una serie de gastos, como por ejemplo la necesidad de conseguir una nueva identidad o salir huyendo con destino a un puerto lejano, que exigían que ese tipo de monedas fueran fundidas de nuevo y convertidas en monedas de curso legal.

Durante la temporada que había pasado en la Cofradía de Asesinos, Hasheth había aprendido el nombre de una mujer que proporcionaba ese tipo de servicios. Acudió ahora al barrio de mercaderes de la ciudad, a lomos de uno de sus corceles de menor categoría para no atraer la atención.

El establecimiento que buscaba, inexplicablemente llamado La Herrería Sonriente, era un local de aspecto pobre donde se sustituían herraduras rotas y se reparaban dientes rotos de horcas. La única propietaria y artesana del lugar no se ajustaba exactamente a las expectativas que sugería el rótulo colgado en el exterior del local. Melissa Flechaminera era una mujer baja y robusta que carecía por completo de belleza física y encanto. Era semienana, o tal vez de segunda generación, pero era tan robusta y rolliza como un enano de pura raza. Su tez evocaba la tersura de una manzana seca; el cabello, de un tono castaño vetado de gris, lo llevaba recogido en un moño, y llamar «deforme» a su cuerpo, cuya silueta desigual contraía las costuras de un vestido marrón de estopa, habría pecado de compasivo.

En aquel momento, los musculosos y gruesos brazos de la herrera estaban desnudos hasta los codos y envueltos en una luz cálida y rojiza que emanaba de la forja y que provocaba el esfuerzo de bombear los fuelles que alimentaban el fuego cegador.

Melissa alzó la vista cuando entró Hasheth y lo escudriñó con rapidez de arriba abajo.

—Me gustaría cambiar algunas monedas —anunció él, colocando una bolsa de cuero encima de una mesa con caballetes que contenía varias de sus tenazas y martillos.

—¿Para qué? —preguntó, bruscamente—. ¿Ha perdido una herradura tu caballo? Hasheth esperaba aquella respuesta. Melissa era muy cuidadosa eligiendo a

aquellas personas a las que proporcionaba servicios especiales. La enana era *capaz* de hacer tratos clandestinos y forjar moldes de monedas falsos de una precisión increíble, pero si llegaba a ser muy conocida su destreza se vería obligada a perder mucho tiempo y esfuerzo en conservar la riqueza que ahora ocultaba en los muros y las bodegas de su humilde tienda y hogar.

Pero Hasheth tenía credenciales. Extrajo el fajín de color arena que llevaba oculto en la manga y lo colocó junto a la bolsa de monedas.

—Quiero cambiar *danters* de Amn por otras monedas, pero no por moneda corriente como *guldens* o *moleans*. Pagaré el doble de su precio de mercado por cualquier moneda que poseáis con la marca de los Caballeros del Escudo.

Melissa soltó un bufido a modo de risotada, de un modo parecido a como un dragón irascible soltaría una nubecilla de humo por el hocico.

—¿De verdad estás buscando a los Caballeros? ¡Pobre loco! Te doy tres días antes de que ellos vengan a por ti.

La verdad era que Hasheth deseaba establecer contacto antes de la llegada de la noche.

—¿Tenéis alguna moneda de ésas?

—Un par —admitió, mientras contemplaba con los ojos entrecerrados al joven e intentaba medir el valor de su metal—, pero te costarán cuatro veces su valor de mercado.

—He dicho dos. Creo que es más justo.

—¿Justo? El anillo que llevas en el dedo vale más *danters* de Amn de los que puede contener esa bolsa de monedas, y yo mientras viviendo en esta chabola. ¿Crees que eso es justo? Tres veces su valor.

—Dos y medio.

—De acuerdo —concluyó, mientras espoleaba el fuego. Hasheth no estaba seguro de si ese gesto significaba que había cerrado el trato o denotaba desprecio, pero no pensaba averiguarlo.

Melissa pasó junto a él y desapareció en la trastienda. Al cabo de poco rato, regresó y depositó sobre la mesa dos monedas de oro de gran tamaño.

—Estás de suerte. Mañana iba a fundir esas dos piezas para hacer *moleans*.

Hasheth cogió la primera moneda y examinó las marcas. No cabía duda de que era una moneda de los Caballeros, pero no era capaz de atribuirla a uno en concreto. La segunda contenía más información.

—Me servirán. Encontraréis en esa bolsa un poco más de su valor de mercado multiplicado por dos y medio.

La mujer desparramó los *danters* de Hasheth sobre la mesa y los contó dos veces antes de asentir.

—Me alegro de hacer tratos contigo, muchacho, pero a decir verdad no creo que

volvamos a hacerlos nunca. Ya seas aprendiz de asesino o no, viajar con dos monedas de ésas en los bolsillos es firmar tu sentencia de muerte. No regresarás.

—Os agradezco el interés —repuso fríamente—. No dejaré de mencionar vuestro nombre, si alguien me causa problemas por estas monedas.

Melissa soltó una carcajada, porque la réplica amenazadora del joven no era más que una simple fanfarronería y ambos lo sabían. La herrera tenía clientes que tenían un interés especial en que no se desvelara su identidad y todo aquel que intentaba traicionarla se convertía de inmediato en candidato a convertirse en una muesca en la espada de un asesino o a ser encontrado en cualquier lugar de la ciudad con dos monedas de oro, muy parecidas a las que Hasheth acababa de deslizar en su bolsa, colocadas sobre sus párpados.

Hasheth salió de la herrería, recogió su caballo y se alejó al trote hacia el establo. Tenía que coger una montura más idónea para hacer una visita al caballero a quien pertenecía la moneda que acababa de comprar.

Pero antes tenía que ingeniarse algún pretexto. Sería bastante sencillo, como aprendiz de lord Hhune, conseguir audiencia, pero primero tenía que encontrar el modo de inmiscuirse en la sociedad de los Caballeros, algo que le permitiese comprar su participación en aquel grupo exclusivo y poderoso.

Los Arpistas eran una sociedad interesante, y pagaban cuando era preciso, pero por lo que Hasheth había observado, la mayoría de sus agentes no estaba interesada en amasar fortuna ni poder. Por el contrario, los Caballeros del Escudo era una sociedad mucho más adecuada para sus ambiciones. Hasheth estaba resuelto a introducirse en ella y fuera cual fuese el precio que tuviera que pagar por ello le parecería una ganga.

Habían transcurrido casi dos días. Los elfos del bosque parecían bastante impresionados con Kendel Hojaenrama porque el elfo de la luna había aprendido mucho sobre las costumbres de los elfos del bosque durante sus cuatro centurias de vida. Caminaba casi tan silenciosamente como ellos y se dedicaba a cazar para el grupo mientras los demás se quedaban en el campamento al cuidado de la elfa de la luna.

Jill se pasaba la mayor parte del tiempo burlándose de Hurón, para regocijo de Arilyn y Foxfire. Pronto quedó patente para todos menos para Hurón que el enano estaba flirteando descaradamente con ella. Cada vez que veía la ávida persecución de Jill por la elfa, Arilyn recordaba la pregunta que a menudo le acudía a la mente cuando veía un perro de granja que perseguía insaciable un carro de caballos: ¿qué ocurriría si, por casualidad, conseguía alcanzarlo?

En los ojos entrecerrados de Foxfire adivinaba pensamientos similares a los suyos, y tras la risa de sus ojos quedaba el recuerdo del tiempo que habían pasado juntos. Ese recuerdo hacía todavía más difícil para Arilyn la empresa que tenía pendiente, aunque espoleaba su determinación a seguir adelante. Apreciaba a Foxfire y deseaba hacer cuanto pudiera por él y por el Pueblo.

Así pues, en cuanto Arilyn se sintió lo suficientemente fuerte para viajar, anunció su intención de regresar a Espolón de Zazes.

—Fue idea tuya —replicó cuando Foxfire intentó disuadirla—. Tú me dijiste que eran los humanos quienes debían solucionar el tema de Bunlap y sus hombres. Deja que averigüe quién sostiene la correa de ese sabueso y luego deja que los humanos solucionen sus propios problemas.

—Iré contigo —anunció Hurón, desafiando con sus ojos negros a la semielfa a que replicara.

Arilyn no intentó siquiera hacerlo. Para hacer lo que tenía pensado, necesitaría al menos dos personas y estaba convencida de que Hurón apoyaría con entusiasmo el plan que Arilyn tenía en mente.

Deseaba retornar a Soora Thea a los elfos salvajes.

Pero Jill había adivinado ya su propósito.

—No estarás pensando en meterte en esa prisión rosada, ¿no? Estás planeando sacar a esa elfa dormida, ¿verdad? En efecto —añadió, disgustado—. Lo veo en tus ojos. Bueno, no pienso ir contigo.

—No te lo pediría —repuso Arilyn—. Te pasaste diez años en ese palacio. Es suficiente.

—Crees que estoy en deuda contigo por haberme sacado de aquella trampa —continuó rezongando el enano, como si no hubiese oído una palabra de lo que ella

había dicho—. Tú y esa hembra escuálida no podréis salir de ahí solas, ni podréis arrastrar a esa elfa dormida de regreso al bosque. Bueno, no voy yo a hablar en nombre de Kendel, aquí...

—Yo también iré —lo interrumpió el elfo de la luna con calma.

—Nunca he dicho que yo fuera a ir, ¿a que no? —gruñó Jill—. Pero como este condenado elfo va y se apunta él solo, supongo que tendré que ir a vigilarlo. ¡Meterse en peleas, eso es lo que hace, sin pararse a pensar si puede o no ganarlas!

—Me alegraré de teneros a los dos —respondió Arilyn—. Y tú no tendrás ni siquiera que entrar en el palacio. Los dos podéis esperarnos en el exterior y vigilar a los caballos.

—¡Caballos! Vine en burro hasta aquí y me dará una patada en el culo si lo cambio por uno de esos comedores de heno de patas largas —protestó enojado Jill.

—En ese caso, será mejor que nos vayamos enseguida —intervino Hurón, sin darse cuenta de que las quejas del enano eran pura fanfarronada.

Pero a la insistencia de Foxfire, Arilyn accedió a esperar al alba antes de salir, así que se tumbaron a recuperar fuerzas para el viaje que los esperaba. Pronto Jill roncaba ruidosamente y los elfos Hurón y Kendel estaban inmersos en un profundo ensueño. Sin embargo, Arilyn vio que Foxfire, que normalmente parecía sereno, estaba ahora agitado y preocupado. Cuando los primeros parpadeos de luciérnagas anunciaron la inminencia de la noche, le pidió a Arilyn que diese un paseo con él.

—El Pueblo se tendrá que enfrentar a muchas batallas en un futuro próximo —comentó en tono sombrío—. En el interior del bosque, soy un dirigente capaz. Los elmaneses no han sufrido incursiones de otras tribus durante muchos años e incluso los orcos se mantienen alejados de nuestras zonas de caza, pero estos nuevos problemas me superan. Te necesitamos aquí. No te alejes demasiado del bosque.

—Unos cuantos días, no más —le prometió—. Pero hay cosas que tengo que hacer y que sólo pueden llevarse a cabo en la ciudad. Como he dicho antes, tenemos que saber por qué Bunlap hace lo que hace. Tengo contactos en Espolón de Zazes; llegaré hasta la raíz del problema.

—Sé que lo harás. Trabajamos bien juntos, tú y yo. —De repente, Foxfire se detuvo y contempló a la semielfa cara a cara, cogiéndole ambas manos entre las suyas—. Tengo que decirte algo antes de que te vayas. Estamos bien como estamos, pero hay algo que podría profundizar más nuestra relación. ¿Qué metas podríamos alcanzar si nuestras mentes pudiesen hablar entre ellas, si pudiésemos percibir los pensamientos del otro y sus planes sin necesidad de palabras? ¡Establece un vínculo de armonía conmigo Arilyn, y cuando regreses de la ciudad, quédate en el bosque conmigo para siempre!

Arilyn se quedó mirando al elfo, demasiado aturdida para hablar. La armonía era el lazo más íntimo que podía existir entre elfos, uno que perduraba durante el resto de

sus vidas mortales. Era poco habitual incluso entre miembros del Pueblo, y no se tenía constancia de que ningún elfo hubiese establecido relación con un humano. Ni siquiera estaba segura de que ella, siendo sólo semielfa, fuese capaz de establecer ese vínculo místico con un elfo.

Además, para su sorpresa, Arilyn se dio cuenta de que en realidad no deseaba intentarlo. Foxfire era un elfo noble y admirable en todos los valores que ella apreciaba. También era un amigo bueno y verdadero, y su suerte le preocupaba profundamente. Pero aunque amaba al elfo, la idea de trabar con él un vínculo de armonía semejante parecía errónea. No podría hacerlo. Foxfire significaba todo lo que Arilyn había pensado siempre que deseaba, pero por algún motivo no le parecía suficiente.

Sin embargo, no existían palabras suaves con las que poder explicar esos sentimientos a un elfo. El único método alternativo que le quedaba como respuesta era mucho menos noble, pero fue todo lo que se le ocurrió a la semielfa en aquel momento; así que se preparó para hacer lo que muchas mujeres decentes habrían hecho en circunstancias similares. Mentir.

—Me honras más de lo que puedas suponer —empezó, para al menos poder decir palabras por completo sinceras—. Admiro la devoción que sientes por tu tribu y sé que tienes razón. Seríamos mucho mejores líderes de la tribu si pudiésemos leer la mente del otro sin palabras.

—No creas ni por un momento que te propongo establecer relación sólo por el beneficio de la tribu —intervino Foxfire con una fugaz sonrisa—. Sería un infortunio para mí establecer un vínculo de armonía en semejantes términos.

—Y también para mí. Pero no puedo. Yo..., yo ya estoy unida a otra persona.

Foxfire se la quedó mirando durante largo rato.

—¿Cómo es posible? Hasta la víspera del solsticio de verano, ¿eras todavía una doncella!

—Sí, pero ¿qué ocurre con los gemelos, por ejemplo? —replicó ella—. Establecen un vínculo desde el nacimiento. Hay muchos sistemas para establecer lazos. Así como lo sucedido aquella noche fue un tesoro muy apreciado para mí, hay otras cosas en la vida que bien merece la pena compartir.

La comprensión pareció llegar poco a poco a sus ojos.

—Ya veo, perdona —murmuró.

Arilyn apoyó una mano en su hombro.

—No hay nada que perdonar, sólo darte las gracias por el honor que me has concedido.

Él asintió y cubrió su mano con una de las suyas, aceptando con gracia su decisión.

—Es tarde, y la mañana llegará pronto. Debes descansar para poder emprender

mañana el viaje.

Regresaron al lugar donde Hurón y Kendel seguían inmersos en el ensueño, pero Arilyn no pudo conciliar el sueño y sospechaba que tampoco Foxfire pudo encontrar el camino para sumirse en el reposo de los elfos.

Las dos mujeres elfas y su extraña escolta viajaron rumbo al este bordeando el lindero del bosque, un trayecto largo, pero Arilyn deseaba poner tierra de por medio entre ellos y la fortaleza de Bunlap antes de salir a campo abierto. El primer día avanzaron a pie, pero al segundo Arilyn, disfrazada de muchacho humano, se coló en una aldea de granjeros y gastó parte de sus monedas de emergencia en un trío de robustos caballos, y un burro para Jill.

Pusieron las monturas al trote al pie de las colinas, rumbo a la guarida oculta de Chatarrero. La tarea que tenían que llevar a cabo parecía hecha a medida para las habilidades del excéntrico alquimista. Había ocasiones en que valía más la pena ser sutil y discreto; ésta no era una de ellas.

Hostigaron a las monturas tanto como Arilyn se atrevió a hacerlo, con el permiso de Hurón, y así llegaron a la entrada de la cueva en mitad de la noche. Arilyn se introdujo en cabeza a través de la cortina de pinos que flanqueaba la entrada de la cueva y luego guió a los demás por los pasadizos.

Chatarrero estaba despierto y en pleno trabajo, como Arilyn había supuesto. El alquimista tenía poca afición a seguir horarios de ningún tipo. En aquel lugar, en una caverna horadada en las montañas donde ningún atisbo de luz natural marcaba el paso del tiempo, se sentía incluso a salvo de aquella molestia menor que significaban el día y la noche.

Cuando los cuatro viajeros se introdujeron en la guarida del alquimista, lo encontraron tumbado de espaldas sobre un enorme artilugio de madera que tenía el tamaño y la apariencia de un carruaje. Sus piernas rollizas y arqueadas sobresalían por debajo, y tenía los pies peligrosamente cerca de un caldero hirviendo.

Arilyn pensó enseguida en alargar una mano y apartar el peligro, pero se le ocurrieron de repente dos cosas: Chatarrero podía parecer despistado, pero siempre tenía muy presente su entorno. Era menos probable que por error pusiese el pie en el caldero que un halfling se saltara una comida. Segundo: no había razón aparente que indicase que el caldero estaba hirviendo. Pendía encima de un trípode sobre la piedra desnuda de la caverna, pero no había fuego debajo, ni siquiera un montón de carbón incandescente. Ergo, fuera lo que fuese lo que había en el caldero, mejor no tocarlo.

—Así que has regresado —anunció Chatarrero, sin molestarse en bajar de su último invento—. Y traes amigos, veo.

La semielfa se agachó para contemplar al alquimista, que estaba enfrascado conectando una compleja red de tubos y viales. Arilyn no quería ni pensar qué fuerza

explosiva podía tener en mente que justificara toda aquella extraña preparación.

—Tengo trabajo para ti.

—Como ves, por el momento estoy ocupado.

Las palabras se le agolparon a Arilyn en la boca por la importancia y la urgencia de la tarea que tenían entre manos, por el impacto que tendría sobre los elfos y por cuán desesperada era su propia necesidad de liberar a su compañero Arpista, sino a sí misma, de la servidumbre que exigía la espada que portaba. Pero era consciente de que ninguno de esos razonamientos tendría el más mínimo efecto en el alquimista.

—¿Cómo te gustaría volar por los aires un palacio? —preguntó, en tono despreocupado.

Chatarrero la miró por fin con la expresión de quien no se atreve a confiar en haber oído bien.

—¿Cómo me gustaría? ¿Qué método preferiría usar?

—No, no me entiendes. Puedes usar el método que quieras, pero necesito que la explosión sea lo bastante fuerte para sumir a todo y a todos los que hay dentro en la más completa confusión. La explosión debe originarse dentro, y tiene que suceder con rapidez, para que no lo advierta la guardia de la ciudad que haya estos días en Espolón de Zazes.

El alquimista salió de debajo del carruaje, se puso en pie de un salto y se inclinó sobre una mesa. Luego, sin dejar de murmurar por lo bajo, empezó a introducir polvos de olores extraños y diminutos frascos de líquido en un enorme caldero, trabajando en apariencia con indiscriminada precipitación.

—Había querido probar esto desde hace años —comentó en tono alegre sin dejar de batir la masa como haría una ama de casa con un bizcocho—. Bueno, he hecho un par de pruebas, pero nada sustancioso.

—Aquella mansión que redujiste a escombros en Suzail..., ¿no sería por casualidad una de esas pruebas? —preguntó Arilyn en tono cauteloso.

—Oh, sí, por supuesto. Me falta saber lo que esto puede provocar con un poco de tiempo y de espacio. ¿Qué palacio tenemos que destruir, si me permites preguntarlo?

—El hogar de Abrum Assante.

—¿El maestro de asesinos? —intervino Hurón, que no había abierto la boca desde que habían entrado en la caverna—. ¿Te has vuelto loca?

Arilyn se volvió hacia la incrédula elfa.

—Assante tiene algo que necesitamos. ¿Recuerdas la historia que contaste de Soora Thea, el héroe que regresará? Bueno, puede hacerlo y desea hacerlo, pero antes la tenemos que sacar de su lugar de reposo, en la cámara del tesoro de Assante.

Los ojos de la elfa se iluminaron un instante, esperanzados, pero luego resplandecieron al comprender el sacrilegio.

—Así que eso es lo que ha estado diciendo el enano todo este tiempo. «La mujer

elfa, pequeña y de cabellos azules», claro. Por supuesto que os ayudaré, pero dijiste que la explosión tenía que proceder del interior del recinto. ¿Cómo es eso posible? Las defensas de aquel lugar tienen fama de ser inexpugnables.

Arilyn contó a grandes trazos la historia de su misión anterior y describió el túnel repleto de agua que tenían que recorrer a nado para introducirse en el interior.

—Pero no podremos sacarla del mismo modo. Tendremos que sacarla por la puerta principal. Y el único modo de hacerlo es crear la suficiente confusión en el interior para que Assante se convenza de que tiene que utilizar ese túnel como vía de escape. Lo esperaremos allí y lo convenceremos de que nos saque sanos y salvos del recinto.

—Y entonces, morirá —añadió Hurón—. No se me ocurre un solo hombre que sea más peligroso que él si lo dejamos vivo para que alimente su venganza. Incluso dentro de los límites seguros de Tethir, ¡estaría toda la vida vigilando mi propia sombra! Pero ¿y luego? ¿Cómo llevaremos a nuestra heroína durmiente hasta Tethir?

—Tenemos suerte, tengo un amigo que trabaja en la Cofradía Marítima. Nos ayudará.

—Aquí está —intervino el alquimista, mientras tendía a cada mujer un pequeño recipiente. Arilyn contempló el suyo: parecía hecho de porcelana fina de Shou, y en el borde llevaba pintada una cenefa de dragones serpiente que echaban fuego por la boca. Una sustancia de color claro, parecida en textura a la cera, llenaba el cuenco, con una hebra de algodón que sobresalía en el centro. En el fondo del recipiente se veía una capa de cristales multicolores.

—Parece una vela —comentó Arilyn en tono de admiración—. ¿Cuánto tarda en quemarse la mecha?

Chatarrero se encogió de hombros.

—Una hora, quizás un poco menos. Aseguraos de estar bien lejos cuando explote. Ah, poned los cuencos de forma que el dragón fucsia, ¿lo veis, ese que está al lado?, señale en la dirección en que queréis provocar los mayores daños.

—El palacio de Assante está construido con mármol de Halruaa y los muros tienen más de treinta centímetros de grosor. ¿Estás seguro de que será suficiente?

El rostro del alquimista adquirió una expresión susceptible y quisquillosa.

—¿Con cinco como ésta destruiríamos la mayor parte de la ciudad! ¿Por qué será que los ignorantes creen que lo construido en Halruaa es más resistente que el resto del mundo? ¡Bahh...!

Una idea asaltó de repente a Arilyn, una que en épocas de menos necesidad habría descartado por ser una locura. La rivalidad entre los sacerdotes de Gond de Lantan y los artificieros de Halruaa era legendaria.

—¿Cómo prepararía un hechicero de Halruaa una fortaleza para ser atacada? —preguntó.

—Seguro que mal —replicó Chatarrero con un matiz de desprecio profesional—. ¡Un artificiero podría hacerlo mejor, pero ni siquiera así!

—¿Serías capaz de conocer de antemano sus trucos y desbaratarlos? Claro que sí... —respondió Arilyn con rapidez—. De acuerdo, esto es lo que vamos a hacer. Nosotros cuatro nos dirigiremos a Espolón de Zazes para asaltar el palacio de Assante. Luego, regresaremos aquí, te recogeremos y te llevaremos al campo de batalla. ¿Puedes tener listas para entonces las cosas que necesites?

—Espero que sí —respondió el alquimista en tono indiferente, con la atención concentrada de nuevo en su artilugio de madera—. Podrías recoger unas cuantas cosas para mí en la ciudad: un poco de carbón, sulfuro en polvo, una bolsa grande de alumbre y un tarro de arenque en escabeche. Para comer, ya sabes... —añadió, a modo de explicación.

Arilyn sofocó una sonrisa mientras se disponía a salir de la caverna. ¡Si Chatarrero quería arenques, conseguiría que los Arpistas y la misma Amlaruil le proporcionaran una flota de pesca propia! Eso suponiendo que alguno de ellos sobreviviese a la misión que iban a emprender.

A primera hora del día siguiente llegaron a Espolón de Zazes. Jill y Kendel se dirigieron a aquella zona de la ciudad donde los miembros de razas no humanas levantaban menos recelos, mientras las dos mujeres elfas se encaminaban a casa de Hasheth. Antes de llegar a las afueras de la ciudad, Hurón se había detenido para ponerse el disfraz que utilizaba para mezclarse con los humanos. Por algún motivo, disfrazada con la cara pintada y todas aquellas joyas y los vestidos de seda parecía más silvestre y más mortífera que ataviada con el atuendo de guerrera cazadora que le era propio.

—¿Quién es tu amigo? —le preguntó la elfa salvaje mientras caminaban por las amplias avenidas fingiendo ser dos mujeres elegantemente vestidas que salían a dar un paseo matutino.

—Hasheth, el hijo del bajá Balik.

—Ah, los Arpistas tienen una red de espionaje muy compleja —repuso Hurón en tono de aprobación—. Pero conozco a ese humano; es muy joven, ¿verdad? No es todavía un hombre.

—Ni tampoco un amigo —repuso Arilyn con una sonrisa maliciosa—, pero oye muchas cosas y transmite la información. Además, se está especializando en el tipo de intriga que podemos necesitar.

Abrió la puerta que conducía a una pequeña casa de mármol y cruzó el jardín que tenía enfrente. En la puerta los esperaba un criado con librea, que las acompañó hasta otra sala de espera donde un segundo criado les comunicó que el joven dueño se había levantado hacía poco y que enseguida bajaría a recibirlas. Arilyn notó que,

según todas las apariencias, la fortuna personal de Hasheth seguía estando al alza.

Al cabo de unos momentos, se unió a ellas el joven príncipe, que saludó a Arilyn con una reverencia mientras dirigía una mirada apreciativa al vestido de seda de Hurón.

—¿Has finalizado tus asuntos en el este? Confío en que esta visita sea para celebrar tu éxito...

—Todavía no. Necesitamos cierta información, pero antes, dime, ¿cómo va tu fase de aprendizaje?

—De hecho, bastante bien —respondió Hasheth en tono de suficiencia—. Hhune es un hombre ambicioso que lleva a cabo planes bastante audaces.

—No olvides que uno de esos planes fue un intento de destronar a tu padre —respondió Arilyn en un intento de atemperar la admiración que a todas luces sentía el joven por el lord. Por lo que ella sabía de Hhune, no se merecía particularmente semejante adulación.

—Lo recordaré y estaré alerta —prometió él en tono conciliador—, pero dime lo que necesitas y empezaré la búsqueda.

—Necesito todo lo que puedas conseguir de un hombre que responde al nombre de Bunlap. Tiene una fortaleza junto al ramal norte del río Sulduskoon.

—El nombre me suena —respondió Hasheth en tono satisfecho, encantado de ir un paso por delante de la Arpista—. Es un capitán de mercenarios de las tierras del norte. Sus servicios tienen mucha demanda. Sus hombres están bien entrenados y son todo lo leales a su capitán como es de esperar. Lord Hhune lo emplea ocasionalmente como guardia personal o para la vigilancia de alguna caravana.

—¿Qué está haciendo Bunlap en el bosque de Tethir?

—Eso no te lo puedo decir. No debería estar propiamente en el bosque. Se supone que sus hombres tienen que vigilar para que la explotación forestal no sea atacada.

Hurón se puso de pie de un brinco, como si la hubiesen lanzado con una ballesta.

—¿Una explotación forestal? ¿Dónde?

—La verdad es que no lo sé. Según los libros de registro, los leños proceden de tierras del sur.

La mujer elfa estaba muy agitada mientras intentaba contener la furia..., y algo mucho más profundo que la cólera.

—Tengo que ver algo que se haya hecho con esos árboles. ¡Ahora!

Hasheth frunció el entrecejo, poco acostumbrado a que lo trataran en semejantes términos, pero al ver que Arilyn hacía un gesto de asentimiento, el joven salió de la habitación para volver con un círculo pulido de madera, de unos noventa centímetros de ancho, que estaba en proceso de convertirse en una mesa de juegos. Lo depositó en el suelo y, luego, miró con ojos inquisitivos a Hurón.

La hembra no le prestó atención. Soltó un grito breve, ahogado, y se arrodilló

junto al círculo de madera para acariciar con la punta de los dedos los anillos de la madera y detenerse en los ojos que salpicaban las vetas. Al final, alzó una mirada furibunda a Arilyn.

—¡Este árbol era ya centenario cuando las colinas de Tethyr estaban pobladas solamente por lobos y ovejas salvajes! Hay pocos árboles de esta edad en las tierras del sur. Esto tiene que proceder del bosque de los elfos.

Un pesado silencio se apoderó de la estancia.

—No soy experto en ordenanzas locales, pero sé que eso sería tremendamente ilegal —repuso Arilyn—. ¿Por qué haría Hhune una cosa así?

—Quizás él no conozca el origen de la madera —sugirió Hasheth con rapidez.

—Lo dudo. Bueno, Hurón, es fácil saber cuál será tu próximo objetivo —comentó Arilyn en tono sombrío.

—Hhune —admitió la asesina elfa.

—Pero antes necesitamos tu experiencia en planificaciones —repuso Arilyn volviéndose hacia el joven, que permanecía tenso. Describió la misión y lo que esperaban de él. Hasheth accedió a todo pero algo en el tono distraído y mecánico de sus respuestas hizo que Arilyn desconfiara.

Cuando hubieron ultimado todos los detalles, el joven acompañó a las mujeres a la puerta principal. Siguiendo un impulso, Arilyn se volvió hacia Hasheth.

—Mira —comentó, con voz suave—. No me gusta especialmente Hhune, pero mientras se mantenga alejado del bosque y de los elfos, lo dejaré con vida. Haz lo que te digo: averigua por qué Hhune se está arriesgando tanto y quién puede estar al frente de todo esto. Si existe un modo de detener todo esto sin matar a tu nuevo patrón, lo haremos.

—Haré lo que pueda —prometió Hasheth de inmediato.

Se quedó en la puerta mucho tiempo después de que se hubiese marchado la semielfa con su exótica cortesana, meditando sobre cómo afrontar aquella nueva dificultad. Por supuesto, podía arreglar las cosas para que Arilyn y su asociada nunca llegaran a salir de la fortaleza de Assante. Eso sería sencillo, pues unas pocas palabras suyas describiendo los planes de la Arpista le valdrían sin duda su derecho a formar parte como miembro de los Caballeros de la Espada.

Pero no sabía lo que Arilyn había contado a sus superiores, ni sabía si los Arpistas iban a mandar agentes para sustituirla. Hasheth no deseaba que ningún norteño entrometido metiera las narices en los asuntos de Hhune o le quitara el puesto como informador de los Arpistas. No, tenía que proteger a Arilyn.

No obstante, no podía permitir que hiriese a lord Hhune. El mercader era un pilar básico para los planes que Hasheth había trazado para su propio futuro. Tendrían que hacerse varios sacrificios y los planes resultarían más complejos, pero sin duda todo aquello estaba a la altura de un hombre de su capacidad, concluyó Hasheth en tono de

satisfacción.

El lythari salió de su guarida a través de una puerta oriental del bosque de Tethir, una que no se había utilizado desde hacía muchos años.

La puerta lo llevó a los límites más orientales del terreno que usaban de caza la tribu de Suldusk, cerca del borde del bosque. Ganamede no solía ir allí porque los elfos salvajes que habitaban entre aquellos árboles milenarios apenas se trataban con nadie que no fuese de su tribu. Sin duda había pocos elfos salvajes más hostiles y reservados que los de la tribu Suldusk.

Aun así, Ganamede había prometido servir a los intereses de todos los elfos verdes. En forma de lobo, avanzó sigiloso en dirección al asentamiento Suldusk.

El terreno allí era más agreste y salvaje que en las partes más occidentales del bosque. Los árboles crecían en las cimas de escarpadas colinas repletas de cavernas y salpicadas de riscos pedregosos y barrancos. A los ojos de Ganamede, aquella zona se parecía más a los bosques del Norland que a los terrenos de Tethyr. Además, los primeros refugiados de Cormanthor se habían instalado allí hacía tiempo y los árboles que habían traído del bosque elfo todavía contemplaban como vigilantes el territorio.

Sin embargo, los Suldusk habían vivido entre los árboles de Tethir desde tiempo inmemorial. La tribu estaba ya allí cuando se recibieron los refugiados de Cormanthor, los elfos que, transcurrido el tiempo, se convirtieron en la tribu elmanesa, y habían recibido el regalo de los plantones que habían traído del norte, pero las relaciones no habían seguido siendo cordiales entre tribus. Se habían sucedido siglos de conflictos entre ellos, seguidos de alguna incómoda tregua. Al final, había desaparecido el contacto por completo entre ambas tribus y ni siquiera los clanes de lytharis cazaban en tierras de los Suldusk.

El aguzado oído de Ganamede captó un sonido lejano, débil, pero ajeno al bosque y, por consiguiente, claramente audible. El lythari trepó por una enorme colina que desembocaba en el asentamiento. Desde allí podría tener una visión completa del valle. Aunque estuviese poblado de árboles, podría captar el origen de aquel sonido.

Con gran cautela, el elfo transformado en lobo coronó la cima y se detuvo al borde del precipicio. Se quedó allí, perplejo, contemplando el valle. Lo que una vez había sido un maravilloso bosque elfo había quedado devastado y desprovisto de vida y de magia. El terreno se veía salpicado de mojones enormes y el espeso follaje había sido quemado para que los árboles muertos pudiesen ser conducidos con más facilidad hacia el río para ser transportados.

Ganamede sacudió su cabeza plateada como si se negara a aceptarlo. ¿Cómo era posible? La feroz tribu de elfos Suldusk no habría permitido jamás que se destrozara de ese modo su hogar. No si seguían con vida, por supuesto.

El lythari dio media vuelta y se encaminó hacia el asentamiento elfo, que quedaba

oculto en un valle no muy lejano del devastado bosque. Se detuvo, sin embargo, mucho antes de llegar, aturdido por el aroma de pesar, muerte y desesperación. Coronó la colina que se cernía sobre el valle de los Suldusk y vio que quedaba escasa cobertura. Con gran cautela, se fue acercando porque tenía que averiguar qué había sucedido con los elfos Suldusk.

Durante largo rato se quedó mirando Ganamede el devastado territorio. Luego, su silueta plateada parpadeó y desapareció, y él se quedó en el quemado círculo, plantado sobre dos piernas como un solemne elfo de cabellos plateados. Había completado aquella transformación sin pensar en ello, atraído por una fuerte y profunda necesidad.

En su forma de lobo, Ganamede no podía derramar una sola lágrima.

Unidas por la muñeca con el amuleto de respiración bajo el agua de Arilyn, las dos hembras elfas se introdujeron en el pozo que daba acceso al túnel de salida de Abrum Assante. Mientras el camarón gigante se abalanzaba frenéticamente para dar cuenta del jarrete que le había lanzado Arilyn como cebo, las dos remontaron nadando a toda prisa el pozo hasta asomar la cabeza por la superficie del agua, otear con cautela los pasadizos de mármol rosado por si había guardias de vigilancia y luego salir del agua.

En cuanto Arilyn le desató el amuleto de la muñeca, Hurón se secó el cabello y se lo envolvió con el turbante. Luego, sacó unos cuantos velos de su bolsa y se cubrió con ellos el cuerpo medio desnudo. Su misión consistía en colocar las velas de Chatarrero en la parte superior del palacio y contaban con que, vestida de cortesana calishita, pudiese hacerlo sin llamar mucho la atención. Ver aparecer un rostro de mujer nuevo entre las que rodeaban a Assante no sería nada extraño; el harén era extenso y las mujeres aparentemente cambiaban con bastante rapidez. ¡Al fin y al cabo, el camarón guardián tenía que ser alimentado!

Mientras Hurón colocaba las velas destructivas de Chatarrero en su lugar, Arilyn tendría que dedicarse a la tarea de robar el cuerpo durmiente de Zoastria de la cámara del tesoro de Assante.

Después de que Hurón se hubo marchado siguiendo el mapa del palacio que Jill le había proporcionado, la Arpista desenvainó su espada y echó a andar en dirección a la primera cámara del tesoro. Como en la ocasión anterior, le barraban el paso tres guardias, pero Arilyn no aflojó el paso sino que se acercó a ellos con mortíferas intenciones.

Dos de los guardias se abalanzaron sobre ella. Arilyn se agazapó para esquivar la primera embestida de cimitarra y enseguida se levantó para arremeter contra el segundo hombre. Éste alzó la espada para contrarrestar el ataque y presionó con tanta fuerza que el empuje de la espada hizo recular a la mujer, de constitución más ligera. Instintivamente, Arilyn levantó la espada por encima de la cabeza, no para resistir el empujón sino para obstaculizar el avance de la otra espada con la suya y desviarlo.

La cimitarra continuó su avance en sentido descendente y se hundió en el hombro del primer guardia. La cimitarra se le escapó de las manos y cayó con estridencia al suelo, mientras la vida le fluía a borbotones por la herida y manchaba de sangre el mármol rosado del suelo.

Arilyn siguió el giro y, mientras avanzaba, segó la garganta del herido, antes de volverse y enfrentarse al espadachín aturdido que la había ayudado a matar a su propio compañero. En tres acometidas, le alcanzó el corazón con el filo de la espada. Tras extraer la espada del cuerpo, avanzó hacia el último hombre.

—Abre la puerta o muere —ordenó secamente.

El guardia no se molestó siquiera en considerar las alternativas que tenía. Cogió un manajo de llaves que tenía atado en el cinturón y se lo lanzó a Arilyn. Ésta lo pilló al vuelo y se lo devolvió de la misma forma.

—No, tú. —Recordaba demasiado bien lo laborioso que había resultado desactivar todos los dispositivos que protegían la puerta. Esta vez no tenía tiempo para tantas precauciones.

Afortunadamente para ella, el guardia no conocía las trampas mágicas. El hombre deslizó la enorme llave de hierro en el pestillo y la giró. Mientras lo hacía, Arilyn dio un paso atrás.

Un fogonazo de luz arcana restalló en la sala. Arilyn se cubrió los ojos, pero no antes de divisar un instante el esqueleto completo del guardia, reluciente a través de la carne, mientras se agitaba preso de enérgicas sacudidas. Al final cayó al suelo como un amasijo de carne quemada que era imposible identificar, y con los huesos de las manos todavía agarrados a la llave, ahora incandescente. La puerta se abrió despacio mientras el cuerpo caía.

Arilyn pasó de un brinco por encima del cuerpo sin prestar atención al crujido que resonó en el aire cuando pisó accidentalmente lo que un instante antes era una mano humana.

Se dirigió directamente hacia el lugar de reposo de Zoastria y levantó la polvorienta cubierta de la tumba de cristal. Mientras cogía entre sus brazos a la diminuta mujer elfa, como habría cogido a una niña dormida, la primera de las explosiones de Chatarrero resonó en el palacio.

—Una hora, quizás un poco menos —murmuró Arilyn en tono sarcástico, remedando las palabras de Chatarrero y deseando que el alquimista tuviese una percepción más fiable del paso del tiempo.

Se encaminó hacia la puerta con Zoastria sujeta contra su pecho, mientras esquivaba a uno y otro lado las pilas de tesoros que empezaban a caer. A su alrededor, se derrumbaban estatuas y los estantes repletos de objetos preciosos se tambaleaban y chocaban contra el suelo. Mientras esquivaba una armadura que amenazaba con aplastarla, estalló la segunda explosión, todavía más intensa que la primera. El temblor hizo caer a Arilyn de rodillas, pero se las arregló para no soltar a la elfa durmiente. Mientras se incorporaba tambaleante, dio gracias al hecho de que Zoastria fuera de estatura pequeña y ligera.

Mientras corría rumbo al pozo, le empezó a caer polvo y piedras sobre la cabeza. Allí la estaba esperando ya Hurón, que sostenía el cuchillo en gesto amenazador sobre un hombre tethyriano de aspecto anciano. Como habían supuesto, Assante se había dado cuenta de que la magnitud de las explosiones acabaría con la mayor parte de sus defensas y había descendido hasta los niveles inferiores del palacio para

escabullirse por el túnel.

—El palacio se está derrumbando —mintió Hurón en tono arisco—. Estas explosiones son las primeras de una larga lista. Condúcenos por la salida más rápida y llévanos contigo y tendrás una oportunidad de salir con vida de ésta. Cuando estemos fuera del palacio, te liberaremos. Si pides ayuda o intentas atacarnos, te mataremos de inmediato y nos arriesgaremos a salir sin rehén. ¿Comprendido?

El antiguo asesino asintió levemente y el gesto, aunque insignificante, provocó que le resbalara por la garganta hasta manchar la camisa un hilillo de sangre. Assante echó a andar por los pasillos y subió por escalinatas de mármol en curva. El estrépito que les alcanzó en el momento en que se introdujeron en el vestíbulo principal recordó a Arilyn el sonido de un batallón de caballería en plena carga.

Unos chillando, otros arrastrando amigos heridos o recogiendo sus posesiones en lo que podían abarcar los brazos, los criados de Assante buscaban frenéticamente una salida del edificio en llamas. Como se había puesto tanto empeño en mantener fuera a los visitantes no deseados, había pocas puertas en el palacio. En la avalancha que se había sucedido en busca de esas salidas, mucha gente había caído al suelo y estaba siendo pisoteada. Los que mantenían el equilibrio se apiñaban junto a las puertas, demasiado histéricos para darse cuenta de que su temido dueño estaba entre ellos.

Hurón hincó un poco más el cuchillo en la garganta de Assante y el maestro de asesinos se abrió paso entre el caos y la confusión. Para disgusto de Arilyn, el asesino no vacilaba en utilizar su propio cuchillo contra su gente. Además, Assante se abrió paso a cuchilladas entre la muchedumbre enloquecida con brutal eficacia y no dudaba en pasar luego por encima de los cadáveres con total frialdad. Sin dudar habría levantado su espada contra sus captores, por anciano que fuese, si no llega a ser por una precaución que había insistido Arilyn en tomar: tanto ella como Hurón lucían abiertamente sus fajines de Sombra, que mostraban a todas luces su rango entre las filas de asesinos profesionales de Espolón de Zazes. Sólo un loco se atrevería a enfrentarse a dos profesionales experimentados, y Assante no estaba loco. Esperaría a tener una oportunidad y luego atacaría. La única esperanza de Arilyn era que Hurón hubiese ganado suficiente experiencia para darse cuenta de ese momento y ser la primera en atacar.

Una vez en el exterior, se acercaron a uno de los puentes que cruzaban el estanque reflectante, pero por desgracia, no eran los únicos supervivientes. A instancias de Hurón, Assante gritó una y otra vez a su gente que le abrieran paso y eso hicieron. Ahora que estaban fuera del tambaleante palacio, su pánico era menor que el profundo terror que tenían por su dueño.

Pero el peligro para las mujeres elfas que escapaban era cada vez mayor. En el interior de los muros del palacio, los alaridos y chillidos resonaban y provocaban una ensordecedora algarabía. Ahora que Assante podía hacerse oír y que la multitud se

había reducido en gran medida, no pasaría desapercibido el apuro por el que estaba pasando su dueño. Sin duda, alguno de los guardias acudiría en su rescate y ni Arilyn ni Hurón tenían las manos libres para hacerles frente.

Parecía que Hurón había llegado a la misma conclusión porque, en cuanto se acercaron al estanque, apartó de un empujón a Assante, hundiéndole el cuchillo en el cuello, y lo dejó caer. El cuerpo se precipitó al «agua» y, al rozar la superficie, resonó un siseo enfermizo y una bocanada de burbujas rosadas borbotó en la superficie del estanque repleto de ácido.

Arilyn esbozó una mueca porque la acción de Hurón era poco inteligente. Sin Assante de escudo, estaban prácticamente indefensas.

La Arpista dio media vuelta para contemplar el palacio justo a tiempo de ver cómo un guardia se abalanzaba sobre ellas con la cimitarra levantada por encima de la cabeza. Dio un salto hacia adelante, girando al mismo tiempo hacia un costado, y le lanzó un puntapié con todas las fuerzas que fue capaz de reunir considerando el precioso fardo que llevaba en las manos. La patada impactó en el pecho del vigilante y, aunque no le hizo demasiado daño, fue suficiente para detener su impulso y permitir que Hurón se incorporase a la refriega.

La elfa verde saltó hacia adelante y clavó el cuchillo en la garganta del guardia. Luego, hizo girar el filo, lo sacó y se abalanzó sobre el segundo vigilante.

—¡Corre! —gritó, mientras le quitaba la espada de las manos al hombre muerto.

Arilyn obedeció. Hurón se plantó con la espada curva en actitud de defensa, balanceándola con gesto amenazador en dirección a los guardias que se habían detenido en el otro extremo del puente. Luego, sostuvo la espada en alto y la lanzó, no hacia los vigilantes sino hacia el mortífero estanque. Un baño de ácido se desparramó por la multitud, gotas que horadarían carne, tendones y huesos, provocando una agonía terrible y dejando a su paso cicatrices indelebles, ceguera o muerte.

Sin prestar atención a los gritos, Hurón dio media vuelta y salió corriendo tras Arilyn.

No fue difícil salir del recinto de los jardines pues la puerta había sido aplastada por la primera avalancha de gente que deseaba escapar y el pánico no era nada comparado con la confusión que reinaba en el exterior de la propiedad de Assante. Parecía como si todo Espolón de Zazes hubiese acudido a contemplar el caos.

Arilyn se abrió paso entre la muchedumbre hasta el carruaje que Hasheth había preparado para ellos y que esperaba a tres calles de distancia, lejos del tumulto. Kendel Hojaenrama estaba sentado en el pescante del conductor, oculto bajo una capa y una capucha para ocultar su naturaleza elfa.

Jill asomó por la ventanilla y cogió a la elfa durmiente de brazos de Arilyn. La Arpista agarró otra capa, se envolvió en ella y subió para situarse junto a Kendel.

Cogió las riendas de sus manos y espoleó con brusquedad a los caballos en el lomo.

El enano, mientras tanto, había depositado a Zoastria con suavidad en el asiento del carruaje y alargaba un brazo musculoso para ayudar a Hurón. La elfa salvaje titubeó un instante, pero al final aceptó la mano que le ofrecía, en el preciso instante en que el carruaje se ponía en marcha. Jill estiró a la elfa hacia adentro con tanto ímpetu que a punto estuvo de dislocarle el hombro y por el impulso quedó sentada en su regazo.

—Bien, ya sabía yo que tarde o temprano me harías caso —comentó el enano.

Era sumamente pintoresco el grupo de seis viajeros que se dirigía al bosque de Tethir. Estaba compuesto por un sacerdote de Gond, que había aceptado a regañadientes abandonar su túnica amarilla tradicional y vestirse con el atuendo marrón y verde propio de los elfos del bosque; un varón elfo de la luna, que caminaba más sigiloso que las sombras, y un enano cuyas diminutas botas retumbaban y crujían a cada paso. Después había dos hembras elfas, una de la raza de los elfos del bosque, y la otra elfa de la luna, y por último la elfa durmiente que llevaban entre las dos tumbada en una litera.

Cuatro días de viaje los separaban de Árboles Altos y Arilyn aprovechaba el tiempo haciendo planes sobre la batalla que se avecinaba. Todos tenían un papel en el combate, hasta el enano. A Arilyn no le preocupaba qué pensarían los elfos del bosque de aliados tan extraños. Lo único que tenía importancia era conseguir la libertad, para ellos, y también para Danilo. Cómo podría alcanzar ambos objetivos era algo que todavía no tenía claro la Arpista, y los pensamientos la abrumaban mientras avanzaban rumbo hacia el este.

Al final se aproximaron al asentamiento elfo. Arilyn y Hurón dejaron la camilla en el suelo para descansar un momento, pero Hurón se detuvo de repente y soltó un grito ahogado, antes de salir a la carrera hacia la aldea.

—Quedaos aquí —pidió Arilyn a los demás mientras salía en persecución de la enloquecida elfa.

No tardó mucho tiempo en ver lo que la elfa verde había vislumbrado. En el lugar donde había estado la comunidad elfa no quedaba más que un círculo arrasado e incendiado, cuyos límites eran tan precisos que sólo podían ser obra del fuego mágico de un hechicero. La destrucción había sido brutal. Aunque la mayor parte del círculo era polvo y cenizas, aquí y allí se veían pedazos de árboles quemados y restos de viviendas elfas desmoronadas, convertidas en incandescentes brasas que Arilyn sabía que no se apagarían hasta que no hubiesen convertido en olvido todo lo que tocaban. Aquí y allí se alzaban todavía volutas de humo de los restos mientras el fuego del hechicero completaba su sombrío trabajo.

Árboles Altos había dejado de existir.

20

Durante varios instantes angustiosos, las hembras elfas contemplaron las humeantes ruinas de lo que había sido la fortaleza del bosque.

—Mi clan no está todo muerto —murmuró Hurón, aturdida—. Sobrevivió la mayoría, no sé cómo, y están cerca.

Arilyn no tenía necesidad de preguntar por qué lo sabía. En momentos de gran tensión, incluso aquellos elfos que no estaban unidos a ningún otro por lazos místicos percibían cosas que no les transmitían sus ojos y sus oídos.

La elfa verde se llevó las manos a la boca a modo de bocina y lanzó una aguda llamada en dirección al bosque devastado.

Los supervivientes del clan de Árboles Altos acudieron con rapidez, pero sus ojos se veían empañados por el dolor que les había provocado semejante pérdida, y se movían como si les pesaran los miembros y los tuviesen entumecidos por el pesar y el cansancio.

Hurón corrió hacia su hermano y cayó en sus brazos. Rathomir le devolvió el abrazo mientras por encima de su cabeza buscaba con la mirada a Arilyn.

—¿Cómo ha podido suceder esto? ¿Cómo han descubierto este lugar los humanos?

La respuesta acudió a la mente de Arilyn de forma súbita, lacerante y aguda como el filo de un cuchillo.

—Seguramente tenían algún clérigo —admitió—. Algunos sacerdotes pueden forzar a los espíritus de los que han sido asesinados para que les respondan a preguntas. Ala de Halcón cayó cerca de la fortaleza humana y no pudimos traer su cuerpo hasta el bosque. Todo lo que sabía ella, lo saben ahora ellos.

Los elfos se quedaron mirando a Arilyn en silencio, horrorizados. Lo que estaba diciendo era una abominación indescriptible pues ningún elfo se atrevería a alterar el rumbo de otro después de su muerte.

—Has sido tú quien ha permitido que violaran a Ala de Halcón y quien ha traído esta pérdida sobre todos nosotros —intervino una de las elfas con voz baja.

—Tú alejaste a Ala de Halcón y a los demás elfos del bosque —añadió otro—. Si no lo hubieses hecho, esto no habría sucedido.

Murmullos sombríos se diseminaron por la asamblea de elfos. Arilyn no podía culparlos. Los elfos se sentían magullados y asediados, y en las situaciones críticas era lógico que se refugiaron de forma natural en las costumbres antiguas. Como extraña y como elfa de la luna, despertaba recelo. Se preguntó brevemente qué pensarían cuando conociesen a Jill o a Chatarrero.

—Seguimos tus planes; escuchamos tus palabras —proclamó el Portavoz con solemnidad—. Y, al hacerlo, hemos sufrido. Tienes que abandonar este bosque y no

regresar jamás.

—¿Piensas dejarla marchar? —preguntó, incrédula, una de las elfas—. ¿No habría que impedir que nos traiga todavía más humanos? No tiene que partir; ¡no tiene que *vivir*! ¡Ha llegado el momento de que el clan proteja a los suyos!

—Ha llegado el momento —anunció una voz tintineante—, de que los hijos de Tethir se unan y emprendan la lucha. No haréis daño a Arilyn Hojaluna.

Los elfos se volvieron al unísono para contemplar a quien había hecho aquella proclama. En el otro extremo del devastado calvero estaba Ganamede, cuyo pelaje plateado rivalizaba en tonalidad con las cenizas que impregnaban el aire. Incluso en un momento como aquél, inmersos como estaban en su dolor y su pérdida y su rabia, la visión de un esquivo lythari esparcía un hechizo de éxtasis sobre los elfos del bosque.

En cuanto vio que todos lo estaban mirando, el lythari alzó su plateado hocico y emitió una llamada prolongada y ondulante al bosque. Luego, avanzó hasta situarse junto a Arilyn y, con un breve relumbrar de luz plateada, su cuerpo de lobo adquirió su forma elfa.

Como si fueran una sola garganta, una exclamación de maravilla y asombro emergió del clan elfo. Ninguno de ellos había visto jamás un lythari transformado en elfo. Ganamede se quedó, alto y orgulloso, al lado de Arilyn, apoyando una mano en su hombro en señal de amistad y de apoyo. Con la otra mano sostenía un arco elfo y llevaba el pelo plateado recogido hacia atrás, con el rostro anguloso pintado para la batalla según las costumbres de los elfos del bosque.

Las maravillas se sucedían unas tras otras. En respuesta a su llamada, una docena de enormes lobos plateados aparecieron en el claro y formaron un semicírculo alrededor de la elfa de la luna y su protector lythari. Éstos no se transformaron, pero sus extraños ojos azules se clavaron con firme propósito en los ojos de los elfos del bosque. El mensaje era obvio: nadie movería un dedo en contra de Arilyn a menos que pelease antes con las sombras plateadas.

—Viajé hasta llegar a las tierras de los Suldusk —anunció Ganamede, rompiendo el profundo e insondable silencio—. Su asentamiento también fue destruido, pero no tuvieron tanta suerte como vosotros. Los pocos que lograron sobrevivir fueron capturados y encerrados en jaulas en los límites del bosque arrasado. Al otro lado, junto a la ribera del río, está el campamento humano. —Se volvió hacia Arilyn—. Conoces las costumbres humanas mejor que cualquiera de nosotros. Si nos diriges, te seguiremos y atacaremos.

—Los elmaneses tenemos ya bastantes problemas —protestó Rhothomir con aspereza—. ¡No puedes esperar que acudamos en ayuda de los Suldusk!

Ganamede depositó una mirada tranquila sobre el Portavoz y, al cabo de un momento, Rhothomir bajó la vista, visiblemente avergonzado. Si los lythari estaban

dispuestos a abandonar el bosque para acudir en ayuda de los Suldusk, ¿cómo podían ser ellos menos?

—Hay más —prosiguió el lythari—. Los humanos han estado talando árboles milenarios y quemando zonas extensas de tierras boscosas y eso es una amenaza para todos los hijos de Tethir. En una ocasión, todas nuestras tribus se unieron para detener la maldad. Debemos hacerlo de nuevo.

Hurón se situó en el centro del devastado calvero con los ojos ardientes de vehemencia.

—¡Y eso haremos! Algunos de nuestros mayores recuerdan la batalla de la que habla el lythari. También recordarán a Soora Thea, ¡quien nos condujo a la victoria! Hoy la leyenda se ha hecho realidad. Venid, todos, y contemplad a la heroína que ha regresado.

Un atisbo de esperanza empezó a brillar en los ojos de los elfos del bosque, pero Arilyn vio también que muchos seguían mirándola con desconfianza e incluso odio. No olvidarían con facilidad la destrucción de su hogar y tampoco tenían la suficiente amplitud de miras para aceptar a un humano y a un enano en su cohorte.

Dio unas palmaditas en el brazo de Ganamede y tras indicar con un gesto que los demás lytharis tenían que seguirla, echó a correr hacia el lugar donde esperaban Jill y Chatarrero.

El lythari se transformó con un destello en su forma lobuna y corrió tras ella, seguido de su clan.

Encontraron al alquimista sentado en un tronco, con la cabeza entre las manos y una expresión desamparada en su rostro mofletudo y cetrino. Si no tenía trabajo que hacer ni propiedad alguna que destruir, Chatarrero se sentía incómodo. Jill estaba sentado a su lado, dando pequeños sorbos a un frasco de aguamiel que había conseguido quitarle a Hurón. Kendel no se veía por ninguna parte. El enano y el hombre de Gond vieron cómo se aproximaba Arilyn y se quedaron doblemente impresionados ante la visión de los lobos enormes que corrían en silencio tras la semielfa.

—No hay tiempo para explicaciones. Chatarrero, súbete a lomos de este lythari. Otro que lleve al enano y varios más que vayan al bosque a buscar a un elfo de la luna macho de pelo rojizo y ojos azules. Probablemente estará cazando. Llevadlos a los tres al lugar donde se librará la batalla y esperadnos allí. Pero te prometo por las entrañas de Gond, Chatarrero, que si vuelas algo por los aires antes de que lleguemos nosotros, ¡te apañarás solo!

El alquimista se levantó, se encogió de hombros y se echó a la espalda su enorme bolsa antes de subir con dificultades a lomos del lythari. Jill lo imitó, no sin antes soltar una retahíla de imprecaciones por lo bajo. Los dos lytharis desaparecieron por el bosque, tambaleándose un poco por el peso de su carga.

Por suerte, desaparecieron justo a tiempo porque al cabo de un instante, Hurón se precipitó en el claro con el pueblo de Árboles Altos pegado a los talones.

La hembra elfa se detuvo y señaló la figura durmiente de Zoastria.

—Ysaltry, Nimmetar, vosotros que luchasteis a las órdenes de Soora Thea, adelantaos y decidme si ciertamente es ella.

Los dos elfos ancianos se acercaron y contemplaron durante un rato el rostro inmóvil de la mujer elfa, recordando tiempos remotos y batallas antiguas. Al final, hicieron un gesto de asentimiento.

Hurón desvió la vista hacia la semielfa.

—Empieza —la instó.

Arilyn desenfundó con calma la hoja de luna y la sostuvo en alto frente a ella. Una débil luz azul emergía de la piedra que tenía incrustada en la empuñadura y se extendía por toda la longitud del filo. Aquellos elfos que no habían visto nunca la espada mágica en pleno combate lanzaron una exclamación de asombro.

Ninguno de ellos era ajeno al significado que tenía. Todos habían oído la historia de Soora Thea, la heroína durmiente. Todos sabían que Arilyn llevaba una hoja de luna. Poco a poco, se fueron dando cuenta de que la espada que tenía en sus manos era la misma que había portado la antigua guerrera.

Darse cuenta de eso y de la maravilla que se obraba ante ellos encendió una llama en los ojos de los supervivientes de Árboles Altos. Aun así, Hurón pronunció las palabras en voz alta en el tono rimbombante de un narrador de historias.

—Durante centenares de años, se nos ha transmitido que mientras el fuego mágico de Myth Drannor brille en esta espada, un héroe regresará en tiempos de absoluta necesidad. En una ocasión Soora Thea condujo a nuestra tribu a la batalla. Volverá a venir ahora en respuesta a la llamada de su hija.

Utilizando la entrada que le proporcionaba Hurón, Arilyn se situó de pie junto a la elfa durmiente. La luz de la hoja de luna se posó sobre su rostro impertérrito y extrajo destellos de la trenza de color zafiro.

La semielfa respiró hondo y luego habló en el expectante silencio.

—Acude, tú que fuiste una vez Zoastria, conocida entre el pueblo de Tethir como Soora Thea. Tu tiempo ha llegado de nuevo.

Un remolino de niebla surgió del filo de la espada y envolvió la forma durmiente de la elfa. La sombra elfa de Zoastria, pálida, insustancial y fantasmagórica, se plantó delante del pueblo elfo.

Mientras todas las miradas se concentraban en la silueta espiritual, la esencia de la mujer elfa empezó a tomar sustancia con lentitud. Gradualmente, el perfil fantasmagórico empezó a hacerse sólido y mortal como cualquier otra criatura del bosque. Al cabo, se quedó como si la hubieran sorprendido en un trance, con los ojos cerrados y el cuerpo inmóvil. Poco a poco, el color reapareció en su rostro, cuya tez

cambió del color de la nieve a un tono perlado. Al final, sus ojos se abrieron y depositó la mirada sobre el pueblo de Tethir.

Barrió con la mirada el grupo de elfos reunidos hasta detenerse en los rostros embelesados de los dos mayores. Caminó hacia adelante para coger la muñeca de la anciana Ysaltry en un gesto propio de guerreros.

—Te recuerdo bien, Ysaltry, hija de Amancathara. Y a ti también, aunque tu nombre no me acude rápido a la mente. Ambos luchasteis con valentía en un tiempo remoto. Vuestra sabiduría y vuestros recuerdos nos son necesarios ahora. Muchas cosas hemos de enseñar a vuestra gente antes de la batalla —anunció con voz firme e imperativa.

Los ojos de los habitantes del bosque se volvieron hacia el lugar donde momentos antes había reposado el cuerpo durmiente de la mujer elfa.

Arilyn seguía allí, sosteniendo con ambas manos una hoja de luna ahora silenciosa y apagada, pero la camilla estaba vacía. La sombra y la sustancia habían vuelto a convertirse en un solo ser.

Un silencio, completo y profundo, se apoderó del pueblo del bosque. Luego, Rhothomir puso una rodilla en tierra ante la diminuta guerrera elfa de la luna. Todos a una, el pueblo de Árboles Altos cayó de rodillas sobre el suelo del bosque, impaciente por seguir a la heroína que había regresado.

El resto del día transcurrió entre reuniones del consejo y preparativos frenéticos mientras los elfos se disponían a marchar hacia el centro de explotación forestal. Hasta los miembros del clan de los lytharis pululaban alrededor, escuchando los planes. Cada individuo tenía una misión, y todos sentían la necesidad de combinar sus acciones con las de sus nuevos aliados.

Al final, con la llegada de la noche, Arilyn y Hurón tuvieron por fin ocasión de enterarse al detalle de la destrucción que había tenido lugar durante su ausencia. Buscaron a Foxfire y los tres se retiraron a las sombras del improvisado campamento de los elfos. Allí compartieron un pedazo de conejo asado, la primera comida sólida que habían probado los tres durante todo el día, y se dispusieron a escuchar la triste historia.

—Los humanos se abalanzaron sobre nosotros con más rapidez de la que habría creído posible —explicó Foxfire con voz pausada—. Conocían el camino y habían sido avisados de todas nuestras defensas. Su hechicero mató a nuestros vigilantes e incluso incendiaron los árboles de las dríadas, pero creo que antes invocaron hechizos de silencio. Si no llega a ser por la advertencia de los pájaros, nos habrían pillado desprevenidos. Pudimos retirarnos al bosque antes de que el fuego del hechicero se abalanzara sobre Árboles Altos, pero por los pelos.

—¿Cómo escapasteis a la persecución? —preguntó Hurón.

—No nos persiguieron.

Arilyn captó un matiz en el tono de Foxfire y el terror tácito que brillaba en sus ojos.

—Crees que nos han lanzado un cebo, que nos conducen a una batalla que ellos han elegido librar.

El líder de guerra clavó la mirada en sus ojos.

—Sí, los humanos hicieron eso una vez con anterioridad. Devastaron el Claro del Consejo y dejaron varias flechas más entre los asesinados. Luego, nos dejaron averiguar dónde estaban y nos tendieron una emboscada. —Hizo una pausa—. Hay un asunto pendiente entre ese líder humano y yo, y este ataque lo demuestra.

—¿Qué hicieron esta vez? —preguntó la semielfa con suavidad.

Durante largo rato, el elfo salvaje se quedó en silencio.

—Una vez te dije que había dejado mi marca en el rostro del humano conocido con el nombre de Bunlap. El cuerpo de uno de nuestros exploradores, Uleeya Cantomatutino, fue depositado en el centro del círculo de ceniza, con mi marca esculpida en la mejilla.

Arilyn se inclinó hacia adelante y puso ambas manos en los hombros del elfo salvaje.

—Si los dioses te son favorables, nunca llegarás a conocer a tantos hombres malvados como conozco yo, pero debes creer en lo que voy a contarte.

El macho hizo un gesto para que siguiera hablando.

—Cuando estaba en Espolón de Zazes, me enteré de que ese hombre, Bunlap, había sido contratado para proteger un campo de tala que habían instalado en Suldusk. No me sorprendería que la tarea le hubiese resultado más difícil de llevar a cabo de lo que había supuesto, y es probable que las primeras batallas con las tribus de Suldusk provocaran en él un odio profundo hacia todos los elfos. Tú sólo ves la parte de ese odio que descarga sobre tu clan, pero no dudes que debe de haber otros pueblos en el bosque que se estén preguntando por qué se merecen tanta cólera.

»He conocido a muchos hombres como Bunlap y no existe una explicación única y sencilla para toda la maldad que llevan dentro, así que por favor, amigo mío, no cargues sobre ti más peso del necesario —concluyó con voz suave.

Foxfire levantó una mano para acariciarle la mejilla. —Gracias, pensaré en lo que me has dicho. Pero ven, tenemos que unirnos a los demás en el consejo.

La Arpista hizo un gesto de asentimiento y, tras incorporarse, echó a andar con su habitual determinación hacia la hoguera. Pero Hurón cogió a Foxfire por el brazo antes de que pudiese correr tras ella.

—Durante la penúltima celebración del solsticio de verano, nos comprometimos —musitó la elfa con voz suave—. ¿Tan pronto lo has olvidado?

Foxfire contempló, confuso, los ojos negros de la mujer elfa.

—Éramos muy jóvenes cuando hablamos de compromiso, y desde aquel día nuestros pasos nos llevaron por caminos distintos. Fuiste tú quien pediste acabar con el compromiso antes de irte con los humanos.

—No puedo lamentar lo que se ha hecho por el clan, pero olvidaste los motivos por los que nos comprometimos hace tantos años. Yo soy narradora de historias y hermana del Portavoz; tú, un líder de guerra. Juntos habríamos podido criar elfos fuertes para el clan, elfos que a la vez habrían podido dirigir al Pueblo. Si no escoges pronto una compañera y produces herederos, dejarás de ser nuestro líder de guerra. Se te necesita, y tienes que pensar en el clan.

—Ah... —Al final comprendía Foxfire la inquietud de la mujer—. Temes que si elijo a Arilyn como compañera, el clan pueda no aceptar los hijos de una elfa de la luna en nuestra tribu.

Hurón asintió.

—Eso en parte. Hay cosas de nuestra nueva líder de guerra que no sabes. Ella y yo nos habíamos visto ya en la ciudad de los humanos. Debes creerme cuando te digo que no es lo que aparenta ser.

—Ya veo —repuso el elfo, lentamente.

Examinó un instante a la mujer elfa, maravillado de que también ella supiera y hubiese ocultado el secreto de Arilyn durante tanto tiempo. Pero luego, al considerar el asunto, no se sorprendió. Hurón tenía como único objetivo su deseo de servir a favor de los elfos del pueblo, incluso si eso significaba que debía permitir que una semielfa entrara en su fortaleza y mantener el secreto ante su propio hermano.

—Así que tú sabías que Arilyn era semielfa —le espetó bruscamente—. Y sabiéndolo, ahora que has llegado a conocerla, ¿crees que existe de verdad alguna diferencia?

Una expresión sorprendida cruzó por el rostro de Hurón, primero al darse cuenta de que Foxfire ya conocía la verdadera naturaleza de Arilyn y, segundo, cuando se dispuso a considerar su pregunta.

—No —repuso en tono interrogativo—. No, supongo que no hay diferencia.

Luego, la expresión de su rostro se suavizó y apoyó una mano en el brazo de Foxfire.

—Hay una cosa más, algo que no pensaba decirte. Así como tus palabras encierran una gran verdad, sabrás que la semielfa no es para ti. Ama a otra persona. A un humano.

—Eso también lo sabía —replicó el elfo con voz suave—, pero te agradezco tu preocupación. Ven, tenemos que unirnos a los demás.

Los elfos se acercaron al círculo donde se sostenía un acalorado debate sobre la mejor estrategia para tratar con un brujo humano.

Arilyn hizo un gesto a sus amigos y luego volvió a integrarse en la discusión

porque acababa de ver la oportunidad para explicar la presencia de Chatarrero en la inminente batalla.

—Todos habéis presenciado el daño que puede infligir un hechicero humano. No sólo la destrucción de Árboles Altos sino el modo en que puede hacer que las flechas disparadas por nuestros arqueros se vuelvan en contra de aquel que las lanza. ¡Imaginaos lo que puede llegar a hacer si dispone de tiempo para prepararse una batalla en un lugar de su elección! ¿Habéis pensado en los hechizos que podrá lanzar, en las trampas que dispondrá?

Varios de los elfos hicieron un sombrío gesto de asentimiento. Ninguno de los que había participado en aquella primera batalla olvidaría la visión de sus compañeros convertidos en cenizas en el tiempo en que tarda en latir el corazón.

—Conozco a una persona que puede descubrir esas trampas y superar a ese hechicero en la batalla. Es un humano, un estudioso y sacerdote adorador de un dios bueno. Ha sido mi aliado durante muchos años, y hasta los lytharis lo han aceptado y lo han conducido al campo de batalla, junto con dos guerreros que lo protegen, para investigar el terreno y prepararse.

—Una sabia precaución —se apresuró a intervenir Foxfire al ver el gesto de desaprobación de la mayoría de los presentes—. Incluso en tiempos de Cormanthor, los humanos lucharon junto al Pueblo frente a un enemigo común.

—Os hablaré con toda franqueza. Ese hombre no se parece en nada a los humanos del antiguo Myth Drannor. No ama al pueblo elfo ni nuestro modo de vida —explicó Arilyn con sencillez—, pero tampoco nos desea nada malo y sí que odia todas las cosas procedentes de Halruaa. ¡Os aseguro que pondrá todo su empeño en librar esa batalla con el hechicero!

—Así se hará —concluyó Zoastria, y los demás, todavía asombrados por el retorno de su milenaria heroína, aceptaron su palabra como la última.

Los elfos debatieron brevemente cuál era el mejor modo de aproximarse al territorio de los Suldusk. A menos de dos días de marcha hacia el este se abría el valle conocido como Claro del Cisne, donde estaba el mayor lago de todo el bosque, y en él desembocaba un pequeño riachuelo que tenía su origen en el territorio Suldusk. Podían construir balsas y remar contracorriente, cosa que les permitiría avanzar con más rapidez que si iban andando. Acordaron salir con la primera luz del alba, tras pasar una noche dedicada al ensueño, la meditación y las oraciones al Seldarine.

Cuando el coro de pájaros matutinos inició los primeros trinos soñolientos y dubitativos, los elfos habían partido ya, siguiendo el rastro que habían dejado impreso los humanos al retirarse, cosa harto sencilla.

Como de costumbre, Tamsin iba un poco adelantado a modo de explorador. No les lanzó ninguna señal de advertencia, pero de repente a ningún elfo le quedó la menor duda de que le habían infligido un súbito dolor, porque su hermana Tamara se

detuvo de pronto y se encogió, tapándose los ojos con las manos.

El silencio cubrió a los elfos. ¿Qué había podido ver la elfa que le causara una desolación tan profunda sino la muerte de su hermano gemelo?

Los hombros de Tamara se alzaron y bajaron de forma rítmica cuando la elfa respiró hondo y *alzó* los ojos para mirar a Foxfire.

—Es como tú has dicho. Los humanos nos están atrayendo hacia ellos. Nos están esperando: a nosotros, y a ti. Ven. No desearás ver esto, pero tienes que hacerlo.

Un centenar de pasos más adelante, se había arrancado un árbol joven para usarlo a modo de estaca, y en él se había atado el cuerpo de un elfo. No se trataba de Tamsin, era un extraño, un elfo Suldusk, que llevaba muerto quizás unos tres días. Un enjambre de moscas zumbaba a su alrededor, hurgando en la silueta de una flor que había sido esculpida en sus mejillas.

—¿Cuántos más elfos habrá en todo el trayecto? —murmuró Tamsin con voz presa de desesperación—. ¿Cuántos más van a morir en cautividad antes de que lleguemos al sur del bosque?

Ganamede, que había regresado junto a los elmaneses con la llegada del alba, se acercó al trote hasta Zoastria.

—He visto el campamento humano. Nos superan en número y además han tenido tiempo para preparar su defensa. La única baza de que disponemos es el factor sorpresa, y llegar a tiempo para liberar a cuantos elfos no hayan sucumbido todavía en el cautiverio. He hablado con mi clan y hemos decidido que los lytharis os llevaremos entre dos mundos hasta un lugar mucho más cercano al campamento que el Claro del Cisne, un punto que está a menos de un día de camino.

—Los humanos nos llevan más de tres días de ventaja —comentó Rhothomir—, pero aun así no llegarán mucho antes que nosotros al campamento y, además, no creo que nos esperen tan pronto. Sin duda habrán apostado informadores que controlen nuestro paso. Con eso que sugieres, podemos pasar sin ser vistos y pillar a los humanos completamente desprevenidos. Si estáis dispuestos a hacerlo, aceptaremos encantados.

Los elfos se dividieron en grupos reducidos para que pudiesen viajar con la docena aproximada de lytharis a través de las puertas hasta el campo de batalla. Foxfire fue de los primeros en pasar, al igual que Rhothomir. Parecía lógico enviar primero a los líderes, pero Zoastria hizo que pasara su turno y le indicó con un gesto a Arilyn que se acercara.

Las dos hembras elfas se alejaron de los demás y, al llegar a un claro situado a la sombra de unos robles centenarios, Zoastria le indicó que se detuviera.

—La batalla acontecerá antes de lo que esperaba —comentó, bruscamente—. Ha llegado la hora.

Arilyn se quedó contemplando a la elfa de reducida talla, sin comprender, y al

seguir la trayectoria de su mirada vio que tenía la vista fija en la hoja de luna que llevaba colgada del cinto.

—La has llevado bien, para ser semielfa —admitió Zoastria—, pero ha llegado la hora. La hoja de luna tiene que regresar a mí.

21

Arilyn se quedó mirando a su antepasada, aturdida por su petición. ¡No había previsto aquel desenlace cuando había despertado a la guerrera durmiente!

—La hoja de luna me aceptó a mí como portadora. ¡Las dos estamos unidas! —protestó—. ¡No puedo dejársela a otro como si fuera un arma corriente!

—Sólo uno puede blandir la espada —repuso Zoastria en tono severo—. Si tienes otra espada, desenfunda y dejemos que la más diestra en esgrima decida el asunto.

La semielfa rechazó aquella solución de inmediato. A pesar de que admiraba la habilidad de la mujer elfa con las armas, Arilyn sospechaba que podría vencer a Zoastria en combate, y no había devuelto a aquella antigua heroína a la desmoralizada tribu elmanesa para destruirla. Aunque tampoco había rechazado nunca un combate. Simplemente no podía hacerlo, ni siquiera las criaturas del bosque.

Zoastria debió de ver algo de eso en los ojos de la semielfa porque enseguida hizo otra propuesta.

—O sigue los deseos de tu corazón. Dame la espada voluntariamente y líbrate de la hoja de luna de una vez por todas. Al restituir la espada a un portador anterior, y en definitiva a su legítimo dueño, tu deuda con el Pueblo se verá cumplida con honor y te verás libre de tu promesa de servir a la hoja de luna.

Mientras la semielfa meditaba aquella inesperada solución, un peso enorme se le quitó del corazón, y el vacío se vio repleto de inmediato de una extraña tristeza y sensación de pérdida.

—¿Y el poder que conferí yo a la espada? —preguntó, dubitativa.

—Será eliminado. Si es ése tu deseo, procedamos.

—Un momento —murmuró Arilyn. Desenfundó la espada y la sostuvo frente a sí, saboreando por un momento el único vínculo que tenía con su herencia elfa. Aunque temía a la hoja de luna, y a menudo se sentía resentida con ella e incluso la odiaba, nunca había pensado que un día le pedirían que la dejara. Y, sin embargo, estaba dispuesta a hacerlo, porque aquello era lo mejor para el Pueblo elfo y para aquel espíritu que amaba y que, de otro modo, se vería atrapado en su interior.

Arilyn alzó los hombros y levantó por última vez la hoja de luna. Contempló su imagen doble y también la segunda sombra que sin querer había consignado al servicio de la espada. Acto seguido, las invocó a las dos.

La pareja de sombras elfas emergió de la espada y cobró forma frente a ella. Arilyn sintió un nudo en la garganta al contemplar la imagen calcada de Danilo y se preguntó brevemente si su amigo sabría algo de lo que había sucedido en los bosques de Tethir. Antes de haber conocido a su propia sombra elfa, y cuando la entidad de la espada estaba bajo el control de su maestro, Arilyn se había visto asaltada a menudo

por sueños cuando su sombra elfa se veía obligada a cumplir los mandatos de Kymil Nimesin. Sólo esperaba que en sus sueños Danilo comprendiese lo que estaba a punto de hacer y el motivo.

Tras absorber fuerza de la calidez de sus ojos grises, Arilyn volvió a enfundar la hoja de luna y se desató el cinturón para tendérselo a su antecesora.

Zoastria desenfundó la hoja con un movimiento suave y familiar. La luz azulada de la piedra brilló un instante y luego la luz se amortiguó. La espada acababa de aceptar de nuevo a su antigua dueña. Al mismo tiempo, una de las runas grabadas mágicamente sobre la espada, la que indicaba el poder que Arilyn había añadido, empezó a hacerse borrosa.

Mientras Zoastria murmuraba el ritual de aceptación que nunca habían enseñado a Arilyn, la semielfa presenció cómo se borraba su impronta sobre la espada y vio cómo se disipaban como niebla su sombra elfa y la de Danilo, con las manos entrelazadas.

—Gracias por recibirme, duque Hembreon —agradeció Hasheth mientras tomaba asiento en la silla que el hombre corpulento le ofrecía. Era una experiencia de por sí difícil estar en presencia de un hombre tan poderoso, y a Hasheth no le importó que fuera la valía de otra persona lo que le hubiese dado acceso a aquel privilegio. No siempre iba a ser así.

—Decíais que habíais recibido noticias de Hhune. ¿Hay conflictos en Aguas Profundas?

—Nada fuera de lo corriente —respondió Hasheth, confiando en que no se alejara mucho de la verdad—. Como sabéis, lord Hhune se ha comprometido a encontrar una solución al problema que presentan los elfos del bosque.

«Al menos —añadió Hasheth para sus adentros—, eso es lo que habría hecho yo en su lugar.» El joven dudaba que el otro miembro de los Caballeros del Escudo estuviese al corriente de las actividades ilegales de Hhune en el bosque elfo o que las tolerase. ¿Qué mejor opción le quedaba a Hhune para que nadie se enterase que ofrecerse a manejar él solo el asunto?

—Parece que Hhune ha confiado en vos —comentó el duque Hembreon para poner a prueba los límites del conocimiento del joven.

—Soy su aprendiz —repuso Hasheth, simplemente—. Espero aprender todo lo que desee enseñarme.

Ya estaba. Era imposible decir con más franqueza, a menos que abandonara cualquier intento por resultar sutil, que tenía conocimiento de los secretos de los Caballeros.

El duque asintió, pensativo.

—¿Y qué ha aprendido Hhune de los conflictos de los elfos?

—Los elfos de Tethir están siendo expoliados. Sus árboles centenarios están siendo talados para conseguir madera y asesinados sus habitantes, por obra de un noble de poca monta, un capitán de mercenarios conocido con el nombre de Bunlap. Los elfos han hecho un juramento de sangre en su contra y no cesarán en sus ataques vengativos hasta que ese hombre muera.

—¿Y la madera?

—Ha sido trasladada hasta Puerto Kir a través de una ruta retorcida e ingeniosa. El mercenario ha obtenido con ella una enorme riqueza que ha invertido en incrementar su ejército para ir en contra de los elfos del bosque y quizá tal vez para otros propósitos. Mucha de la madera ha acabado en unos astilleros que la utilizan para construir veleros muy veloces y bien armados. Ese Bunlap es un hombre peligrosamente ambicioso.

Hasheth se inclinó hacia adelante, con los ojos abiertos de par en par y expresión de impaciencia.

—Soy un hombre joven, duque Hembreon, y quizá no esté preparado para seguirle la pista a un hombre sin dejar marcas que me delaten, así que es posible que Bunlap esté al corriente de mis esfuerzos. Ha hecho algún intento de implicar a mi señor a modo de venganza y tengo motivos para temer que ha encontrado un cómplice en ese empeño, alguien próximo a Hhune. Todavía desconozco el nombre de ese rufián, pero os ruego que me dejéis proseguir en la búsqueda de su identidad. Si los Caballeros se inmiscuyen demasiado en los asuntos de Hhune, el traidor puede temer ser descubierto y emprender la huida.

El duque lo contempló con expresión sombría.

—Vuestras palabras parecen encerrar una gran sabiduría y también modestia, teniendo en cuenta vuestros años. Hacéis bien en hablar con tanta franqueza ante mí. Se hará todo como decís; los Caballeros dejaremos la búsqueda de la persona que ha traicionado a Hhune en vuestras manos, pero en cuanto a Bunlap..., ¿dónde podemos encontrarlo?

—Posee una fortaleza cerca de la desembocadura del ramal norte del río Sulduskoon. El campamento de tala está situado mucho más hacia el este, donde confluyen el río y el bosque.

El duque torció el gesto.

—¡Los Caballeros del Escudo no poseen un ejército que pueda ser enviado a semejante distancia!

—Un asesino, entonces —propuso el joven—. Conozco uno que cumpliría bien con el cometido y luego se lo comunicaría a los elfos. Es semielfa, y está ansiosa por restablecer la paz entre los compañeros de su padre y los de su madre. Los habitantes del bosque le han asegurado que la muerte de Bunlap pondría fin a los conflictos.

Aquello era una completa mentira, pero Hasheth estaba convencido que el

resultado final convertiría en ciertas sus palabras. Después de todo, Arilyn había puesto todo su empeño en la destrucción de las operaciones de tala y, para hacerlo, tenía que sacar a Bunlap de en medio.

—Ocupaos de ello e informadme cuando esté acabado.

Viendo que sus palabras ocultaban un tono de despedida, Hasheth se puso de pie y salió de casa del duque Hembreon intentando por todos los medios disimular su entusiasmo.

La entrevista había ido mucho mejor de lo que esperaba. Con unos cuantos pasos más conseguiría el favor de Hhune, Hembreon y los Caballeros. Y el único coste sería la flota de barcos de Hhune.

Una bagatela, en opinión de Hasheth.

Al día siguiente, los elfos del bosque y los lytharis se reunieron en unas colinas cercanas al asentamiento de los Suldusk. Atacarían con la llegada del alba y todavía les quedaban muchos preparativos por hacer y planes que ultimar para la batalla que se avecinaba.

La tarea más difícil que tenían por delante sería rescatar a los elfos cautivos. Las mejores estimaciones de los exploradores lytharis hablaban de que quedaban con vida quizás unos cincuenta elfos Suldusk. Era difícil evaluar su número con certeza, porque habían sido apiñados en jaulas dispuestas sobre el desolado suelo, construidas con ramas de los árboles talados. El campamento humano estaba dividido: unos cuantos hombres vigilaban a los cautivos y el resto estaba acampado cerca del río, y por ese motivo las fuerzas elfas también tendrían que ser divididas.

A pesar del triste cariz de la tarea que tenían por delante, los elfos no pudieron dejar de contemplar con perplejidad a los extraños que se les habían unido. A Kendel Hojaenrama lo aceptaron sin dificultades, aunque su patente amistad con un enano era algo que escapaba a su comprensión, pero el humano los tenía fascinados.

Chatarrero se mantenía al margen, y no dejaba de murmurar y trastear con la colección de frascos y tarros y polvos que había llevado consigo. Los elfos habían oído toda la historia narrada por Hurón sobre la destrucción que su invento había provocado en los humanos de Espolón de Zazes y hasta Tamsin, quizás el más xenófobo de todos ellos, estaba más que dispuesto a dejar que Chatarrero se ocupara de sus asuntos sin ser molestado.

Arilyn se sentía bastante inútil ante todos aquellos preparativos. En muchos aspectos su participación en la batalla estaba ya acabada. Gracias a sus esfuerzos los lytharis se habían unido a los elfos del bosque, y Zoastria había regresado. La semielfa había enviado también en secreto a Ganamede al bosque en busca de aliados entre las criaturas sobrenaturales del bosque, unos seres tan reservados que ni siquiera los elfos eran capaces de encontrarlos si no deseaban ser localizados. El lythari

conocía todos los secretos del bosque pero, aun así, Arilyn albergaba pocas esperanzas de que Ganamede tuviese éxito en su misión de ganar adeptos.

También se sentía extrañamente incompleta sin la hoja de luna atada en su cintura, porque desde su decimoquinto cumpleaños había estado siempre con ella. Tampoco tenía otra espada con la que sustituirla porque aquel tipo de armas escaseaban entre los habitantes del bosque.

Foxfire se fijó en esa carencia.

—No puedes participar en la batalla sin una espada.

Arilyn se encogió de hombros.

—Tengo una daga. Me será suficiente para desarmar a uno de los humanos. — Intentó esbozar una sonrisa—. Probaré alguna de las tuyas y me quedaré la que más me guste.

—Aun así, debes tener un arma. Si no para ti misma, por el bien que harías a la tribu, al Pueblo —se corrigió. Ahora había tres razas de elfos unidas en la preparación de la batalla y los elmaneses, siempre tan reservados, empezaban a ampliar su concepto de comunidad—. ¡Nadie de los que estamos aquí pueden equipararse a ti en el manejo de la espada, ni siquiera Soora Thea!

Foxfire hizo un gesto de asentimiento hacia la diminuta elfa de la luna que estaba haciendo una demostración de una secuencia de ataque a un pequeño grupo de elfos adultos.

Pero Arilyn sacudió la cabeza.

—No, su técnica es mucho más precisa y limpia que la mía y jamás podré igualarla. Si hay alguna diferencia, es porque la hoja de luna ha aumentado de poder desde que ella la blandió por última vez. Al menos cuatro elfos han portado la espada desde que Zoastria la pasó y cada uno de ellos añadió a la hoja de luna una reserva de magia. A decir verdad, las hojas de luna son cada vez más difíciles de manejar —concluyó—. Dudo que haya muchas personas que puedan resistir su magia.

—Y menos todavía que puedan manejar semejante magia —razonó Foxfire—. Según dice la leyenda, una espada como ésa consumiría a todo aquel individuo que no se lo mereciera y que intentase blandirla. Debe exigir mucha valentía aceptar una hoja de luna.

La semielfa se limitó a encogerse de hombros, no por modestia sino porque había empuñado la espada por primera vez sin conocer todas sus implicaciones.

—A menudo he pensado en el poder que le otorgaste a tu espada. Dicen que ese don no es una elección deliberada, sino el resultado de la reflexión sobre las necesidades de su portador y de sus talentos —comentó él.

—O de la misión —añadió Arilyn—. A veces la magia acude en respuesta a una súbita necesidad. Uno de mis antepasados tuvo una discusión con un dragón rojo y acabó imbuyendo a la espada con capacidad de resistencia al fuego. ¡Imagina su

sorpresa cuando se levantó y se encontró vivo después de semejante batalla!

El elfo verde chasqueó la lengua.

—Por eso resististe los disparos de fuego del hechicero. Vi cómo la espada trazaba un escudo a tu alrededor y he visto también cómo se mueve a una velocidad de vértigo. ¿Qué capacidad le imbuiste tú?

—Ninguna. Una hoja de luna puede ser sostenida por una sola persona —explicó Arilyn— y eso causa problemas si tienes un compañero. Mi aportación fue poder compartir la hoja y su magia, en caso de necesidad.

—Ah, eso explica muchas cosas —respondió Foxfire.

Arilyn le dirigió una mirada burlona.

—Durante la batalla junto al río, me vi muy presionado por los humanos —empezó a decir—. No obstante, vi a los guerreros de sombra que emergieron de tu espada y noté que entre ellos había uno que no era elfo, a pesar de que enseguida adoptó una apariencia diferente. Al principio, no entendía nada, hasta que tú me contaste que te habías vinculado en armonía con otra persona.

»No pongas esa cara sorprendida —prosiguió, sonriendo ante la expresión de perplejidad que apareció en el rostro de la semielfa—. Como tú misma me dijiste, hay muchos modos de compartir cosas. El hecho de compartir con ese humano tu hoja de luna fue el mayor lazo que jamás podías haberle hecho. Reflejaba, como tú dijiste, tu deseo más profundo. Y quizá fuese también producto de una necesidad, y por eso lo hizo la hoja de luna. Tú no eras capaz de ver la necesidad que tenías de ese humano o no sabías cómo abrirte paso hasta él.

La semielfa se quedó mirando a su amigo, perpleja por sus palabras, y más al darse cuenta de que no podía discutir las. El poder que había otorgado a la espada era parecido a la capacidad de establecer un vínculo de armonía, ¡y ella había elegido a Danilo para compartir aquel don elfo tanpreciado! ¡Era extraño el modo en que la mentira bien intencionada que había ofrecido a Foxfire como bálsamo para su orgullo herido acabara siendo la pura verdad!

Foxfire esbozó una sonrisa fugaz y arrepentida.

—No eres la primera que se compromete con un humano de una forma o de otra. Algo en su forma de ser atrae a muchos de nuestro Pueblo. Hay una canción que cantaban los elfos de Mercaderes que hablaba de esto, pero no recuerdo más que la última estrofa.

—Qué fugaz es su llama, ¡pero cuánto brilla! —recitó Arilyn—. Sí, la he oído cantar.

—Y has comprobado que es cierto, como hizo tu madre antes que tú —añadió con suavidad.

Arilyn dio un brinco, al darse cuenta de las implicaciones que tenían sus palabras.

—Lo sabes, sabes que soy semielfa. ¡Lo sabes desde hace tiempo!

—Casi desde el principio —confesó el elfo—. En un principio no hablé por el mismo motivo por el que Hurón guardaba silencio: parecía el mejor modo de servir a nuestro clan. Te necesitábamos. Enseguida me di cuenta de que tu condición de semielfa no era importante para mí, ni tampoco tenía que importar a nadie del Pueblo. Tienes el alma elfa, si no nunca habrías podido blandir una hoja de luna ni habrías podido comprometerte a otro en armonía. El hecho de que hayas elegido compartir ese vínculo con un humano no cambia tu naturaleza elfa ni la minimiza.

Por primera vez en toda su vida, comprendió Arilyn plenamente la dicotomía de su propia forma de ser.

—Gracias —susurró.

Foxtire le apoyó ambas manos en los hombros.

—Era preciso decir estas cosas. Mañana iremos a una guerra. Sabes lo que nos espera y sabes también que tengo que enfrentarme a Bunlap. Él morirá o será vengado. Sea como sea, este asunto debe concluir.

Un ligero rumor procedente del bosque sobresaltó a ambos elfos, que al alzar la vista se encontraron frente a frente con el rostro barbudo de un centauro.

Arilyn lo recordaba de la celebración del solsticio de verano. Llevaba una lanza larga y una expresión de seria resolución en el rostro. ¡Parecía que Ganamede había resultado convincente cuando había transmitido su mensaje a las demás criaturas del bosque!

—Hemos venido en cuanto hemos podido —anunció el centauro, con voz grave y profunda, en lenguaje elfo—. Soy Nesstiss, y traigo conmigo a diez guerreros centauros. Es posible que vengan también los faunos, pero no esperéis verlos hasta que empiece la batalla. ¿Quién dirige esto?

La aparición de los esquivos centauros sirvió de espoleta al ejército de criaturas del bosque. Su resolución grave se tornó salvaje regocijo, e incluso exaltación. Poco antes del alba, se prepararon para el ataque, ocultándose entre los árboles que había justo en la linde de la zona boscosa devastada por los leñadores.

La escena que se desarrollaba ante ellos se asemejaba en cierto modo a los límites más desolados del Abismo. La rica maleza del bosque había sido convertida en cenizas, de entre las cuales sobresalían tocones de árboles ennegrecidos como si fueran setas gigantescas. Sobre el territorio se extendía un halo opresivo de desesperación, pero hasta eso parecía estimular a los hijos de Tethir, pues la visión del bosque en ruinas era un lúgubre recordatorio del motivo por el que estaban luchando.

Arilyn ocupó su puesto entre aquellos que iban a realizar la primera carga por sorpresa. En su opinión, formaban un grupo lamentablemente poco numeroso e imaginó cómo resultaría su ataque ante los mercenarios. Siguiendo un impulso,

rebuscó en su bolsa el frasco que Chatarrero le había dado hacía más de un mes, la pócima que había hecho con aquellas setas quejumbrosas.

Sacudió el frasco, lo abrió, vertió unas gotas en un trapo de lino y se acercó al capitán de los centauros.

—Nesstiss, dame una de tus pezuñas —pidió. El centauro pareció sorprendido, pero dobló una pata, obediente. Arilyn se agachó y vertió un poco de poción en la pezuña—. Ahora, apóyala en el suelo, pero con cuidado.

Nesstiss bajó la pata y el gesto de apoyar la pezuña sobre un guijarro que había en el suelo reverberó como si fuera un fuerte golpeteo. Contempló a Arilyn, asombrado.

—Cinco centauros acercándose al campamento por cada uno de los flancos parecerán una caballería completa lanzada a la carga. ¡Despertaremos a todos los mercenarios!

Vio que Zoastria la estaba mirando y que asentía con gesto solemne.

—Unta las pezuñas de los demás, rápido —ordenó—. Centauros, haced lo que Arilyn sugiere. Atacad desde ambos lados, sobresaltad a los humanos y enviadlos en estampida hacia nosotros. Luego, rodead el campamento y seguid hostigándolos.

Arilyn se acercó a los centauros para ponerlos en posición; luego, tendió otro pedazo de tela al elfo que tenía más cercano y le pidió que la ayudara. Cuando tuvo a todos los centauros listos, se acercó a Zoastria.

—Me quedan una o dos gotas en el frasco. Ya has oído cómo incrementa al sonido. Si te las bebes, tus órdenes se oirán en todo el campo de batalla :—sugirió Arilyn.

La diminuta elfa cogió la poción sin vacilar y, echando la cabeza hacia atrás, depositó dos gotas en la garganta. Arilyn recuperó el frasco vacío y volvió a situarse entre las filas de elfos.

Zoastria se quedó mirando a las fuerzas allí reunidas. Sus ojos resplandecían mientras contemplaba sus líneas y prendía su mirada breve pero intensamente en cada uno de ellos. Luego, desenfundó la hoja de luna con una fioritura lenta y deliberada. Los centauros levantaron sus largas lanzas hasta ponerlas en posición; cada uno parecía una combinación de caballero portador de lanza y caballo dispuesto para la batalla.

El líder elfo se volvió en dirección al campamento y apuntó con la espada mientras daba inicio a la batalla con un grito de guerra que resonó entre las colinas como el rugido de un dragón.

Los centauros salieron de inmediato a la carga, se separaron en dos flancos y descendieron sobre el campamento con gran estrépito de cascos, como si fueran truenos de una tormenta de verano. El suelo temblaba bajo su avance, y el sonido se multiplicaba como si se lanzara a la carga un amplio ejército.

En respuesta, los mercenarios salieron atropelladamente de las tiendas, medio

vestidos y rebuscando con torpeza sus armas. Zoastria soltó otro grito, y la primera oleada de elfos salió a la carrera por el suelo devastado en dirección a los desconcertados humanos.

Mientras corría, Foxfire insertó una flecha en su arco y apuntó hacia el blanco que tenía más cercano. Dos monstruosos híbridos de orcos y humanos salieron a la carga para enfrentarse a los elfos, a una velocidad vertiginosa y las hachas levantadas por encima de la cabeza. Foxfire apuntó al que corría con más lentitud; su flecha atravesó la garganta de la criatura y el semiorco se precipitó de bruces al suelo, clavando de paso el hacha en la espalda de su compañero.

—Una flecha, dos semiorcos —lo alabó Arilyn mientras pasaba con las manos vacías salvo por una larga daga.

La semielfa no era bastante hábil con el arco para disparar mientras corría, pero era la única allí que conocía aquella carencia. Todos los miembros de la tribu elmanesa eran cazadores entrenados para disparar con precisión mortal mientras perseguían una presa, y las flechas negras caían como lluvia sobre los mercenarios, obligándolos a buscar cobijo.

Sin embargo, no había escondrijo posible. Los centauros habían rodeado ya el campamento por detrás y presionaban a los humanos hacia adelante. Los alaridos de los hombres que morían por el impacto de las lanzas de los centauros se mezclaban con el entrecuchar de las espadas contra las lanzas de roble que producían sus compañeros al enfrentarse a los guerreros centauros.

Un hombre alto, con una capa negra que flotaba a su espalda, caminaba por el campamento armado con una espada larga y de hoja ancha. Golpeó a uno de sus hombres que refulaba con la parte roma de su arma sin dejar de emitir órdenes a gritos hasta que el caos adoptó cierto parecido con el orden. Sus mercenarios formaron hileras y salieron corriendo para enfrentarse cuerpo a cuerpo con los elfos.

Arilyn eligió a su primer oponente, un hombre corpulento equipado con una espada de categoría de Cormyr y poco más. Sin jubón y vestido únicamente con unas calzas de lana, había conseguido ponerse sólo las botas antes de la batalla. Se abalanzó sobre él con la daga sostenida en alto. El hombre vio el ataque y la empuñadura que resplandecía, pero no pudo estimar la longitud del arma porque treinta centímetros de acero, sostenidos según el ángulo adecuado, podían crear la imagen ilusoria de que era una espada.

El hombre se dispuso a contrarrestar con un movimiento en sentido ascendente, pero calculó mal la longitud del arma de Arilyn y no llegó a rozar el filo de su daga. La semielfa incrustó el arma en su estómago con una mano, mientras con la otra le sujetaba la muñeca de la mano que sostenía la espada. Tras extraer la daga, Arilyn giró el cuerpo y empujó la mano que sujetaba al hombre hacia abajo al mismo tiempo que subía la rodilla para golpearle la muñeca. Los huesos del antebrazo se rompieron

con un brutal crujido.

Arilyn rodó por el suelo para que no la alcanzara el peso del hombre que caía y cuando se levantó llevaba la espada en la mano. Dio media vuelta y alzó el arma para topar con la descarga en sentido descendente de un hacha de guerra. En el último momento, recordó que el arma que tenía en las manos no estaba construida con acero elfo y se acercó más a su oponente para que su espada topara con el mango de madera en vez de con el filo del hacha.

Fue un impulso acertado porque seguramente el hacha habría reducido a pedazos el delgado filo cormyto. Aun así, la fuerza del ataque le hizo bajar hasta el suelo el filo de su espada prestada. Antes de que su contrincante pudiera levantar de nuevo el hacha para asestar otro ataque, Arilyn soltó por encima de las armas entrelazadas un puntapié que alcanzó a su oponente en el estómago. Cuando el hombre se quedó plegado por el impacto, la semielfa lo rodeó y lo remató con una rápida estocada.

Cerca de ella, uno de los elfos estaba luchando encarnizadamente con un humano de mayor tamaño, un rufián que manejaba dos largos cuchillos. Uno de los filos atravesó las defensas del elfo y le desgarró un hombro. El humano esbozó una sonrisa salvaje y levantó su otro cuchillo para asestar el golpe definitivo.

La arremetida de Arilyn consiguió desviar el golpe. La semielfa empujó el cuerpo herido y mucho más pequeño del elfo para apartarlo de la línea de batalla y poder seguir el combate en su lugar. Se plantó ante el rufián y lo atacó. El tipo cruzó los dos cuchillos ante su rostro para parar el golpe. El filo de la espada prestada de Arilyn se apoyó entre las dos armas entrelazadas y bajo el efecto de su presión, el hombre hizo un movimiento para soltar los cuchillos. Sonó un agudo chirrido de metal contra metal, pero el gesto hizo que el humano dejase su torso desprotegido. La espada de la semielfa se hundió entre sus costillas. Arilyn alzó un pie para separar de un puntapié el cuerpo del hombre del filo de su espada y luego se volvió para enfrentarse a otro contrincante.

No todos los elfos estaban teniendo suerte con sus oponentes. Varios de los humanos habían conseguido atravesar sus filas y estaban formando una línea de combate entre los elfos y la línea protectora del bosque. Según parecía se habían dado cuenta de lo peligroso que resultaba enfrentarse a los elfos del bosque en mitad de los árboles y no deseaban que los acorralaran hasta allí.

Al ver aquello, Foxfire empezó a buscar al capitán de mercenarios y vio de refilón una capa negra en movimiento. El humano estaba luchando con uno de los centauros que, sangrando por numerosas heridas y desprovisto de la mitad de su lanza, todavía contrarrestaba las embestidas de la espada ancha del humano con un pedazo de roble.

El arquero elfo levantó el arco para disparar. El proyectil negro pasó entre los combatientes y rozó el rostro de Bunlap..., justo lo que Foxfire pretendía hacer. El humano soltó un rugido de rabia y dolor mientras se llevaba una mano a la

ensangrentada mejilla marcada.

El centauro aprovechó su oportunidad para golpear al hombre en los hombros con la lanza, pero por desgracia, las numerosas heridas le habían mermado las fuerzas. Bunlap se volvió y se acercó balanceando la espada hacia él. El filo se hundió profundamente en el cuerpo del centauro, provocando un tajo hondo y mortal entre su torso humano y su cuerpo de equino. Al ver que aquel combate en particular se había acabado, el mercenario se volvió en busca de su atormentador elfo, una presa largamente anhelada.

Era fácil distinguir a Foxfire entre los elfos del bosque porque se había dejado suelto el cabello y por una vez su color brillante no se veía empañado por los adornos de plumas y de pedazos de caña que normalmente llevaba y que lo ayudaban a confundirse con el bosque.

El elfo cruzó con el humano una mirada fría y furiosa y luego empezó a alejarse hacia el bosque. Siguiendo una señal suya, los guerreros elfos empezaron a apartarse de sus combates particulares y se retiraron hacia la arboleda.

Los mercenarios los presionaron a través del campo devastado, pero se detuvieron en la linde del bosque, como les habían indicado y deseaban hacer. Volvieron la vista hacia su capitán, que permanecía de pie junto al cuerpo del centauro, con la barba negra manchada de su propia sangre y una mirada de odio clavada en el bosque.

Bunlap no necesitó demasiado tiempo para decidirse.

—Perseguidlos —ordenó, y acto seguido salió a la carrera hacia el bosque en busca del elfo que lo había marcado y en busca de su propia venganza.

Chatarrero nunca se había considerado un líder de guerra y acababa de descubrir que no le agradaba demasiado el papel. Los elfos que lo acompañaban, una veintena, habían sido instruidos para que obedecieran sus órdenes y lo hacían con rapidez. Eso estaba bien, pero él no sabía avanzar con cautela, ni sentía amor por los insectos, que no prestaban atención a los elfos pero que zumbaban alrededor de sus cabellos cobrizos, y había algo en el aire del bosque que le causaba alergia; le picaba la nariz y se sentía incómodo, como si fuera a estornudar en cualquier momento.

Al menos su pequeña banda contaba con el factor sorpresa. Los mercenarios no los esperarían hasta al cabo de un día o dos y Chatarrero confiaba en que aquello significase que aquel maldito hechicero de Halruaa no tuviese preparada más que una defensa rudimentaria.

Él adorador de Gond ordenó que se hiciera un alto, mató de un palmetazo un insecto y miró de soslayo el lugar donde estaban los elfos cautivos, pero no llegó a ver ninguna señal de que hubiese trampas mecánicas o dispositivos conectados a un detonador. Probablemente, aquel brujo idiota confiaba en sus hechizos de fuego mágico para formar un perímetro defensivo.

Chatarrero esbozó una ladina sonrisa. Perfecto. Aquel tipo de hechizos eran como una puerta, y una puerta que estuviera diseñada para mantener fuera a los intrusos también podía utilizarse para encerrar a los mercenarios.

Cogió un rollo de cuerda de su cinturón, un tipo de cuerda muy delgada, casi transparente, que asemejaba los hilos de una telaraña y que Arilyn había usado en muchas ocasiones con anterioridad puesto que había sido uno de sus primeros inventos. Pensar que podría probarla él mismo le resultaba hartamente agradable.

—¿Veis ese árbol que está en la linde, ése marcado con pintura amarilla listo para ser talado? Fijad esta cuerda a una flecha y, cuando os dé el aviso, la disparáis sobre aquella rama. Tiene que caer justo en aquella jaula de allí, al lado de los cautivos; pero disparad alto para que el ángulo sea cerrado. ¿Podéis hacerlo? —preguntó a uno de los elfos.

El arquero asintió e hizo lo que le decían. La flecha salió disparada por encima del elevado árbol dejando tras de sí un hilo resplandeciente y después de trazar un arco fue a parar a una de las jaulas de los elfos cautivos; éstos actuaron como si ni siquiera se hubiesen dado cuenta, pero uno de ellos sujetó con sigilo el extremo a uno de los barrotes de la jaula.

—Oh, perfecto. ¡Bien hecho! —exclamó Chatarrero, feliz. Rebuscó en su bolsa hasta sacar varios artilugios de madera y metal y un tarro de crema—. Sabéis qué hacer con esto. Subíos a un árbol, sujetad la rueda con la cuerda y agarraos bien. Os deslizaréis por la cuerda con suma velocidad. El ungüento éste es para el viaje de

regreso. Vuelve las manos pegajosas y, de esa forma, es más fácil trepar por la cuerda. Llévalo con vosotros y haced que los prisioneros suban por la cuerda. Tú, tú y vosotros cuatro, trepad a ese árbol y ayudad a los cautivos a perderse en el bosque. El resto, esperad. Cuando los demás ataquen, atacaremos nosotros.

Los elfos hicieron un gesto de asentimiento. No tuvieron que esperar mucho para la señal. Un sonoro grito de guerra elfo reverberó por el bosque, seguido del estruendo de un asalto de caballería trepidante.

—Esencia de Seta Gritona —musitó el alquimista, pensativo—. Sí, un resultado excelente.

Como habían planeado, su banda se puso de pie y empezó a lanzar proyectiles pequeños y duros que Chatarrero les había dado: misiles diminutos y pestilentes de sulfuro y guano de murciélago mezclados con sustancias que eran particularmente sensibles a la presencia de fuego mágico de Halruaa. Varios de los proyectiles cayeron al suelo tan inofensivos como guijarros, pero otros tropezaron contra barreras invisibles y explotaron contra muros de fuego arcano, muros que se fueron extendiendo hasta envolver al campamento en llamas.

A través de las lenguas de fuego veían las siluetas de los mercenarios que buscaban frenéticamente una salida. Algunos intentaron cruzar a través del muro, pero las paredes se bombardearon un poco y acto seguido recuperaron su forma original.

—Oh, espléndido —murmuró Chatarrero, encantado—. Un buen redil. Muy limpio. ¡Un resultado estupendo!

Contempló cómo seis elfos, uno tras otro, se deslizaban con rapidez por la cuerda hasta introducirse en el cercado de llamas. Se oyó un fuerte crujido cuando rompieron el techo de una de las jaulas de madera, y luego resonó el entrecuchar de espadas mientras varios de los guerreros elfos mantenían a raya a los guardias.

Al cabo de unos momentos, el primero de los elfos cautivos apareció trepando por la cuerda y desapareció por los árboles. Chatarrero los fue contando a medida que pasaban. Uno tras otro, cuarenta y siete elfos machos harapientos se fueron perdiendo en la seguridad de los árboles. Se oyeron alaridos feroces y se intensificó el sonido de la batalla, lo cual sugería que varios de los elfos Suldusk se habían quedado atrás para ayudar a sus rescatadores y tal vez obtener venganza por su período de cautiverio. Según los cálculos de Chatarrero, la operación habría acabado pronto.

—Oh, sí, por supuesto, un resultado excelente —repitió, satisfecho.

Foxfire se adentró con rapidez por el bosque, saltando con ligereza por encima de árboles caídos y esquivando ramas bajas. Había elegido de antemano el terreno de batalla, un pequeño claro cercano al devastado campamento de tala. Era un lugar adecuado para la batalla porque su gente podría retirarse a los árboles y luchar desde cubierto y él podría por fin enfrentarse al humano que lo perseguía.

Cuando llegó al calvero, se situó detrás de un enorme cedro y se quedó a la espera. Podía oír a Bunlap aproximándose: sus pesadas botas de hierro que aplastaban el follaje, su aliento que emergía a través de sus dientes apretados a ráfagas breves, furiosas y sibilantes. Foxfire se preparó para el ataque. Suya iba a ser la ventaja de actuar por sorpresa.

Pero algún tipo de instinto, tal vez nacido del odio, aguzaba las percepciones humanas y cuando Foxfire salió de un salto de su escondite, Bunlap apenas parpadeó sino que blandió el cuchillo que tenía preparado en las manos.

Foxfire esquivó hacia un lado con rapidez y agilidad elfa, de tal forma que la hoja que debía haberse hundido en su corazón encontró los músculos de su brazo. Durante un instante, el elfo no sintió más que el golpe sordo del impacto, pero enseguida un dolor punzante le laceró el costado. Se tambaleó y tuvo que apoyarse en un árbol para no perder el equilibrio.

El humano se acercó a él, espada en mano.

Los elmaneses salieron huyendo hacia el bosque, y los humanos los persiguieron como harían perros sabuesos detrás de una liebre. Además, los soldados a sueldo tenían pocas alternativas porque quedaban todavía en pie ocho guerreros centauros cuyas lanzas seguían acosando sin cesar a los humanos hacia el norte, eso sin contar que, por reticentes que fueran a luchar con los elfos en mitad de la arboleda, todavía les apetecía menos enfrentarse a la cólera de su capitán.

Vhenlar, con el arco listo para disparar en una mano, fue el último en cruzar la línea de árboles. Tenía menos miedo de Bunlap que el resto, y en cierto modo habría preferido vérselas con aquellos mortíferos hombres caballo que enfrentarse de nuevo a los arqueros elfos, porque la perspectiva de aventurarse en las sombras frías y profundas de Tethir, donde cada una de ellas podía esconder a un elfo salvaje, le helaba el alma.

Pero no llegó tan lejos.

Un manojo de helechos pareció ponerse en movimiento y de él emergió la criatura más asombrosa que había visto Vhenlar en su vida. El ser, más bajo que un halfling, tenía un torso desnudo, parecido al de un hombre, sobre unos cuartos traseros que se asemejaban a un macho cabrío de dos patas. De su cabeza emergía un cabello enmarañado y castaño que le cubría los hombros y que se mezclaba con una barba igualmente espesa.

Vhenlar se dio cuenta, boquiabierto, de que se encontraba ante un fauno. Levantó el arco y apuntó. La flecha, un proyectil elfo robado, salió disparada en dirección a la garganta de la criatura.

El fauno soltó un bufido y agarró la flecha con un movimiento vertiginoso, sin ni siquiera parpadear. Antes de que el atónito Vhenlar pudiera reaccionar ante aquel

sorprendente gesto, el fauno se abalanzó sobre él.

El arquero zhentarim cayó al suelo, debatiéndose con ambas manos para intentar apartar al diminuto guerrero, pero de repente un dolor punzante le cruzó el estómago y pareció subirle hacia el pecho. El fauno dio un brinco y se perdió a la carrera en el bosque.

Vhenlar bajó la vista para observar la flecha negra que le sobresalía del cuerpo. Una sonrisa irónica y amarga le torció la boca. Aunque no era aquél el fin que había imaginado para sí mismo, de algún modo había sabido desde el principio que alguno de aquellos proyectiles elfos acabaría incrustado en su cuerpo, y había una cierta satisfacción perversa en el hecho de que resultara cierto.

Una oscuridad profunda, vertiginosa y atrayente surgió de algún rincón del alma del mercenario y se cernió sobre él para conducirlo al olvido.

Bajo las sombras de los árboles de Tethir, Zoastria se enfrentaba a una pareja de espadachines. La hoja de luna que blandía en una mano restallaba, esquivaba y atacaba a una velocidad sorprendente. Tan terrorífica era su rapidez y su poder que a duras penas tenía la elfa destreza y resistencia para manejarla.

La fuerza de cada arremetida, de cada ataque, estaba a punto de arrancarle la espada a Zoastria de la mano, y le costaba mantener el equilibrio. Más de una vez se había sobrepasado en el impulso y había dejado algún flanco desprotegido a los filos de las armas humanas. Sangraba por varias heridas pequeñas en los brazos y los hombros y si no llega a ser por la inigualable rapidez de los ataques de la hoja de luna, que le permitía rectificar a toda velocidad aquellos lapsus, seguramente estaría ya muerta.

La semielfa le había aconsejado que sostuviera la espada con las dos manos porque, si no, le iba a resultar difícil de manejar, pero Zoastria no había prestado atención al consejo por pura arrogancia.

Por el rabillo del ojo contempló un instante cómo la semielfa acababa de hundir una espada en el pecho de un guerrero semiorco y, sin molestarse en recuperar el arma, arrancaba otra espada de las manos del cadáver y se volvía para enfrentarse a su siguiente atacante.

La diminuta elfa de la luna hizo un movimiento para esquivar a los dos hombres y se agachó para que no le alcanzara el filo de ambas espadas que hacían un barrido horizontal, antes de abalanzarse sobre el hombre que tenía a su derecha, a quien pilló con la guardia baja. La hoja de luna se hundió con facilidad entre sus costillas.

Pero el hombre no estaba rematado todavía. Mientras caía, hizo un movimiento de ataque con la espada y, aunque Zoastria estaba demasiado cerca para que el filo la alcanzase, con la empuñadura y el travesaño le dio un golpe doloroso en la cara que la hizo caer hacia un lado.

La elfa se lanzó en la misma dirección para que el movimiento continuado absorbiera parte de la fuerza del golpe, dio contra el suelo, escupió algún diente y se puso rápidamente en pie antes de alzar la hoja de luna, cada vez más pesada, hasta situarla en posición de defensa y enfrentarse a su segundo contrincante.

Antes de que pudiese atacar, una sacudida la alcanzó por detrás y, al volver la cabeza, vio que de la espalda le emergía la punta de una flecha.

Con un alarido de triunfo, el espadachín levantó su espada y cruzó el brazo sobre su pecho para preparar un golpe de revés. Zoastria levantó la cabeza y se dispuso a recibir a la muerte.

Una espada voló por encima de su hombro y se abalanzó sobre el espadachín. Atravesó su guantelete de cuero y se incrustó en su antebrazo, clavándole el brazo contra el pecho.

Unos brazos ligeros pero fuertes levantaron a la mujer elfa y la apartaron de la batalla. Al alzar la vista, Zoastria se topó con la mirada de su descendiente semielfa.

—Hemos de sacar esa flecha —aseguró Arilyn, apoyando una mano en la saeta carmesí.

—No lo hagas —repuso la mujer elfa con toda la convicción que pudo imprimir a su voz ya muy débil—. Ha perforado el pulmón y, si la quitas, moriré mucho más rápido y todavía tengo cosas que decir. Te nombro mi heredera de la espada. Coge otra vez la hoja de luna y acaba esta batalla.

Tras pronunciar aquellas palabras, Zoastria agarró la saeta y la sacó. Un hilillo de sangre le manchó la comisura de los labios mientras la cabeza le caía inerte hacia un costado.

Arilyn se puso de pie para contemplar a la mujer elfa. Zoastria había acelerado su propia muerte para que su heredera de espada pudiese reclamar la espada. Una hoja de luna podía tener un solo portador en cada momento.

La semielfa dio media vuelta y se acercó a grandes zancadas al lugar donde había caído la hoja de luna. Una oleada de indecisión la asaltó, pero ninguna de las alternativas que tenía le parecía prometedora. Recoger la espada era aceptar de buen grado siglos eternos de servidumbre, tal vez quedar eternamente encadenada a la magia de la hoja de luna. También existía una posibilidad muy real de que la espada no la aceptase esta vez porque la había rechazado con anterioridad y se había apartado del sacrificio elfo que requería de ella.

El fragor de la batalla hizo que Arilyn apartara la vista de la espada. A su alrededor, las criaturas del bosque luchaban con ferocidad por su hogar, pero los humanos eran numerosos y el resultado del combate asemejaba incierto.

Muerte instantánea o servidumbre eterna.

Arilyn se agachó y agarró la espada.

Un resplandor de vivida magia celeste emergió de la hoja de luna para envolver a Arilyn en un aura de energía arcana, y luego desapareció, con tanta rapidez como había llegado.

La hoja de luna la había aceptado.

Sin detenerse a pensar ni a arrepentirse, la semielfa se dirigió hacia el combate que se estaba librando más cerca de su posición. Una docena o más de soldados a sueldo tenía rodeada a una pareja de elfas que, espalda contra espalda, respondían a las burlonas espadas de los humanos como mejor podían. Los mercenarios estaban jugando con ellas; la ropa les colgaba como harapos y su piel cobriza se veía marcada por multitud de cortes. Pero más doloroso que las heridas era para las orgullosas elfas la posición indigna en que se encontraban. Arilyn lo vio enseguida en los ojos de sus hermanas y sintió que se apoderaba de ella una cólera profunda al oír los comentarios groseros que por fortuna las elfas no podían entender.

Arilyn se lanzó al ataque, con la hoja de luna levantada por encima de su hombro derecho. Sin perder el paso, descargó el arma sobre el cuello del hombre que tenía a mano izquierda, y notó que el filo se hundía hasta el hueso. Giró sobre sí misma y, con el mismo impulso, hizo caer la espada del mercenario que tenía en la derecha y le hundió la hoja de luna en el cuerpo antes de que la sonrisa lasciva hubiese desaparecido de su barbudo rostro. De un empujón, apartó de su espada el cadáver y lo lanzó contra el hombre que tenía detrás, un joven de baja estatura que se tambaleó por el peso del cuerpo moribundo de su compañero.

Por un instante, el joven mercenario no pudo utilizar la espada y una de las mujeres elfas aprovechó la ocasión. Se abalanzó hacia adelante y hundió su daga de huesos en su tráquea.

—¡Abajo! —chilló Arilyn en lengua elfa al tiempo que se abalanzaba hacia adelante. La mujer elfa se agazapó y rodó por el suelo mientras el filo de la espada mágica blandía el aire por encima de la cabeza del joven mercenario para acabar incrustándose entre los ojos de un tercer hombre que atacaba por detrás.

Quedaban ocho hombres frente a tres hembras elfas. Ahora los mercenarios no parecían tan engreídos y en sus ojos relucía una furia vengativa que recordaba a la de unos niños mimados que se sienten ultrajados cuando las muñecas que están maltratando se rompen entre sus dedos.

Arilyn frunció el entrecejo al ver que una de las mujeres elfas se quedaba desarmada, casi literalmente, por el ataque brutal de una espada de hoja ancha blandida por un hombre que le duplicaba casi la talla. Dos hombres más saltaron sobre la mujer herida y la tumbaron para mantenerle los brazos contra el suelo y hacerle un tajo en el estómago. Después, con una sonrisa diabólica en los labios, la

dejaron allí para que se desangrara lentamente.

El primer pensamiento de Arilyn fue acabar con la agonía de la elfa lo más rápidamente posible. Pero no podía. Presionada como estaba por el resto de los espadachines, no podía acercarse lo suficiente para darle el regalo de una muerte rápida. Y tampoco la otra elfa que luchaba junto a Arilyn tenía mejor suerte que su compañera. Sangraba profusamente por múltiples heridas y tenía la tez cenicienta por debajo de sus tintes cobrizos. Con súbito horror, divisó Arilyn el vientre suavemente redondeado de la elfa. La hembra llevaba consigo en plena batalla a su hijo no nacido; pronto se iban a perder dos vidas más.

La semielfa empujó ligeramente a la elfa que se tambaleaba.

—¡Escóndete entre los árboles ahora que todavía puedes!

—No te dejaré sola —insistió la elfa.

Arilyn titubeó un solo momento. La advertencia que le había dado la sombra de Danilo resonaba todavía en sus oídos: no podía invocar a las sombras elfas de nuevo sin poner en peligro su propia vida. Aunque, a decir verdad, ¿qué riesgo corría alguien que ya se había sometido al servicio de la hoja de luna?

—¡Acudid todos! —chilló Arilyn.

Frenó un ataque mientras la neblina que anunciaba la llegada de las entidades de las sombras elfas emergía de la espada. Acto seguido, los sobresaltados humanos se echaron hacia atrás mientras contemplaban la manifestación sobrenatural que cobraba vida ante ellos.

Ocho sombras elfas guerreras, en apariencia tan sólidas como si estuvieran vivas y armadas con espadas de fabricación elfa, se abalanzaron sobre los aturridos humanos. Una de ellas, una hembra pequeña de cabellos azulados, envolvió con un abrazo a la elfa embarazada y la ayudó a alcanzar el cobijo de los árboles. Arilyn vio el gesto y se consoló al comprobar que Zoastria todavía se preocupaba del Pueblo del bosque.

Luego, la neblina de la hoja de luna pareció cernirse sobre la propia Arilyn; sintió que la tierra empapada de sangre se tambaleaba y resplandecía de forma extraña mientras se disponía a envolverla en su abrazo. Arilyn examinó las entidades de la hoja de luna y luego contempló con mirada nublada la espada que tenía entre manos. Mientras se sumía inexorablemente en la oscuridad, una fugaz sonrisa le curvó los labios. El doble de Danilo no se encontraba entre los guerreros, ni tampoco había reaparecido esculpida en la espada su runa de armonía.

Fuera cual fuera a partir de ahora su destino, Danilo había sido liberado.

La aparición de los guerreros de sombra pareció infundir renovadas fuerzas en los débiles elfos, que luchaban en minoría. Desde un rincón de la batalla, Kendel Hojaenrama contempló con respeto al mago de cabellos blancos que se abalanzó

sobre una pareja de mercenarios semiorcos con los brazos extendidos y los dedos crepitando por ráfagas de energía, mientras los muchos mechones de sus cabellos ondeaban al viento como si fueran serpientes de una medusa vengativa. Ante la visión de aquel guerrero nuevo y espantoso, una de las criaturas corpulentas soltó un chillido ahogado de terror, soltó la espada y echó a correr hacia los árboles.

Pero no fue una decisión inteligente. Soltando una exclamación a Morodin, el dios enano de la batalla, Jill se situó en mitad del camino para interceptar al semiorco, y se subió en el tocón de un árbol milenario recién talado, de forma que se quedó contemplando casi a la misma altura al guerrero de mayor tamaño. Para equilibrar el encuentro, Jill levantó su hacha por encima de la cabeza y la hundió entre los ojos del semiorco que huía; el filo le quebró el cráneo con la misma facilidad con que se clavaría un cuchillo afilado en un melón estival.

—¡Ajá! —exclamó el enano mientras bajaba de su atalaya, pero el ansia de batalla se le convirtió pronto en frustración al ver que no era capaz de desincrustar el hacha del cráneo. Jill plantó una bota sobre el pecho del semiorco muerto y la otra en la destrozada frente, pero ni siquiera tirando con todas sus fuerzas pudo extraer el hacha.

Antes de que Kendel pudiese hacerle una advertencia, un humano armado con una lanza se abalanzó sobre el preocupado enano y, al hundir la punta en la barba, hizo que el enano levantara la cabeza y la echara hacia atrás.

Jill se quedó un instante paralizado. Buscó con la mirada a su amigo elfo y se despidió de él con un sentido encogimiento de hombros.

Pero Kendel no estaba dispuesto a perder a su curioso compañero. Sintió que le asaltaba la inspiración y, señalando al enano, empezó a chillar.

—Jill! —gritaba a la desesperada—. ¡Ese enano se llama Jill!

El mercenario se echó a reír.

—¿Y qué? —respondió, sin acabar de comprender el truco del elfo—. ¡No tengo inconveniente en matar a un enano macho o a una hembra, aunque aseguro por Cyric que no sabría distinguir la diferencia entre uno y la otra!

Una nube de tormenta empezó a arremolinarse sobre el ceñudo rostro de Jill.

—¡Yo no soy una cursi hembra! —rugió en un tono de voz cuya profundidad ningún humano era capaz de alcanzar—. Vosotros los humanos tenéis la agudeza visual de un topo y el encanto de un caballo castrado, no me extraña que vuestras mujeres se enamoren de los elfos y los halflings.

El insulto pareció tocar una fibra sensible del mercenario.

—¿Jill? —repitió, esta vez en tono de burla.

Al final, la palabra pronunciada con sorna tuvo el efecto deseado. Espoleado por el insulto que tan familiar le resultaba, el enano se abalanzó hacia adelante y agarró la caña de la lanza; se inclinó hacia atrás y apartó el arma hacia un costado, sin fijarse

en las matas de barba castaña que quedaron enganchadas en la púa en forma de V del extremo de hierro. Luego se lanzó sobre el arma y golpeó con fuerza la caña.

Antes de que el hombre pudiese recobrase de la sorpresa que le había causado aquel insólito contraataque, Jill masticó algo y escupió un montón de astillas de roble sobre el rostro del hombre, antes de saltar sobre él sosteniendo en la mano parte de la lanza rota como si fuera una daga. El hombre se tambaleó y cayó ante la furia de los ataques, y de inmediato se vio clavado en el suelo por casi ochenta kilos de peso de enano iracundo.

—Jill era el nombre de mi madre —gruñó el corpulento guerrero enano antes de disparar la lanza.

El enano se puso de pie y se limpió las manos salpicadas de sangre en la túnica. Todavía imbuido por el fragor de su propia batalla particular, saltó un par de veces sobre la cabeza del semiorco muerto y, cuando le hubo quebrado el cráneo por completo, pudo recuperar su hacha.

Kendel acudió a toda prisa junto a su amigo.

—La batalla aún no ha acabado —comentó con una sonrisa—. Todavía tengo que presentarte a mucha gente...

Al comprender la estratagema, y el suave deje de humor de su amigo, los ojos gris pizarra del enano sonrieron, chasqueó la lengua y se situó junto al elfo.

—Oh, ésta me ha gustado —comentó en tono admirado mientras trotaban en dirección a la escaramuza más cercana—. Por muy escuálido que seas, elfo, eres inteligente en plena batalla. Mis compañeros se van a quedar encantados al escuchar esta historia, en cuanto hayamos acabado este asunto y regresemos a las montañas Tierra Rápida. Piensa en ello —añadió el enano—. Tengo una prima preciosa a la que te encantará conocer.

Kendel parpadeó, sorprendido no sólo por la invitación del enano a acompañarlo de regreso al hogar de sus antepasados, sino por la calida bienvenida que Jill preveía para los dos y por la perspectiva en cierto modo desalentadora de que fuera a cortejar a una joven doncella enana. Por extraño que pareciese, para un elfo sin hogar ni compromiso de ningún tipo, la oferta parecía incluso atrayente.

—No se llamará Jill, ¿verdad? —preguntó como de pasada mientras levantaba la espada para enfrentarse a un mercenario que arremetía contra ellos.

El enano frunció el entrecejo y se situó en mitad de la trayectoria del hombre que venía a la carrera.

—Por supuesto —respondió en tono beligerante—. ¿Y qué?

Bunlap avanzó hacia el elfo, con el rostro barbudo contraído en una mueca entusiasta y la espada sostenida en alto y hacia atrás. El brazo desgarrado y sangrante de Foxfire rehusaba responder. Cogió la espada con la otra mano, la levantó y aunque

no pudo frenar del todo el primer ataque, al menos lo aguantó.

El hombre volvió a arremeter con un movimiento rápido, como si asestara puñaladas, pero Foxfire volvió a esquivar el golpe, esta vez con mayor seguridad. Durante varios minutos estuvieron luchando, y los golpes sonaban cada vez más fuertes y más rápidos.

No obstante, la pérdida de sangre empezaba a hacer mella en el elfo. Sentía la visión nublada y el humano había conseguido atravesar sus defensas y hacerle un corte profundo en el pecho. Foxfire se abalanzó sobre su oponente, pero cuando Bunlap saltó hacia atrás para esquivar el ataque, el elfo cayó de bruces al suelo.

La esperada estocada de gracia no llegaba. Una bota pesada, de hierro, le dio un puntapié en la parte baja de la espalda, lo que provocó que oleadas de agonía repercutieran por todos los nervios de su cuerpo. Vagamente, Foxfire percibió que la espada del hombre trazaba líneas profundas y dolorosas sobre su piel. En apariencia Bunlap pretendía marcar al elfo como él mismo había sido marcado. Se tomaba su tiempo, porque estaba esculpiendo su firma sin prestar atención al dolor, y el placer sádico que le causaba era tan tangible para el elfo casi desmayado como su propio dolor.

De repente, Foxfire oyó una exclamación de sobresalto y notó que la pesada bota que lo mantenía clavado en el suelo había desaparecido.

El elfo levantó la cabeza y la sacudió en un intento de despejar la nube de dolor y de sangre. Para su sorpresa, vio que Arilyn se había interpuesto entre él y aquel humano, con una espada elfa sujeta con ambas manos.

—Otra vez tú —murmuró Bunlap en un tono de voz siniestro—. Apártate de mi camino. Este elfo me pertenece.

—Yo creo que no —repuso la mujer con frialdad. Aguantó las primeras acometidas del mercenario y descargó un revés circular que hizo que el hombre tuviera que separar mucho el brazo que sostenía la espada.

Bunlap se acercó un poco y le dio un puñetazo con los nudillos desnudos al hermoso rostro elfo. Ella retrocedió y sacudió la cabeza como si quisiera aclararse la vista. Acto seguido se agachó para esquivar un nuevo embate de la espada humana, esta vez hacia abajo y de través. A punto estuvo de alcanzarla; un espeso mechón de cabellos ondulados de color zafiro cayó al suelo.

La mujer elfa volvió a incorporarse cuan alta era y situó la hoja de luna de nuevo frente a ella. Se lanzó al ataque, hizo una finta y volvió a atacar, con movimientos tan vertiginosos que Bunlap se vio obligado a echarse hacia atrás.

Como respuesta, el humano lanzó un puntapié brutal a Foxfire en las costillas.

El hermoso rostro de su contrincante elfa se ensombreció de rabia. Tras enfundar la espada en su vaina antigua, saltó hacia adelante con las manos extendidas para agarrar a Bunlap por las muñecas.

El ataque fue inesperado, como sorprendente fue también el siguiente movimiento de la hembra. Tras sujetar el brazo con el que el hombre sostenía su espada, giró sobre sí misma hasta situar su espalda contra el pecho de él y, tras doblar la cintura, tiró con fuerza del brazo que mantenía sujeto. Bunlap salió proyectado por encima de ella y cayó pesadamente de espaldas mientras su espada caía con estrépito al suelo.

Gruñendo como un oso enfurecido, Bunlap rodó sobre sí mismo y agarró a la mujer elfa por los tobillos. Tiró con fuerza para hacerla caer.

Con agilidad elfa, la mujer forcejeó y consiguió poner las manos por debajo antes de caer, lo cual amortiguó en gran medida el golpe, pero no consiguió liberarla del hombre que la mantenía sujeta.

Bunlap se puso de pie y, con un movimiento rápido y cruel, hizo girar el cuerpo de la mujer elfa hasta ponerla de espaldas al suelo. Luego, la arrastró hacia sí y se abalanzó encima para sujetarla contra el suelo.

Era un hombre corpulento, de casi metro ochenta de altura y con un peso que sobrepasaba los ciento veinte kilos, y ninguna mujer, por habilidosa que fuera en la batalla, podía resistir aquello.

Bunlap se apoyó en un codo y, con la mano libre, empezó a propinarle puñetazos en la cara. Se tomó su tiempo, dejando moretones rojizos en la pálida piel, pero sin llegar a quebrar ningún hueso. Era una especie de venganza, y tenía mejor sabor si se hacía con lentitud.

Al principio, la elfa forcejeaba por debajo de él, golpeándole el pecho con las manos. Gradualmente, el espíritu de lucha desapareció de su cuerpo y sus ojos, unos ojos extraños, azules, con vetas doradas, se hicieron distantes y se desenfocaron. Bunlap había visto cosas como aquélla con anterioridad. El terror provocaba reacciones extrañas en las mujeres y esa especie de renuncia no era inusual. Por eso no se extrañó de que sus labios empezaran a entonar un canto elfo, ni que sus manos, que habían caído lánguidamente a ambos costados, se moviesen con gestos sutiles, ligeros, arcanos.

Bunlap no se dio cuenta de nada. Su ansia de venganza había dado paso a una emoción más oscura. Desgarró en dos la túnica exterior de la mujer elfa y esbozó una sonrisa mientras acariciaba con ambas manos la cota de malla plateada y suave que llevaba debajo.

Fue en ese momento cuando la mujer elfa finalizó su canto. Una energía sobrenatural emergió de su cuerpo y el metal de su espada y su armadura resplandecieron como si fueran fuego blanco. Bunlap soltó un grito de agonía y de rabia mientras las oleadas de poder lo sacudían, pero por más que lo intentó no consiguió soltarse de la mortífera cota de malla elfa.

No fue consciente del momento en que la oleada mortífera se detuvo, ni supo cuándo la mujer elfa consiguió escabullirse. Cuando recobró la conciencia, estaba de

rodillas, con las manos ennegrecidas extendidas ante él como si fueran las garras de un pájaro chamuscado.

—Ponte de pie —lo invitó la mujer elfa en voz baja, musical—. Si te queda algo de honor, aguanta y lucha.

Bunlap miró primero los ojos de la mujer elfa y luego la punta de su espada. Ambos relucían con fuego arcano, azulado y colérico. Sintió que las ganas de luchar desaparecían.

—¿Con esto? —preguntó mientras mostraba sus manos requemadas—. ¿Cómo puedes hablar de honor?

—Te doy la oportunidad de morir de pie con una espada en las manos. Es más de lo que te mereces. Si rehúsas, te mataré ahí mismo donde te humillas.

El desprecio que destilaba su tono de voz estimuló al hombre orgulloso a entrar en acción. Cogió su espada, resistió el dolor lacerante que le produjo su contacto en la mano y se puso de pie.

Bunlap era un mercenario experimentado. Había matado a su primer hombre a los trece años y desde entonces se había ganado la vida con la espada. Pero en sus casi cuarenta años de lucha constante, nunca se había encontrado con un espadachín que igualara al que tenía en aquel momento delante.

La elfa, fría e inexorable meditaba todos los movimientos de su espada en cada ataque, cada defensa y cada embestida. Al final, obligó al hombre a apuntar con la espada al suelo. Con un rápido movimiento, golpeó el filo de la espada de un puntapié y lo obligó a soltarla.

Sosteniéndole la mirada, le hundió la espada en el corazón.

Foxfire presenciaba toda la escena como si contemplara el mundo a través de un cristal ahumado. No podía moverse, ni hacer nada para impedir que su enemigo hiciese daño a la elfa que adoraba por encima de todas las cosas. Irreal, también, le pareció la ayuda que le prestó la elfa cuando se inclinó junto a él.

Unas manos suaves ayudaron a Foxfire a recostarse contra un árbol, le exploraron las magulladas costillas y le vendaron las heridas, antes de darle un frasco de agua para que bebiese. Cuando el dolor empezó a remitir, la elfa cogió el rostro del elfo entre sus manos y le sostuvo la mirada.

Con un ligero sobresalto, Foxfire se dio cuenta de que aquélla no era en absoluto Arilyn, sino alguien tan parecido a ella como una hermana gemela. Sólo el cabello, de un tono raro, como de color zafiro, y unos rasgos más angulosos distinguían las facciones de su rostro de las de su descendiente semielfa.

—Por todo lo que has hecho por mi hija, te estoy agradecida —murmuró la mujer elfa en una voz que sonaba a viento y a música—. Has mostrado a Arilyn que posee un alma elfa. Dile que su madre está orgullosa de ella. Dile que ella y yo estaremos de nuevo juntas, al servicio del Pueblo mientras sea necesario, y en Arvador cuando

nuestra tarea haya sido completada. ¡Díselo! Me gustaría decírselo yo misma — añadió la elfa con evidente anhelo—, pero si vuelvo a ella aceleraré nuestra reunión, y eso no debo hacerlo. El Pueblo necesita a Arilyn. ¿Le dirás todas estas cosas?

Foxfire hizo un gesto de asentimiento, y la hermosa elfa de la luna se disipó como niebla a plena luz del día.

El temor inundó el corazón del elfo verde; en una sola ocasión había visto a los guerreros de las sombras desaparecer durante la batalla, poco después de la caída de la dama de la hoja de luna. Luchó por ponerse de pie y se acercó tambaleante a la luz resplandeciente que rodeaba la espada de Arilyn.

La hoja de luna yacía en la tierra empapada de sangre y su fuego arcano y azulado se disipaba con rapidez. Su portadora había caído en un lugar cercano, pero junto a la guerrera caída le sorprendió ver arrodillada a Hurón, sujetando con gesto protector su cabeza de cabellos negros como el azabache. A su alrededor danzaba un círculo de guerreros exultantes: elfos verdes, tanto elmaneses como Suldusk, centauros, faunos, lytharis, e incluso un magullado pero sonriente enano.

Hurón alzó la vista y prendió su mirada con la del elfo.

—¡Hemos ganado la batalla y Arilyn sigue con vida!

Después de que los heridos fueran atendidos y los muertos regresaran al bosque, los elfos emprendieron ruta hacia el norte.

De común acuerdo, habían decidido repoblar y formar un nuevo asentamiento en el Claro del Cisne, uno que aceptara por igual a miembros de la tribu elmanesa y Suldusk. Después de la batalla, para todos había quedado clara la conveniencia de vivir juntos.

Arilyn y Ganamede caminaban uno al lado del otro. La semielfa todavía se sentía débil por su hazaña y había adelgazado, pero se sentía también fortalecida por el éxito de su misión y por la calidez del mensaje que Foxfire le había transmitido.

Ni ella ni el lythari eran muy aficionados a hablar, y cada uno de ellos tenía un puñado de asuntos que atesorar y que contemplar.

Una vez más, Arilyn descubrió que tenía que pedirle un favor a su amigo. Cada vez le resultaba más fácil hacerlo. En la comunidad que se había desarrollado entre las criaturas del bosque, no parecía una intrusión pedir u ofrecer ayuda, en especial ahora que todos los habitantes se sentían más unidos que nunca.

—Antes de que abandone a los elfos del bosque, hay una cosa que debo hacer —empezó Arilyn—. Me dijiste en una ocasión que llegaría un día en que tendría que caminar entre mis dos mundos. Necesito tu ayuda para hacerlo.

Ganamede se quedó mirándola durante largo rato, y luego asintió como gesto de comprensión y aprobación. —Te llevaré a Siempre Unidos —le prometió.

La reina Amlaruil se sobresaltó cuando el anillo que llevaba en el dedo meñique emitió una alarma silenciosa. Había llevado puesto el anillo durante muchos años para que la advirtiese si alguien entraba por la puerta mágica que había en un extremo de palacio. También le permitía trasladarse allí de inmediato, junto con quien tuviera a mano. Pero aunque tuviese que acudir allí sola, no tenía miedo. No era una figura frágil que tuviese que ser envuelta en algodones y protegida; ella misma era una de las salvaguardas más poderosas que mantenían seguro a Siempre Unidos. Amlaruil conocía la magia milenaria de los elfos y portaba un poder especial del Seldarine. Pocas fuerzas podían superar en poder a la formidable reina de Siempre Unidos.

Hizo un gesto de asentimiento a su escriba y a su guardia de honor y acarició el anillo. Los cuatro elfos emergieron de inmediato en un claro de bosque profundo y arbolado, donde los esperaban dos figuras: un lythari de gran envergadura y piel plateada, y una alta y esbelta hembra elfa de la luna. Por el momento, ninguno de los dos se había dado cuenta de la llegada de la reina.

Arilyn contemplaba embelesada el hogar de sus antepasados. Un puñado de

mariposas revoloteaban sobre las flores que salpicaban el prado y los robles centenarios que bordeaban el calvero estaban envueltos por los tonos verde esmeralda propios de finales del verano. Era una escena que podía encontrarse en un bosque virgen de cualquier territorio, salvo por la aureola de energía sobrenatural que lo rodeaba, tan penetrante como la luz del sol.

—Siempre Unidos —murmuró Arilyn.

—Te dejaré aquí y regresaré cuando me necesites —se ofreció Ganamede, instantes antes de esfumarse.

Arilyn percibió el tintineo de la magia en un costado y echó una ojeada a su hoja de luna. Una débil neblina azul emergía de la espada.

Siguió con la vista el remolino de humo y abrió los ojos, boquiabierta, al ver cómo la niebla formaba, como si se tratara de dedos rutilantes, la silueta de una reluciente puerta ovalada. Arilyn la había visto en una sola ocasión antes, pero conocía su existencia. Era el poder que su madre había otorgado sin querer a la hoja de luna, un punto de unión entre el mundo elfo y el humano.

—¿Quién eres tú, que osas violar este lugar?

La pregunta podría haber resultado brusca, a no ser por el tono dulce de la voz que la había formulado. Arilyn sintió un nudo en la garganta cuando la voz alcanzó las profundidades de su memoria y recordó las nanas con que su madre la había acunado cuando era niña. Era como luz de estrellas líquida, por alguna razón era así como recordaba Arilyn la voz de su madre. Y la que oía ahora tenía el mismo tono nítido, resplandeciente.

Arilyn se volvió para enfrentarse cara a cara con Amlaruil Flor de Luna, reina de Siempre Unidos.

Ahora fue la dirigente elfa quien dio un brinco, sobresaltada.

—¿Amnestria? —susurró, con una voz cargada de añoranza y respeto.

Aquello sorprendió a Arilyn porque no sabía que se parecía tanto a su madre. La reina comprendió enseguida su error y volvió a imbuir a sus facciones de una máscara de serenidad real. Amlaruil tampoco se parecía demasiado a Amnestria, en opinión de Arilyn. Las facciones de la reina eran más delicadas y su pelo más sedoso y del color de las llamas. Era alta, más alta incluso que Arilyn, y poseía una belleza pálida, de otro mundo, que recordaba a Arilyn la belleza de las hembras lytharis. Y, a pesar de que la inclinación de Amnestria había sido ser casi tan solitaria como su hija, la reina iba acompañada de una pareja de guardias elfos dorados y un elfo de la luna de mayor edad, sin duda un consejero o un escriba.

Al menos tenían una cosa en común, pensó Arilyn: cada una de ellas había visto a Amnestria en la otra. Ella misma no lo habría creído posible, y dudaba que la reina elfa aceptara nunca el lazo de unión entre ellas. Así sería. Ella misma tenía asuntos que atender.

La Arpista desenfundó la hoja de luna y apoyó una rodilla en tierra. Luego, depositó la espada elfa en la hierba a los pies de Amlaruil.

—Soy Arilyn Hojaluna, hija y heredera de la espada de Amnestria de Siempre Unidos. Mientras el fuego de Myth Drannor arda en el interior de esta espada, serviré al Pueblo y a su legítima reina.

Se sucedió un prolongado silencio. La monarca elfa permaneció inmóvil como una estatua de mármol y piedras preciosas. Arilyn comprendía su silencio. Todas las hojas de luna estaban comprometidas con el Pueblo, pero la reina no podía aceptar una espada sin aceptar a quien la blandía. Sin embargo, Arilyn siguió hablando y proporcionó a la reina una vía de escape. Cogió el pergamino firmado por Amlaruil y que le había entregado en mano el capitán Carreigh Macumail y lo depositó junto a la espada.

—He cumplido mi cometido como embajadora de Siempre Unidos y he venido a entregar mi informe.

—Levántate y habla —dijo por fin la reina. Con un ademán, hizo retirarse a los guardias e indicó con un gesto al anciano escriba que se sentase en un leño caído.

Arilyn relató de forma concisa pero completa lo sucedido en el bosque de Tethir. Cuando acabó, Amlaruil le hizo una serie de preguntas y, al final, la reina hizo un gesto de asentimiento.

—No es la tarea que te encomendé, pero aun así lo has hecho bien.

—Entonces, permitidme recibir mis honorarios —repuso Arilyn con voz seria—. Carreigh Macumail me dijo que le habían dado permiso para aprobar cualquier solicitud que yo pidiese. No tengo objeciones para aceptar semejante generosidad, pero en el futuro quizá deseéis poner una cifra antes de firmar la nota.

Aquello pareció divertir a la reina.

—Sin duda eres la hija de Amnestria —comentó, irónica—. Siempre decía lo que pensaba. Aunque también veo que en ti hay mucho de tu padre.

—Lo que veis delante de vos es algo creado por mí —respondió Arilyn en un tono pausado y uniforme—. No soy una sopa, resultado de poner un poco de aquí y un poco de allí. En cuanto a mi padre, nos conocimos por primera vez hace tres inviernos. —Hizo una pausa para acariciar la gema que llevaba incrustada en su hoja de luna—. Vos y los vuestros os asegurasteis de que así fuera.

No había un tono acusador en su voz, sino una simple constatación de los hechos. Por decreto de Amlaruil, la hoja de luna había sido inutilizada y la espada y la piedra habían quedado divididas entre la madre y el padre de Arilyn. Aquello había impedido que la peligrosa puerta elfa se convirtiera en algo tan poderoso como debía ser, pero también había robado a Arilyn su familia y el conocimiento del verdadero poder de su espada.

La mirada de la reina no se alteró.

—Supongo que siempre te habrás preguntado por qué nunca fui en tu busca tras la muerte de Amnestria.

—No.

Amlaruil levantó una ceja.

—No vas a hacerlo fácil, ¿verdad? Lo comprendo. Tampoco lo haría yo en tu lugar. De todos es conocido que aquellos que tienen la sangre mezclada son expulsados del reino de la isla. Tienes que comprenderlo. Siempre Unidos es el último retiro, nuestro único refugio seguro de las incursiones de la humanidad. Muchos de los nuestros, en particular los elfos de alta categoría, temen que nuestra cultura se vea superada por la de los humanos. Los semielfos no son en sí mismos una amenaza, pero el simbolismo es demasiado poderoso. No podemos hacer excepciones, ni siquiera en tu caso. Quizás *especialmente* en tu caso.

—Y sin embargo, aquí estoy —señaló Arilyn.

—Sí. —La reina se quedó en silencio durante largo rato y la mirada que depositó sobre la semielfa se hizo más inquisitiva. Por primera vez sus rasgos mostraron un toque de pesadumbre—. Lo has hecho francamente bien. Que yo sepa, nadie hasta ahora había tenido que descubrir solo los poderes de una hoja de luna. Si hubiese sabido que poseías el potencial de manejar una hoja de luna, las cosas habrían tomado otro curso. Sabíamos, por supuesto, que la hoja de Amnestria pasaría a ti, pero nunca habríamos esperado que tú...

—¿Sobreviviese? —acabó Arilyn, secamente.

—Pocos elfos están a la altura de las exigencias de una hoja de luna centenaria —señaló la reina—. Muchas han quedado adormecidas durante siglos, y sólo un puñado de espadas conservan su poder. Muchos elfos rehúsan convertirse en herederos de una de ellas, sin deshonor alguno. No era ilógico que pensáramos que una chiquilla semielfa no pudiera aceptar el desafío.

—Pero me dejasteis intentarlo con la esperanza de que muriera. Desenvainé la hoja de luna aquella primera vez sin saber nada de eso, ni de las exigencias ocultas de la espada.

—De haberlo sabido, ¿habrías actuado de otro modo?

La pregunta era perspicaz y, momentáneamente, Arilyn se sorprendió ante la intuición de la reina. Era evidente que no podía negar la verdad de las palabras de Amlaruil, así que respondió con el gesto que haría un espadachín al que alcanza un golpe.

—Lo hecho, hecho está y me gustaría dejarlo así —explicó Arilyn—, pero hay un motivo por el cual estoy hablando de todos estos asuntos ahora. Mi madre hablaba a menudo de su hermano menor y he decidido nombrar al príncipe Lamruil mi heredero de espada. ¿Os encargaréis de hablarle de esa herencia y de que esté preparado para recibirla? Yo blandí la espada sin estar preparada y no me gustaría que a otro le

sucediera igual.

La reina se quedó en silencio durante largo rato.

—Así se hará. En nombre de mi hijo, te agradezco el honor que le confieres. — Hizo una pausa como si meditase qué decir a continuación—. Has hablado de tus honorarios —le recordó la reina, deseosa de reconducir la conversación, y a aquella semielfa extraordinaria, a términos que pudiese comprender y controlar.

Arilyn clavó en ella su calma mirada.

—Quiero un amplio pedazo de tierra del este del bosque de Tethir, desde los límites del castillo de Spulzeer al nacimiento del río Sulduskoon. Haced que vuestros agentes, o los Arpistas, o quien más os plazca, obtenga esas tierras.

—Tus honorarios son elevados —comentó la reina.

—Dicen las fábulas que la riqueza de Siempre Unidos es incalculable y dijisteis que podría poner el precio.

La reina la observó con mirada inquisitiva.

—¿Y qué harás con esas tierras?

Como respuesta, Arilyn hundió una mano en su bolsa y extrajo un puñado de semillas de arce, de pinos y bellotas.

Durante largo rato, la reina y la semielfa se contemplaron fijamente.

—Se hará como has solicitado. Las tierras te serán concedidas para que hagas con ellas lo que creas conveniente.

Arilyn hizo una reverencia y caminó hacia el lugar donde había desaparecido Ganamede.

—Una cosa más —intervino Amlaruil con suavidad—. En nombre del Pueblo, acepto tu lealtad y tu espada. Confío en que siempre las sirvas tan bien como has hecho hasta ahora.

La semielfa se volvió a mirar a la reina y, tras extraer la espada, hizo con ella un gesto elfo de respeto.

Las dos mujeres elfas se quedaron contemplándose la una a la otra durante mucho rato, pero ninguna de las dos podía añadir nada más. Era improbable que volvieran a encontrarse, y la verdad era que Amlaruil no podía conceder a la semielfa más conocimiento que ése, pero era más de lo que Arilyn se había atrevido a prever y por eso se sentía contenta.

Como si percibiese que había acabado la entrevista, el lobo plateado apareció de nuevo y Arilyn pudo regresar en su lomo y a través de su mundo al bosque de Tethir.

A su espalda, la reina elfa se quedó contemplando pensativa la puerta reluciente que había conducido a la semielfa a Siempre Unidos. Como seguía siendo la reina, parte de su mente tenía que ocuparse de temas prácticos. Nunca se le había ocurrido que los lytharis pudiesen tener acceso a aquella puerta en particular y, aunque nunca había conocido a un lythari traidor, debería ocuparse de poner vigilancia.

Amlaruil se inclinó a recoger el pergamino que la semielfa había dejado en el suelo. Con mirada ausente, lo desplegó y echó un vistazo a la elegante escritura. Su mirada topó con una runa curva en particular y se sintió de repente sobresaltada. Un sutil y hábil cambio de tinta había convertido el nombre elegido por la semielfa «Hojaluna» en «Flor de Luna», el nombre del clan de la familia real.

—Capitán Macumail —murmuró Amlaruil, adivinando de inmediato el origen de la falsificación.

La sensación de ultraje que esperaba sentir por aquel sacrilegio no acabó de llegar. Había perdido a Amnestria..., pero la hija de su hija defendía al Pueblo, y al clan.

—Arilyn Flor de Luna —repitió con suavidad la reina. Aunque sabía que ningún elfo de Siempre Unidos podía oírla jamás pronunciar aquellas palabras, sonaban bien en sus labios.

Al alba, varios días después, los supervivientes de la Resistencia de Zoastria se reunieron en los límites más orientales de Tethir. Habían acudido todos: elfos verdes, tanto elmaneses como Suldusk, lytharis e incluso faunos y centauros. Sólo faltaban Jill y Kendel Hojaenrama porque ahora que el enano había cumplido con la tarea que se había impuesto a sí mismo, estaba ansioso por ver a los suyos y los dos habían iniciado el viaje la tarde anterior.

Todos los reunidos llevaban los nietos de Cormanthor, semillas de los árboles milenarios que en los siglos venideros iban a extender aquel bosque maravilloso en unos cuantos kilómetros. Era tal vez un gesto insignificante si se consideraba todo lo que los elfos habían perdido y todo lo que todavía les quedaba por soportar, pero cada árbol era un vínculo vivo con su amada arboleda y un símbolo de la nueva coalición entre las tribus, los lytharis y las demás criaturas sylvanas. Los que a duras penas habían conseguido sobrevivir, se dedicarían ahora a la reconstrucción.

Y estuvieron trabajando juntos durante todo el día, con una armonía que no era habitual entre criaturas del bosque. Con la llegada de la noche, se retiraron a sus hogares en las cimas de los árboles.

Después de que acabara la cena, se cantaran las canciones y finalizaran los relatos, Foxfire fue en busca de Arilyn y le pidió que caminara junto a él. Avanzaron en silencio hasta que se encontraron de nuevo en los límites del bosque recién plantado. Era un lugar muy adecuado, porque mezclaba una cosa que empezaba con unos recuerdos antiguos y apreciados.

—Tengo un mensaje para ti de Rhothomir —empezó el elfo—. Le cuesta mucho decirlo en persona, así que me ofrecí a hablar en su nombre. Y lo hago encantado.

—Eres portavoz del Portavoz, ¿no? —se burló ella. El elfo esbozó una breve sonrisa, pero nada iba a apartarlo de lo que tenía que decir.

—El Pueblo de Tethir te ofrece un hogar en su comunidad. Únete a nosotros y vive bajo los árboles que tus propias manos ayudaron a plantar. Éste es el lugar que te corresponde —concluyó con suavidad.

—Hay una parte de mí que estaría dispuesta a aceptar —respondió con total sinceridad—. De hecho, hay una parte de mí que se quedará aquí. Pero mira a tu alrededor —prosiguió abarcando con un ademán los árboles ya crecidos y los montículos de tierra suave donde las criaturas del bosque habían plantado semillas de esperanza—. Vosotros viviréis el tiempo suficiente para ver crecer estos árboles. Yo soy semielfa, Foxfire, y me habré ido antes de que las ramas de estos dos robles se entrecrucen por encima de tu cabeza. Tengo cosas que hacer en otros lugares. Como los lytharis, yo tengo que caminar entre dos mundos. Me has enseñado que tengo un alma elfa y me has ayudado a ver que mi camino y mi corazón están con los humanos. Pero puedo prometerte esto —añadió, al tiempo que sacaba la hoja de luna de su funda antigua—. Mientras los fuegos de Myth Drannor alimenten esta espada, un héroe regresará al bosque de Tethir en tiempos de necesidad.

Le mostró la espada, así como la nueva runa brillante que resplandecía en ella, y luego la volvió a deslizar con cuidado en su funda.

—Se me ha concedido añadir un nuevo poder a la espada. Y será éste: cuando el pueblo de Tethir atraviese dificultades, el portador de esta hoja de luna vendrá a ayudar, pero lo más probable es que no sea yo porque mi vida no será tan larga y deseo que tengáis paz mucho después de que yo me haya reunido con mis antepasados.

Foxfire asintió y luego la atrajo hacia sí. Arilyn se dejó abrazar, recordando todo y sin lamentar nada. Su alma elfa siempre estaría vinculada a aquel bosque. Tal vez en el futuro regresara otra vez, cuando su esencia diese fortaleza a la espada elfa. Pero como acababa de decir a su querido amigo, su corazón estaba en otra parte, y también su destino.

Fue después del mediodía cuando el carruaje de lord Hhune flanqueó la puerta norte de Espolón de Zazes. Había disfrutado de una estancia plena de acontecimientos en Aguas Profundas, la ciudad rival del norte. Por supuesto, parte de sus intrigas y planes se habían marchitado antes de nacer. No parecía que los puestos avanzados al norte de las Cofradías de Ladrones y Asesinos de Espolón de Zazes pudiesen llegar a constituirse, una lástima, porque esas cofradías las manejaban los Caballeros del Escudo. Y él, Hhune, había sido etiquetado como miembro de ese grupo hostil y había sido expulsado de Aguas Profundas. Los Caballeros habían perdido también un agente muy capaz en Aguas Profundas: lady Lucía Thione había sido desenmascarada y exiliada. Pasarían muchos años antes de que los Caballeros del Escudo consiguieran situar a un agente en una posición tan elevada de la sociedad de Aguas Profundas.

A pesar de todo, Hhune estaba convencido de que podría cambiar las tornas de todas aquellas pérdidas en beneficio propio. Aunque no podía regresar a la ciudad del norte otra vez, no se interrumpiría el tráfico de mercancías entre Espolón de Zazes y el norte. Además, Aguas Profundas tenía que recuperarse todavía de una serie de desastres: pérdidas en las cosechas, incursiones de monstruos que habían vaciado los bosques de caza y los campos de ganado, así como incertidumbre política. Las mercancías y los excedentes de cosecha de Espolón de Zazes encontrarían sin duda un mercado impaciente, casi desesperado. Por último, se había traído consigo al agente que había sido desenmascarado y se había pasado el viaje de regreso al sur especulando en silencio sobre los diferentes usos que podría darle a la mujer.

Lucía Thione, antigua agente de prestigio de los Caballeros del Escudo en el norte, era una rareza en Tethyr por ser uno de los pocos miembros supervivientes de la antigua familia real, aunque su relación era lejana. La oleada de sentimiento monárquico en Espolón de Zazes estaba de nuevo en auge y ¿quién sabe hasta qué niveles podía llegar un hombre ambicioso con una consorte como ella a su lado? Además de poseer sangre real, era una mujer de rara belleza, aparte de una experta en negocios. En su día, Hhune se habría sentido afortunado con tan sólo disponer de tiempo en su compañía. ¡Estaba extasiado por tenerla por completo a su merced!

Por supuesto, no le había explicado a ella nada de esto. Lady Thione estaba convencida de que al llegar a las tierras de sus antepasados sólo le esperaba la muerte, y se había pasado el viaje intentando insinuarse a lord Hhune. ¡Para él resultaba muy gratificador tener a aquella mujer hermosa de alta cuna persiguiendo sus favores, y pensaba dejar que siguiera haciéndolo!

Ansioso como estaba de instalar a su «huésped» en su finca del campo, lord Hhune dirigía el carruaje a buen ritmo rumbo a sus oficinas de la ciudad. Los

negocios tenían siempre prioridad sobre el placer. Al llegar a su oficina, saludó a los secretarios y llamó a su escriba.

Para su sorpresa, a su llamada acudió aquel cachorro calishita, aquel aprendiz de la realeza con que lo habían cargado los hombres de Balik.

—Buen día, lord Hhune —saludó Hasheth—. Confío en que vuestros negocios en el Norland hayan ido bien.

—¿Dónde está Achnib?

El rostro del muchacho se ensombreció.

—Está muerto, mi señor —confesó bruscamente—. Confío en que todos los traidores y los ladrones tengan el mismo destino. Pero no tendréis que oírlo de mis propios labios. Nos llegaron noticias de vuestra llegada esta mañana y el duque Hembreon os espera en vuestra oficina.

Las botas de Hhune parecieron echar raíces de repente en el suelo.

A pesar de los vientos cambiantes del poder en Espolón de Zazes, el duque seguía siendo un pilar tan enderezado como un sicómoro. Era miembro de una familia antigua que poseía una vasta riqueza y él mismo era un hombre serio y distinguido cuyo impecable sentido del honor y del deber impregnaba todo lo que hacía. Por consiguiente, Hembreon tendía a ver su posición en los Caballeros del Escudo como un tema de nobleza. Era, además, uno de los dirigentes más importantes del grupo, cosa que se permitió recordarse a sí mismo Hhune mientras recuperaba la movilidad.

El duque se puso de pie cuando Hhune se introdujo en la habitación y le estrechó la mano.

—Habéis hecho un buen servicio a las gentes de esta ciudad.

—Me gusta servir —respondió Hhune con voz suave, aunque miró de soslayo a su joven aprendiz. Hasheth le hizo un ligero gesto de asentimiento, como si lo animara a seguir con la interpretación.

—Como solicitasteis, lord Hhune —intervino Hasheth—, en vuestra ausencia me empeñé en averiguar quién de vuestros hombres podía estar relacionado con los piratas del Nelanther y, como sospechaba, descubrí que era Achnib. Dos de esos piratas están ahora en las mazmorras de la ciudad, hombres que han jurado que Achnib los contrató y que pagó con información sobre horarios de embarcaciones y rutas.

»No fue ése su único crimen. Os estaba robando, sacaba provecho de las caravanas y acumulaba monedas, pero lo que planeaba hacer con ellas es increíble.

—Achnib siempre fue ambicioso —repuso Hhune en tono comedido, con la esperanza de que el comentario encajara bien en la increíble escena que estaba esbozando el joven.

—El escriba no se contentaba únicamente con vender información a los piratas. Empezó a traficar en barcos armados con un noble de poca monta llamado Bunlap. Y

lo que es peor, intentaron de forma sutil que todas las pruebas os involucraran a vos en ese crimen.

—¿No me digas? —preguntó Hhune, maravillado por la audacia del joven.

Por increíble que pareciese, el duque Hembreon parecía tragarse todo aquel relato absurdo. Se levantó y alargó una mano hacia Hhune.

—Gracias a vuestros esfuerzos, la ciudad ha ganado el uso de una flota de quince embarcaciones. Todo Espolón de Zazes os está agradecido.

Hhune murmuró una respuesta y acompañó al duque hasta la puerta. Luego, contempló a su aprendiz con los ojos entrecerrados.

—Mucho de lo que le dije al duque era cierto —se defendió Hasheth—. Achnib os robaba y colaboraba con el capitán de mercenarios, pero perdió los nervios y pretendió escabullirse cuando saltó a la luz vuestra implicación con Bunlap y la explotación forestal. Intentó buscarse un pasaje con destino a Lantan. Para proteger vuestros intereses, hice que asesinaran a Achnib y a Bunlap y devolví los barcos al Consejo de Señores como material confiscado. De todas formas los habrían encontrado, pensé que era mejor así, ser un héroe y no un sospechoso.

—Pareces inusualmente leal conmigo —señaló lord Hhune en tono receloso.

—¿Qué beneficio habría obtenido de vuestra caída? —respondió el joven, no sin razón—. Además, los Caballeros se sintieron complacidos por mi iniciativa y me han permitido unirme a sus filas, así que, al proteger vuestros intereses, serví a los míos propios.

Hhune sacudió la cabeza, aparentemente atónito por todo el asunto.

—¿Y el duque Hembreon? ¿Cómo descubriste la identidad de un hombre tan poderoso entre los Caballeros?

—Intrigas de palacio —mintió Hasheth, pensando en la moneda que tenía en el bolsillo. Deseaba impresionar a Hhune confesándole conexiones que subrayaban su propia importancia—. Es una de las pocas ventajas de nacer siendo hijo del bajá. Pero también tengo que decir otra cosa. Los Arpistas han estado hurgando en vuestros asuntos y pensé que lo mejor era dar ese asunto por concluido, y rápido, pero los Arpistas no se contentan con tanta facilidad como el duque Hembreon.

—Bien hecho —exclamó una divertida voz femenina. Hhune alzó la vista; casi se había olvidado de Lucía Thione—. Tenéis un nuevo aliado con mucho talento, mi señor. ¿No os interesaría otro? Con tres mentes como las nuestras, ¿qué podría resistirnos en Tethyr?

Hhune contempló a la hermosa mujer y al joven de nariz aguileña y decidió que podía hacer una cosa peor.

—Te presento a mi nuevo aprendiz, cariño —dijo dirigiéndose a Lucía—. Y Hasheth, ésta es Lucía Thione. Seguro que reconocerás el nombre de su familia y te darás cuenta de que no puede pronunciarse fuera de estos muros, al menos, hasta que

su sola mención no nos proporcione fortuna a los tres.

Durante un instante, el trío se estuvo contemplando fijamente. Una nota de alivio brillaba en los hermosos ojos de Lucía, ahora que había descubierto lo que Hhune tenía en mente para ella. El lord vio también que ella comprendía su propósito al hacer aquellas presentaciones. Conocer su identidad les ofrecía a la vez un gran potencial de poder y un grave riesgo, y el secreto unía los lazos entre ellos. Era un modo sutil de aceptar la oferta de ella, mientras le recordaba que su destino estaba unido de forma indeleble con el de él. Hhune también notó la mirada cálida que la mujer había lanzado al joven impresionado, y se sintió divertido. Si Lucía estaba dispuesta a utilizar su encanto para avanzar posiciones en Tethyr, mejor para él.

—No tenías que haber matado a Achnib —regañó a Hasheth—. No era muy inteligente, pero tampoco tenía ambiciones personales. Cumplía bien con su cometido, con una lealtad que a menudo sólo se encuentra en criados de cuatro patas y pulgas. Ese tipo de hombres son difíciles de encontrar. Pensé que podías matarlo, pero confié en que no lo hicieras. Es la única parte del examen que has suspendido, aunque en general lo has hecho bien.

—¿Examen? —balbució Hasheth.

—Por supuesto —respondió el lord en tono divertido—. No pensarás que iba a permitirte que regalaras mi flota entera, ¿verdad? No me hace feliz que dieras un barco a los piratas, pero pagarás por él de tu sueldo. Salvo por ese lapsus, hiciste todo lo que yo había previsto. La flota está ahora en manos del Consejo de Señores. No puedo mantenerla, los riesgos de ser descubierto serían demasiado grandes, pero los mercaderes de Tethyr seguirán beneficiándose de la protección que ofrece la flota, mientras que el Consejo carga con su mantenimiento. Y dime, ¿quién es a la vez jefe de la Cofradía Marítima y miembro destacado del consejo? ¿Quién controlará la flota?

Poco a poco los ojos del joven reflejaron que había comprendido el mensaje y que le atemorizaba bastante darse cuenta de que no había sido tan inteligente como pensaba. Darse cuenta de que había actuado según los designios de Hhune, y que no cabía duda de que el lord había estado en todo momento al corriente de sus actividades, a la vez lo humillaba y lo horrorizaba.

—Pero cómo... —empezó a decir.

—¿Cómo? —respondió Hhune con frialdad—. Eso es lo que has venido a aprender. Has empezado bien, pero si deseas convertirte en un miembro destacado de los Caballeros del Escudo, tendrás que hacerlo mejor. Puedes empezar contándome cosas sobre esa hermosa Arpista amiga tuya y cuáles son sus planes en Espolón de Zazes.

Arilyn dijo adiós a Hasheth varios días después del final de la batalla. La Arpista

estuvo escuchando sus explicaciones sobre la situación y, aunque no se creyó ni la mitad, tenía deseos de dejar las aguas calmadas. Recuperó su caballo del joven, contenta de haber acabado su estancia en la ciudad sureña.

No sentía un deseo especial de regresar a Espolón de Zazes, pero Chatarrero había decidido quedarse. Gracias a la batalla, había desarrollado una cierta apetencia por los combates y le parecía que el alborotado ambiente de Tethyr resultaba un lugar tan bueno como cualquier otro para probar sus juguetes. Hurón también había viajado con ella hasta la ciudad, con la intención de saldar cuentas con lord Hhune, pero por extraño que pareciese, tras una larga conversación privada con el joven Hasheth, parecía dispuesta a abandonar el intento.

No obstante, aquella misma noche, en manos de un asesino desconocido e invisible, el reinado del bajá Balik llegó a un brusco y sangriento final. Corrieron rumores de que había sido traicionado desde el interior de palacio, porque nadie vio entrar ni salir al asesino. La única señal que quedó en el lugar del crimen fue un pañuelo largo y de colores variopintos, como los que se usan para que las mujeres se recojan el cabello en turbantes.

Y a la mañana siguiente, Hasheth se convirtió en miembro de pleno derecho de los Caballeros del Escudo, al haber probado su lealtad comprando la seguridad de Hhune a un precio que muchos hombres habrían considerado demasiado elevado.

Arilyn partió poco antes del alba, sin conocer los acontecimientos de la noche anterior y los cambios que pronto sacudirían Espolón de Zazes. Sentía el corazón alegre mientras cabalgaba velozmente rumbo al norte, rumbo a su hogar. Por primera vez en toda su vida, sabía perfectamente qué hogar le correspondía.

La Arpista no se había alejado demasiado de los muros de la ciudad cuando oyó el fragor de un combate en el camino que tenía frente a ella. De forma increíble, una familiar voz de tenor se elevaba por encima del estrépito de las espadas. Espoleó al caballo hasta ponerlo al galope.

Mientras se aproximaba, alcanzó a oír con total nitidez la letra de la canción. Se trataba de una melodía ligera, el tipo de canción intrascendente que tan bien conocía..., y que había aprendido a soportar.

*Hemos venido a llorar la muerte del paladín,
el hombre más noble y más bueno.
Su camino era justo; su voluntad, férrea.
¡Y aun así lo han matado en esta guerra!*

A solas se enfrentó con la horda de orcos

*e, impávido, desenfundó su poderosa espada.
No flaqueó, no parpadeó.
¡Probablemente no se detuvo ni pensó!*

Una mezcla familiar de exasperación y regocijo fluyó por el corazón de la semielfa. Una canción irreverente como ésa sólo podía cantarla una persona. Arilyn descendió del caballo y se aproximó a la carrera al combate, con la hoja de luna en la mano.

Sin embargo, la lucha que tenía lugar en el camino era más cómica que peligrosa. En el centro del conflicto estaba Danilo, con los brazos cruzados sobre el pecho mientras contemplaba la pelea entre la pequeña banda de escoltas que había contratado y un puñado de rufianes aficionados. El iba cantando sus versos, con el objetivo de estimular a los combatientes según el estilo de la tradición clásica de los bardos, aunque el hecho de que alguien pudiese sentirse inspirado por aquella canción era algo que iba más allá de la comprensión de Arilyn.

Sin saber que lo contemplaba, divertida, la semielfa, Danilo siguió cantando:

*Se abrieron los salones de Tempus;
y nuestro paladín se metió dentro,
comparte con todos su noble credo,
y al ver orgías y banquetes frunce el entrecejo.*

*No podemos lamentar la muerte del héroe,
aunque nos han privado de su fortaleza.
Si queréis llorar, llorad por los dioses,
¡que ahora soportan su aburrida naturaleza!*

Danilo no se contentaba con deleitar a todos con sus habilidades como juglar sino que, entre verso y verso, lanzaba pequeños hechizos que sembraban la confusión entre las filas enemigas. Arilyn soltó una carcajada al ver que un bandido caía de pronto de bruces sobre el barro pues de repente los cordones de sus botas se habían atado entre ellos.

El joven mago alzó la vista sorprendido al oír aquella risa elfa. Cuando su mirada descubrió a Arilyn, su rostro se iluminó como si en él hubiese salido el sol. Desenvainó su espada y empezó a luchar frenéticamente mientras se abría paso a través del círculo de guerreros hacia ella.

Arilyn suspiró. Danilo podía mantener un combate bastante bien, pero no era ningún espadachín y en aquel momento no tenía paciencia para esperar a que finalizara la lucha, así que levantó su hoja de luna y, sosteniéndola en alto, soltó un

sonoro grito de guerra en lenguaje elfo.

Los rufianes alzaron la vista, sorprendidos por el sonido. El hecho de que se añadiera una guerrera elfa a las filas de sus enemigos era más de lo que su vacilante voluntad podía soportar, así que salieron corriendo en desbandada en dirección a las colinas que había hacia el este, donde, para regocijo de Arilyn, los esperaba cierto alquimista ansioso por encontrar oportunidades para probar sus últimos artilugios.

El noble apartó la espada y echó a correr hacia ella. Arilyn notó que el rostro de Danilo estaba muy bronceado por el sol del verano y que tenía el cuerpo ligeramente inclinado y endurecido por la vida en la carretera. También parecía mayor, como si el tiempo le hubiese afectado de un modo que unos simples meses de ausencia no podían explicar. Arilyn no sentía amor por la magia, pero sabía reconocer las huellas que los hechizos poderosos dejaban sobre aquellos que los lanzaban. Según parecía, Danilo no había estado inactivo durante el tiempo en que habían estado separados. ¡Los dos tenían cosas que contar!

También había otra cosa que parecía haber cambiado en él. Arilyn, que recientemente había conseguido conocerse a sí misma y saber cuál era su camino, reconocía en él una sensación de paz que parecía indicar que el mismo tipo de conocimiento lo había podido adquirir él. Tampoco su rostro lucía el más mínimo signo de afectación. Por una vez, la máscara con la que se ocultaba él del mundo había desaparecido y en su rostro se reflejaba su corazón auténtico.

Danilo le cogió ambas manos y esta vez Arilyn no se apartó.

—Nos reencontramos del mismo modo que nos despedimos —comentó con voz suave.

—Eso parece —convino ella en tono irónico—. ¿Por qué será que siempre te encuentro rodeado de gente que desea verte muerto?

Una fugaz sonrisa cruzó por el rostro de Danilo.

—Supongo que es el precio que tengo que pagar por el encanto, la riqueza y la fama. Pero basta de tonterías. Te he echado mucho de menos.

Tras pronunciar aquellas palabras, le soltó las manos y alargó los dedos para tocar la piedra preciosa que estaba incrustada en la empuñadura de la hoja de luna, un gesto que había hecho con frecuencia durante los últimos dos años. De repente, Arilyn se dio cuenta de lo que aquello significaba. Era la única caricia que ella le había permitido hacer, la única prueba tangible del lazo que los unía. Se preguntó durante un instante si Danilo podría comprender el don mágico de la armonía y cómo se sentiría cuando supiera que ya no estaba allí. Tenía que contárselo, y enseguida, pues nadie podía tocar una hoja de luna salvo su dueño, bajo pena de muerte.

Cogió con firmeza su muñeca antes de que sus dedos rozaran la hoja de luna.

—No puedes —explicó, seria—. El poder que te permitía compartir mi espada ya no existe.

La mirada pesarosa y desolada que asomó a los ojos de Danilo conmovió el corazón de Arilyn.

—No puedes, porque ya no es necesario —añadió, apresuradamente—. No necesito que la magia de la hoja de luna haga algo que puedo hacer yo misma. —El resto de las explicaciones se las daría más tarde; esto se lo debía.

—¿Es posible? —murmuró, maravillado—. Arilyn, he esperado más de dos años para conocer qué sentía tu corazón. El mío ya sabes lo que siente, es tuyo, junto con mi vida y mi alma.

—Tu corazón lo aceptaré gustosa, pero tu alma —concluyó con honda satisfacción—, te pertenece de nuevo por completo.

Notas

[1] *Foxfire* significa en inglés «candela», que es la flor del alcornoque y que tiene una forma característica y un tono rojizo. [Volver](#)